

Elena García

LA MARCA DE SARA

Privada de libertad...



ebookmundo.com

ELENA GARCÍA

LA MARCA DE SARA



Nova Casa Editorial

Publicado por:

Nova Casa Editorial

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2017, **Elena García**

© 2017, **de esta edición: Nova Casa Editorial**

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Abel Carretero Ernesto

Portada

Fotografías

Jason Maddox

Modelo portada masculino

Kenan Engerini

Modelo portada femenina

Christina Kohlbacher

Maquetación

Daniela Alcalá

Corrección

Abel Carretero Ernesto

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ÍNDICE

Portadilla

Sinopsis

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Epílogo

Comentarios

Elena García

SINOPSIS:

Sara es una estudiante de 20 años que, tras la repentina muerte de su padre por culpa de los problemas económicos que acechan a su familia, se ve forzada a abandonar la carrera universitaria que cursa.

Estos graves problemas económicos por los que están pasando le obligan a buscar un empleo para evitar que una orden judicial se adueñe de lo único que tienen: su hogar. Ahí vive junto a su madre, enferma, y sus hermanos, de 14 y 9 años. Su inexperiencia en el mundo laboral la lleva directamente a una trampa, y cuando se da cuenta de ello ya parece demasiado tarde.

¿Quién es ese hombre que parece querer ayudarla? ¿Podrá confiar en él?
¿Tiene otra opción?

AGRADECIMIENTOS

A mi gran inspiración Kenan Engerini, quien ha sacado a Izan de este libro y le ha dado vida. Gracias por ponerle rostro a nuestra adorada Montaña de Carne, pero sobre todo gracias por interactuar con todas nosotras y tenernos siempre presentes.

También al fotógrafo Jason Maddox, que ha sido el encargado, junto a Kenan, de crear las imágenes de portada y contraportada tan fieles a esta historia. Me encantan.

A mi querida Sonia López Souto, por todas esas noches que pasamos en vela planeando millones de cosas. Gracias por estar siempre para mí. Queda pendiente nuestro viaje a Escocia.

A todas mis chicas/os del grupo de Facebook *Elena García (Novelas)* y en especial a quienes se esfuerzan porque haya orden en él. No tengo palabras para agradecer vuestro trabajo.

No me olvido de mis traductoras favoritas. Gracias a vosotras estamos llegando mucho más lejos.

A todas esas personas que me leen en Wattpad y con sus comentarios me animan a continuar, y a quienes me escriben diariamente increíbles mensajes

para hacerme saber cuánto han disfrutado de mis obras.

Y, por último, a toda mi familia y amigos por su apoyo incondicional. Me dais la vida.

CAPÍTULO 1

Suena el despertador y como siempre soy la primera en levantarme. Las clases empiezan temprano y todavía tengo que conducir varios kilómetros hasta la universidad. Aparto las mantas para salir de la cama y el frío me recuerda rápidamente la situación por la que estamos pasando. Es pleno invierno y no podemos poner la calefacción porque el jefe de mi padre le debe varias mensualidades. Vivir así está siendo muy difícil. Nunca hemos sido una familia adinerada, pero gracias a mi padre siempre hemos podido vivir decentemente. Jamás le ha importado hacer horas extra o trabajar los fines de semana con tal de que no nos faltara de nada. Incluso hace dos años me compró un pequeño coche para que pudiera desplazarme sin problemas. Vivimos en un pueblo bastante alejado de la ciudad y se me iba el tiempo viajando en autobús. Para nuestra desgracia, lo hemos tenido que poner en venta.

Desde que su empresa cambió de jefe todo es un desastre. El muy sinvergüenza prefiere gastarse el dinero en coches de lujo y fiestas antes que pagar a sus trabajadores. No pueden abandonar el puesto para intentar buscar otro empleo, porque les tiene amenazados y si lo hacen perderán todos sus derechos. Además, debido a la crisis económica que vive el país, es muy

difícil encontrar otro trabajo rápido.

He descubierto a mi padre llorando a solas en varias ocasiones. Está tan agobiado que ya no sabe qué más hacer. Mi madre está enferma y apenas podemos comprar sus medicamentos. Hemos visitado a varios asistentes sociales en busca de ayuda, pero parece que no tenemos derecho a ninguna porque mi padre oficialmente está trabajando.

Metó los pies en las suaves zapatillas que tengo preparadas cerca de la cama y me pongo la bata de felpa que me regaló mi abuela sobre los hombros. Al menos así estaré algo más calentita mientras tomo el desayuno. Camino sin hacer ruido para no despertarles y me fijo en que la puerta de la habitación de mis padres está abierta y él no está en la cama. «Qué raro», me digo. Seguramente haya salido de viaje. Están preparando una especie de huelga y últimamente viajan a la capital para reunirse con los abogados del sindicato. Camino hasta la cocina y cierro la puerta. Voy hacia la cafetera y me fijo en que hay una hoja de papel pegada en ella. «¿Estará rota?», me pregunto. La tomo con los dedos y leo lo que pone.

Sara, mi niña, mi preciosa hija mayor... —Arrugo la frente, esto es muy extraño—. Qué orgulloso estoy de ti y de todos tus progresos. Qué feliz me ha hecho verte crecer y descubrir la gran persona en la que te has convertido. Ojalá algún día puedas perdonarme por esto. Ojalá entendáis por qué lo hice y qué me ha llevado a ello. —Mi cuero cabelludo se eriza y un mal presentimiento se clava en mi pecho.

No puedo más, mi niña, no puedo seguir viviendo así. No puedo seguir viendo cómo mamá se niega a medicarse para que podamos comer. No

puedo ver cómo después del esfuerzo que estás haciendo finalmente tendrás que abandonar tus estudios. —Mis manos comienzan a temblar.

Ayer me llegó la peor de las noticias. El cartero me entregó una carta y antes de abrirla supe lo que era. Nos han desahuciado... No soporto la idea de que el banco se quede con nuestra casa y os echen a la calle sin nada. Me siento fracasado como padre. No merezco vivir y por eso he tomado esta decisión.

Lo único que te pido es que ayudes a mamá con el papeleo que tendrá que mover a partir de ahora. El estado tendrá que darle una pequeña paga de viuda y podréis seguir viviendo con ella. Al menos me voy sabiendo que tendréis un plato sobre la mesa. Cuida de tu madre y tus hermanos como yo lo he hecho hasta ahora. Os amo con todo mi corazón.

—¡NOOOO! —grito asustada y la imagen del hueco vacío de su cama viene a mi mente. Estoy tan bloqueada que no recuerdo dónde está la puerta—. ¡NOOOO! —Corro con la intención de salir a buscarle. Sabía que yo leería esa nota primero. Tengo que evitar que haga una locura. No puedo permitir que se quite la vida a la desesperada para que podamos cobrar una ayuda.

Las luces de las habitaciones se encienden. Los estoy despertando a todos, pero no me importa, necesito llegar hasta él como sea. Abro la puerta de la calle y siento que me ahogo. Jamás el mundo me pareció tan grande. No sé por dónde empezar a buscarle. Lloro angustiada y corro por el jardín. Necesito saber que no está en el cobertizo. Con angustia, descubro que no hay rastro de él. Vuelvo a la casa para coger las llaves del que todavía es mi coche cuando un vehículo con luces azules se para en la puerta.

—Sara. —El padre de Lucas, uno de mis mejores amigos. Es agente de protección civil.

—No, por favor... —Sé lo que va a decirme y camino hacia atrás.

Veo que llega otro coche. Es el que usan los médicos del centro de salud y todas mis sospechas se confirman.

—Traigo una mala noticia...

—NO... vete. ¡VETE! —Me niego a escucharle. Quiero creer que si no oigo lo que viene a decirme no habrá pasado. Se acerca hasta mí y me abraza.

—Lo siento, hija. Lo siento mucho.

Los médicos corren hasta mi madre, que está en la puerta. Todos en el pueblo conocen su estado de salud y saben que toda precaución es poca con ella ante una noticia así.

TRES MESES Y MEDIO DESPUÉS...

—Sara, hija, ¿a qué hora era la entrevista?

—A las cuatro.

—Date prisa o llegarás tarde. Todavía te queda una hora de camino.

—Tranquila, mamá. Está todo controlado... —Salgo de la habitación—. ¿Voy bien? —pregunto mientras me pongo delante de ella.

—Estás preciosa, cariño. —Se acerca a mí y coloca uno de los botones de mi camisa mientras sus ojos comienzan a aguarse. Estos meses sin él están siendo un infierno para todos—. Siento tanto que tenga que ser así... —Llora.

—Mamá, ya hemos hablado sobre esto.

—Lo sé, cariño, pero ni papá ni yo hubiéramos querido esto para ti. Estábamos seguros de que ibas a llegar lejos. Eres una gran estudiante y merecías algo mejor que limpiar casas. —Seca sus lágrimas con un pañuelo de papel y siento pena. Cada día está más débil y delicada.

—Nunca es tarde para eso. —Tomo su delgada barbilla y beso su cara—. Cuando nos vaya mejor podré retomarlo. He hablado con los profesores y van a convalidarme algunas asignaturas si decido volver. —Miro el reloj—. Tengo que irme, prométeme que hoy ya no llorarás más —asiente, poco convencida, y salgo de la casa.

Durante el trayecto le voy dando vueltas a todo. Hemos conseguido alargar el desahucio unos meses más gracias al doloroso dinero que está recibiendo mi madre, pero todavía tenemos una gran deuda que pagar. Mi padre sabía lo que hacía... Dos semanas después de lo ocurrido descubrí que había estado hablando con un abogado el día antes de su muerte y que se había informado de todo. Prácticamente lo preparó. Desde entonces tengo sentimientos encontrados. No sé si amarle por ese gran gesto en el que lo único que demostró fue su amor por nosotros u odiarle por todo el daño emocional que nos ha generado desde entonces.

Varios minutos después aparco en la entrada de la casa donde me harán la entrevista. Desde fuera parece una mansión. Es inmensa y todo se ve muy lujoso. Aliso mi camisa y camino hasta la puerta. Necesito como sea conseguir este trabajo, no me queda tiempo para buscar otro y tengo que pasar la prueba como sea. Aprieto el botón del telefonillo y espero. Tras un

largo pitido y sin que nadie pregunte al otro lado, la puerta se abre.

—¿Hola? —le hablo al telefonillo para pedir permiso, pero no obtengo respuesta. Camino despacio hacia el interior y nadie sale a recibirme—. ¿Hola? —vuelvo a decir cuando he avanzado un poco más, pero todo sigue en silencio.

—Buenas tardes. —Alguien habla a mi espalda y me sobresalto. Me giro y veo a un hombre moreno de unos cincuenta años apoyado en una columna de mármol. Tiene los brazos cruzados y parece muy seguro de sí mismo. Lleva puesto un traje blanco y la luz refleja en su cabeza rapada.

—Hola... —contesto. Su presencia me incomoda. Sonríe y no me inspira confianza. Sus ojos repasan mi contorno de una manera extraña y me tenso.

—¿Eres Sara? —Oír mi nombre salir de su boca me produce un escalofrío.

—Sí, señor. —Mi voz tiembla—. Yo... vine para hacer una entrevista... ¿Podría indicarme? Quedé con una mujer llamada Lorena.

—Lorena es una de mis asistentas y quien concertó la prueba, pero con quien hablarás será conmigo.

—Ohm... Disculpe entonces. —Cruzamos miradas e instintivamente bajo la mía. Sus ojos marrones son tan penetrantes que hacen que me sienta diminuta.

—Yo seré quien te explique todo lo que tendrás que hacer. —Se acerca y se detiene detrás de mí. Noto sus ojos pegados en mi cuerpo y mi vello se eriza. Saldría corriendo en este mismo momento, pero me contengo. No puedo hacer eso, necesito el puesto como sea o mi familia se verá en la calle...

CAPÍTULO 2

—¿Podría explicarme un poco más acerca del trabajo? —Necesito que esto acabe cuanto antes. El aire comienza a faltarme.

—Claro —dice con media sonrisa y sin dejar de mirarme. Alza su mano y me indica un lugar para sentarme. Me acomodo y espero a que él haga lo mismo en la silla que tengo enfrente—. ¿Has trabajado alguna vez?

—No señor, sería mi primer empleo. Acabo de dejar mis estudios para dedicarme al mundo laboral.

—¿Por qué razón? —Me tenso de nuevo. No esperaba este tipo de preguntas tan personales, pero siento que debo ser sincera.

—Mi padre murió hace unas semanas y en casa hace falta el dinero.

—Lo siento —dice secamente. La expresión de su rostro no va acorde con sus palabras.

—¿Estás sola entonces? —niego con la cabeza.

—Vivo con mi madre y mis hermanos pequeños.

—Oh... —levanta una ceja—. ¿Tienes pareja?

—Señor... —Cambio mi postura, nerviosa, y trago saliva. Temo que mi respuesta no sea de su agrado, pero no puedo callarme—. Creo que esa

pregunta no tiene nada que ver con el empleo.

—¿Tiene más de lo que crees! —dice malhumorado y me asusta—. Necesito saber si tienes pensamientos de boda o de tener hijos. Si es así, no podré contratarte. No quiero que cuando lleves trabajando algún tiempo para mí y empieces a ser eficiente te largues y me dejes tirado.

—Ohm... perdone. —Me siento idiota. No debo ser tan desconfiada. Tiene razón—. No tengo pareja ni intención, por el momento. —Sonríe de nuevo y me relajo. Parece que se ha quedado conforme con mi respuesta.

—¿Te hablé Lorena del sueldo? —asiento. Cuando esa mujer me dijo lo que cobraría no podía creerlo. Es casi el doble de lo que ganaba mi padre—. ¿Sabes limpiar y cocinar?

—Sí. Llevo haciéndolo desde que era pequeña. Mi madre está enferma y siempre que puedo me hago cargo de la casa.

—¿Tienes disponibilidad para viajar?

—Muy poca, señor. Como ya le comenté, mi madre no está bien y necesita atenciones. —Arruga su frente, pensativo.

—Pídele a alguien que cuide de ella. Cobrarás el doble cada vez que tengas que salir del país y podrás costearlo.

—¿El doble? —digo sorprendida. Es mucho dinero—. Si es así, no creo que haya problema. Conozco a alguien que podría hacerse cargo mientras yo no estoy. —No puedo dejar pasar esta oportunidad. Podré pagar nuestras deudas y mis hermanos tendrán un futuro si lo consigo. Tengo que hacérselo entender a mi madre.

—Tengo varias propiedades en otros países y tendremos que desplazarnos con frecuencia. ¿Tienes pasaporte?

—No tengo nada de eso. Nunca he viajado fuera de España.

—Entonces necesitarás varios documentos para que podamos hacer la compra de tus pasajes. Imagino que si estás mal económicamente no podrás hacerte cargo del coste que eso implica. Por ello te haré un adelanto económico que me devolverás con tus primeros ingresos. —Me sorprende su confianza hacia mí—. ¿Cuándo podrías empezar? —Se echa hacia atrás y cruza los brazos. Siento su mirada en mis pechos y cruzo los míos disimuladamente.

—Podría empezar hoy mismo si usted lo cree oportuno. —Cuanto antes me incorpore antes llegará mi sueldo y estaremos más desahogados.

—Empiezas el lunes. —Mi corazón comienza a latir con fuerza.

—¿Eso quiere decir que me contrata?

—Así es. Vas a estar en período de prueba durante quince días. Si haces bien tu trabajo te alargaré automáticamente el contrato.

—Gracias, señor. —No puedo aguantar la emoción y sonrío ampliamente. Clava sus ojos en mi boca y dejo de hacerlo. Espero que sea un hombre de negocios y se mantenga ocupado la mayor parte del tiempo. Su presencia me intimida demasiado.

Firmo el precontrato, nos despedimos y quedamos para el día acordado. Es tanta mi alegría que tengo ganas de gritar. Me han contratado y estoy deseando contárselo a mi madre. Subo al coche, pongo música y cuando

empiezo a salir marcha atrás del aparcamiento choco bruscamente contra algo.

—¡JODER! —Alguien grita. Asomo la cabeza por la ventanilla y descubro que he golpeado a otro vehículo. Hay cristales en el suelo y nuestros faros están destrozados.

—¡Dios mío! —Abro la puerta y salgo del coche—. ¿Estás bien? —No estaba prestando la atención necesaria debido a mi entusiasmo por la noticia.

—¡TÚ QUÉ CREES! —Oigo salir una voz del vehículo, pero no veo a nadie. Su ventanilla está bajada a la mitad.

—De verdad que lo siento, no te vi... yo... —La puerta se abre y lo primero que llama mi atención es su cabello. Es castaño y lo lleva recogido en una minúscula coleta. A medida que va apareciendo su cuerpo ante mis ojos voy quedando petrificada. Es tan grande que parece una montaña. Una gran montaña de carne. Me aparto porque tengo la sensación de que necesita más espacio para ponerse en pie.

—¡VAYA MIERDA! —Se pone las manos en la cabeza cuando ve el destrozo—. ¡Acababa de sacarlo del taller...! ¿POR QUÉ COJONES NO MIRAS POR DÓNDE VAS? —Me habla con rabia y no me gusta.

—Te estoy diciendo que no te vi. ¿Qué quieres que le haga? —Me mira con el ceño fruncido y descubro sus ojos. Son tan negros y profundos que parecen estar marcados con algún perfecto delineador.

—¿Estar en lo que estás? ¡A saber en qué coño ibas pensando! Deberían quitarte el carné.

—¿Tú nunca cometes errores? —Me cabreo. Sus pupilas negras se clavan en las mías y por un momento deja de hablar.

—Cual... cualquier día... —continúa como si estuviera pensando en otra cosa—. Cualquiera día matarás a alguien...

—Pues procura no ponerte delante de mí. —Camino hacia el coche y saco una de las tarjetas del seguro. Se la lanzo—. Habla con ellos, se harán cargo. Yo paso de seguir tratando de dialogar con un gilipollas como tú.

—¿Encima de imprudente te haces la ofendida? —Siento calor en la cara y le saco mi dedo corazón sin miramientos.

—Sube aquí y pedalea, payaso. —Volteo mi cabello dignamente hacia un lado y me marchó. Me acomodo en el coche y cierro dando un portazo. Pito repetidas veces para que se aparte y puedo ver por el retrovisor cómo mueve sus manos alterado, pero me da igual. He intentado preocuparme por él y se ha portado como un idiota. Cuando se retira y por fin puedo salir de allí acelero, dejando una estela de humo negro. «Que se joda», digo mentalmente.

Por suerte todavía no ha anochecido y no es necesario que encienda las luces. Debo llevarlo al taller cuanto antes. Podrían multarme si descubren que estoy circulando así, y ahora ya es lo que me faltaba.

Cuando llego dejo el coche cerca de la casa y corro hasta el interior. Estoy deseando darle la noticia a mi madre.

—¡Sara! —me giro.

—¡Lucas! —camino hacia él—. ¿Qué haces por aquí? —Vive en la otra punta del pueblo.

—Vine a ver qué tal te había ido —sonríe. Ha estado ayudándome mucho todas estas semanas. Con cada oferta de trabajo que encontraba me enviaba un mensaje.

—¡Lo conseguí! —digo levantando las manos—. ¡Lo conseguí, Luc! ¡Estoy muy feliz!

—¡Sííí! —Me abraza—. ¡Enhorabuena, Sara! Sabía que lo lograrías. No podías tener tan mala suerte. ¿Cuándo empiezas?

—El lunes. Pero antes quiero hablar con mi madre. Es posible que tenga que viajar y podría ser un impedimento para ella. Ya sabes cómo está.

—¿Viajar?

—Sí... según me ha comentado él... el dueño —digo pensativa— tendré que viajar con ellos de vez en cuando.

—¿Cómo se llama tu jefe?

—No lo sé —me encojo de hombros y vuelvo a quedarme pensativa.

—Qué extraño —dice mirando al vacío—. ¿No se ha presentado?

—Quizás sí y no lo recuerdo. Estaba tan nerviosa que apenas recuerdo nada de lo que hemos hablado.

—Deberías averiguar su nombre cuanto antes —ríe—. ¿Cómo le llamarás cada vez que tengas que dirigirte a él?

—¿Señor?

—De momento te servirá, pero fíjate en su buzón antes de entrar el lunes —reímos los dos—. Por cierto —achina los ojos y observa algo detrás de mí—,

¿qué le ha pasado a tu coche?

—Un imbécil —me mira extrañado—. Bueno, realmente la imbécil fui yo, que no le vi. Pero cuando traté de solucionarlo se puso borde. Así que le dejé el número del seguro y me largué.

—Bien hecho, entonces. —Pestañea—. ¿Pero cómo le va a explicar a la aseguradora quién eres?

—Si ha sido listo tendrá apuntada mi matrícula. Si no, que le den —volvemos a reír.

Pasados unos minutos se marcha. Tiene que entregar un trabajo en la universidad donde estudiábamos y no puede quedarse más tiempo.

—¡Hola, mamá! —digo cuando entro al salón, y se dibuja una sonrisa en su cara. Intuye que ha ido bien. Nunca puedo esconderle nada.

—Hola, cariño. Cuéntame, aunque por la cara que traes... solo pueden ser buenas noticias.

—¡Estás en lo cierto! —Me siento a su lado y le tomo la mano—. Estamos muy cerca de poder solucionar nuestros problemas. He firmado el precontrato esta tarde.

—¿Te gustaron las condiciones? —me mira atenta. Sus ojos brillan.

—Sí... y no... pero no podía dejar escapar algo así. Solo hará falta un poco más de sacrificio y podremos tener una vida como merecemos.

—Cuéntame, hija. ¿Cuál es la parte que no te gusta?

—Estar algunas temporadas apartada de vosotros... —bajo la mirada y

espero su respuesta.

Me cuesta más de media hora tratar de convencerla, pero finalmente parece que lo consigo, o eso me hace creer. No le hace ninguna gracia que tenga que salir del país, pero entiende que es una buena oportunidad para todos. Sabe que mis hermanos necesitan un futuro y por mi inexperiencia no podré encontrar otra cosa mejor. Es mucho dinero y no podemos permitirnos decir que no.



El sábado por la mañana ya está mi coche reparado. El mecánico era amigo de mi padre y me deja pagar el arreglo a plazos. Sabe que, aunque tarde, me haré cargo. Durante el fin de semana lo preparo todo para el que será mi primer día. Dejo preparada la comida para mi familia y las ropas planchadas de mis hermanos para el colegio. Apenas puedo dormir pensando en si seré capaz de dar la talla, pero tengo que pasar la prueba aunque me deje la piel en ello.

El lunes llega antes de lo que esperaba, y para colmo me levanto con cólicos menstruales. Odio que cada vez que tengo algo importante mi período decida adelantarse.

Conduzco con cuidado. Desde mi percance con la montaña de carne tengo miedo de que me vuelva a pasar algo parecido. Llego hasta la casa y aparco. Tomo una gran bocanada de aire y me dirijo hasta la puerta. Antes de presionar el telefonillo miro el buzón, y con extrañeza descubro no hay

ningún nombre en él.

CAPÍTULO 3

Al igual que la primera vez, la puerta se abre sola nada más tocar el pequeño botón. Miro por todas partes buscando una cámara, pero no la encuentro. ¿Siempre abren así en esta casa? Deberían tener más cuidado... cualquier día podría entrar un ladrón y se llevarían un gran susto.

Camino por el frío pasillo y todo está en silencio. Busco con la mirada, pero no parece haber nadie. Todo esto es tan extraño...

—Buenos días, Sara. —Me giro. Otra vez ha vuelto a asustarme. Si hace esto a menudo no tendrá demasiadas visitas.

—Buenos días, señor —le saludo.

—Has sido puntual. Eso me gusta. —De nuevo sus ojos están fijos en mi cuerpo.

—Es lo correcto —fuerzo una sonrisa.

—Ven conmigo, te enseñaré la casa. —Le sigo. Su espalda es enorme y su cintura estrecha. Aunque es mayor, puedo apreciar que se cuida.

Cada habitación en la que entro es más lujosa que la anterior. Todo está muy ordenado y limpio. Cuando llegamos a la cocina me doy cuenta de que hay alguien más allí y respiro aliviada. Al menos eso me tranquiliza. Es una

chica morena con el cabello largo y parece estar cortando algo de espaldas a nosotros.

—Hola —digo en alto y la chica se gira.

—Hola —sonríe cuando me ve.

—Ella es Ana —dice mi jefe a modo de presentación—. Ana, esta es Sara, tu nueva compañera. —Se dirige a ella—. Como tú ya sabes cuál es el trabajo, os dejo a solas para que os organicéis y repartáis las tareas —Ana asiente mientras se seca las manos con el delantal y el dueño de la casa se marcha.

—Este hombre es muy raro, ¿verdad? —susurra mientras asoma la cabeza por la puerta y mira como se aleja.

—Un poco —sonrío. No quiero hablar mal de mi jefe el primer día y menos con una desconocida—. ¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí? —pregunto.

—Empecé ayer. —Levanto las cejas, sorprendida.

—Vaya. Creí que...

—¡Qué va! —No me deja terminar—. Me contrató la semana pasada. Me gustaron las condiciones y acepté el empleo —sonríe.

—Oye. ¿Puedo hacerte una pregunta? —digo algo avergonzada.

—Claro.

—¿Cómo se llama el jefe?

—No tengo ni idea. —Mis ojos se abren. No lo puedo creer—. ¿Y si te digo que yo pensaba hacerte esa misma pregunta? —ríe.

—¿En serio? ¿Tú tampoco lo sabes?

—No. Y a estas alturas me da vergüenza preguntarle. No quiero que piense mal de mí. —Me siento aliviada al ver que no soy la única.

—¿De dónde eres? —Su acento no es madrileño.

—Soy de Barcelona.

Un par de minutos después descubro que tiene un año más que yo, que se ha desplazado hasta Madrid por cuestiones de trabajo y que su situación económica no dista mucho de la mía.

Nos ponemos manos a la obra. Organizamos una especie de cuadrante y empezamos. Hoy me tocan los baños y el salón mientras ella prepara la comida. Cuando acabe se encargará de las habitaciones y yo de lo demás. Mañana será a la inversa.

Limpio los baños como hemos acordado. Espejos, lavabos, bañeras... todo está impecable, pero de igual manera lo hago. No quiero que entre el jefe y me vea parada. Acabo pronto y continúo con el salón. Retiro todas las figuritas de la estantería con cuidado. Parecen demasiado caras y tengo miedo de que se me caigan. Seguro que cada una de ellas cuesta más que todo mi sueldo de un mes. Paso el paño para eliminar el polvo de las baldas y mientras lo hago miro varias veces hacia atrás. El vello de mi espalda se eriza continuamente. Tengo la impresión de que alguien me está observando, pero no hay nadie en la sala conmigo. Me fijo en el techo y veo algo moverse en mi dirección. Estoy segura de que se trata de una cámara. «Al menos las tienen dentro», me digo.

El sonido de un teléfono me sobresalta y dudo por un momento. No sé si debería cogerlo. Después de tres tonos, se corta. Sigo limpiando y un minuto después alguien habla.

—Papá —oigo pasos—. ¡Papá! —Nadie contesta. Cada vez está más cerca y parece cabreado—. ¡PAPÁ, JODER! —grita.

—¿Qué pasa, hijo? —responde mi jefe. Acabo de descubrir que tiene un hijo y por la voz ya no es un niño. Están justo detrás de la pared que tengo a mi lado y no puedo verles.

—Ha llamado un tal Torres. Dice que es comisario y no sé que pollas. Ha dejado su número para que le llames cuanto antes. Según él, es importante... por no sé qué de una investigación. —Hace una pausa—. ¿Ha pasado algo? —Su voz parece *sexy* y siento curiosidad.

—No —dice mi jefe secamente—, ¿por qué iba a pasar algo? Seguro que es una confusión. Luego me pongo en contacto con él y lo soluciono. —Oigo como se alejan.

Las horas pasan y al no estar acostumbrada a tanto esfuerzo cada vez me siento más cansada. Miro el reloj continuamente esperando a que llegue la hora y Ana se da cuenta.

—Un día duro, ¿verdad?

—La verdad es que sí. Esta casa es enorme.

—Sí que lo es... yo estoy igual. Quiero irme ya. Necesito una ducha caliente y tumbarme en mi sillón favorito mientras veo una película.

—¿Cansadas, señoritas? —Nuestro jefe entra por la puerta y nos sorprende.

Las dos nos tensamos al instante—. Vengo a decirles que viendo el buen trabajo que han hecho hoy, no hará falta período de prueba. Ambas lo han pasado. —Mi corazón comienza a saltar fuertemente y pongo mi mano sobre él para calmarle. Trato de no parecer demasiado entusiasmada y respondo.

—Gracias, señor —Ana responde con las mismas palabras y nos miramos, cómplices. Tenemos la misión de averiguar su nombre.

—Necesito que arregléis ya vuestros papeles para que podáis viajar. En una semana nos vamos. Han surgido algunas cosas y debo marcharme. —Toda mi felicidad desaparece en ese momento. Es demasiado pronto y no estoy preparada mentalmente. Pienso en mi madre y en su reacción cuando se lo diga, y mi estómago se hace un nudo.

—No hay problema —dice Ana sonriente. Yo prefiero no contestar.

—¿Tú tienes algún problema, Sara? —Sus ojos se clavan en los míos y me pongo nerviosa. Parece haberse dado cuenta de que algo no está bien en mí.

—Yo... es que... no sé, señor. Creo que es demasiado pronto para mí...

—¿Cómo? —Su tono cambia—. ¿Estás diciendo que ahora no puedes? ¡Sabías a lo que venías desde el principio! —me grita—. Si no estás conforme o no vas a hacer lo que te pido, ¡ahí tienes la puerta! —La señala. Siento pánico a perder mi trabajo y respondo como puedo.

—Discúlpeme. No habrá problema.

—Así me gusta. Buena chica —sonríe—. Mañana en vez de venir aquí, dirigíos directamente a las oficinas de tramitación. Os esperaré allí y solicitaremos los pasaportes —me mira y asiento. No quiero que note duda en

mí. Tengo que hacer lo que sea para que no me despida—. Podéis iros —dice antes de salir de la cocina, y suelto todo el aire de mis pulmones. Es justo lo que necesitaba oír.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Ana—. Estás muy pálida.

—Sí, tranquila —respondo tratando de reponerme—. Es solo que tengo que dejar varios asuntos arreglados antes de poder salir del país y temo que no me dé tiempo.

—Entiendo —dice la chica mientras recoge sus cosas—. ¡Hora de irse! —levanta las cejas—. Mi sillón me espera.

En la acera me despido de ella y camino hasta mi coche. Vuelvo a sentir esa desagradable sensación de que alguien me observa, y al girarme descubro a mi jefe asomado en la ventana y mirando en mi dirección. Ese hombre me da escalofríos.

Cuando llego a casa, y antes de terminar de aparcar, veo a Lucas, que está esperándome de nuevo. Quiere saber cómo me ha ido.

—Hola, Luc —le saludo mientras cierro el coche.

—Hola, guapísima. —Se acerca a mí—. ¿Qué tal el día?

—No sé muy bien cómo definirlo. —Me encojo de hombros.

—Vaya. Otra vez igual. ¿Y eso?

Nos sentamos en uno de los escalones y le cuento lo ocurrido. Se muestra disgustado cuando le explico que me gritó y estuvo a punto de echarme. No le gusta que me hablen de ese modo, dice que es una falta de respeto hacia sus empleados y que no debería permitirlo. Además de eso, me asegura que

hay cosas que no le cuadran. He de admitir que a mí tampoco, pero prefiero no decírselo. Sería peor y se pondría más pesado. Aun así, insiste en que debería buscar otro puesto. Por supuesto, me niego. No puedo dejar pasar esta gran oportunidad.

—Tengo que irme. —Me pongo en pie—. Mañana salgo temprano y me queda poco tiempo para arreglar la casa y preparar todo lo que necesita mi familia para mañana.

—Está bien. —Suspira y se levanta. Está disgustado y no trata de disimularlo—. Sara... —pone su mano en mi mejilla—, si algo de esto no te gusta, no tienes por qué aguantar. Siempre podemos encontrar otra cosa. Yo podría ayudaros hasta entonces. Trabajo los veranos y tengo algo de dinero ahorrado...

—No, Luc. Eso no lo permitiré.

—Sara, haría cualquier cosa por ti. —Sus ojos brillan y me doy cuenta de que su mirada es distinta.

—No puedo dejar que hagas eso. Trabajas de sol a sol todos los veranos para poder comprarte el coche que tanto quieres.

—Necesito hacerlo —me interrumpe—. Desde hace semanas mi prioridad es otra. —Esa respuesta no la esperaba. Parece otra persona.

—Luc... —No deja que termine. Pone sus suaves labios sobre los míos y me besa. Me quedo inmóvil. Nunca había dejado que nadie se acercara a mí de esta manera. Es la primera vez que un chico me besa y no sé reaccionar. Cierro los ojos y lucho por no apartarme. La humedad de su boca es

agradable, pero siento que estoy besando a un hermano. Se retira lentamente y me mira.

—Sara —susurra—, llevo tiempo intentando decirte esto. —Abro los ojos para prestarle atención—. Estoy enamorándome perdidamente de ti —inspira—. No espero que me correspondas... Bueno, sí, pero entendería que no lo hicieras.

—Lucas, yo... —Trago saliva, todavía no he procesado lo que acaba de ocurrir—. No sé ni dónde estoy ahora mismo. Deja que me reponga y hablamos mañana. Descansa.

Le dejo solo y camino a toda prisa hasta la casa. Abro la puerta buscando alivio, y antes de encontrarlo mis hermanos salen a mi encuentro. Según me explican, mi madre no ha pasado buen día y han tenido que avisar al médico. Entro al salón y al preguntarle me dice que está mejor. Insiste en saber sobre mi día y solo le cuento la parte más suave. Por supuesto omito lo de los viajes para evitar que se disguste. Ya lo haré más adelante.

Paso la noche en vela dándole vueltas a todo. Lucas y su declaración. La necesidad de entrar dinero en casa, los cuidados y la medicación de mi madre, los estudios de mis hermanos... Todo me lleva a lo mismo, no puedo echarme para atrás. A las 7 de la mañana suena el despertador y lo apago al primer toque, no he podido de pegar ojo ni un momento. Me visto rápidamente y salgo de casa con dirección a la oficina de tramitación. Cuando llego allí, mi jefe ya está esperándome y Ana todavía no ha llegado.

—Buenos días, Sara.

—Buenos días, señor. —Bajo la mirada. De nuevo está repasándome con

los ojos. Se acerca tanto que puedo notar su olor y reprimo unas náuseas.

No hablamos nada más hasta que llega mi compañera.

—¡Hola! —dice algo sofocada—. Esto está horrible para aparcar hoy.
Lamento el retraso.

—No importa —dice seriamente nuestro jefe mientras empezamos a caminar hacia el interior.

CAPÍTULO 4

Cuatro horas después terminamos con el papeleo. Cuando salimos, cada uno se dirige a su coche y volvemos a la casa. Hay un vehículo aparcado en doble fila y no puedo salir del aparcamiento. Toco el claxon continuamente, y por fin, 10 minutos después, acude el dueño. No parece muy contento y lo retira protestando. Qué difícil es circular algunas veces con conductores tan idiotas. Con lo fácil que es hacer las cosas bien desde el principio...

Pongo un poco de música para calmarme y conduzco hasta mi lugar de trabajo. Al llegar veo que el jefe está en la puerta mirando a todos lados y me inquieto. Temo que me caiga una bronca por haber llegado tarde.

—Siento la demora —digo mientras camino hacia él. No contesta—. Alguien aparcó obstaculizándome y no pude llegar antes.

—Está bien. Entra. —Se retira y camino hacia el interior. Trato de no mover demasiado las caderas cuando noto que viene detrás.

—Papá. —Oigo al chico de ayer hablar a mi espalda y acelero el paso. Mientras le entretiene puedo llegar a la cocina sin sentir su intimidante mirada en mi trasero.

—¿Qué quieres? —Su tono es serio. Parece que le ha molestado que le

interrumpan.

—Vengo del taller. No me dejan sacar el coche de allí si no está a mi nombre. Tendrás que ir tú a recogerlo

—¡Estoy hasta los cojones de tener que solucionar tus mierdas! —Le oigo gritar al padre.

—¡Ya te dije que no fue mi culpa! —replica el hijo—. La idiota de la que te hablé se me echó encima y no pude hacer nada. Debieron regalarle el carné en una tómbola.

«Cómo están los conductores en Madrid últimamente», me digo. Parece que no es solo a mí a quien le pasan este tipo de cosas. Cada vez que pienso en cómo me gritó el gilipollas del otro día después de preocuparme por él... me cabrea.

Dejo de oírles cuando me alejo. Entro en la cocina y un rico olor abre mi apetito haciéndome sentir hambre al instante.

—Hola, Ana —saludo—. ¿Qué preparas?

—Estofado de carne —sonríe. Me acerco a la olla e inspiro profundamente.

—Huele delicioso.

—Es para el hijo del jefe —susurra—. ¿Le has visto? Es guapísimo. —
Abre los ojos para exagerar su frase.

—Le he oído hablar pero todavía no he tenido oportunidad de verle la cara.

—Creo que practica algún tipo de deporte. Tiene unos músculos impresionantes y me ha dicho que necesita proteínas para mantenerlos.

—¿En serio? —Siento curiosidad.

—Oh, sí... —Vuelve a abrir los ojos—. No me importaría llevarme a uno de esos a la cama.

—¡Qué burra! —Me sonrojo.

—¿Burra? ¿Acaso tú no te acuestas con los tipos que te gustan?

—No. —Vuelvo a sonrojarme—. Todavía no he practicado sexo con nadie.

—¿¡Eres virgen a los veinte!?! —dice con sorpresa.

—Estoy esperando al indicado. —Me encojo de hombros.

—Uff... has leído muchos libros, reina. Los príncipes azules no existen.

—Me gusta pensar que sí —sonrío y comienzo a preparar algunas cosas.

Diez minutos después, el guiso está listo.

—¿Por qué no se lo llevas tú? —Levanta las cejas pícaramente y me acerca la bandeja—. Está esperando en el salón. —Lo pienso por un segundo, pero finalmente acepto. Quiero verle y saber si es tan guapo como asegura.

Camino con cuidado para no derramar nada. Ana ha llenado demasiado el plato y el líquido amenaza con salirse en cualquier momento. Levanto la mirada un segundo cuando estoy llegando para calcular la distancia y vuelvo la atención rápidamente a la bandeja. Está de espaldas y solo he podido distinguir una gran silueta. Cuando estoy lo suficientemente cerca, saludo.

—Buenos días, le traigo su comida. —Estiro los brazos para ponerlo sobre la mesa con la intención de echarle un vistazo después, pero no me da tiempo, un fuerte grito me sobrecoge.

—¿¡TÚ!?! —Trato de mantener el equilibrio, pero ya es demasiado tarde, la mayor parte del contenido está en su ropa. Se pone en pie violentamente y separa la camiseta de su cuerpo para no quemarse—. ¡JODER! ¡MIERDA!

—¡Dios mío! —digo sin pensar y tomo la servilleta para ayudarlo—. Lo siento. Lo siento mucho... —Sé que me despedirán después de esto.

—¿QUÉ COÑO HACES TÚ EN MI CASA? —Levanto la vista extrañada por su frase, y mi sangre se hiela cuando le veo.

—No puede ser... —digo al darme cuenta de quién es. Ahora sí que está todo perdido.

—¡LÁRGATE DE AQUÍ! —Señala a la puerta. Cuando estoy a punto de salir corriendo alguien habla a nuestra derecha.

—¿Qué está pasando aquí? —Los dos nos giramos a la vez. Es su padre.

—¡Esta es la tipa que rompió tu coche y se dio a la fuga para evitar pagar! —grita mientras me señala ahora a mí—. ¿Por qué cojones está en casa? — Mi corazón comienza a bombear con fuerza y espero la frase final.

—¿Pagarás tú los gastos? —le pregunta malhumorado.

—No —responde secamente. Parece que la montaña de carne no esperaba esa respuesta.

—Pues como no serás tú, cállate la puta boca. —No puedo creerlo... ¿Mi jefe me está defendiendo?

—¿Desde cuándo das la cara por una mujer? —le acusa—. ¿Acaso has encontrado en esta algo diferente? ¿Te has cansado ya de tus putas? —Por lo que acabo de oír, intuyo que debe de ser un hombre con muchas mujeres

alrededor. Es lo que tiene el dinero.

—¡He dicho que te calles! —grita.

—¡Dios! —Levanta las manos—. ¡Vine hace tan solo unos días y ya estoy deseando largarme! —Da media vuelta y se marcha.

—Recoge todo esto y continúa con el trabajo. —Sus labios son una línea recta.

—Yo... —intento disculparme—. Lo siento mucho, señor, no sabía...

—No te he pedido explicaciones. Limpia todo esto. —Me deja sola.

Las manos me tiemblan mientras hago lo que me ha pedido. No puedo creerme que la montaña de carne con la que choqué sea el hijo de mi jefe. Presiento que mis días están contados aquí. Como me aconsejó Luc, debo buscar otro empleo.

Cuando lo llevo todo a la cocina, Ana parece saber lo que ha pasado.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupada.

—Podría estar mejor —digo mientras resoplo.

—He oído los gritos... todos los hijos de los ricos son igual de gilipollas, no te preocupes. Les dan todo hecho desde que nacen y se creen los reyes y el ombligo del mundo. —Fuerzo una sonrisa. No me siento con ánimo de hablar sobre ello.

Cambio algunas tareas con mi compañera para evitar salir a las zonas comunes. No quiero encontrármelo de nuevo. Todavía estoy demasiado nerviosa y mi corazón no aguantaría otro asalto más.

Ya es la hora de volver a casa, pero antes de irme llevo una cesta de ropa sucia a la zona de lavandería. Lo pongo todo en una de las lavadoras y la conecto. Cuando la máquina comienza a dar vueltas me quedo mirando al vacío, pensativa. Quizás debería disculparme de nuevo y tratar de que me escuche. Es muy incómodo trabajar así. Doy media vuelta para salir del cuarto y choco con algo mojado que antes no estaba ahí. Cierro los ojos por el impacto y lo primero que percibo antes de abrirlos es un agradable y fresco aroma.

—¿Vas a hacer de esto una costumbre? —Me aparto rápidamente al oír su voz.

—Lo siento... —Apenas me atrevo a mirarle a la cara. Trae una bola de ropa en sus manos y está prácticamente desnudo. Solo lleva puesto un bóxer blanco e intuyo que acaba de salir de la ducha.

—¿No tienes casa? —dice secamente.

—Estaba a punto de marcharme —respondo mirando al suelo.

—¡Pues lárgate ya! —El pulso se me acelera y siento unas increíbles ganas de gritarle, pero me contengo. Prefiero tratar de solucionar esto antes de que vaya a más.

—Lo que pasó el otro día... —Me mira y me pongo más nerviosa. No esperaba que me prestara atención—. Le diré al señor que me descuente de la nómina los gastos. Estuvo mal que me fuera así. —Necesito salir del cuarto, no me gusta tenerlo delante, y menos aún sin ropa.

—Por supuesto que estuvo mal, y claro que se te descontará. —Lanza la

bola de ropa que trae contra el suelo y pone un dedo muy cerca de mi cara—. Deberías empezar a hacer horas extras, porque ni con tu primer sueldo conseguirás pagar lo que cuesta ese arreglo.

—Así lo haré. —Mis ojos se humedecen. Me esfuerzo para evitar que note que estoy a punto de llorar, pero parece darse cuenta.

—¿Dónde está tu dedo corazón ahora? —Se lo enseñaría con todo el gusto del mundo, pero al pensar en mi madre y mis hermanos me contengo.

—¿Podemos olvidar esto? —digo en su lugar—. Acabo de aceptar lo que pides y me he disculpado. Me parece injusto que sigas machacándome cuando ya has ganado.

Oigo como suelta todo el aire por la nariz. Levanto la mirada, le noto más calmado y sus ojos se clavan en los míos.

—¿Cómo te llamas? —Cruza los brazos. Dudo, pero finalmente contesto. Parece buena señal.

—Sara.

—¿Cuántos años tienes, Sara?

—Veinte. —Cargo el peso de mi cuerpo de un pie a otro, nerviosa. No sé a dónde quiere llegar con estas preguntas.

—No lo puedo creer —dice negando con la cabeza—. Cada día se las busca más jóvenes... —Arrugo las cejas, confusa.

—¿Perdón?

—Nada. Ya eres mayorcita. Tú sabrás lo que haces. —Se marcha sin más

explicaciones.

CAPÍTULO 5

No entiendo muy bien a qué se ha referido la montaña de carne con lo de que ya soy mayorcita y sabré lo que hago, pero esto empieza a no gustarme. ¿Acaso cree realmente que estoy liada con su padre, como ha dado a entender? Sacudo la cabeza para eliminar ese pensamiento. El simple hecho de imaginarlo me produce náuseas.

Recojo la ropa que ha dejado tirada por el suelo y la meto en uno de los cestos para lavarla mañana. Mi hora pasó hace rato y tengo que volver a casa. Mi familia me espera.

De nuevo, al salir en busca de mi coche, siento esa desagradable sensación en mi nuca. Con disimulo miro hacia las ventanas y descubro que mi jefe vuelve a estar asomado a una de ellas. Puedo ver su mano sujetando la cortina y su cabeza pegada al cristal. Algo me dice que debería alejarme de aquí, y desde ya mismo estoy empezando a planteármelo. Si la situación era incómoda solo con el jefe, ahora con el añadido de su hijo es mucho peor. En cuanto llegue a casa llamaré a Lucas para que me ayude y enviaré varios currículums a empresas de limpieza. Con mi poca experiencia, es a lo único que puedo optar.

Cuando entro a casa los tres están viendo la televisión.

—Hola, hermanita —susurra Carlos para no despertar a Eric, que está plácidamente dormido en el sofá. Le saluda con la mano y sonrío.

—¿Cómo estás hoy, mamá? —Me siento a su lado y se aparta para dejarme más espacio.

—Hoy estoy mejor, hija. La medicación que me inyectaron ayer parece que me está ayudando.

—Me alegra mucho oír eso. —Beso su frente con cariño.

Hace varios años que le diagnosticaron esclerosis múltiple y desde entonces no hemos parado de buscar soluciones. Para nuestra desgracia, todavía no han encontrado una cura y es muy duro ver cómo se consume sin que podamos hacer nada. Mis horas libres en la universidad las pasaba conectada a internet, en la biblioteca, buscando un medicamento milagroso o alguna noticia de avances médicos, pero nunca encontraba nada. Aun así, no pierdo la esperanza. Me niego a pensar que esto tenga que ser así.

—¿Qué tal fue el día?

—Bien —sonrío, pero no puedo esconderse. Definitivamente las madres tienen un radar.

—Sara. Si no te sientes cómoda es mejor que renuncies. —Pone la mano sobre mi pierna y su calor traspasa mi pantalón—. He trabajado durante muchos años y puedo asegurarte que cuando no estás cómoda se convierte en una tortura diaria, y antes estás tú que eso.

—Es solo hasta que me adapte —sonrío de nuevo. Esta vez tratando de ampliar más la curvatura de mi boca—. Estoy algo decepcionada, no te lo

voy a negar. —Pongo mi mano sobre la suya—. Tenía una idea equivocada de lo que era estar empleada. Como todo el mundo lo hace... me parecía un camino de rosas, pero no es tan fácil como pensaba.

—Ojalá sea eso hija —dice mi madre mientras baja la mirada.

—Seguro que sí. —Me pongo en pie—. Voy a preparar la cena y las cosas para mañana.

Cuando termino telefono a Luc y en quince minutos está en casa. Le explico mi decisión y nos ponemos a buscar nuevas ofertas en su ordenador portátil.

—Mira este —pone el dedo en la pantalla—. Lo han publicado hace dos minutos y es en el pueblo. Buscan una persona para pasear y cuidar a una anciana. No es mucho, pero podría servir por el momento.

—¡Genial! —Anoto el número y llamo. No quiero arriesgarme a que otra persona se me adelante. Luc me mira atento mientras hablo—. ¡Sí! —digo cuando cuelgo y levanto el brazo en señal de victoria.

Les corre prisa, ya que la persona que estaba antes se fue sin avisar y acordamos vernos en media hora para hablar. La hija de la anciana conoce a mi familia y está encantada de que sea yo quien se haga cargo de su madre. No puedo creer la suerte que acabo de tener.

—Increíble —dice mirándome fijamente—. Los astros están de nuestra parte. —Sus ojos brillan y algo se mueve en mi interior. Estoy tan agradecida con él...

—Gracias, Luc —sonríó tiernamente y le abrazo—. No sé qué sería de mí

sin ti —hablo sobre su hombro y me rodea con los brazos.

—Lo mismo, pero tardarías más —ríe mientras pasa sus manos por mi espalda. Me separo lentamente de él y con las yemas de los dedos roza mi mejilla. Cierro los ojos para sentir su tacto, y antes de abrirlos sus labios tocan los míos. No estoy muy segura de lo que estoy haciendo, pero me dejo llevar y le devuelvo el beso. Al notarlo sale un gemido de su boca y enreda sus dedos en mi cabello. Nuestras respiraciones se aceleran y mi cuerpo reacciona de manera extraña.

—Luc... —acierto a decir.

—Mmmm —contesta y pasa su otro brazo por mi cintura. Su lengua encuentra la mía y mis ojos se abren. Es demasiado para mí por el momento.

—Luc —repito, y esta vez se aparta.

—¿Estás bien? —me mira preocupado.

—Sí... es solo que todo esto es extraño para mí.

—Lo siento, Sara. —Hay arrepentimiento en sus ojos—. Soy incapaz de sujetarme cuando estás cerca. Mis sentimientos hacia ti son más fuertes que mi sentido común, y aunque estoy seguro de que puede suponerme un problema, no puedo controlarlo.

—No te preocupes —trato de hacerle ver que todo está bien—, entiende que soy nueva en esto y necesito ir más despacio —sonríe, me conoce y sabe que es cierto—. Tú estás más experimentado... —Le he visto salir con varias chicas. Es muy atractivo y todas en la universidad suspiran por él.

—No exageres —ríe.

—Oh, vamos... Todavía recuerdo el día que te fui a buscar y salió Sandra desnuda para que viera que no estabas solo. ¡Tardé semanas en borrar esa imagen de mi memoria!

—Ese día Sandra y yo habíamos bebido demasiado. —Vuelve a reír mientras lo recuerda—. Pero entiendo lo que quieres decir. Trataré de ir más despacio —me guiña un ojo—. Ahora ve a prepararte que nos esperan para hablar de tu nuevo trabajo.

—Todavía no lo es —respondo mientras saco un par de toallas del armario.

—Sabiendo quién es la señora, lo será.

Como bien auguraba Luc, nada más verme, la señora Nicolasa me pregunta por mi madre y me cuenta lo bien que lo pasaba con mi abuela cuando eran jóvenes. Además de amigas, sirvieron durante años juntas en la casa del párroco.

—¿Cuándo podrías incorporarte? —me pregunta la hija al salir de la casa—. Es muy necesario que sea pronto, Sara. Mi hermana y yo vivimos fuera y ella ya no se vale para quedarse sola.

—Deja que hable con mi jefe. He empezado hace solo dos días y todavía estoy en período de prueba. Renunciaré al cobro que me corresponde si hace falta para poder estar aquí como mucho pasado mañana.

—Te esperamos entonces —asiento, nos despedimos y Luc regresa a su casa.

Nuevamente paso parte de la noche dándole vueltas a todo. No sé cómo empezar la conversación, pero estoy decidida, no quiero seguir ahí por más

tiempo. Lo siento por Ana, me cae muy bien, pero sé que lo entenderá.

Cuando llega la hora me dirijo a la casa. Nada más entrar le encuentro sentado leyendo un periódico y decido hablar con él en ese momento. No sé si volveré a tener hoy la oportunidad, y cuanto antes sepa mis intenciones, antes podrá buscar a otra chica.

—Buenos días, señor —saludo. Levanta la cabeza y me mira fijamente.

—Buenos días, Sara. ¿Quieres algo? —pregunta extrañado al verme frente a él.

—Me gustaría poder hablar con usted. ¿Es buen momento? —Frunce el ceño y cambia de postura.

—Tú dirás.

—Verá... —Es más difícil de lo que parecía en un principio. Tomo aire y lo suelto del tirón—. Quisiera renunciar al puesto.

—¿¡Qué!?! —Se pone en pie—. ¿Estás de broma?

—No, señor... He... he encontrado algo muy cerca de casa y aunque las condiciones económicas no son las mismas, me permite estar más tiempo con mi familia...

—¡No puedes irte! —grita.

—Creo que sí puedo...

—¡ME DEBES DINERO! —grita ahora más fuerte y me asusta—. ¡AYER PAGUÉ TODOS TUS MALDITOS PAPELES PARA QUE PUDIERAS VIAJAR!

—Es cierto, señor, por eso he decidido renunciar al sueldo que me corresponde. Creo que aún debería sobrar algo, pero no me importa que se lo quede... —Trato de hablar calmadamente, aunque la voz me tiembla.

—Estás loca si crees que con los días que llevas trabajando aquí pagas tu deuda —le miro extrañada. No me gusta su tono.

—Vi el dinero que entregó, señor...

—¡Viste una mierda! —ríe maliciosamente—. A todo eso debes sumarle mi tiempo. Soy un hombre que cobra una fortuna por hora y tuve que emplear cuatro al menos. —Me tenso—. Además, te recuerdo que mi coche está todavía en el taller y si pretendes irte, tendrás que costearme la reparación.

—Pero usted dijo que... —Todavía recuerdo cómo me defendió delante de su hijo.

—¿Dije qué? —Tuerce la boca, victorioso—. Tendrás que abonarme todo eso si te vas. Piénsate si merece la pena.

CAPÍTULO 6

—Puedo pagárselo a plazos. —No puedo creer lo que estoy oyendo.

—Lo siento. —Vuelve a sonreír de esa manera que tanto odio—. Yo no acepto ese tipo de acuerdos con mis empleados. Tendrás que trabajar para mí hasta que canceles tu deuda.

—Pero señor... —Siento ganas de llorar. Todo lo que hasta ahora me parecía una bendición, acaba de esfumarse.

—No hay peros. Ve con Ana. —Se marcha.

Me quedo pensativa durante varios minutos en el salón. Barajo la idea de salir corriendo, pero tiene todos mis datos y es muy probable que se presente en casa para exigirme el pago. No quiero imaginar el disgusto que se llevaría mi madre si eso sucede. No puedo consentirlo. Tengo que solucionarlo sin que ella se entere. Por el rabillo del ojo veo algo moverse en la esquina del techo y me doy cuenta de que es la cámara. Tengo la sensación de que alguien me vigila, aunque quizá son paranoias mías. A nadie le interesa una pobre empleada.

Durante la primera mitad de la mañana me esfuerzo por tratar de calmarme, pero no hay manera, la rabia me ciega y lo único que me apetece es patalear

como si fuera una cría de tres años. No puedo creer que tenga que ser así. Es un buen trabajo el que encontré ayer, está al lado de casa y tengo la posibilidad de poder pasar más tiempo con mi madre y mis hermanos. «No puedo perderlo», me digo e inspiro profundamente. En un acto de valentía, comienzo a andar y busco a mi jefe por la casa. Quiero hablar de nuevo con él y hacerle entrar en razón. Puedo pagarle, pero necesito tiempo y debe entenderlo. Llego a su despacho, tiene la puerta abierta y puedo verle sentado en un amplio sofá de cuero. Golpeo con los nudillos la puerta de madera.

—Hola, señor —digo cuando gira su cabeza para ver quién es.

—¿Qué quieres ahora? —Su tono es mucho más áspero que el que usa habitualmente.

—Necesito que hablemos...

—Creo que ya lo hemos dejado todo claro antes. No hagas que pierda mi tiempo o tendré que sumártelo en la factura. —Hace un gesto con su mano para que me vaya, pero desobedezco.

—Señor... no me parece justo lo que quiere hacer conmigo.

—Y a mí no me parece justo que después de todo lo que he tenido que hacer por ti quieras irte ahora. —Un pensamiento cruza mi mente en ese momento.

—¿Puede decirme cuánto es lo que le debo? —Acabo de recordar que Luc me ofreció dinero hace solo unos días y quizás podría aceptarlo. Sonríe y mi vello se pone de punta.

—Claro. —Se acerca al ordenador de sobremesa y comienza a teclear algo

rápidamente. Un par de minutos después, la impresora que tengo a mi izquierda comienza a sonar. Un par de folios salen de ella con algo escrito—. Acércamelos —dice con autoridad. Los saco con cuidado de la máquina y se los entrego—. Siéntate. —Me señala la silla que tiene enfrente. Me acomodo y espero. Gira los papeles hacia mí y señala un número de varias cifras—. Esto es lo que me debes. —Mis ojos se abren al ver esa cantidad tan desorbitada.

—¿Estás quedándote conmigo? —Mi respeto hacia él comienza a flojear.

—¡A mí no me hables así! —grita y me encojo—. Esto es lo que me debes a día de hoy, y no hay más que hablar.

—Pero eso es muchísimo dinero —respondo a punto de echarme a llorar. No creo que Luc pueda prestarme tanto.

—Esos son los gastos que me has generado en el tiempo que llevas aquí. Más la penalización por no avisarme con quince días de antelación. —Señala otra cifra y levanta una ceja—. Por supuesto tendrás que pagar el trabajo de mi gestor, los gastos de anulación del contrato y la reparación de mi coche. —Me mira fijamente—. Yo no soy el que se va ni el que incumple. —Todo se vuelve oscuro en mi cabeza. Definitivamente no podré hacer lo que me hubiera gustado.

—Esto es injusto... —digo abatida.

—Esto es lo que hay —contesta con tono burlón.

Me levanto de la silla perdida en mis pensamientos y salgo del despacho sin despedirme. Camino hasta la cocina sin sentir la planta de mis pies y cuando

entro, Ana se preocupa.

—¡Dios Santo, Sara! —exclama y suelta la servilleta de tela que tiene en las manos para venir hacia mí—. Parece que hubieras visto un fantasma. ¿Te encuentras bien? —asiento, pero mis ojos se llenan de lágrimas, delatándome. Acerca un taburete y lo coloca a mi espalda—. Siéntate un momento. Tengo que llevarle esto al hijo del jefe y ahora hablamos. —Me muestra una bandeja—. No tardo.

Quince minutos después está de regreso y tras insistir bastante, le cuento lo ocurrido.

—Debe de haber un error —dice mirándome sorprendida—. Eso que quiere hacer contigo es ilegal, Sara.

—No entiendo mucho de leyes... —respondo sin gana.

—No puede exigirte ese dinero. Debes hablar con un... —Antes de que termine la frase, el jefe entra.

—Ana, ven conmigo. —La chica se tensa. Seguro que cree que la ha oído.

—Sí, señor —responde.

—Vamos. —Le sigue y se marchan, dejándome sola. Una punzada de culpabilidad me atraviesa, espero que no tenga nada que ver con lo que estábamos hablando. Intuyo que las cámaras tienen micrófonos y pueden oír todo lo que hablamos.

Lo recojo todo, aunque no sean mis tareas de hoy. Entiendo que ella no podrá hacerlo y no quiero andar retrasada y tener que quedarme más tiempo del necesario después.

Cuando estoy a punto de terminar, regresa.

—¿Qué tal ha ido? —Tiene una expresión extraña en su cara y parece confusa.

—Supongo que bien... —responde y me mira—. Quiere que salga mañana mismo de viaje a México.

—¿A México? —pregunto extrañada—. ¿Tan rápido?

—Sí —dice mirando a la pared—. Parece que alguien que trabajaba en una de sus pertenencias allí se ha marchado y tengo que ir a ocupar su lugar.

—¿Irás? —pregunto sorprendida.

—Sí, claro. No tengo nada que me ate a España y me pagará el doble mientras esté allí —sonríe—. Con ese dinero, en un par de años quizás pueda tener mi casita propia. —Sus ojos se iluminan.

—Ohm... —No sé qué decir. Todo esto no me da buena espina.

—No conozco ese país, así que aprovecharé para hacer turismo en mis horas libres. —Con cada segundo que pasa se muestra más convencida.

El telefonillo de la cocina suena y nos interrumpe. Ella lo atiende.

—Dígame —responde Ana. Casi siempre el jefe se comunica con nosotras a través de él para no tener que venir hasta aquí—. Claro, se lo diré. Ahora se lo lleva. —Se gira hacia mí sonriente—. Es el hijo, dice que quiere una jarra de agua bien fría y tienes que ser tú quien se la lleve.

—¿Yo? —Mis ojos se abren. Quizás quiera reprocharme mi marcha, como su padre—. De acuerdo... —digo poco animada y lo preparo todo.

Mientras camino por el pasillo voy pensando respuestas rápidas a todas sus posibles preguntas, no quiero que me pille desprevenida en ninguna. Bastante he tenido con no saber qué decirle a su padre.

Al llevar las manos ocupadas tengo que empujar la puerta con la rodilla. Está entreabierta y con poco esfuerzo consigo que se abra por completo.

—Hola —me obligo a decir. Si por mí fuera, no despegaría los labios, pero de momento son mis jefes y tengo que hacer uso de las buenas formas.

Está tumbado sobre la cama y lo único que cubre su cuerpo es un pequeño pantalón de pijama.

—Ponlo ahí —responde mientras señala una mesilla. Hago lo que me dice y me giro con la intención de marcharme.

—Que pase buen día —respiro aliviada. Parece realmente que solo quería el agua.

—Oye. —Su voz acelera mis pulsaciones. Demasiado bonito para ser verdad... Me giro lentamente y le miro.

—Dígame —sonríe al oírme hablarle de usted.

—Mira cómo está todo esto —Señala la habitación—. Deberías recogerlo, ¿no crees? —Me fijo y hay montones de ropa tirados por todas partes, sábanas, colchas e incluso la limpia que planché y coloqué el día anterior en los armarios. —Antes de que vuelva a hablar, toma la jarra entre los dedos y derrama el líquido por el piso—. ¡Ups!, qué torpe soy... También tendrás que limpiar esto —sonríe, toma un libro y vuelve a tumbarse en la cama—. Sigo queriendo mi agua fría, así que por favor no te tardes.

Mi sangre hierve y siento una gran necesidad de gritarle. Busco en mi interior un poco de paciencia y con esfuerzo me contengo.

—Claro, señor —contesto como si no me afectara y comienzo a limpiar. No le daré la oportunidad de pensar que está consiguiendo lo que busca.

Cuando lo tengo todo doblado abro el gran armario y comienzo a guardar las prendas en él. Estoy a punto de acabar y veo cómo se pone en pie de nuevo y viene hacia mí. Inspiro profundamente y al notar que no se para e invade mi espacio, me tensó. No sé en qué momento ocurre, pero de pronto su torso está en mi cara y yo atrapada entre el armario y su cuerpo. Su aroma se filtra en mis fosas nasales como en la lavandería y me paraliza. Mil cosas pasan por mi mente en ese momento. Cuando voy a hablar, levanta uno de sus brazos y toma algo de la parte más alta del mueble...

—Por fin lo encontré. —Se aparta de mí. Dejo salir disimuladamente el aire de mis pulmones y poco a poco me relajo. Sujeta lo que parece una rodillera y mete el pie por una de las boquillas hasta que la coloca en su pierna—. Que sepas que esto es culpa tuya. —Me señala con el dedo y parpadeo, confusa.

—No entiendo la razón —respondo.

—Gracias a tu poco cuidado en el aparcamiento me golpeé en la rodilla y desde entonces me molesta. —Me quedo pensativa valorando el disculparme de nuevo, pero finalmente decido no hacerlo. Espero que no quieran cobrarme también el fisioterapeuta...—. ¡Eh! —De una voz me saca de mis pensamientos—. ¡No te pagamos para que estés aquí parada! —Le miro con furia durante un instante y descubro que trata de disimular una sonrisa.

CAPÍTULO 7

Continúo con mis tareas rezando para que acabe el día pronto. Fuerzo mi cerebro intentando encontrar una solución a mi problema, pero no la encuentro. Me siento entre la espada y la pared...

Nada más salir de la casa telefono a Lucas y quedamos en el escalón de siempre. Quiero que me dé su punto de vista ante esta situación. Necesito que me aconseje.

—Hola, Sara —me saluda seriamente cuando nos vemos—. ¿Qué ha pasado esta vez? —Entiende que algo no va bien y se muestra preocupado.

Le pongo al día y cuando llego a la parte de mi deuda, explota. Se pone en pie y comienza a gritar insultos hacia mi jefe y su hijo.

—Tranquilo, Luc. —Está demasiado cabreado—. Ya sé que es indignante, y además no debe ser muy legal lo que están queriendo hacer conmigo — respondo apenada—, pero no puedo costearme un abogado y esta gente me da miedo... Así que he decidido pagar la deuda y olvidarme. Quien tiene dinero tiene poder, y temo que puedan hacer algo que pueda disgustar a mi madre.

—Ven conmigo —Tira de mi mano para que me levante.

—¿Dónde? —pregunto extrañada—. Tengo que llegar pronto a casa...

—Vamos a ver a un abogado ahora mismo.

—Luc. —Me detengo—. Acabo de decirte que no puedo pagarme uno.

—Nadie ha dicho que lo vayas a pagar tú. —Tira de mí de nuevo—. Esta vez tendrás que dejar que te ayude. Te están engañando a ojos vistos y no pienso consentirlo.

Intento resistirme un par de veces más, pero finalmente me convence. Conduce hasta un bufete y cuando llegamos uno de los letrados nos atiende.

Le narro lo ocurrido y hace algunas llamadas mientras esperamos. Entre ellas al seguro de mi coche. Cuando ha recopilado los datos necesarios vuelve a dirigirse a nosotros.

—Parece que no es del todo correcto lo que le están exigiendo, señorita Sara. Al menos en cuanto a lo que al seguro se refiere. La ley del Contrato del Seguro establece que se debe comunicar al asegurador el acaecimiento del siniestro dentro del plazo máximo de siete días, salvo que se haya fijado en la póliza un plazo más amplio y por suerte, todavía no ha vencido, por lo que está dentro de ese período de tiempo.

—¿Entonces todavía estamos a tiempo de que cubra los gastos la mutua? —pregunta Lucas.

—Exacto. —Esa respuesta consigue que me relaje al instante. Él lo nota y se dirige a mí—. El tema laboral es otro asunto. Necesitaría leer la letra pequeña... pero de todas maneras si su jefe quiere, la puede demandar. Sobre todo, si ha perdido dinero como resultado del incumplimiento del contrato.

Le puede exigir una indemnización por daños y perjuicios al haber hecho un desembolso económico como asegura que hizo para preparar sus pasaportes.

—¿Qué debemos hacer entonces? —vuelve a preguntar mi amigo.

—Si fuera yo, le entregaría una carta de renuncia y aguantaría esos quince días para que no haya problemas... una demanda de este tipo puede dar muchos dolores de cabeza. —Miro a Luc y su boca es una línea recta. Le conozco demasiado bien como para saber que no le ha gustado nada escuchar esa última frase. Durante el resto de conversación se mantiene en silencio y pensativo. El abogado y yo gestionamos y enviamos el parte para no esperar más tiempo y minutos después nos despedimos.

—Tengo que avisar a la señora Nicolasa —digo cuando salimos a la calle.

—¡Joder! —grita al tiempo que pega una patada a una pequeña piedra que hay en medio de la calle—. ¡Esto es una mierda!

—Lo sé... —Me quedo mirando al vacío. Pestañeo un par de veces para volver al momento y saco el teléfono del bolso para marcar el número de la anciana.

Me disculpo con ella por no poder ir, como le había asegurado, y se muestra disgustada. Ya se había hecho a la idea de que estaría allí al día siguiente y estaba ilusionada. Me asegura que hablará con sus hijas para intentar esperarme, pero no puede prometerme nada. Como ya me dijo el primer día, es urgente y necesitan a alguien.



A la mañana siguiente regreso a mi puesto con la carta en las manos. Aguantaré los quince días de preaviso como me aconsejaron, pero me marcharé después. Ya sé que no puede cobrarme nada y se lo haré saber si vuelve a sacarme el tema.

Cuando entro a la casa al primero que veo es a la montaña. Se refrena un poco en el pasillo cuando se da cuenta de que estoy ahí con la intención de decirme algo... pero finalmente no lo hace y se marcha.

—Te estaba esperando. —La voz del padre me sobresalta. Le estoy empezando a odiar.

—Yo también quería verle —respondo nerviosa. Aunque sé lo que tengo que hacer, no puedo evitar inquietarme cuando le tengo en frente. Me mira las manos y se fija en el sobre.

—¿Eso es para mí? —Antes de que pueda contestar estira la mano y se lo doy—. Veamos. —Despliega el papel y comienza a leer—. Vaya, vaya... ¿así que te vas? ¿De dónde piensas sacar el dinero?

—Solo tendría que pagarle si incumplo el contrato, y como verá no lo estoy haciendo. —Me mira con la frente arrugada. Intuye que me han asesorado.

—¿Y cómo piensas pagarme la reparación del vehículo? —Levanta una ceja creyendo que tiene la sartén por el mango.

—Ya está solucionado. El seguro se hará cargo. Ayer se quedó todo preparado. —Sus ojos se abren con sorpresa y un incómodo silencio se instalan entre nosotros.

—Chica lista. —Sonríe sin ganas—. Prepara las cosas que necesites.

Pasarás parte de esos días fuera del país. Hay otra baja donde está Ana y tienes que cubrirla.

—¿Qué?

—El avión sale dentro de tres días. Cuando aterrices, un coche te estará esperando para llevarte a mi propiedad.

—¿Cómo?

—Lo que acabas de oír. Hasta dentro de dos semanas sigues siendo mi empleada y tengo que aprovecharme de ello. Las condiciones siguen siendo las mismas. Te pagaré el doble de lo acordado. —Se marcha y me deja con el problema.

La noticia me cae como un jarro de agua fría, y trato de mentalizarme para aceptarlo. «Vamos, Sara, es el doble y te vendrá bien el dinero», me digo. «Y ya que no puedo negarme, mejor aceptarlo cuanto antes. Necesito evitar la demanda y tiene razón. Está en su derecho porque sigo siendo su empleada y esto entraba en el trato. Solo serán unos días y todo habrá acabado... Además, estaré con Ana y quizás sea una bonita experiencia, porque nunca he viajado fuera de España. Aprovecharé para conocer México con ella... seguro que después de todo, lo paso bien».

Los días siguientes se me hacen eternos. El padre no ha vuelto a dirigirme la palabra, pero el hijo ha tomado las riendas y me ha estado haciendo la vida imposible. Parece haber encontrado una gran diversión en ensuciar y descolocar todo a su paso para que yo tenga que ir detrás recogéndolo. Incluso ha hecho jirones dos rollos de papel higiénico y me encuentro trozos

y bolitas por todas partes. Es peor que un niño malcriado.

La noticia del viaje no cayó nada bien en casa, pero al explicarles que es la única solución para acabar con esta historia, no les quedó más remedio que aceptar...

—Vuelve a hacer un repaso mental. ¿Llevas todo lo necesario? —dice Luc mientras me lleva al aeropuerto—. Todavía estamos a tiempo de comprar algo antes de llegar.

—Sí, pesado... —Es la tercera vez que me hace la misma pregunta—. Lo llevo todo, tranquilo. Solo será una semana y media.

—Llámame todos los días.

—Que sí...

—Si pasa cualquier cosa, no dudes en hacérmelo saber.

—Luc, por favor.

—¡Entiéndelo, joder! —Golpea el volante—. No me gusta ese tipo y no estoy a gusto. —Me mira por un segundo—. ¡Tengo la sensación de que te estoy llevando a un matadero!

—Pues no será así. Si pasa cualquier cosa o no sabes de mí, tienes la dirección. —Mi jefe me la entregó el día anterior anotada en un papel para que mi familia supiera dónde estaría y eso me tranquilizó.

—Está bien... —No dice más. El resto del trayecto lo hacemos en silencio. Me ayuda con la maleta cuando llegamos y se queda conmigo hasta que avisan por megafonía para que los pasajeros con destino a México embarquemos.

—Te llamaré en cuanto llegue. ¿De acuerdo?

—Es lo único que te pido. —Toma mi barbilla y besa mis labios. Su contacto me gusta, pero sus besos no son como había imaginado que serían.

—Cuida de mi mamá y mis hermanos, por favor. —Le abrazo.

—Lo haré. Mi madre también se ha ofrecido e iremos todos los días a echarles una mano. No les faltará de nada.

—Gracias —sonrío y me alejo. Con cada paso que doy algo se rompe dentro de mí. Si pudiera echarme atrás, no iría. Ojalá nunca hubiera acudido a esa entrevista...

Una azafata muy amable me indica el sitio donde tengo que sentarme. Me ayuda a poner mi equipaje de mano en el compartimento indicado y me acomodo junto a una mujer morena y bastante atractiva.

—Hola —me dice sonriente.

—Hola —respondo mientras busco el cinturón. Siempre he oído que hay que abrochárselo cuando subes al avión.

—Tranquila —susurra la mujer al darse cuenta de mi intención—. Ahora saldrá una de las chicas y explicará cómo hay que hacerlo todo.

—Gracias —respondo. Como bien ha dicho, una azafata muy simpática nos da unas clases prácticas en las que nos enseña a utilizarlo todo en caso de imprevistos.

—Eres Sara, ¿verdad? —Mis ojos se abren como platos y la miro con sorpresa al oír mi nombre.

—Sí... ¿cómo lo sabe?

—Soy Lorena, quien te concertó la entrevista. Me han encargado acompañarte hasta la propiedad de México.

—Oh, pero... yo creí que un coche estaría esperándome al llegar... —No sé qué decir. Creo que mi jefe se ha tomado demasiadas molestias y no habría hecho falta que avisara a nadie.

—A Aníbal le gusta que salga todo según lo previsto.

—¿Cómo? —Creo que acabo de descubrir cuál es su nombre.

—A tu jefe, querida —sonríe.

Durante las doce horas que dura el viaje trata de darme conversación en varias ocasiones, pero hay algo en ella que no acaba de gustarme y finjo estar dormida para evitar que me hable.

Cuando las ruedas del avión por fin tocan el suelo siento un gran alivio. Las ganas de estirar los músculos son casi insoportables. Si llegamos a tardar más, me hubiera puesto a hacer ejercicios en medio del pasillo y no me habría importado lo que me dijeran.

Cuando salimos, Lorena señala un coche que hay aparcado a unos metros de nosotras y caminamos hacia él. Me presenta al chófer, y cuando este habla, sonrío. Su acento me hace gracia. Es muy agradable.

Dos horas después llegamos a una especie de finca en medio del campo. Unas grandes puertas se abren cuando nos acercamos y sigue conduciendo hasta que llegamos a una especie de hotel.

—Vaya... —exclamo al ver lo grande que es.

—Aquí es donde trabajarás —Lorena abre la puerta y baja—. Ven conmigo —dice ya desde fuera—. No hace falta que saques tu maleta, Gerardo se encargará de ella.

Bajo y la sigo. Pasamos por un puente que hay sobre una enorme piscina. Hay varios hombres al otro lado y saludan a la mujer que va conmigo.

—Hola, reina. —Uno de ellos pasa la mano por su cintura con confianza—. ¿Te esperamos esta noche?

—Por supuesto —contesta ella.

—¿Esta es la nueva? —pregunta otro mientras me repasa con la mirada. Fuerzo una sonrisa, imagino que son clientes del hotel y debo tratarles bien.

—Sí —responde y le guiña un ojo—. Voy a mostrarle su habitación y en unos minutos estoy de vuelta. —Se despiden y nos marchamos.

Entramos al gran recibidor y todo es increíblemente lujoso. Las paredes son de mármol y hay grandes estatuas por todas partes. Debe de ser complicado limpiarlas.

—Guau —digo mientras lo observo todo—. ¡Esto es impresionante!

—Sí, lo es. —Llegamos a un pasillo lleno de puertas y señala una de ellas—. Esta es la tuya. —Mete una de las llaves en la cerradura—. ¡Ay, no! —exclama y la miro—. Me he dejado el teléfono en el coche. ¿Podrías prestarme un segundo el tuyo para hacer una llamada? Tengo que avisar de que has llegado.

—Claro. —Lo saco de mi bolsillo y se lo entrego.

—Ve levantando la persiana si quieres para que puedas ver el interior

mientras hablo.

—De acuerdo —respondo y entro.

Está todo tan oscuro que no veo nada. De pronto, la puerta se cierra de un portazo que me asusta, y cuando voy hacia ella oigo como echan la llave.

CAPÍTULO 8

Me quedo paralizada tratando de asimilar lo que acaba de ocurrir. «No puede estar pasando esto». Lo he visto en las noticias y en algunas películas, pero siempre creí que esto nunca me pasaría a mí. Intento pensar que es una broma, pero al ver que tarda en abrir, empiezo a asustarme. Un horrible calor recorre todo mi cuerpo. No veo nada y estoy empezando a entrar en pánico. No soporto los sitios cerrados y menos aún si no tienen luz. Vuelvo sobre mis pasos con los brazos estirados y busco la puerta por la que entré. Cuando la encuentro, tiro de la manilla con fuerza y al notar que no puedo abrirla, la golpeo.

—¡Lorena! Abre, por favor —grito, pero nadie contesta al otro lado. Pego mi oreja a la fría madera y escucho. Nada, ni un solo ruido—. ¡LORENA! — Levanto más la voz—. ¡ABRE LA PUERTA! —El calor cada vez es mayor y comienza a faltarme el aire. Abro las manos y vuelvo a golpear, esta vez con las palmas para hacer más ruido—. ¡POR FAVOR! ¡SACADME DE AQUÍ! —Es inútil, pero me niego a creerlo.

Durante varios minutos más sigo insistiendo, la garganta me duele y estoy empezando a quedarme afónica. Cuando por fin me convengo de que es inútil que siga y que nadie vendrá a socorrerme, recorro la habitación tratando de

buscar un interruptor o una ventana. Todo lo que mis manos encuentran es pared y más pared. Doy pasos con cuidado de no tropezar, pero extrañamente no hay muebles. La habitación parece vacía y huele a orín. En unas zonas ese olor es mucho más fuerte que en otras.

Varias ideas se forjan en mi mente, pero trato de desecharlas. «No puede ser...», me digo. Busco de nuevo la puerta de madera y cuando la encuentro la golpeo con todo mi cuerpo. —¡ABRE! ¡ABRE LA PUERTA! —El hombro me duele—. ¡ABRE, MALDITA SEA! ¡ABREEE! —Pierdo la cuenta de las veces que lo intento y finalmente acabo agotada. Me dejo caer lentamente y comienzo a llorar por la impotencia. «¿Me dejarán morir aquí? ¿Me han raptado? ¿Querrán extraer mis órganos?». He oído varias veces que existen mafias que se dedican a traficar con órganos humanos y temo haber caído en una de ellas.

Pienso en mi madre, mis hermanos y en el pobre Luc. Mi único consuelo es que él tiene la dirección y si no le aviso de mi llegada estoy segura de que buscará ayuda...

Las horas pasan y estoy empapada en sudor. Juraría que al menos llevo aquí dos días metida. He tenido que hacer mis necesidades en la habitación y me siento fatal por ello. El calor es tan insoportable que siento náuseas. Necesito agua urgentemente o me deshidrataré. Trato de humedecer mis labios, pero no lo consigo. Mi paladar está tan seco que se podría agrietar en cualquier momento. Golpeo con la cabeza la puerta, con la esperanza de que alguien que pase por ahí me oiga. Debido al agotamiento, mis extremidades pesan demasiado y me cuesta moverme. Estoy segura de que se debe al calor. Mi

respiración es cada vez más rápida, al igual que mi pulso. Cuando siento que estoy a punto de desmayarme, la puerta se abre y deja entrar una corriente de aire frío y con ella el tan deseado oxígeno.

—Veamos qué mercancía tenemos por aquí... —Es un hombre de unos cincuenta años con una gran cicatriz en la ceja. Aprovecho la luz exterior para mirar a mi alrededor. Como imaginaba, la habitación está vacía y no tiene ventanas.

—¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me están haciendo esto? —pregunto con esfuerzo. Mi lengua se enreda debido a la sed.

—¿No te lo explicó la morena? —ríe.

—¿Lorena?

—¿Ahora se ha puesto ese nombre? —ríe a carcajadas y no entiendo nada. Saca una botella de agua de una gran bolsa y la abre delante de mí—. ¿Quieres?

—Sí, por favor —digo tragándome el orgullo. Me acerca la botella y cuando voy a cogerla, la retira.

—Tendrás que ganártela. Aquí no hay nada gratis. —Sonríe. Da un largo trago y varias gotas corren por su barbilla haciéndome sentir mucho más sedienta. Necesito saciar mi sed de alguna manera.

—Por favor... llevo muchas horas aquí...

—Ponte en pie. —Mete la mano en su bolsillo y saca lo que parece una linterna de él.

—No me encuentro bien, estoy mareada y necesito el agua... —respondo.

—¡PONTE EN PIE DE UNA PUTA VEZ! —Su tono cambia de pronto—. ¡CUANDO YO TE MANDE ALGO OBEDECE AL INSTANTE! —Agarra fuertemente mi brazo haciéndome daño y tira de mí hasta que me pone frente a él. Enciende la linterna y la apunta en mi dirección—. Mmm... —Mi piel se eriza con su gemido—. Seguro que le gustas a nuestros clientes. —Estira su brazo en dirección a mi pecho y al ver sus intenciones me aparto rápidamente—. Jamás. Vuelvas. A hacer. Eso. —Agarra con su puño mi ropa y me pega a su cuerpo—. ¿¡ENTIENDES!?! —Su apestoso aliento está muy cerca de mi cara y asiento para que me suelte cuanto antes. Parece que funciona—. Buena chica. No te golpearé para no dañar tu bonita cara. A nuestros clientes no les gustan los golpes, pero como vuelvas a desobedecerme, no te librarás. —Lanza la botella contra mi cuerpo y cae al suelo. Sin pensarlo demasiado me lanzo a por ella y cuando estoy a punto de llegar, me golpea y pierdo el equilibrio—. ¿No te enseñaron a decir gracias? —Le miro con odio desde el suelo. No entiendo por qué me hace esto.

—Gracias... —Lloro de nuevo, porque ya no sé qué otra cosa hacer. Necesito beber—. ¿Por qué me estáis haciendo todo esto? ¿Qué os he hecho yo? No entiendo nada... —Recoge la botella y la vuelve a meter en la bolsa. Siento un gran desconsuelo y temo por mi vida. Moriré deshidratada si me tienen así.

—Ponte esto. —Tira a mis pies una prenda de ropa—. Pronto sabrás cuál es tu trabajo aquí. Te encantará —carcajea.

Tomo la prenda, la estiro y veo que se trata de un vestido rosa demasiado corto y muy ajustado. Ni en mil vidas me hubiera comprado algo así jamás.

—¿Por qué tengo que vestirme de esta manera? —Mientras hago esa pregunta mi cerebro me da una posible respuesta y algo dentro de mí se rompe.

—¡PORQUE LO DIGO YO! —Levanta su mano en mi dirección y me cubro, pero el golpe no llega—. A la tercera no seré tan paciente. ¿Me oyes? —Sus ojos están fijos en los míos—. Vístete ahora mismo. ¡YA!

Busco la parte trasera del vestido y cuando la tengo localizada me doy cuenta de que no tiene intención de irse. Tengo que desnudarme y no quiero hacerlo delante de él.

—¿Dónde puedo cambiarme? —pregunto asustada al no saber cuál será su reacción.

—Aquí. —Arquea la ceja de su cicatriz y pasa la lengua por su boca para humedecer sus labios. Siento asco al instante y entiendo lo que pretende.

Introduzco la cabeza por el vestido sin quitarme la ropa y a medida que voy encajándolo en mi cuerpo, voy quitándome las prendas con cuidado para que no pueda verme desnuda. Arruga la frente, pero no dice nada. Cuando por fin lo tengo colocado, me saco el pantalón y estiro la tela para tapar mis expuestas piernas. Saca de la bolsa unos zapatos del mismo color y los tira contra mí. No pregunto y me calzo con ellos.

—¿Puede darme el agua? —pregunto de nuevo. El esfuerzo me está haciendo sentir peor y noto sabor a sangre en mi boca cada vez que hablo. Mis labios deben estar abriéndose por la sequedad.

—Ya te he dicho que tendrás que ganártela. De ti depende todo a partir de

ahora. Si quieres el agua, tendrás que hacer lo que se te pida. Ahora ven conmigo.

Caminamos por el pasillo y noto que me sofoco demasiado. Tengo la impresión de que no podré continuar y hago varias pausas aun a riesgo de que se enfade. Parece que es algo normal para él y espera a que me recupere. Estoy segura de que no soy la primera a la que le han hecho esto.

Alguien camina en nuestra dirección y cuando estamos a punto de cruzarnos se para frente a nosotros.

—Vaya muñequita nueva que habéis traído. —Me mira obscenamente y sin ningún tipo de disimulo se coloca tras de mí para mirar mi trasero. Pone la mano en mi pierna y al notar el contacto me aparto rápidamente—. Resérvame unas horas con ella.

—Eso está hecho —contesta el animal y le da palmaditas en el hombro. Mi barbilla comienza a temblar y aguanto el llanto. Estoy realmente asustada.

Tira de mi brazo y continuamos hasta lo que parece otra habitación. Mete una llave y mientras abre, miro en todas direcciones buscando una salida. Con la poca fuerza que me queda quiero intentar escapar. Antes de encontrarla su mano agarra mi pelo y tira con fuerza de mí. Me empuja hacia el interior y cierra la puerta. Otra vez encerrada y sin agua. No aguantaré ni una hora más.

Me fijo en que este cuarto sí tiene muebles y una pequeña ventana por la que entra algo de luz. Miro a mi alrededor para revisarlo todo y descubro unas literas en un rincón. Mi corazón se para al ver a una mujer hecha un ovillo y meciéndose sobre sí misma en la cama de abajo. A su lado hay una

mesilla y sobre ella un vaso de agua.

Camino en su dirección con cuidado. No puedo fiarme de nadie aquí, pero la sed me arma de valor. Mi instinto de supervivencia es más fuerte que todo el miedo que pueda tener.

Tomo el vaso rápidamente y lo llevo a mi boca. Cuando el líquido transparente llega a mi lengua siento un enorme placer. «Por fin», me digo. Mi garganta duele al tragar, pero no me importa. La necesidad es más fuerte.

—¿Sara? ¡NO! ¡TÚ NO! —grita—. ¡HUYE, SARA! ¡VETE DE AQUÍ! —
La miro y me quedo totalmente paralizada. La chica de la cama es Ana y su rostro está tan golpeado y deformado que, si no es por su voz, nunca la hubiera reconocido.

CAPÍTULO 9

—Dios mío, Ana... —Pongo las manos sobre mi cara, impactada—. ¿Qué te han hecho? —Me acerco lentamente hacia ella.

—¡Vete, Sara! —Llora—. ¡Sal de este lugar cuanto antes! Es horrible lo que hacen aquí. —Su voz se entrecorta por las lágrimas. Está muy afectada.

—¿Qué está pasando? ¿Por qué nos han traído? ¿Qué quieren de nosotras? —pregunto, angustiada. Necesito respuestas o me volveré loca.

—Todo era una trampa. El maldito trabajo que nos ofrecieron solo era una jodida trampa para captarnos. Estaba todo preparado. Los viajes eran un señuelo para traernos hasta aquí. —Habla tan nerviosa que se ahoga con su propia saliva.

—Pronto nos ayudarán. —Trato de tranquilizarla—. Mi mejor amigo tiene la dirección de este lugar...

—¿La tiene? —Agranda sus morados e hinchados ojos.

—Cuando el jefe me la entregó se la di por si tenían que buscarme por cualquier cosa.

—Sara... —niega con la cabeza—. A mí también me dieron una dirección y nada tiene que ver con esto. Es falsa. Vine con una tal Lorena y cuando

llegamos me fijé en que no era el mismo lugar que ponía en la nota.

—Dios mío... —Todas mis esperanzas se esfuman en ese momento. Nunca podrán ayudarnos si eso es cierto. Estamos atrapadas.

—Somos unas ingenuas, Sara —solloza—. No lo hemos visto venir y nos han engañado como a niñas con un empleo demasiado bonito para ser verdad... Estábamos tan cegadas por el buen sueldo que no hemos visto más allá de nuestras narices.

—Tenemos que salir de aquí. —Camino hasta la puerta y tiro de ella—. Tenemos que buscar la manera de escapar. —La angustia vuelve.

—Llevo intentando hacerlo toda la semana y lo único que consigo es un golpe detrás de otro cada vez que me descubren. —Se seca los ojos con cuidado—. Estamos perdidas, Sara. Este será nuestro fin.

—Ana... —Verla así me rompe por dentro. Parecía tan feliz en la casa...

—A partir de ahora límitate a hacer lo que te pidan y todo será más fácil. Es la única opción que tienes, Sara.

—¿Por qué? ¿Qué buscan?

—Hemos caído en una red de tráfico de personas y somos sus esclavas. —Cierra fuertemente los ojos y niega con su cabeza.

—No... —Lo intuía, pero me negaba a creerlo. Oírlo salir de su boca me afecta mucho más de lo que podía imaginar.

La puerta se abre y el tipo de la cicatriz entra. Lleva algo parecido a una fusta en la mano derecha.

—¿Has visto que te hemos traído a tu amiguita? A partir de ahora ya no te sentirás tan sola... Apuesto a que nunca lo hubieras imaginado —ríe—. Vamos, os están esperando. —Miro a Ana en busca de alguna indicación y esconde, abatida, la cabeza entre las rodillas.

—Otra vez no, por favor... —Le oigo decir—. Prefiero morir que volver a pasar por lo mismo de nuevo.

—¡VAMOS! —grita impaciente y camina en nuestra dirección. Agarra a Ana del cabello y tira con fuerza hasta que la pone en pie—. Eres una zorra desobediente y voy a domesticarte. —Levanta la fusta y golpea las piernas de la pobre y atemorizada chica.

—¡DÉJALA! —Mi cuerpo tiembla por el miedo, pero no puedo evitar gritarle. No aguanto ver cómo la trata. Se vuelve y con la mano abierta me golpea en la cara y mi cabeza choca contra la pared.

—¡Pensé que serías más lista que la estúpida de tu amiga! —dice con rabia—. Esto es solo un aviso. El próximo golpe será con el puño cerrado. ¿Te ha quedado claro? —asiento mientras paso la palma de mi mano por la mejilla para calmar el ardor—. Poneos en marcha de una vez. Los socios os están esperando.

Ana camina abrazándose a sí misma delante del animal y yo detrás. Cada vez que se para, este la golpea sin piedad para que continúe. Cada golpe que le da lo siento como si me lo dieran a mí. Está tan amoratada que temo que acabe con su vida si continúa haciendo eso.

Llegamos al gran recibidor y pasamos cerca de las estatuas. Me fijo en ellas y una en particular llama mi atención. Son tres chicas arrodilladas ante un

hombre y este parece estar alzando un látigo contra ellas. Mi vello se pone de punta al descubrir que la figura masculina tiene el rostro de mi jefe. Trago saliva y continúo caminando.

Pasamos un arco de mármol y entramos a un gran salón. Hay tres hombres sentados en unos amplios sofás mirando a cinco chicas más. Mis rodillas comienzan a temblar y trato de ocultarlo para que no noten mi miedo.

—Poneos a su lado. —Las señala y hacemos lo que nos pide. Ana sigue abrazándose y comienza a llorar. Su actitud me asusta, estoy segura de que será peor de lo que imagino.

Uno de ellos señala a mi amiga y le hace un gesto al de la cicatriz.

—No me gustan las chicas golpeadas. Si vas a domarlas, no destroces su cara. Castiga su cuerpo de otra manera o tráelas cuando ya no tengan marcas. Es asqueroso verlas así.

—A mí no me importa —dice otro—. Prepárala, seguro que cuando acabe con ella quedará aún peor. —Todos le ríen la gracia y siento náuseas.

—Yo me quedo con la nueva. —El tercero se pone en pie con esfuerzo y llega hasta mí. Tiene alrededor de 70 años, su pelo es blanco y su barriga enorme. Toma un mechón de mi cabello y lo huele. Intento apartarme, pero me sujeta fuertemente del codo—. Ya os contaré qué tal se porta. Seguro que es una fiera. —Levanta sus cejas a los demás y tengo que hacer ejercicios mentales para controlar mi respiración—. ¿Alguna objeción?

—Ninguna —contesta el que falta por elegir—. Eres el segundo inversor más importante del club. Te lo mereces. Yo me quedo con la más alta. —La

chica más alta se pone las manos en la cara. Por sus facciones no parece ser española como nosotras.

—¿Cómo vais? —Lorena entra sonriente y a todos parece agradecerles su visita—. ¿Ya tenéis presa para esta noche? —sonríe y nos mira—. Uff... Creo que necesitáis unos retoques urgentes. —Acaricia su barbilla—. Trae a las escogidas, Alacrán. Vamos a prepararlas. —El de la cicatriz obedece y deduzco que debe ser su apodo.

Nos llevan hasta lo que parecen unas duchas de gimnasio y nos obligan a ducharnos. Alacrán se queda fuera y es algo que agradecemos todas. El agua está helada, pero ninguna dice nada. Cuando terminamos, Lorena nos obliga a maquillarnos y a ponernos ropas demasiado cortas.

—Querida —se dirige a mí y pasa su larga uña por mi hombro—, espero que al ser nueva no ocasionas ningún problema —sonríe mientras me araña y aguanto el dolor—. Sabemos dónde viven tus hermanos y no dudaremos en ir a por ellos si tratas de hacer algo fuera de lugar. —Mi corazón bombea con tanta fuerza que temo desmayarme—. ¿Lo has entendido? —Intento hablar, pero no puedo. Debo evitar que les hagan daño. Es cierto que saben dónde vivo. Tuve que dar mis datos para que me ingresaran la mensualidad—. ¿ENTENDIDO? —grita.

—Sí... —Trago saliva y rápidamente pienso en mi madre. Debe de estar muerta de angustia al no saber nada de mí. Al haber estado encerrada he perdido la noción del tiempo y no sé cuánto tiempo llevo aquí.

—Muy bien —coloca mi cabello y me empuja los pechos hacia arriba—, has quedado perfecta. —Pasa su lengua por mi oreja y me aparto, asqueada,

en un acto reflejo—. Si esto te asusta es porque no sabes lo que te espera. —
Seca sus labios con el pulgar—. Adelante. Nos esperan.

Caminamos tras ella sin ánimo. Ni Ana ni la otra chica levantan la mirada del suelo, y mi cerebro no para de lanzarme espeluznantes imágenes. No puedo imaginar lo repugnante que debe ser que te fuercen a hacer algo tan horrible. No puedo creer que mi primera vez vaya a ser así... He estado esperando durante años a la persona indicada para que ahora un cabrón sin escrúpulos me arrebatase la virginidad sin ningún miramiento...

Nada más entrar al salón veo a los tres hombres. Están bebiendo unas copas mientras charlan. Cuando se dan cuenta de nuestra presencia uno de ellos comienza a aplaudir y los otros le siguen.

—Perfecto, bella. Has hecho un gran trabajo, parecen otras.

—Lo sé —Lorena sonrío ampliamente.

El hombre mayor se acerca a mí y me pone la mano en la espalda. Me tenso al sentir su contacto y Lorena me mira. Recuerdo su amenaza y controlo el impulso de salir corriendo.

—Vamos a mi habitación. Tenemos muchas cosas de que hablar —ríe sonoramente.

Sin quitar su mano de mi cintura, llegamos hasta un cuarto más grande incluso que la casa de mis padres. Hay varios objetos colgados en la pared que me recuerdan a una cámara de tortura que vi una vez en una película. No paro de pensar en lo mucho que me va a doler tanto física como emocionalmente lo que está a punto de hacerme. Después de esto, jamás

volveré a ser la misma, pero todo sea porque nadie toque a mis hermanos.

Se coloca detrás de mí y pega su barriga a mi espalda, retira mi cabello con una de sus manos y pone sus labios sobre mi cuello. Alzo mis hombros instintivamente para apartarle, pero me fuerza a bajarlos de nuevo.

—Si vuelves a hacer eso tendré que usar otras técnicas y te aseguro que no te gustarán. —Rodea mi cintura con los brazos para presionarme más contra él y me habla al oído—. Te advierto que puedo dejar de ser amable en cualquier momento.

—Por favor... señor —Trato de ganar tiempo—. No estoy preparada para esto...

—Yo sí y es lo único que importa. —Me gira hacia él—. Desnúdame. —Le miro, incrédula, y soy incapaz de reaccionar—. ¿Estás sorda?

—No señor... —Mis manos tiemblan mientras trato de desabrochar los botones de su sudada y apestosa camisa. Disimulo varias arcadas, pero una de ellas me viene tan fuerte que se da cuenta.

—¿Te doy asco, hija de puta? —Agarra mi cuello y me empuja contra la pared—. Vas a pasar tu preciosa lengua por todo mi cuerpo para que vayas acostumbrándote a mi sabor.

—Por favor, señor... —comienzo a llorar—. Por favor, no me haga esto.

Tira de mi ropa, la rompe y deja parte de mi cuerpo al descubierto.

—¡NO! ¡NO! ¡NOOO! —El pánico se apodera de mí y aun sabiendo que podrían hacerle daño a mi familia no puedo dejar de gritar. Estoy totalmente descontrolada y aterrada.

Noto como su pantalón cae al suelo mientras con sus manos sigue arrancándome la ropa.

—¡PARA! ¡PARA, POR FAVOR! —Lloro más fuerte.

—Seguro que no gritabas así cuando te tirabas a otros —dice con la respiración acelerada por el esfuerzo mientras sigue sujetándome.

—¡SOY VIRGEN, MALDITO CABRÓN! —Intento escapar.

—¿CÓMO? ¿QUE ERES VIRGEN? —Me mira con sorpresa.

CAPÍTULO 10

—¡DÉJAME! ¡NO ME TOQUES! —Cierro los puños y consigo golpear su cuerpo con fuerza. Siento tanto asco que necesito quitármelo de encima cuanto antes.

Me sujeta de las muñecas y las alza sobre mi cabeza para inmovilizarme.

—Espero por tu bien que sea verdad eso que has dicho o juro por Dios que acabaré contigo. Nadie me interrumpe por nada. —Se aparta de mí lentamente mientras me mira a los ojos—. No te muevas de ahí. —Busca su teléfono y cuando lo encuentra marca un número.

Trato de cubrirme el cuerpo juntando los trozos de tela mientras miro por todas partes con la esperanza de encontrar una salida, pero para mi desgracia, todo parece estar preparado para que nadie pueda salir de la habitación.

—Aníbal —le oigo decir y miro en su dirección; debe estar hablando con mi jefe—, oye... la nueva dice que es virgen. —Silencio—. Sí, me lo acaba de confesar. —De nuevo silencio—. Esta semana lo preparo todo para la certificación. No, hasta dentro de dos meses no viene el jeque, pero seguro que se interesa. —Se despiden y viene hacia mí—. Si no es cierto, desearás estar muerta. —Tira con fuerza de mi mentón para levantarme la cara—. No imaginas todo lo que hubiera hecho contigo... —Trago saliva y cierro los ojos

tratando de borrar todas las imágenes que se forman en mi mente. Su otra mano agarra mi cabello y tira de mí. Salimos de su habitación y me lleva a la de las literas. Abre la puerta y me empuja al interior—. Compartirás este cuarto con tu amiga. —Sin decir nada más, cierra con llave y se marcha.

Pongo las manos sobre mi pecho y comienzo a llorar. No puedo creer que me esté pasando esto. Mi respiración cada vez se acelera más y siento que me falta el aire. Esta situación me está superando y no tengo escapatoria.

Los días pasan y sigo encerrada. Únicamente abren la puerta para traerme comida o llevarse a Ana. Cada vez que lo hacen, mi corazón late tan fuerte que si prestaran atención, podrían oírlo. Tengo la sensación de estar en el corredor de la muerte. Nunca sé cuándo me tocará. Ana apenas habla, se pasa las horas perdida en sus pensamientos y mirando al vacío. Se ha negado a comer y cada vez está más delgada. Empiezo a temer por ella.

—Toma. —Estiro la mano hacia ella con un trozo de pan—. Inténtalo, por favor, no puedes negarte a comer. Enfermarás. —Levanta la cabeza y me mira.

—Es exactamente lo que busco. —Su extraña sonrisa no me gusta nada.

—No digas eso... —Vuelvo a intentarlo—. Come, por favor.

—¿Comer para qué, Sara? ¿Para mantenerme viva y que puedan seguir violándome? ¿Usándome como les venga en gana?

—Ana... —Mis ojos se empañan. No he querido preguntarle en todo este tiempo porque sé exactamente lo que están haciendo con ella. Hay días que se la llevan hasta 20 veces y viene destrozada.

—No quiero seguir viviendo así.

—Tenemos que buscar una manera de escapar... No puedes rendirte así, hay que intentarlo al menos... —La puerta se abre y las dos miramos al mismo tiempo.

—¡Sara! —Alacrán me nombra y todo mi vello se eriza—. Ven conmigo.

—No, no, no, por favor... —Una angustia indescriptible se apodera de mi cuerpo. No quiero que me toquen. No quiero que me usen.

—¡Vamos!, no me hagas perder el tiempo. —Entra con la fusta en la mano y camino hacia la esquina.

—Por favor, no quiero ir, no quiero... —Me hago una bola en el rincón y me cubro la cabeza. Levanta la fusta y me golpea con ella.

—¡VAMOS! ¡Levántate de una puta vez! —El escozor es tan grande que no tengo más remedio que hacer lo que dice para que pare. Me agarra por el codo y me fuerza a salir de la habitación.

—No me hagas esto. —Lloro. Estoy aterrada. No podré soportar algo así. Me paro y vuelve a azotarme. Grito de dolor. Cada parte de mi cuerpo que golpea con el cuero arde como si tuviera una brasa al rojo vivo sobre ella.

Llegamos hasta una amplia habitación y lo primero en que me fijo es en una camilla de matrona que hay allí. Miro asustada por todas partes y la cosa empeora cuando en una de las mesas descubro a mi jefe sentado con otro hombre.

—Vaya, vaya... Cuánto tiempo, Sara —sonríe maliciosamente—. ¿Qué tal tu nuevo trabajo? ¿Te gusta? —Todos ríen menos yo. Me muerdo la lengua,

prefiero no contestar.

—Si les parece, empezamos ya. Me están esperando y llevo prisa —dice el desconocido. No sé qué es lo que pretenden hacerme, pero estoy tan nerviosa que comienzo a temblar—. Desnúdese de cintura para abajo y tumbese en la camilla.

—No... no... —niego con la cabeza. El miedo se adueña de mí y miro hacia la puerta, al ver que está abierta corro sin pensar. No sé dónde ir, pero necesito salir de allí.

Antes de que consiga llegar, alguien me derriba de un empujón y se echa sobre mi cuerpo para inmovilizarme.

—¿Dónde coño crees que vas? —me pregunta Alacrán bastante enfadado. La persona que está con mi jefe prepara algo y viene hacia mí.

—Me temo que vamos a tener que forzarte a que te relajes un poquito... —Golpea con los dedos una jeringuilla para sacarle el aire y me inyecta un líquido rosa en el brazo—. En unos segundos te sentirás mucho mejor —sonríe. Me mantienen en esa postura un par de minutos más y mi vista comienza a nublarse—. Ya puedes soltarla. —Le oigo decir. Alacrán se aparta de mí y cuando intento moverme me doy cuenta de que mi cuerpo no responde correctamente. Mis movimientos son torpes y lentos y he perdido todos los reflejos. Hasta parpadear me resulta complicado.

Dos de ellos me levantan del suelo como si fuera un trapo y me echan sobre la camilla. Siento como bajan mis ropas, pero soy incapaz de luchar para evitarlo. Suben mis piernas en las perneras de metal y se apoyan en ellas para que no me mueva. El hombre que no conozco se coloca delante y comienza a

buscar algo entre mis piernas. Los tres miran atentos y por más que trato de levantarme o taparme, no puedo. Hablan entre ellos, pero estoy tan drogada que no entiendo muchas de las cosas que dicen.

—Buenas noticias, podemos hacer el certificado de virginidad —celebran la noticia y no entiendo la razón.

—Llama al jeque. Dile que tenemos lo que busca. Con suerte adelantará su viaje.

—Ahora mismo. —Alacrán sale de la habitación.

—Muy bien, bomboncito. —Mi jefe estira su mano y acaricia la cara interna de mi muslo. Siento tanto asco que vomitaría si pudiera.

—Aquí tienes. —El hombre le interrumpe para entregarle un papel y se despiden—. Nos vemos. Suerte con ella. —Le oigo decir cuando se marcha.

Alacrán entra de nuevo y entre los dos vuelven a vestirme y me bajan de la incómoda camilla.

—Déjala en el suelo. Si se cae, es su problema. —Cuando me pongo en pie, todo da vueltas y a duras penas consigo mantener el equilibrio. Camino como si fuera un zombi para alejarme de ellos y unas enormes manos me sujetan y me obligan a sentarme en una silla de madera.

—Jefe... —Mi jefe le mira—. Creo que aunque sea virgen, podemos usarla como reclamo o para alegrar la vista a nuestros clientes en el *Strip Club* estas semanas mientras esperamos al jeque.

—Buena idea, Alacrán, que se gane el pan al menos. —Me repasa con la mirada—. Dile a Lorena que la prepare. Muchos se divertirán con ella hoy.

Tal y como dicen, lo hacen. Lorena viene a por mí y con esfuerzo consigo llegar hasta las duchas. Me obliga a ponerme una minifalda tan corta que deja al descubierto parte de mi trasero y una especie de sujetador de cuero que apenas cubre mis pechos. El narcótico que me han inyectado es tan fuerte que inhibe mi ansiedad y consigue que sea menos consciente de todo lo que está pasando a mi alrededor.

Al ver que soy incapaz de mantenerme en pie sobre unos tacones, decide cambiarlos por unas botas planas y cuando cree que estoy lista, avisa para que vengan a por mí.

Me suben a un coche y Alacrán conduce hasta que llegamos a lo que parece la ciudad. Detiene el vehículo en la puerta de una especie de prostíbulo y me ayudan a bajar.

—Según te portes esta noche, así trataremos a tu familia —dice mi jefe antes de que entremos—. Procura tener a mis clientes contentos o tu madre y tus hermanos pagarán tu imprudencia. Solo hará falta que dé una orden para que les vuelen los sesos...

Siento que lo que dice es cierto, pero no digo nada. Trato de mentalizarme para lo que sea que vaya a pasar cuando cruce la puerta. Necesito mantenerles a salvo.

—¡Qué sorpresa, Aníbal! —Alguien golpea su espalda y mi jefe se gira para saludarle.

—¡Cuánto tiempo sin verte, amigo! —Se abrazan.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta misma tarde —responde.

—Genial. Espero que esta vez te quedes más tiempo. —Se fija en mí—. ¡Madre mía! ¿De dónde has sacado a esta pelirroja? Está para chuparse los dedos.

—Es lo que tiene ser popular en España. —Le miro de reojo y siento rabia. Le ha mentido descaradamente y desearía poder contarle la verdad, pero temo que dañe a mi familia si lo hago.

—¿Bailará para nosotros esta noche? —Vuelve a mirarme, esta vez al escote.

—Es posible. Todo depende de las propinas que dejéis. Ahora si me permites, quiero entrar a beber algo, estoy sediento.

—Claro, amigo. —Se aparta para dejarnos paso—. Dile al camarero que a la primera invito yo. —Se despiden.

Nada más entrar, cientos de luces brillantes me deslumbran. Hay neón por todas partes y la música está tan alta que daña mis oídos. Al fondo puedo distinguir lo que parece un escenario y hay varias chicas prácticamente desnudas bailando sobre él. Alrededor de 200 hombres les lanzan billetes y tratan de tocarlas mientras ellas les provocan.

—¿Ves a todos esos? —Les señala y asiento lentamente para no marearme—. Son mis clientes y tendrás que ser agradable con ellos. Si quieren tocarte, les dejas. Si quieren besarte, les dejas, y si te piden que les toques, tendrás que hacerlo. Hay unas cabinas privadas allí. —Señala ahora unas cortinas negras—. Los que más paguen por ti pasarán una hora contigo y tendrás que

hacerles desde un baile privado hasta lo que te pidan. ¿Entendido? —Cierro los ojos para sujetar mis lágrimas y vuelvo a asentir—. Ven conmigo. —Me lleva hasta las escaleras del escenario y pide a Alacrán que se quede a mi lado. Él las sube y cuando está arriba, las chicas dejan de bailar, la música para y pide un micrófono. Cuando se lo traen, se dirige a todos—. ¡Hola, amigos! —La gente aplaude efusiva al verle—. Me encantan estos recibimientos —sonríe—. Esta noche estoy aquí para presentaros a una nueva chica que formará parte del club durante las próximas semanas—. Hace un gesto para que suba y me quedo paralizada—. Es un poco tímida —dice para ganar tiempo.

—Vamos, perra —Alacrán me obliga a subir y tiene que sujetarme mientras lo hago porque todavía soy incapaz de coordinar bien mis movimientos. Me acerco a él completamente avergonzada y trato de esconder mi rostro mirando al suelo.

—¿Os gusta? —Toma mi muñeca y me hace girar sobre mí misma. Gritan obscenidades, silban y aplauden—. ¡Tomaré eso como un sí! —ríen—. ¿Y si os digo que es virgen? —Los gritos son mayores esta vez. Todos parecen enloquecidos—. La condición es que quien se quede con ella debe respetar eso. Lo demás lo dejo a vuestra imaginación. —Apenas se le oye por el escándalo—. Ya sabéis cómo funciona. ¡Tomad vuestros pulsadores y a pujar! —Varios números comienzan a salir en una enorme pantalla. Cambian rápidamente y cada vez son más altos. Mi jefe entrega a una de las chicas el micrófono y baja del escenario.

—Buen espectáculo —le dice Alacrán—. Ojalá pudiera participar... me

gustaría pedirle un par de favores a esta putilla... —Me mira suciamente y mi jefe le ignora.

—Te toca ganártelos para que las pujas sean mayores —me dice a mí—. Paséate por la sala y provócales. Hazles desearte y recuerda no hacer ninguna estupidez, te estaré vigilando.

Comienzo a caminar torpemente entre la gente, me siento tan avergonzada que soy incapaz de mirar a nadie a los ojos. Esto es sin duda lo peor a lo que me he enfrentado en la vida. Aunque todavía sigo bajo los efectos de la droga, ya no me inhibe de la misma manera. Siento sus asquerosas manos manosear mi cuerpo, algunos se atreven incluso a tirar de mi minúscula falda con la intención de arrancármela. Me obligan a beber varias copas, aunque no quiero. Nunca he tomado tanto alcohol y comienzo a sentirme mal.

De pronto, por los altavoces alguien anuncia que la puja ha terminado. Miro a la pantalla y veo una enorme cifra. Al no estar marcada en mi moneda, desconozco cuánto es al cambio. La voz me nombra y me pide que vaya a la cabina 5 para que pueda encontrarme con el cliente. El suelo parece tener vida bajo mis pies y tengo que caminar con cuidado para no caerme. Mi jefe me acompaña hasta las cortinas y las retira para que pase. Me señala un largo pasillo con varias puertas a ambos lados y me adentro para buscar la número 5. Cuando la encuentro, no lo pienso demasiado y la abro sin demora. Cuanto antes empiece toda esta mierda, antes acabará.

Lo primero que veo nada más entrar son sus pies. No me atrevo a mirar más de él. Lleva puestas unas enormes botas militares y un vaquero claro. Juraría que se trata de alguien joven.

—Es increíble lo que es capaz de hacer la gente por dinero —dice con desprecio, y creo reconocer su voz. Instintivamente levanto la mirada para ver de quién se trata y mi corazón prácticamente se para al descubrirlo.

CAPÍTULO 11

—Faltabas tú... —Trato de parecer sarcástica, aunque me cuesta vocalizar. Seguro que ha venido a México con su padre.

—¿De verdad hay que llegar a esto para ganar un puñado de billetes? Mírate... —Me señala—. Das asco. Estás totalmente borracha y drogada. — No contesto y me giro con la intención de marcharme, pero me sujeta.

—Suéltame. —Intento escapar, pero apenas puedo hacer fuerza. Me agarra por los hombros y me pega a su cuerpo.

—He pagado una fortuna por ti y lo menos que debes hacer es complacerme. ¿No es eso lo que buscas? —Hay rencor en sus palabras.

—Déjame en paz. —Hago otro intento de huir, pero es inútil.

—No entiendo a las personas como tú. —Está tan cerca de mi cara que noto el calor de su aliento en las mejillas—. Podrías tener un futuro por delante pero has preferido agarrarte a lo fácil.

—¡Vosotros me habéis metido en esto! —grito. Sabe perfectamente lo que están haciendo conmigo.

—¿Crees que con echar las culpas a los demás limpiarás tu conciencia? Si estás aquí es porque tú lo has querido así.

—Eres el peor de todos... —El muy cabrón está tratando de convencerme de que estoy aquí porque quiero.

—Basta de cháchara inútil —dice de pronto—. Tú sabrás lo que estás haciendo con tu vida. Ahora eres mía durante una hora y no pienso malgastar más tiempo. —Me suelta y se aparta. Se sienta en una especie de butaca y me mira—. Baila para mí. —Cruza los brazos.

—No... —Siento un gran calor en la cara y empiezo a marearme.

—¡BAILA! —Es tan humillante y bochornoso lo que me está pidiendo que me quedo inmóvil y sin saber qué hacer.

—Deja que me vaya, por favor... —Camino con angustia hacia la puerta y rápidamente se echa sobre mí empujándome contra la pared.

—¿Ya no te gusta tu nueva vida? —Presiona mi cuerpo con su cadera para que no me mueva mientras se saca la camiseta—. Deberías haberlo pensando antes... —Toma mis muñecas y pone mis manos sobre su pecho—. Tócame. —Cierro fuertemente los ojos cuando siento su piel—. Dame placer, te he comprado para eso. —Baja lentamente mis manos por su musculoso cuerpo hasta que para en su ingle—. ¿Podrás mirarte al espejo después de esto?

—Déjame... —suplico. Suelta una de mis manos y agarra mi barbilla con fuerza. Me mira con rabia y antes de decir nada más, estampa su boca con violencia en la mía y comienza a besarme. Su respiración se acelera y trato de apartarme. Al notarlo, sujeta mi cabeza con fuerza y muerde mis labios haciéndome, daño.

—Esto no es nada en comparación con lo que te harán otros. ¿¡Entiendes!?

—Aprieta mi mandíbula para que lo mire—. Si de verdad eres virgen como ha dicho mi padre, no sabes lo que te espera.

—¿Por qué me estáis haciendo esto? —No entiendo nada y lloro de impotencia.

—Nadie te está haciendo nada que no quieras. —¿A que está jugando? ¿Trata de confundirme? La situación comienza a tornarse irreal y un malestar se apodera de mi cuerpo.

—Por favor... —digo con sensación de ahogo—, déjame ir, no me encuentro bien. —Mi espalda comienza a resbalar por la pared.

—¡Sara! —Su voz se oye como dentro de una botella—. ¡Eh! ¡Sara! — Parece como si se estuviera alejando a kilómetros de mí, y finalmente dejo de oírle.



—Está despertando —Alguien habla.

—Maldita zorra. Por su culpa voy a perder un montón de pasta... —Abro los ojos y descubro que estoy dentro de un vehículo—. Vámonos. Es tarde.

Un motor arranca y nos movemos. Poco a poco vuelven mis sentidos y me incorporo lentamente. Enfoco y veo que Alacrán está al volante y mi jefe, sentado a mi lado.

—¿Le van a devolver el pago, jefe? —le pregunta Alacrán.

—Sí... es alguien nuevo y no queremos perderle como cliente. Debe de

tener mucho dinero. —Arruga su frente y se gira hacia mí. Toma mi brazo y lo aprieta con fuerza—. Que sepas que por tu puta culpa la persona que te compró ha pedido que le reembolsemos el dinero porque no fuiste capaz de mantenerte en pie. No imaginas lo que está aumentando tu deuda conmigo... Tendré que buscar una manera de cobrarme por todas las pérdidas que me estás generando.

No sé muy bien de qué me está hablando. Todo está borroso en mi memoria.

—Jefe, ¿llegaste a ver al nuevo cliente? —Alacrán vuelve a preguntar.

—No. Pidió discreción. Debe de ser algún famoso al que le va el morbo y por eso se oculta. Imagino que no querrá que la prensa se entere. Ya hemos tenido a varios así. —Me mira—. ¿Te dio tiempo a verle?

—¿A quién? —respondo, confusa. Todavía no sé de qué están hablando.

—Al de la cabina 5 —De pronto todo viene a mi memoria.

—Sí. —Pongo la mano en mi sien. La cabeza me duele a horrores.

—¿Quién era? —pregunta mi jefe intrigado—. ¿Le reconociste?

—Era su hijo, señor... —Estalla en risas y no entiendo la razón.

—¿Mi hijo? —vuelve a reír—. La droga debe haberte jodido el cerebro y estás alucinando.

—Le estoy diciendo la verdad... —Todo esto cada vez es más raro. ¿De verdad no sabe que la montaña de carne está en la ciudad?

—Mi hijo jamás vendría por aquí después de... —Se calla como si se

hubiera dado cuenta de que estaba a punto de decir algo que no debería, y el resto del camino lo hacemos en silencio.

Llegamos a la finca y la zona parece diferente. Es totalmente distinta a la luz de la luna. Bajamos del coche y mientras caminamos observo la iluminación. Hay cientos de farolas por todas partes y la piscina brilla como si fuera de plata. Levanto la mirada hacia el tejado para ver cuántas plantas tiene el edificio y veo una especie de bulto caer por la fachada. El ruido cuando impacta contra el suelo pone toda mi piel de gallina.

—¿Has visto eso? —dice mi jefe.

—Joder... —contesta Alacrán, y los dos se miran. Parecen saber lo que ha pasado.

—¡Te dije que aseguraras bien las ventanas!

—Dios mío... —Creo imaginar qué es lo que ha pasado.

Alacrán corre hasta la zona donde ha caído y dos minutos después está de vuelta.

—Ha sido la rusa que trajimos hace tres meses.

—¿Está muerta? —pregunta mi jefe como si no le afectara.

—Sí, no hay nada que hacer. Se ha abierto la cabeza.

—¡Dios mío! —Pongo las manos sobre mi boca para acallar un grito.

—Súbela al coche y entiérrala cerca del río, como a las demás. Con suerte no la encontrarán.

Mi pulso se acelera y comienzo a hiperventilar horrorizada. «¿Como a las

demás? ¿Cuántas chicas han muerto aquí?». Aunque intento no hacer ruido, varios gemidos de angustia salen de mi garganta y los dos me miran.

—Llévate a esta primero a su habitación. Cuanto menos vea, menos aprende. —Alacrán obedece. Agarra mi brazo y tira de mí.

Estoy tan traumada que casi no puedo respirar. No puedo creer que existan personas así. No tienen ningún tipo de sentimientos y nos tratan peor que a animales. No les ha importado lo más mínimo lo que ha pasado con esa pobre chica y van a deshacerse del cadáver como quien tira una bolsa de basura. ¿Y sus padres? ¿Y sus hermanos? ¿Van a dejar que sigan buscándola toda la vida? La imagen de mi madre viene a mi mente y el llanto me acompaña. Mi pobre madre, cuánto estará sufriendo sin saber nada de mí...

Nada más llegar a la habitación me empuja de mala gana y Ana se despierta.

—¿Estás bien? —Se levanta y viene hacia mí—. ¿Te han hecho algo?

—No, tranquila. Todo está bien. Nadie me ha tocado. —Intento calmarla. Está muy pálida y ojerosa.

—¿Dónde te han llevado? He podido ver por la ventana que te sacaban de la finca en coche.

—A una especie de club donde bailaban varias chicas.

—¿Te has fijado en el camino? ¿Sabes si hay alguna forma de escapar?

—No recuerdo absolutamente nada, Ana. Por desgracia salí de aquí drogada y fui incapaz de fijarme.

—Mierda —dice mientras se sienta en el colchón—. Cuéntame todo lo que

seas capaz de recordar.

Subo a la cama de arriba y me echo para estar más relajada. Parece que alguien me estuviera martilleando la cabeza. Durante varios minutos narro todo lo que recuerdo. Tengo varias lagunas mentales, pero consigo hilar algunas cosas. Se sorprende con todo lo referente al hijo del jefe y se apena cuando le cuento lo ocurrido con la chica rusa. Al parecer, la conocía. Había coincidido un par de veces con ella en el salón mientras los clientes elegían chicas a las que llevarse a la cama. Me siento tan cansada que no tardo en quedarme dormida.

A la mañana siguiente Ana no está en la habitación. Deben de habérsela llevado y no me he enterado. Algunos días vienen a por ella muy temprano y la traen de madrugada. No me extraña que las chicas prefieran morir antes que tener que soportar esto... Paseo por la habitación tratando de encontrar alguna forma de salir. Intento abrir la ventana, pero es imposible. Además de estar cerrada con llave, hay una gran reja en la zona de afuera y está demasiado alta.

Las horas pasan y mi estómago protesta, hoy no me han traído ni una sola ración de comida y está a punto de anochecer. Lo único bueno de todo es que no ha habido sobresaltos. Cada vez que la puerta se abre nunca sé qué es lo que va a pasar. Como si oyeran mis pensamientos, alguien entra.

—Tienes que prepararte. —Lorena me lanza una toalla—. Ven conmigo.

Como en las veces anteriores, entro a las duchas y me pongo la minúscula ropa. No tengo ni idea de a dónde vamos esta vez.

Cuando estoy lista, Alacrán me acompaña hasta el coche y lo único que me

dice es que volvemos al club. Me extraña que no venga el jefe, pero no pregunto. Esta vez sí me fijo en todo. Memorizo el camino con la intención de no perderme en el campo si consigo escapar y también de contarle a Ana todos los detalles posibles.

Cuando llegamos, alguien nos está esperando en la entrada.

—Entrad por aquí —le dice a Alacrán y nos abre una pequeña puerta—. Así no habrá problemas... El cliente ha dejado claro que no quiere que nadie manosee su mercancía. Si pasáis por la principal, todos los que hay dentro querrán tocarla —asiente y pasamos al interior.

Es el mismo pasillo que recuerdo, pero esta vez estamos al final. La numeración de las cabinas empieza por la número 30 y va disminuyendo.

—¿En cuál está? —Alacrán arruga su cicatriz mientras se rasca la cabeza.

—En la 5 —contesta el hombre. Parpadeo rápidamente y pienso en la noche anterior. Es la misma en la que estaba el hijo del jefe...

—Vamos —me dice—, ya sabes qué tienes que hacer.

Camino temerosa y busco el número. Cuando llego, mis manos y piernas comienzan a temblar. La decisión con la que abrí ayer hoy está perdida. Giro la cabeza esperando que ya no estén para salir corriendo, pero para mi desgracia allí siguen, y me hacen gestos para que entre. Tomo una gran bocanada de aire y giro el pomo. Respiro profundamente tres veces más y paso al interior. Levanto la mirada y, como temía, ahí está mi pesadilla... el ser más despreciable del planeta sentado en la butaca y sonriendo satisfecho.

—Apuesto a que con el numerito del desmayo creías que te habías librado

de mí.

CAPÍTULO 12

—Otra vez tú... ¿No me humillaste ayer lo suficiente?

—Parece que no porque has vuelto.

—¿Acaso tenía alguna opción? —respondo harta de sus juegos. Todas las cosas que me dijo ayer vuelven a mi cabeza.

—Pensabas que era otro cliente, ¿verdad? Por eso estás aquí. —Enarca una ceja.

—De verdad que no te entiendo. —Cierro fuertemente los ojos mientras suelto todo el aire de mis pulmones y me armo de valor—. Acabemos con esto de una vez. —Yo misma me sorprendo—. Hazme lo que quieras hacerme para que pueda irme cuanto antes.

—Vaya... qué lanzada y facilona. ¿Así eres con todos?

—No, pero viendo que no se me va a excusar, mejor empezar ya. —Comienzo a descalzarme y me mira fijamente.

—Dime una cosa. Es simple curiosidad... ¿Cuánto te paga mi padre por esto?

—Lo mismo que tú —respondo sin mirarle.

—Te estoy preguntando...

—Acabo de responderte —digo con tranquilidad. Ya he llegado a un punto en que me da igual todo.

—Deja de vacilarme. ¡Yo a ti no te pago nada! —grita cabreado.

—Exacto. Ahí tienes tu respuesta. —Aparto los zapatos y comienzo a desabrochar mi falda.

—¿Qué estás insinuando? —Se incorpora, ofendido.

—¿Insinuando? —sonríó—. Deja de hacerte el tonto. Sabes perfectamente que estoy retenida en contra de mi voluntad. ¿Crees que con esa actitud vas a conseguir hacerme creer lo contrario? ¿Quién está tratando de limpiar su conciencia ahora?

—¿Qué coño estás diciendo? ¿Qué es toda esa mierda que estás inventando? —Su respiración se hace sonora.

—No estoy inventando nada y lo sabes. Me trajisteis aquí engañada igual, que a las demás.

—Ten cuidado con lo que dices. —Agarra con su puño la poca ropa que me queda y me pega a su cuerpo—. Si estás aquí es porque tú has elegido eso. Nadie te está forzando a quedarte. Puedes largarte cuando quieras.

—¿Como la chica que se suicidó anoche saltando de una de las ventanas de la finca?

—¿¡Qué!?! —Sus pupilas se mueven de uno de mis ojos al otro, como si estuviera recordando algo. Parece confuso—. ¿Qué sabes tú de esa finca? —Me zarandea—. Se vendió hace 14 años. Ya no es de nuestra propiedad. ¿Qué sabes? —Arrugo la frente tras su pregunta. O finge muy bien o de

verdad no lo sabe. Decido probar suerte.

—Es allí donde nos tienen encerradas.

—¡MIENTES!

—¡No miento! —digo harta de que no quiera creerme—. Nos maltratan, nos privan de agua y comida para dominarnos, nos fuerzan a hacer cosas que no queremos. ¡A la vista está que no estoy aquí por voluntad propia!

—¡ESO NO ES CIERTO! —Es inútil. Está completamente cerrado a escucharme—. Mi padre puede ser un hijo de puta, puede haberte convencido poniéndote todo esto mucho más bonito de lo que es, pero jamás forzaría a nadie. ¡Esto es un club legal! Lleva toda la vida en este mundo y jamás ha tenido problemas. Todos sus clubs son legales, al igual que están legalizadas todas las chicas que trabajan en ellos.

—Esto es solo una tapadera...

—¡No lo es! He visto los contratos... Deja de inventar, Sara.

—Ni siquiera sé por qué lo intento —niego con la cabeza—. Sois todos iguales, aquí. —Me siento tan abatida que no tengo ganas de seguir peleando—. ¿Podemos empezar ya? Estoy cansada y tengo hambre. Quiero irme a dormir para que mi estómago deje de doler.

Pone las manos sobre su cabeza y camina por la habitación tratando de calmarse. Me mira y vuelve a hacer lo mismo. Coge una gorra y unas gafas de sol y se marcha. Antes de terminar de cerrar la puerta, vuelve a entrar.

—No es cierto eso que estás contando. Dime, ¿cómo es esa finca? —Parpadeo y pone las manos sobre mis hombros—. ¿Cómo es? —Me mueve

para que hable.

—Pues... —No esperaba esa reacción y me quedo en blanco por un momento—. Está en el campo... —me mira, atento.

—¿Qué más?

—Tiene... tiene un gran puente que cruza una piscina. Un enorme recibidor cubierto de mármol con varias estatuas... y muchas habitaciones.

—¡No puedes haber estado allí! —frunce el ceño—. Lo has visto en fotos y quieres confundirme. ¿Quién te las ha enseñado?

—Nadie me ha enseñado nada. Me llevaron allí el primer día y me encerraron en una habitación sin ventanas durante horas o días. Perdí la noción del tiempo. —Sus ojos se abren sorprendidos.

—La habitación de... —Vuelve a mirarme fijamente—. Tengo que irme... —Cuando va a abrir la puerta se gira hacia mí—. Ni una palabra a mi padre de esto. No le digas que me has visto.

—Tarde. Se lo dije ayer...

—¿Lo sabe? —pregunta aparentemente preocupado.

—No me creyó...

—Mejor así. —Se marcha.

Me quedo pensativa mirando la puerta, y cuando reacciono vuelvo a ponerme la falda y los zapatos. Cinco minutos después vienen a buscarme.

—Vaya, sí que ha sido rápido. —Se mofa Alacrán—. Todavía le ha sobrado media hora. —Me mira y achina los ojos—. Creo que podríamos

aprovecharla tú y yo. —Mi corazón comienza a latir con fuerza mientras se sienta en la butaca—. Quiero que me hagas lo que a ese tipo. —Desabrocha su pantalón y comienza a bajarlo. Instintivamente miro para otro lado.

—No me encuentro bien. —Rezo para que me crea—. ¿Podríamos irnos? Me siento mareada.

—Claro. En cuanto me des un poco de lo que ya sabes...

—Tengo unas horribles náuseas. Es posible que no pueda contenerme y vomite sobre ti. Estoy a punto de hacerlo. —Trato de crearle una fea imagen para que pierda interés.

—Arggg. ¡Qué puto asco! —Parece que funciona, porque vuelve a vestirse. No puedo creer la suerte que he tenido.

Me lleva hasta el coche y volvemos a la finca. A medio camino disminuye la velocidad y me mira por el retrovisor.

—¿Sigues con náuseas?

—Muchas —respondo mientras apoyo mi cabeza sobre mi brazo para hacerlo más creíble y vuelve a acelerar. Viendo sus intenciones, me aseguro de que siga pensando que estoy enferma para no correr ningún riesgo y le hago abrir un par de veces la ventanilla fingiendo sentirme peor. Se lo cree de tal manera que incluso me da un par de bolsas para asegurarse de que no manche el coche.

Cuando llegamos hay varias personas allí. Parece que estén celebrando algún tipo de fiesta. Es posible que por esa razón no haya venido el jefe con nosotros. Bajamos y caminamos hasta la puerta principal. Casi todas las

chicas están en ropa interior y muchas ni siquiera llevan puesta la parte de arriba. Tampoco parecen estar pasándolo bien.

—¡Ana! —grito cuando veo a mi amiga apoyada en una de las paredes de la entrada. Intento ir hacia ella, pero Alacrán me lo impide.

—Sara... —Me oye y viene hacia nosotros tambaleándose. Parece drogada. Antes de llegar hasta mí, cae de rodillas, y por más que lo intenta no consigue levantarse.

Alacrán tira de mí y la dejamos allí. Siento preocupación y pena al no poder ayudarla.

—¿Ya estáis aquí? —El jefe sale de una de las habitaciones—. No os esperaba todavía.

—El cliente debe de ser un flojo —responde Alacrán y los dos ríen.

—Me viene bien. Llévala donde ya sabes. Vamos a hacerle algunas fotos. —¿Fotos? Esa palabra me asusta—. Estaba hablando con el jeque y quiere verla. —No sé quién es ese jeque del que les oigo hablar, pero no me gusta nada. ¿Será otro cliente como la montaña de carne?

Caminamos hasta una sala en la que hay varios focos.

—Ponte allí. —Me señala una pared de la que cuelga una lona blanca. Parece que todo está preparado para este tipo de cosas. No quiero imaginar cuántas chicas han pasado por aquí.

Dudo por un momento, pero finalmente me coloco donde me ha dicho. Si no lo hago por mí misma, no dudarán en usar la fuerza.

—Quítate la ropa —dice Alacrán, y la situación empeora. Me quedo

inmóvil mirándole fijamente, esperando que no sea cierto lo que ha dicho, pero para mi desgracia lo repite de nuevo—. ¡Quítate la jodida ropa!

Las manos me comienzan a temblar mientras suelto los botones, y cuando ya tengo la camisa abierta, el jefe me para.

—No lo hagas. Es mejor que no vea la mercancía completa. Si la quiere desnuda, que pague por ello. —Cierro los ojos. ¿Mi vida será así a partir de ahora? ¿Vendida a clientes y pasando de mano en mano? Un nudo se me forma en la garganta mientras vuelvo a taparme.

Durante varios minutos el *flash* de la cámara salta sobre mí. Me hacen cambiar de postura continuamente y cuando creen que tienen material suficiente, Alacrán me lleva a la habitación.

Lejos de irse como creía, entra al cuarto conmigo y cierra la puerta desde dentro. Un escalofrío recorre mi espalda.

—Veo que estás mucho mejor...

«Mierda», me digo. He olvidado por completo seguir fingiendo y me ha descubierto.

Camino hacia atrás mientras se acerca, pero choco contra la pared y ya no puedo seguir apartándome.

—Voy a enseñarte lo que es un hombre. —Se pega a mi cuerpo.

—Por favor... —Giro la cabeza cuando intenta besarme.

—Si vuelves a hacer eso, lo pagarás caro. —Agarra fuertemente mi cara con sus dedos y me hace daño. Trato de soltarme, pero aprieta más y el dolor aumenta.

—Si te resistes será peor. —Saca su asquerosa lengua y la pasa por mi cara. Su aliento queda pegado a mi piel y tengo que esforzarme para no apartarme.

—¡NO! —grito cuando noto su mano en uno de mis pechos y le empujo. Soy incapaz de soportar su contacto.

De pronto, uno de sus puños impacta en mi cara y caigo al suelo sin poder evitarlo. Un fuerte dolor se forma en mi pómulo y antes de que pueda quejarme, agarra mi cuello y me levanta del suelo. Con las manos tiro de sus dedos y arañó sus muñecas para que me suelte, pero no lo hace. Mis pies no tocan el piso y el aire entra cada vez con más dificultad en mi cuerpo. Comienzo a patallar nerviosa por la angustia y en uno de esos movimientos, sin saber cómo, alcanzo a golpearle en su entrepierna y me suelta al instante. Cae hecho un ovillo al suelo y veo como las llaves salen de su bolsillo. Con un rápido movimiento consigo cogerlas, y cuando voy hacia la puerta se da cuenta y me agarra del tobillo. Es incapaz de levantarse y gruñe dolorido, pero no me suelta. Con mi otro pie le doy una patada en la cara y me deja libre para cubrirse. Veo como su nariz comienza a sangrar, pero no siento ningún tipo de remordimiento. Consigo llegar hasta la puerta y por suerte la tercera llave que pruebo es la que abre.

CAPÍTULO 13

Corro por el pasillo como alma que lleva el diablo y de pronto soy consciente de que no sé dónde esconderme. Apenas conozco el lugar. Miro en todas direcciones sabiendo que en cualquier momento Alacrán se recuperará y vendrá a buscarme, por lo que continúo hasta la planta de abajo. Salto los escalones de dos en dos y cuando llego a la zona de las estatuas, me quedo paralizada al darme cuenta de que está lleno de gente debido a la fiesta.

Trato de mantener la calma y camino como si fuera alguien más. Noto el corazón en mi boca mientras lo hago. Temo que me descubran.

Consigo salir del edificio sin problemas, pero hay más gente en la zona de afuera. Decido cruzar por el césped en vez de por el puente, y alguien viene hasta mí.

—¿Dónde vas tan solita? —dice un hombre de unos cincuenta años atravesándome con la mirada. Lleva tanto alcohol en la sangre que es incapaz de fijar la vista.

—No estoy solita —susurro para no llamar la atención de los demás—. Vengo del baño, Aníbal está esperándome allí—. Señalo una zona oscura.

—¡Ah! Entonces continúa. No quiero enfadarle. —Se marcha y suelto el aire que tenía retenido en el cuerpo.

Cuando me he apartado lo suficiente, comienzo a correr de nuevo. A medida que me alejo, el nerviosismo y la sensación de libertad aumentan. Siento que estoy a punto de salir de allí y por el momento nadie me está siguiendo. Tropiezo varias veces, pero consigo mantener el equilibrio.

Cuando llego a las grandes puertas de metal me doy cuenta de que están cerradas y la enorme valla que rodea toda la zona es demasiado alta para saltarla. Desde el coche parecía que la altura era menor. Aun así, decido intentarlo. Tomo algo de impulso y cuando estoy a punto de saltar, un extraño ruido llama mi atención.

—Shhh, shhh. —Miro por todos lados, temerosa. No conozco ningún animal que haga eso—. Shhh, Sara. —Mis ojos se abren. Alguien al otro lado de la valla me ha nombrado. —Tranquila, soy yo. —Busco con la mirada, pero está tan oscuro que no veo a nadie.

—¿Quién eres? —pregunto asustada mientras sigo mirando. La maleza que hay en la zona exterior lo hace todo más difícil.

—Soy Izan.

—¿Izan? —Se da cuenta de que desconozco su nombre.

—El hijo de Aníbal, tu jefe.

—¿Montaña? ¿Qué haces aquí? —digo totalmente sorprendida.

—¿Montaña? —pregunta extrañado y sale de los matorrales—. Estoy comprobando si es cierto lo que me contaste, pero no conozco a nadie de los

que hay aquí. Estaba a punto de irme...

—Ayúdame —digo mirando hacia atrás—. Por favor. Haré lo que me pidas, pero ayúdame. Tengo que salir de aquí cuanto antes. Alacrán me está buscando.

—¿Alacrán está aquí?

—Sí, y tu padre también. Si dan conmigo estoy perdida. —Se queda pensativo.

Mi nerviosismo aumenta y vuelvo a mirar hacia atrás. Cada segundo que estoy perdiendo puede ser vital.

—¿De verdad mi padre está aquí? Esto hace años que ya no pertenece a mi familia...

—Sí, joder —digo cada vez más alterada—. Ayúdame a saltar la valla, está muy alta para mí.

—¿Qué hiciste para que te persigan? —Todavía duda de mi palabra.

—Solo me defendí, Alacrán intentó sobrepasarse conmigo, pero conseguí escapar.

—Sigo pensando que si les dijeras que no quieres estar aquí...

—Por favor, esto no es como crees. No me queda mucho tiempo. Ayúdame y te cuento lo que quieras saber después. —Me mira durante un par de segundos.

—De acuerdo... —Se acerca a la valla—. Pon los pies en mis manos y yo te impulso.

Hago lo que me dice y justo en el momento en que los dos tocamos el metal, una luz azul salta entre nosotros y una fuerza invisible nos golpea, tirándonos al suelo. Algo ha atravesado mi cuerpo y mis extremidades se mueven solas.

—Joderrr. —Le oigo decir. Alzo la cabeza como puedo y le veo con las rodillas y las manos en el suelo intentando levantarse—. ¿Estás bien? —pregunta, y por su tono sé que está dolorido.

—No lo sé. —Mi cuerpo vibra y quema a la vez. Incluso mi corazón parece afectado.

—La puta valla está electrificada. No la toques. —Pone las manos sobre sus muslos intentando recuperarse y finalmente se pone en pie con torpeza.

—¡Allí está! —Oímos a alguien gritar a lo lejos.

—Mierda —dice cuando los ve. No hace falta que me diga quiénes son, por la voz he reconocido a Alacrán.

—Ayúdame. Sácame de aquí, por favor —suplico e intento levantarme—. Me harán daño después de esto.

—Aguanta, Sara. —Se esconde entre los matones—. Aguanta... No me descubras. —Es lo último que dice antes de que lleguen hasta donde estoy.

—Muy astuta, pequeña zorra —dice mi jefe—. ¿Creías que podrías escapar? —Agarra mi cabello con sus dedos y me levanta. Me hace tanto daño que me gimo de dolor—. Llevo años trabajando para que eso no ocurra. De aquí es imposible salir si no es conmigo o con él. —Le señala—. ¿Te queda claro? —asiento y me lanza a los brazos de Alacrán—. ¡Hazte cargo de

ella! —le grita—. Me están esperando y no puedo perder más tiempo. Esta vez no seas tan inútil y ten más cuidado. —Se marcha.

Cuando se aleja, Alacrán agarra mi brazo con fuerza y me gira para ponerme frente a él.

—¿Y ahora qué, putilla? —Me golpea en la cara y un terrible dolor vuelve a mi pómulo. Trato de cubrirme, pero llega otro golpe y me derriba. Tapo mi rostro con los brazos para evitar más daño y continúa con patadas.

—Por favor —lloro—. Para, por favor...

—¡JODER! —grita y se detiene—. ¿Qué cojones ha sido eso? —Miro a través de los codos y veo que se toca la cabeza. Cuando retira la mano de su corto pelo varias gotas de sangre corren por su frente. Mira a todos lados, confuso, pero al no ver nada me agarra de la ropa y tira de mí hasta que me levanta—. ¡Vamos, perra! —Me empuja en dirección a la enorme casa mientras con la camiseta seca su sangre. Miro hacia atrás por un segundo y veo los matorrales moverse. En ese momento creo saber quién está detrás de lo que le ha pasado a Alacrán.

Cuando llegamos a la habitación saca lo que parece una cuerda de su bolsillo y me obliga a poner los brazos detrás de mi cuerpo.

—Por favor, no es necesario que me ates —digo con angustia mientras maniobra a mi espalda.

—¡Cállate! —Las cuerdas queman en mi piel cuando las aprieta.

—Suéltame, por favor. No volverá a pasar —ruego.

—Estoy seguro de ello... —sonríe de una forma que no me gusta—. Ponte

de rodillas.

—No... No, no, no... —Sé lo que pretende.

—¡PONTE DE RODILLAS! —grita y tira de mi pelo hasta que lo consigue—. Tendrás que acabar de otra forma lo que no quisiste empezar a hacer antes. —Justo en el momento en que se pone delante de mí suena su teléfono y doy gracias al cielo mentalmente—. Dime —contesta y me repasa con la mirada mientras escucha—. Solo tiene un poco hinchado el pómulo... —Silencio—. Pues si la quiere sin golpes ya es tarde, quizás con un poco de hielo... —Agarra mi mentón y mira de cerca mi cara—. Yo no tengo la culpa, estas tías cada día son más blandas. Apenas las tocas ya tienen moretones por todos lados. —Va a hablar de nuevo, pero se calla para escuchar—. De acuerdo. Sí, no te preocupes, mañana la llevo al club. ¿A qué hora? —Otra pausa—. No, tranquilo, con lo flojo que es seguro que acaba en dos minutos y volvemos pronto —ríe, se despide y cuelga—. Estás teniendo mucha suerte, putilla —me señala—, pero no cantes victoria todavía. Te aseguro que de una forma u otra conseguiré lo que quiero. —Guarda el teléfono en el bolsillo y se marcha.

Paso la noche en vela. Es imposible dormir con el dolor palpitante que tengo debajo del ojo y las manos atadas. Ana llega al amanecer y me encuentra sentada en la cama. Aunque ella viene peor que yo, desata mis manos y me entrega el vaso que siempre tenemos en la mesilla con la idea de que lo ponga en mi hinchazón. Me asegura que al estar frío, notaré alivio. Nada más hacerlo compruebo que tiene razón. Dos horas después vienen a por ella de nuevo. Mi corazón se rompe al notar que ya no opone ninguna

resistencia. Están resquebrajando su voluntad y convirtiéndola en un cuerpo vacío al que usan como les viene en gana. Temo que cualquier día no pueda más y haga algo parecido a lo que hizo la chica rusa.

En mi soledad no puedo dejar de pensar en la montaña. Me cuesta recordar cuál era su nombre, pero al final lo consigo.

«Izan», digo en alto. La conversación telefónica de Alacrán viene a mi mente y comienzo a hilar frases... ¿Es posible que vuelva a verlo? Tengo miedo. No sé exactamente qué es lo que quiere de mí...

Se ha portado fatal conmigo desde el principio. Incluso cuando estaba limpiando en su casa me hizo la vida imposible. Pero la verdad es que parecía bastante sorprendido con todo lo que le conté de su padre. ¿Cómo es posible que no supiera nada? ¿Estará fingiendo?

De todas maneras estoy segura de lo que pasará. Mirará por su padre, como es normal, y lo defenderá a capa y espada. Yo solo soy una simple desconocida para él y además le rompí su bonito y lujoso coche.

Cuando por fin me quedo dormida, la cerradura se mueve y me despierta. Tras la puerta aparece Lorena. Trae una pequeña bandeja con algún tipo de caldo que más bien parece agua sucia y un trozo de pan reseco.

—Aquí tienes. No podrás decir que no te cuidamos bien... —ríe. Es la primera comida tras dos días en los que solo me han dado agua—. Por cierto, querida... ¿Es guapo el ricachón anónimo del club? —Levanta una ceja esperando mi respuesta—. Tengo entendido que es alguien joven. —Me encojo de hombros. No sé qué decirle, aunque la verdad es que como decía Ana en la casa, el chico llama la atención—. Hoy yo también iré contigo.

Quiero verle. —Mis sospechas son ciertas, nos veremos de nuevo. Ahora solo me falta saber qué es lo que la montaña busca de mí—. Estoy perdiendo mi tiempo atendiendo a desechos como tú cuando podría estar seduciendo a alguien adinerado como él. —Sale del cuarto—. En cinco minutos vengo a por ti. —Cierra la puerta.

Antes de que me haya acabado la comida, vuelve. Me preparo y salimos hacia el club.

De camino mi cabeza va dándole vueltas al tema. Me siento bastante nerviosa, pero a la vez aliviada, de saber que seguramente comprobó que no mentía. Su padre estaba allí como le dije y además fue testigo de lo que me hizo Alacrán.

¿Por qué querrá verme de nuevo? ¿Qué busca de mí?

CAPÍTULO 14

Llegamos al club y la persona que siempre está en la puerta nos indica la sala. La número 5. Lorena me acompaña esta vez y sus tacones resuenan por todo el pasillo mientras camina.

—Le daremos una alegría a ese cliente cuando nos vea —dice al pararnos frente a la habitación. Pasa una barra de carmín por sus labios y alisa su corto vestido. Empujo la puerta temerosa y le veo. Esta vez está de pie.

—Sara. —Cuando está a punto de venir hacia mí, entra Lorena y se gira rápidamente dándonos la espalda—. Solo quiero a la pelirroja. —Su voz está cambiada y habla con un extraño acento mexicano. ¿La conoce?

—Hoy está de suerte, señor. La oferta es de dos por una. Se divertirá como nunca. —Camina hacia él.

—¡He dicho que solo quiero a la pelirroja! —Sigue de espaldas. Lorena no desiste y continúa caminando en su dirección, está empeñada en verle la cara y parece que a él no le hace ninguna gracia la idea—. ¡LÁRGATE! —grita y se mueve para seguir escondiéndose de ella—. Haré una reclamación si no te vas ya mismo. Si hubiera querido otra puta, la habría pedido.

—Está bien —dice ofendida y de mala gana al ver que no hay nada que

hacer—. Tú te lo pierdes. —Para alivio de la montaña se marcha bastante molesta.

En cuanto la puerta se cierra y se asegura de que ya no está en la sala, viene hacia mí.

—¿Cómo estás? —Pone su mano en mi mejilla y antes de que consiga pasar sus dedos por mi dolorido pómulo, me aparto. No me fío de nadie. — No temas... Vi lo que te hicieron, Sara. —Parece afectado.

—¿Me crees ahora? —Necesito que me diga que sí, aunque de nada sirva.

—Mi padre no es así. No sé qué está pasando con él. Quizás alguien le obliga...

—Nadie le obliga. —Me mira atento—. Él es el jefe allí y quien manda y ordena.

—¡No! —dice antes de que pueda acabar la frase—. Debe de haber alguna razón por la que actúe de esa forma...

—La única razón es el dinero. —Hay rabia en mis palabras.

Niega confuso al oírme y camina alterado por la habitación. Reconozco que si alguien me dijera algo así de mi padre tampoco le creería.

—Tengo que llegar hasta el fondo con esto. Tengo que averiguar qué es lo que está pasando...

—Yo también —respondo y vuelve a mirarme. Me armo de valor y continúo—. ¿Qué quieres de mí? —Pestañea, pero no dice nada—. ¿Por qué estás aquí? ¿Qué buscas?

—Ni yo mismo lo sé... —contesta mirando ahora al vacío.

—¿Sexo fácil? ¿Seguir riéndote de mí como hacías en la casa?

—¡No entiendes una mierda! —Me señala con el dedo—. Si quisiera sexo, lo buscaría en otra parte. Estos sitios me dan asco. —Humedece sus labios secos—. Traté... traté de... —Pasa la mano por su cabello. Duda por un segundo, pero finalmente continúa—. Lo hice por ti, Sara. Solo quería que te fueras. Vi cómo te miraba mi padre y me porté como un cabrón para que renunciaras. ¡Lo admito! Solo quería que te largaras. Temía que ocurriera esto... —Su respiración se acelera—. Sabía que mi padre podría convencerte con dinero para venir aquí... Le he visto hacerlo más veces. Sentí lástima de que una chica tan... tan... joven y llena de vida como tú se echara a perder de esta manera.

—¡Vine aquí engañada! —Le interrumpo—. Ya no sé cómo decírtelo para que me creas. Nadie me habló de esto. —Miro mis cortas ropas y varias lágrimas me inundan los ojos, pero sigo hablando. Necesito desahogarme—. Yo solo quería un trabajo digno. Solo tenía que limpiar y cocinar para así poder mantener a mi familia. —Comienzo a llorar sin poder evitarlo—. Solo quería darle una vida más desahogada a mi madre enferma y un futuro a mis hermanos. Solo eso... —Pongo las manos sobre mi cara y sollozo.

—Sara... —Su mano roza mi hombro y vuelvo a apartarme.

—No me toques. —Arruga su frente—. ¿Por qué pediste verme de nuevo? —Todavía sigo sin entender nada.

—Solo quería que dejara de golpearte y no sabía cómo evitarlo sin mostrarme. Lancé una piedra a Alacrán y parece que funcionó, pero temía

que siguiera haciéndote daño cuando entraseis y por eso llamé y concerté otra cita. Fue lo primero que se me ocurrió.

—Gracias... —digo cabizbaja y me mira—. Estuvo a punto de pasar algo horrible. —Cierro mis ojos con fuerza—. Esa llamada evitó que Alacrán abusara de mí. Estaba a punto de... —Soy incapaz de terminar.

—Sara... —Levanto la mirada y veo pena en su rostro.

—Ayúdame, por favor. —Me vengo abajo y seco mis lágrimas—. Sácame de aquí. Ya no puedo más...

—Necesito que me respondas a una pregunta. —Se acerca y pone sus manos en mis mejillas. Esta vez le dejo. Necesito contacto físico—. ¿Por qué le diste a tu amigo una dirección falsa?

—¿Qué? —Me sorprende—. ¿Cómo sabes eso?

—Alguien que decía conocerte vino histérico a la casa un par de días después de que te fueras. Traía en sus manos una dirección inexistente y decía que se la habías entregado tú antes de irte.

—¡Lucas! —Mi corazón da un salto.

—Nunca me dijo su nombre. —Rasca su cabeza—. Me amenazó con todo tipo de cosas y finalmente llegamos a las manos.

—¡Dios mío! ¿Qué le hiciste? —Viendo la diferencia de tamaño entre ambos temo por mi amigo.

—Creo que solo le rompí la nariz...

—¿Solo? —Siento pena por Luc.

—Al día siguiente volvió con una mujer que juraba ser tu madre y lloraba sin parar pidiendo compasión y alguna pista de tu paradero. Parecía enferma y apenas podía caminar.

—¡Mamá...! —Las lágrimas vuelven a mis ojos y un fuerte dolor se instala en mi pecho. Saber cuánto debe de estar sufriendo me parte el alma en dos.

—Nada más irse llegó un comisario acompañado de varios agentes preguntando por ti. Supe que algo raro estaba pasando y por alguna extraña razón necesité saber que estabas bien. No te conozco demasiado, pero me resultaba difícil creer que no tuvieras sentimientos. Si viniste a México como aseguraron, solo podías estar aquí.

—Fue casualidad que viniera al club ese día. Me trajeron solo porque les dije que no me había acostado con ningún hombre y quisieron sacar dinero conmigo. Al parecer se valora mucho eso aquí.

—Casualidad o no, cuando llegué y vi cómo te dejabas tocar por todos esos tíos, y además estabas borracha y drogada, sentí rabia y quise darte una lección... Tu madre sufriendo lo indecible y tú aquí, como si nada te importara...

—¡Me drogaron en contra de mi voluntad! —protesto. No quiero que siga pensando así de mí—. Un hombre me inyectó algo en el brazo cuando me resistía. —Arruga su frente y me mira atento. Parece que su mente está en otro lugar mientras hablo—. Actuaba como si fuera médico... Me realizó incluso una prueba para certificar mi virginidad.

—¿Cómo era ese hombre? —Sus enormes pupilas negras se clavan en las mías esperando una respuesta.

—Era mayor... de unos 55 o 60 años. Muy delgado. —Sus ojos se abren—. Se le marcaban mucho los pómulos y tenía el cabello completamente blanco. Además, sus gafas eran muy gruesas...

—Ricardo... —susurra.

—¿Le conoces? —asiente mirando al vacío.

—Era nuestro médico de familia. Atendía a mi madre cuando le daban sus crisis... —Mueve su cabeza como si quisiera borrar alguna imagen y cuando se da cuenta de que está hablando demasiado, cambia de tema—. Necesito descubrir hasta dónde está implicado mi padre en esto. Si es cierto lo que dices, no me importarán los lazos de sangre y haré lo que sea necesario para que pague por ello. —Aprieta sus manos con fuerza. Dudo de su palabra, pero no me queda más remedio que intentar creerle. Es mi única esperanza—. Mientras tanto, nadie debe saber que estoy aquí. Ni siquiera la chica que vino contigo.

—¿Lorena?

—Angélica.

—¿Lorena se llama Angélica? —Parece que muchos de ellos usan nombres falsos. Imagino que es para que resulte más difícil encontrarles.

—Eso parece...

El tiempo pasa rápido y tiene que irse antes de que la hora acabe. No quiere arriesgarse a que cuando vengan a por mí le descubran. Me asegura que volveremos a vernos y por alguna extraña razón siento alivio. No sé si debería fiarme de él, pero necesito agarrarme a algo para mantenerme

mentalmente sana. Si no es así, pronto me volveré loca.

Lorena parece enfadada y discute constantemente con Alacrán durante el viaje de vuelta. Se gritan incluso por el volumen de la música y mi cerebro les anula. En lo único que pienso es la conversación que he tenido con la montaña y en su manera de hablarme. Hoy lo ha hecho con respeto y al menos me ha escuchado... Quizás no sea igual que ellos, después de todo. Parecía muy afectado con las cosas que me ha permitido contarle.

Cuando llegamos a la finca de nuevo hay gente por todas partes. Parece que las fiestas son habituales en este lugar. Alacrán y Lorena siguen peleándose y noto que no me prestan la atención de otras veces. Alguien viene tambaleándose hasta nosotros y le reconozco. Es uno de los socios. Parece muy borracho y pone su mano en uno de los glúteos de Lorena.

—Ven conmigo, reina. Solo tú sabes lo que me gusta.

—Estás demasiado borracho, Bruno. Búscame cuando te sientas más centrado. —Le empuja y cae de espaldas.

—¡Perra! —grita desde el suelo y se mueve torpemente—. No volveré a darte ninguna propina. —Me fijo y veo que su teléfono está cayéndose de su bolsillo. Antes de que nadie más se dé cuenta, finjo que tropiezo y caigo sobre él.

—Lo siento. Lo siento mucho... —digo desde el suelo—. No sé con qué he tropezado. —Agarro el móvil con un hábil movimiento y lo guardo rápidamente debajo de mi minúscula camiseta. Cuando me levanto, cruzo los brazos sobre mi pecho para esconder el bulto y rezo para que nadie le llame o escriba en ese momento. Me descubrirían al instante y no dudarían en

castigarme físicamente.

Lorena es quien me acompaña esta vez a la habitación y doy gracias a Dios. No quiero pensar qué pasaría si en vez de ella me hubiera traído Alacrán, que parece estar muy interesado en mí y eso me asusta demasiado. Sé que no descansará hasta que consiga lo que busca.

Cuando la puerta se cierra y me quedo sola siento un gran nerviosismo. Saco el teléfono de entre mis ropas y cruzo los dedos para que al menos el aparato me deje llamar a emergencias. Mis manos tiemblan como nunca y aprieto el botón de encendido. Paso el pulgar por la pantalla y casi grito de alegría al descubrir que no tiene código de desbloqueo y puedo llamar a quien quiera.

CAPÍTULO 15

Lo pongo en silencio y marco a Lucas, espero unos segundos, pero por alguna razón no da llamada. Vuelvo a intentarlo tres veces más y pasa lo mismo. Ni siquiera suenan los tonos. Abro el acceso a internet y los datos funcionan. Busco la página de la policía de México para escribirles un email, y junto a la dirección de correo me aparece su número. Algo me dice que lo intente de nuevo y llamo. Extrañamente, esta vez sí suena.

—Policía federal —contesta un hombre al otro lado.

—Por favor, ayúdenme —digo nerviosa y con cuidado de no levantar la voz—. Me tienen secuestrada. Por favor, sáquenme de aquí.

—Cálmese, señorita. Necesitamos que nos diga dónde está.

—No lo sé. Es una finca en medio del campo. Tienen que ayudarnos, se lo suplico. —Mi voz tiembla.

—Debe darme alguna pista más, esa información es insuficiente.

—Aníbal. El dueño se llama Aníbal y hay un puente encima de la piscina y estatuas en el recibidor... También una valla electrificada alrededor y unas grandes puertas de metal.

—Bien. Algo de eso nos podrá servir. Ahora escúcheme. ¿Es suyo el

teléfono desde el que nos está llamando?

—No, señor, es de uno de los socios que nos tienen secuestradas. Se lo quité hace solo unos minutos. Somos varias las chicas que estamos aquí y están abusando de todas.

—Tranquila. El número nos será de gran ayuda. Podremos dar al menos con el dueño. ¿Puede decirme cuántas chicas hay allí?

—Creo que unas diez, pero no estoy segura, nunca nos juntan a todas.

—¿Recuerda algo más?

—Tienen un local al que llaman *Strip Club*. Está en la ciudad, casi a las afueras. Hay una gasolinera cerca. Por favor, dense prisa, nuestra vida corre peligro.

—¿Podría decirme más o menos a qué distancia está esa finca de la ciudad?

—No sabría decirle en kilómetros, pero a una media hora en coche.

—Está bien. No se preocupe. Dígame su nombre completo.

—Sara Durán Navarro.

—¿Qué edad tiene, Sara?

—20 años, señor. —Oigo un ruido en el pasillo y me asusto—. Tengo que dejarle, alguien viene. Por favor, ayúdenos.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos, señorita. Tengan cuidado, mientras tanto... —Es lo último que oigo antes de colgar y escondo el teléfono debajo del colchón. Espero unos segundos y la puerta se abre. Toda mi cara arde por el miedo, temo que me descubran.

—Tú —dice Alacrán y doy un salto—. Encárgate de tu amiga. —Le miro extrañada y veo que dos hombres entran con Ana en brazos.

—¡Dios mío! ¡Ana! ¿Qué te han hecho? —Apenas se mueve—. Ana, ¡háblame! —Trata de abrir los ojos, pero no puede. Su cara está totalmente deformada por los golpes y hay varias heridas abiertas en su espalda. Parecen latigazos—. ¡ANIMALES! —grito—. ¡Sois unos animales! —ríen y la sueltan en el suelo sin preocuparse.

—Si se muere será culpa tuya.

—¡Llamad a un médico! ¡Necesita ayuda! —grito de nuevo desesperada. No puedo creer que sean tan inhumanos.

—Es tu responsabilidad. —Cierran la puerta y me dejan sola con ella.

—Ana... —Me arrodillo a su lado—. Háblame. —Lloro sin saber qué hacer—. Aguanta, Ana, vendrán a ayudarnos muy pronto. —Acaricio su pelo—. Conseguí contactar con la policía mexicana con un teléfono que robé a uno de los socios y seguramente estén buscando al dueño para interrogarle. Aguanta... ya falta poco. —Me pongo en pie y busco por la habitación.

Aunque es una chica muy delgada, no tengo fuerza suficiente para llevarla sola hasta la cama. Alcanzo una de las viejas colchas y la echo sobre su cuerpo para que no pierda calor. Tomo su almohada y la pongo bajo su cabeza para que esté más cómoda.

—Sara... —Intenta decirme algo, pero el dolor no la deja.

—Tranquila. —Cojo el vaso de la mesita y lo pongo despacio sobre uno de sus ojos. Apenas se la ve debido a la inflamación.

—Lla...ma a Espa...ña. Poli...cía de Espa...ña —dice con esfuerzo antes de perder el conocimiento.

—¡Ana! —La muevo. Temo lo peor, pero compruebo que sigue respirando y me quedo más tranquila. Corro hasta el colchón y saco el teléfono. Intento llamar a todos los números que recuerdo, pero ninguno funciona. No entiendo qué pasa. Cuando estoy a punto de darme por vencida, recuerdo algo importante. «¡El prefijo!», me digo y lo marco seguido del número de Luc.

Cuando oigo el primer tono, todo mi cuerpo comienza a temblar. Al tercero descuelga.

—¿Sí?

—¡LUCAS! —Mis ojos se llenan de lágrimas. Siento algo parecido a emoción, tristeza y miedo a la vez.

—¡SARA! —grita. Estoy segura de que siente lo mismo—. ¿Estás bien? ¿Dónde estás? —Hay nerviosismo en su voz.

—Estamos retenidas en México. Mi antiguo jefe nos tendió una trampa y nos tiene encerradas. Estamos en una finca en medio del campo. Ana está muy mal. —Me derrumbo—. Haz algo, Lucas, busca ayuda, por favor. No podemos escapar, no tenemos salida. Nos golpean sin piedad y abusan de todas las chicas que hay aquí. Tienes que sacarme de este sitio, Luc... Tienes que hacerlo... —Me ahogo con mis propias lágrimas.

—Tranquila, Sara. Todo saldrá bien, cariño. Voy a buscar ayuda y te encontraré aunque tenga que dejarme la piel. Cuéntame todo lo que sepas, todo lo que hayas visto. Cualquier cosa.

Durante varios minutos le narro absolutamente todo lo que recuerdo, incluso le describo a todas las personas que he visto. Antes de poder despedirme de él la batería se acaba y de nuevo me siento completamente sola.

Minutos después y tras meditarlo, decido deshacerme del móvil lanzándolo por uno de los agujeros de la ventana cuando nadie me ve. Apagado es inservible y solo puede traerme problemas.

Paso la noche junto a Ana. Cada quince minutos reviso su respiración para asegurarme de que todavía está viva. Por suerte es una chica muy fuerte y aguanta. De vez en cuando se queja, pero al momento vuelve a perder la conciencia. Al menos en ese estado no sufre por sus heridas...

Antes de que salga el sol un ruido me sobresalta. La maldita puerta se abre de nuevo y entran dos personas. Alacrán y el socio a quien le quité el teléfono.

—Esta es la última habitación. —Alacrán comienza a revolverlo todo sin encontrar nada. Sé lo que busca y doy gracias al cielo. Si lo llego a guardar, no sé qué hubiera pasado.

—¡Eh! —dice el socio mientras me señala—. Esta es la tía que se me cayó anoche encima. ¡Seguro que lo tiene ella!

Los dos vienen a por mí y me levantan del suelo. Mientras el socio me inmoviliza, Alacrán me registra sin miramientos y me hace daño.

—A saber dónde lo perdiste. —Le dice Alacrán al ver que no lo tengo—. Por tu bien más te vale que aparezca... si cae en manos de alguna de estas —

me empuja con desprecio— te va a salir muy caro.

El socio lo mira con preocupación y rasca su cabeza

—No entiendo dónde cojones puede estar... lo tuve en el bolsillo toda la noche y esta mañana cuando fui a llamar a mi mujer ya no estaba. —Siento asco al saber que está casado y engaña a su esposa.

—Sigamos buscando. —Alacrán sale de la habitación y el socio le sigue. Antes de cerrar se gira hacia mí—. En un minuto vengo a por ti. —Mi vello se eriza y trato de calmarme. Nunca sé dónde me llevarán y la incertidumbre me mata. ¿Será hoy el día en el que me hagan lo mismo que a Ana? Inspiro profundamente y antes de llenar mis pulmones mi amiga se mueve.

—Sara —me busca con sus hinchados ojos—, tienes que llamar... a la policía española. —Parece que está algo mejor.

—Un amigo lo hará, tranquila —susurro—. Conseguí contactar con él y se lo conté todo. Saldremos de aquí pronto.

—La policía de... —La puerta nos interrumpe.

—Vamos. —Alacrán entra—. Te esperan abajo.

La primera persona que pasa por mi cabeza es la montaña, pero después analizo la situación y pierdo la esperanza. Si su idea era que nadie supiera que está aquí, no creo que se arriesgue. Me guía hasta la misma habitación en la que estaba la camilla de matrona y me paro aterrada en la puerta. No quiero entrar, no quiero volver a pasar por lo mismo. Alacrán me hace un gesto con la cabeza para que continúe. El miedo me tiene paralizada y soy incapaz de mover los pies. Camina hacia mí y agarra mi cabello con fuerza.

—Vamos, que no tenemos todo el día. —Tira tan fuerte que puedo oír como se arranca mi pelo y me arrastra al interior.

Hay tres hombres más dentro. Uno de ellos tiene tatuajes y *piercings* por todas partes y me mira sonriente.

—No, por favor. —Intento salir de allí, pero me sujetan. Esos hombres me dan miedo, seguro que son unos bárbaros.

Me sientan en una silla de metal y mientras dos de ellos me inmovilizan, el de los *piercings* abre una especie de maletín y saca algo de él. Empieza a colocar objetos sobre la mesa y me fijo en que todos son utensilios para tatuar. Me fuerzan a estirar el brazo y conectan una pequeña máquina con una aguja soldada a una toma de corriente.

—Agarradla fuerte. —Les dice al notar que todavía me muevo—. Vamos a hacerte un precioso dibujo.

—¡NO! —grito—. ¡Soltadme! —No quiero que se acerque a mí, no quiero que me hagan ningún tatuaje.

Por más que me resisto es inútil. Solo me hacen daño y tienen mucha más fuerza que yo. Agotada, me abandono, y comienzo a notar cómo la aguja penetra en la piel de mi muñeca. Varias gotas de algún líquido corren por mi brazo y dudo entre si será sangre o tinta. Sus cuerpos impiden que pueda verlo.

—Ya está —dice el tatuador cuando levanta la cabeza—. Ha quedado perfecto. —Los demás parecen pensar lo mismo, pero yo no me atrevo a mirar. Sea lo que sea lo que hayan dibujado a la fuerza en mi cuerpo, no me

gustará.

Alacrán se acerca y agarra mi mano para observarlo mejor.

—Deberías sentirte orgullosa. Muy pocas son merecedoras de llevar esta marca. —Levanta mi brazo a la altura de mis ojos y la veo. Es una especie de flor de Loto minimalista. Los bordes están bastante hinchados y todavía hay restos de sangre alrededor—. Es nuestro logo. Todos aquí lo conocen. Cuando los amiguitos ricos del jeque lo vean, sabrán que fue Aníbal quien preparó la mercancía y ganaremos más clientes. —Inspira sonoramente—. Ya puedo oler el dinero.

—Eres un ser despreciable —digo con asco y agarra fuertemente mi cuello.

—Cambiarás de idea en cuanto pasemos un rato juntos...

—¿Está lista? —dice Aníbal desde la puerta y Alacrán me suelta.

—Lista, jefe.

—Bien. La esperan en el club.

CAPÍTULO 16

Cada vez que oigo la palabra *club* la montaña de carne viene a mi mente. Es difícil de explicar, pero el rato que paso con él es el único en el que no me siento amenazada ni asustada. Quiero creerle por encima de todo, lo necesito. Es mi única esperanza.

Solo llevo aquí unos días y mis nervios ya están destrozados. A veces comienzo a temblar sin razón en medio de la noche y segundos después mi cuerpo se descompone. Otras, mi corazón late desenfrenado y siento que me ahogo debido a las taquicardias.

Pensar en la posibilidad de que alguien pueda ayudarme es lo único que consigue que me mantenga cuerda. De no ser así, no sería capaz de seguir adelante. Te despiertan a cualquier hora, te privan de alimentos y te golpean sin razón. Te desquebrajan emocionalmente con la única intención de vaciarte para que pierdas la voluntad y así poder manejarte a su antojo.

Hay veces que me siento tan desorientada que ya no sé ni dónde estoy. Ni si es de día o de noche. Pero sin duda lo peor de todo es la maldita incertidumbre. No saber qué pasará, dónde te llevarán o qué intenciones tienen contigo es la peor de las torturas... Y aun así tengo que dar gracias porque no soy de las que peor lo están pasando. Ver lo que están haciendo

con Ana me rompe el alma. Por alguna razón todavía no me han vendido a los clientes como a las demás. Por todo lo que hablan, intuyo que el jeque y mi virginidad tienen algo que ver, seguro que después no me libraré de pasar por lo mismo.

Me siento nerviosa y con ganas de saber qué me dirá la montaña esta vez. Ojalá se le haya caído la venda de los ojos y haya descubierto por sus propios medios a lo que se dedica su padre. Espero que si estoy en lo cierto, cumpla su palabra... Entiendo lo difícil que debe de ser aceptar algo así de quien te ha criado, pero algo me dice que no es una persona que apruebe este tipo de prácticas. Se está tomando demasiadas molestias.

Cuando llegamos hay varias personas en la puerta. Todos parecen estar bebidos y hay sangre en el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Aníbal.

—Dos tipos discutieron por la misma puta.

—¿Lo habéis solucionado?

—Sí, no hay problema, ya se los llevaron.

—De acuerdo... —Mira a su alrededor—. ¿Ha llegado el cliente?

—Sí, señor, está en la número 12. —Parpadeo, confusa. La 5 debe estar ocupada.

—¿Está avisado de hasta dónde puede llegar con ella? —asiente y mi jefe parece conforme—. Ya sabes qué hacer —me dice y me hace un gesto para que entre por la puerta de al lado.

Camino decidida por el pasillo sabiendo dónde tengo que ir y cuando llego

a la habitación abro sin llamar y busco a la montaña con la mirada.

—Me encanta la puntualidad de Aníbal. —No reconozco su voz y me giro rápidamente buscando a la persona que habla. Con horror descubro que no es quien pienso, sino un hombre bastante mayor vestido con un traje azul marino y una corbata roja. Me quedo paralizada mirando en su dirección y vuelve a hablarme—. ¿Hablas mi idioma? —Dudo si contestar, pero finalmente muevo la cabeza de manera afirmativa—. Pareces tensa... —Agarra mi brazo—. Ven, siéntate a mi lado y vamos a relajarnos un poco. —Me aparta de la puerta, echa la llave y la guarda en su bolsillo.

Un fuerte calor gatea por mi espalda hasta llegar a mi cabeza y tengo la necesidad de huir de allí, pero desgraciadamente estoy atrapada y no puedo. Me guía hasta una mesa de cristal en la que hay un vaso con bebida, un canutillo hecho con un billete y varias rayas de polvo blancas.

—Dale —me dice y señala lo que parece droga.

—Señor, yo no...

—¡DALE! —Me empuja hacia la mesa y tengo que sujetarme para no caer.

—Por favor, yo nunca... —No me deja terminar. Agarra mi pelo y me fuerza para acercarme hacia las rayas. Toma el canutillo con sus dedos y me lo entrega. Al ver que no hago nada vuelve a gritarme.

—¡HAZLO! —Me hace tanto daño que no tengo más remedio que ceder y colocar el billete enrollado al inicio de una de las líneas. Aspiro por la nariz y por mi inexperiencia no consigo hacerla desaparecer completamente. Cabreado golpea mi nuca con fuerza—. ¡ERES UNA INÚTIL! Esto vale más

que tú. —Su voz suena como si tuviera eco y mis fosas nasales arden. Repito la acción dos veces más hasta que no queda nada y cuando levanto mi cabeza todo me da vueltas y mis sienas duelen.

Mientras trato de reponerme, me quita el canutillo y hace lo mismo. Grita cuando acaba y sacude su cabeza mientras limpia su nariz. Se inclina hacia mí y agarra mi barbilla.

—No. —Me aparto cuando se acerca. Temo que quiera besarme.

—Tienes una boquita preciosa... veamos qué sabes hacer con ella. —
Comienza a desvestirse.

Me pongo en pie con dificultad y miro en todas direcciones. Mi visión parece afectada y me cuesta distinguir los objetos de la habitación. Él está como si nada. Lanza el pantalón y la ropa interior sobre la mesa y comienza a desabrochar su camisa. Siento náuseas y ganas de llorar. Esta vez no tengo escapatoria... Se sienta en una de las butacas y me mira.

—Ven —dice finalmente y hace señales con su mano para que me acerque. No veo sus dedos, todos parecen dobles y borrosos—. Vamos, el tiempo corre. —Le miro, pero no me muevo—. Si voy yo a buscarte será peor... —
Comienza a impacientarse.

—Por favor... —Mi voz suena en mis oídos como si estuviera dentro de una botella—. Por favor, señor...

—¡HE DICHO QUE VENGAS!

—Se lo suplico... no me haga hacer esto —gimoteo.

Se pone en pie malhumorado y camina hasta mí. Sus pisadas suenan

demasiado fuerte como para estar descalzo. La droga debe de haberme afectado también la audición.

De pronto golpea fuertemente mi cara y me caigo al suelo. Ni siquiera he visto venir su brazo. Extrañamente no me duele, aunque siento un raro hormiguelo en mi mejilla. Agarra mi cabello y tira de mí hasta que me pone a la altura de su cintura.

—¡NO! —grito fuertemente y cierro los ojos. Acto seguido llega el segundo golpe. Mi cabeza choca contra la puerta y todo se mueve—. ¡NO! ¡DÉJAME! —digo tratando de huir y vuelve a agarrar mi cabello. Esta vez acerca su desnudez a mi cara y las náuseas no tardan en llegar. El hedor es espantoso—. ¡NO!

—Haz lo que tienes que hacer o te mato, ¡ZORRA! —Sigue apretando mi rostro contra su cuerpo y en un acto angustioso y sin pensarlo, le muerdo fuertemente en la pierna. Grita hasta quedarse sin aire y escupo cuando se aparta. Me giro y nerviosa aporreo la puerta.

—¡AYUDA! —Quizás algún cliente se apiade—. ¡AYUDA, POR FAVOR! —Sé que es inútil, pero es lo único que puedo hacer.

Cuando se recupera vuelve a por mí. Varias gotas de sangre corren por su muslo y su respiración es agitada. Al verlo corro hasta uno de los rincones, pongo las manos sobre mi rostro y me hago un ovillo buscando protección para mis órganos. Estoy segura de que de esta no salgo con vida...

—Vas a pagar por lo que has hecho. —Toma el pantalón de la mesa y tira del cinturón hasta que lo saca.

—¡NOOOO! —Vuelvo a gritar y me muevo inquieta tratando de cubrirme mejor—. ¡POR FAVOR! ¡QUE ALGUIEN ME AYUDE! —Lloro sin poder evitarlo. El miedo está pudiendo conmigo.

Echa su brazo hacia atrás con la tira de cuero para tomar impulso y descarga su fuerza en mi cuerpo. El sonido que hace la correa al cortar el aire es aterrador y la quemazón insoportable. La hebilla de metal ha golpeado en uno de mis brazos y creo desmayarme. Grito buscando alivio y repite la acción. Esta vez el metal choca contra mi cabeza y al llevar una de mis manos a la zona para calmar el dolor, noto humedad y una herida abierta en mi cuero cabelludo. Alza su brazo de nuevo y un fuerte golpe en la puerta le interrumpe.

—¡AYUDA! ¡ME ESTÁN HACIENDO DAÑO! —No pierdo la oportunidad. Otro impacto más fuerte hace mover incluso el tabique de yeso.

Viendo que quien esté al otro lado no tiene intención de parar, corre a por su ropa y comienza a vestirse mientras los golpes continúan. En el quinto la puerta no aguanta más y la parte de abajo salta por los aires junto a la cerradura.

Mis ojos se abren como platos y creo estar teniendo alucinaciones por la droga cuando la montaña entra en el cuarto. Me mira fijamente y entrecierra sus ojos al ver mi cara cubierta de sangre.

—¡Lárgate! —Le dice el tipo ofendido mientras se tapa sus vergüenzas—. He pagado una hora por ella. Es mía durante ese tiempo. ¡Espera tu turno! —La montaña se acerca a él vacilante y este tiene que levantar la cabeza para poder mirarle a la cara.

—¿Eso se lo has hecho tú? —Le agarra por el cuello y sus pies flotan en el aire.

—A ella le gusta —responde con dificultad para salir al paso. Empieza a sentirse amenazado y tiene miedo.

—¿Te gusta, Sara? —Me pregunta mientras me mira por el rabillo del ojo. Tiene todas las venas marcadas por el esfuerzo.

Niego y nada más hacerlo, cierra su puño y golpea sin piedad su horrible cara. Cuando deja de defenderse, le suelta y cae desplomado al suelo.

—¿Está muerto? —pregunto nerviosa desde el suelo. Temo que le arresten por ayudarme.

—Tranquila, solo dormiré por un buen rato. —Me extiende su mano—. Vámonos. Pronto vendrán y si no nos damos prisa nos descubrirán. Provoqué un pequeño incendio en el almacén y están tratando de sofocarlo.

—¿De verdad nos vamos? —No puedo creer lo que oigo... Me ayuda a levantarme y mete la mano en uno de sus bolsillos. Saca un pañuelo y me lo entrega.

—Ponlo sobre la herida de tu cabeza para parar la hemorragia. —Hago lo que me dice y salimos de la habitación. Intento caminar, pero la droga y los tacones me lo ponen difícil. En el pasillo hay una pequeña niebla de humo—. Van a saltar las alarmas en unos segundos. ¿Puedes correr? —pregunta al ver mi dificultad.

—Puedo intentarlo. —Me descalzo y se agacha para recoger mis zapatos.

—De acuerdo... apóyate en mí. —Pasa mi brazo por su hombro con

cuidado—. ¿Preparada?

—Creo que sí... —Antes de acabar la frase, salta la alarma, como bien había adelantado.

—¡Vamos! —Corremos y en vez de ir por la puerta de atrás, entramos a la zona del escenario. Nos mezclamos entre la multitud y salimos junto con ellos. Nos pisan y golpean, pero no me importa. Saber que me está ayudando a escapar de aquí compensa todo eso.

Mira alrededor constantemente para asegurarse de que nadie nos reconoce y se pone una gorra negra que encuentra en una de las mesas. Me pega a su cuerpo con la intención de cubrirme para que sea más difícil localizarme y cuando por fin conseguimos salir a la calle, corremos por la acera hasta que llegamos a la gasolinera. Si tuviera que hacerlo sola no podría, todo lo veo doble y me siento muy mareada.

Entramos a una pequeña tienda y habla con el dependiente. Le pregunta si tiene coche o conoce a alguien que lo tenga y le ofrece una buena suma de dinero por llevarnos a algún lugar lejos de allí. El hombre acepta y tres minutos después estamos de camino.

CAPÍTULO 17

Viajamos en silencio. Viene sentado a mi lado y parece bastante serio. Tiene las manos ligadas entre las piernas y juguetea con los dedos, pensativo. Parece triste.

—¿Cómo supiste que estaba allí? —pregunto para romper el hielo. No parece el mismo chico prepotente con el que me he estado viendo.

—Llamé para concertar otra cita hoy, y me dijeron que no podía ser porque estabas con otro cliente. —Mira por la ventana.

—Amm... —Es lo único que sale de mi boca. Me gustaría seguir preguntándole, pero no me atrevo a hacerlo. Que haya venido expresamente a ayudarme me deja sin palabras.

—¿Cómo sigue tu herida? —Gira por fin la cara hacia mí. Sus ojos son tan negros y profundos que me dejan sin habla.

—Siento... algo de dolor... pero es soportable... —Pestañea y le miro fijamente. No entiendo cómo un gesto tan normal como ese puede llamar tanto mi atención.

—Déjame ver —dice inclinándose hacia mí y poniendo las manos sobre mi cabeza. Me ladeo para darle mejor acceso, y noto cómo sus dedos separan

varios mechones de mi cabello para buscar la herida. Tira de mí con cuidado para ver mejor, y acabo con la cara apoyada en su duro torso.

—Creo... que ya no sangra —digo nerviosa. Su aroma, junto al contacto y su cercanía, llenan mi pecho de sensaciones. Él parece notarlo y se aparta.

—Lo vemos después, cuando haya más luz. Ahora es difícil. —Expira hasta soltar todo el aire. ¿También se habrá sentido incómodo?

—Mejor... —respondo sin pensar.

Veo como busca en uno de sus bolsillos y estira las piernas con dificultad para poder sacar algo de él. Es tan alto que apenas cabe en el coche.

—Deberías llamar a tu familia —me entrega un teléfono y rápidamente recuerdo algo terrible.

—¡Dios mío! —grito y hasta el conductor mira por el espejo retrovisor—. ¡Mi familia!

—Eso acabo de decirte —dice extrañado.

—¡No lo entiendes! —vuelvo a gritar y antes de que se dé cuenta, ya tengo el móvil en las manos. Con nerviosismo marco el número de Lucas, sin olvidarme del prefijo esta vez.

—¡LUC! —Hablo cuando le oigo descolgar y antes de que conteste—. Luc, soy Sara. Estoy bien, pero tienes que poner a salvo a mi familia.

—¡Sara!

—¡Escúchame! —No le dejo terminar y mis manos tiemblan—. Tienes que llevarte a mi madre y a mis hermanos de la casa. ¿Me oyes?

—Sara, ¿qué ocurre?

—No preguntes, Luc, no podemos perder tiempo. Sácalos de allí, por favor —lloriqueo—. Están en peligro. Me amenazaron con hacerles daño si no hacía lo que me pedían, y es lo que acaba de pasar. He conseguido escapar con ayuda de... —le miro— de alguien, y necesito que les lleves a un lugar donde estén seguros. Habla con la policía, ellos les protegerán.

—Tranquila. Entiendo lo que dices. Entonces... ¿de verdad has escapado? ¿No me mientes? —Noto emoción en sus palabras—. ¿Estás bien?

—Sí... —mis lágrimas salen solas—. Estoy bien, Luc, solo me falta que tú te encargues de ellos. Ve ya, por favor, no te demores. Están en peligro.

—Así lo hago, Sara. Tranquila, cariño, todo saldrá bien. Por favor, si puedes llámame cuanto antes.

—Lo haré.

—Te quiero, Sara, te quiero mucho.

—Yo también a ti, Luc. Ten cuidado. —Cuelgo y le entrego el teléfono a la montaña mientras seco mi cara.

—¿Ese chico es tu pareja? —Me mira.

—¿Por qué lo dices? —pregunto intrigada mientras trato de recuperarme de la llamada.

—Es extraño que hayas preferido llamarle a él antes que a tu madre.

—Luc es mi mejor amigo y el único que puede hacer lo que necesito ahora mismo.

—Ah... —Hace una pausa, pensativo—. Puedes contactarla para decirle que estás bien. No me importa que vuelvas a llamar. —Me entrega de nuevo el aparato.

—No me siento con fuerza de hablar con ella —respondo con tristeza—. Me derrumbaría en cuanto oyera su voz y sería peor para las dos —suspiro profundamente—. Siento vergüenza y pena... sé que debe de estar decepcionada conmigo y me duele mucho haberle hecho pasar por esto. Si hubiera prestado más atención a los detalles... Estaba claro que era una trampa y no lo vi venir.

—Si te sirve de consuelo, llevo yo más tiempo que tú al lado de mi padre y no lo he visto hasta ahora —sonríe forzadamente y me siento extraña al notar que está intentando animarme.

—Gracias. —Es lo único que se me ocurre decir—. No he tenido oportunidad de agradecerte lo que estás haciendo por mí. Espero que no te busques un problema por ello.

—Ya veremos qué pasa —dice mirando de nuevo a la ventana. Creo que acabo de descubrir su conflicto interior y la razón de por qué está tan apagado.

—¿No trajiste coche? —pregunto para cambiar de tema.

—No. Me estaba alojando muy cerca del club y tampoco vi necesario alquilar uno. No sabía que tendría que huir de la mafia —vuelve a sonreír de mala gana y hay dolor en sus ojos.

—Lo siento... —Debe de estar teniendo sentimientos encontrados respecto

a su padre.

—Gire a la derecha. —Le dice al conductor, lo que me saca de mis pensamientos.

—¿Dónde vamos? —pregunto mirando a la carretera.

—Vamos a ver a alguien a quien hace mucho que no visito.

—¿Conoces México?

—Nací y viví aquí varios años.

—¿Eres mexicano, entonces? —digo sorprendida.

—Nací aquí, aunque mi madre, al igual que mi padre, también era española.

—¿Y cómo es que no tienes acento?

—Me esforcé por borrarlo. No guardo buen recuerdo de este país. —Traga saliva—. Aunque realmente no lo tenía muy marcado... solo me relacionaba con españoles.

—¿Tu madre murió? —Ha hablado en pasado de ella.

—Sí —dice secamente como queriendo evitar el tema.

—Mi padre también. —Intento hacerle ver que yo también he perdido a alguien muy especial—. Se quitó la vida hace solo tres meses. —Me mira rápidamente y se mueve incómodo.

—Lo siento... ¿Tenía problemas psicológicos?

—No. Solo económicos. —Cierro los ojos recordando el fatídico día—. Intuyo que lo hizo a la desesperada, y para que a mi madre le quedara la pensión de viudedad que el gobierno entrega a las mujeres que han perdido a

sus maridos. Sé que lo hizo para que tuviéramos un plato de comida sobre la mesa.

—Debió ser muy duro...

—Sí, lo fue y lo sigue siendo. —Aprieto los labios para contenerme—. Le echo mucho de menos y a la vez siento rencor.

—Me puedo hacer una idea. —Apoya la cabeza en el respaldo del asiento y clava sus ojos en el techo del coche. Unos segundos después, vuelve a levantarla y mira por el cristal delantero—. Ya estamos llegando.

Indica al conductor y tras desviarnos por un camino, llegamos a la puerta de una pequeña casa. Al bajarme del coche noto un agradable olor a hierba fresca y tierra mojada. Cerca debe de haber un pantano, un río o un lago. Paga al conductor lo acordado y este se marcha.

—Está todo muy oscuro —digo mirando a mi alrededor. Saca su teléfono y comienza a alumbrar la zona.

—No te preocupes. Ahora lo solucionamos. —Llama a la puerta y tras esperar un buen rato, nadie sale a recibirnos—. Seguro que está dormido... —Busca entre varias macetas y saca lo que parece una llave.

—A esto en mi país se le llama allanamiento de morada —digo al ver sus intenciones.

—Déjame a mí, sé lo que estoy haciendo. —Abre la puerta y me invita a pasar—. Qué extraño —dice cuando presiona uno de los interruptores y no hay luz—. Debe de haber ido a algún lugar a pasar la noche.

—La noche o el mes... —contesto. Todo parece estar bastante sucio,

aunque no puedo ver con claridad. La luz de su aparato apenas ilumina.

Me guía hasta una pequeña habitación y me señala una cama.

—Tú dormirás aquí. —Quita una colcha y los dos tosemos al mismo tiempo. Hay demasiado polvo—. Yo dormiré en el sofá. —Alumbra un viejo mueble con la tela rasgada.

—No parece muy cómodo...

—No tengo problema, soy capaz de dormirme incluso de pie si me lo propongo. —Se echa sobre él y veo salir otra nube de polvo—. Mañana cuando todo esté más calmado pediremos ayuda a la policía. Es posible que ahora estén buscándote y no podemos arriesgarnos.

—Me parece buena idea. —Me siento sobre la cama.

—¿Estás cansada?

—La palabra exacta es agotada. Llevo varios días sin dormir.

—Pues no se hable más. —Se acomoda y yo hago lo mismo. Le suenan todos los muelles al somier, pero no me importa. Es bastante cómoda.

La sensación de libertad y de tranquilidad que siento hace que caiga dormida en cuestión de segundos...

—¡Sara! ¡Despierta! —La montaña me llama—. ¡Mi padre está aquí! —Al oír esas palabras me despierto sobresaltada.

—Dios mío. —Me pongo en pie y miro por la ventana. A la primera persona que veo es a Alacrán.

—No te expongas así. —Me aparta del cristal.

—Estoy perdida —susurro angustiada—. Es mi fin...

De un golpe la puerta se abre y Aníbal aparece al otro lado.

—Vaya, vaya... así que estabas aquí, putilla. —Saca una pistola y me apunta con ella.

—¡No! —grita la montaña y se pone en medio. El sonido de un disparo me hace gritar...

—¡Sara! —Alguien me mueve—. Sara. —Me cuesta abrir los ojos—. Despierta... —Vuelven a moverme—. Estás teniendo una pesadilla...

—¿Era una pesadilla? —pregunto desorientada mientras me pongo en pie. Comprobar que todo ha sido parte de un sueño y que él está a salvo me alivia.

—Sí... y por tu forma de gritar puedo asegurar que no era nada agradable.

—No te haces una idea... —digo mientras suelto todo el aire de los pulmones y trato de calmarme.

—Ahora estás a salvo —retira un mechón de cabello de mi cara—. Debes calmarte. No te ocurrirá nada.

—Gracias —sonrío tímidamente—, estaba muy equivocada contigo. Sinceramente, tenía otra imagen de ti.

—Em... —Le oigo reír—. No sé cómo tomarme eso.

—Como un alago, por supuesto —río ahora yo—. Y si me conocieras mejor, sabrías que debes valorarlo. No suelo regalar los oídos a nadie.

—Así lo haré entonces. —Aparta de nuevo el mechón que ha vuelto a caer por mi frente—. Ahora debes dormir otro rato, son las 4 de la mañana.

—No sé si podré... —Tengo miedo de tener otra pesadilla.

—¿Si me quedo aquí contigo hasta que te duermas estarás más tranquila?

—No lo sé... —Estoy segura de que sí, pero no quiero que se sienta forzado a hacerlo.

—Por intentarlo no se pierde nada. —Se sienta a los pies de la cama y se apoya en la pared. El reflejo de la luna marca su silueta y me gusta lo que veo —. Buenas noches. —Le oigo decir.

—Buenas noches —respondo mientras me coloco en una postura más cómoda. Al momento vuelvo a quedarme dormida de nuevo.

Varios rayos de sol entran por la ventana y dan de lleno en mis ojos. De pronto, algo se mueve por mi cara haciéndome cosquillas y sin pensarlo lo agarro con la mano para quitármelo. Al notar su contacto abro rápidamente los ojos y miro lo que es.

—¡Mierdaaa! —Lo lanzo contra la pared.

Es una araña enorme y llena de pelos. Observo todo a mi alrededor y descubro que está lleno de esas telas tan repulsivas que crean. Ahora, con luz solar, puedo apreciar que la casa está abandonada desde hace años.

Miro hacia el viejo sofá y no veo a nadie. Debe de haberse levantado antes que yo. Le busco en la calle sin éxito y cuando empiezo a creer que se ha marchado dejándome sola, el sonido del agua llama mi atención. Camino hasta el ruido para descubrir qué es lo que lo está provocando y le veo.

CAPÍTULO 18

Está dentro de un pequeño lago y solo asoma su cabeza. Me acerco despacio para no hacer ruido y me escondo detrás de la maleza. Observo en silencio todos sus movimientos y me siento mal por ello. «Quizás debería decirle que estoy aquí», me digo. Cuando estoy a punto de hacerlo, se pone en pie y su torso sale del agua. Tiene unos músculos tan marcados que quedo totalmente impresionada. El líquido hace que resalte y brille aún más su moldeado cuerpo.

Camina hacia la orilla y el agua del lago cada vez le cubre menos. Empiezo a ponerme nerviosa y doy pasos hacia atrás con la intención de irme cuanto antes para que no me descubra, pero la mala suerte quiere que pise una piedra y caiga de espaldas. Miro rápidamente en su dirección para ver si se ha dado cuenta y por suerte parece que no. Continúa ajeno a todo. Decido quedarme en el suelo, y por respeto trato de no mirarle la entrepierna, pero no puedo evitar fijarme en sus glúteos y muslos. Son enormes y parecen muy trabajados. Seguro que vive en un gimnasio.

Decido esperar y no moverme de allí hasta que se marche y así poder salir de mi escondite sin ser vista. No quiero arriesgarme más. Pensaré que soy una pervertida y es lo que menos quiero en este momento.

Toma del suelo una tela que parece una toalla y comienza a secarse. Primero frota su cabello, después sus grandes hombros, sus brazos, su pecho, su cintura... Algo pellizca mi tobillo en ese momento y veo que una hormiga cabezona está mordiéndome con las pinzas. La golpeo con el torso de la mano y cuando consigo quitármela, resoplo. «Odio a los bichos», susurro. Levanto la cabeza para volver al espectáculo y grito fuertemente por la impresión al ver a la montaña delante de mí con los brazos cruzados.

—¿No te enseñaron en casa que es de mala educación espiar a un hombre mientras se baña? —sonríe.

—Yo no... Yo no... —tartamudeo— Yo no te estaba... acabo de llegar y...

—Sara. Vi cuándo llegaste —ríe—. Estuve todo el rato mirando hacia la puerta por si salías. —Mis mejillas se vuelven color carmesí.

Intento hablar, pero la vergüenza me lo impide. Pongo la mano sobre mi frente abochornada y soy incapaz de mirarle a la cara. No puedo defenderme, me ha pillado de lleno.

De pronto, sus enormes manos me agarran y me levantan como si no pesara.

—¿Qué haces? —Me asusto y trato de bajarme.

Todo lo que viene a mi mente son cosas horribles y no me gusta. Desde que me encerraron en la finca, cada vez que un hombre se ha acercado a mí, ha sido con malas intenciones.

—Ahora lo verás.

—¡Bájame! —Comienzo a ponerme nerviosa—. Por favor, bájame. —

Camina varios metros y subimos a algún sitio.

—Vas a pagar por tu imprudencia. —Su tono no me gusta.

—¿Qué vas a hacerme? —digo con angustia, y lo nota.

—Ey... Ey, ey... —Me baja con cuidado y me aparto—. ¿Por qué dices eso?
¿Crees que te haré daño?

—No lo sé. —Bajo la mirada, da un paso hacia mí y yo lo doy hacia atrás. Quiero mantener una distancia de seguridad para salir corriendo si es necesario.

—Sara... —Me mira con tristeza y veo dolor en sus ojos—. Yo jamás te tocaría de esa manera. Nunca me sobrepasaré contigo. —Trago saliva—. Si hubiera querido eso, lo hubiera hecho desde el principio, ¿no crees? —Ahí no puedo quitarle la razón.

—Yo... Lo siento —digo apenada—, no pretendía hacerte sentir mal. Nunca me había pasado algo así... No he sido capaz de controlar mi miedo.

—No te preocupes. —Se acerca a mí de nuevo y me tenso—. Ya está. ¿De acuerdo? —Pone las manos sobre mis hombros y mi primer instinto es huir. Pero me esfuerzo y consigo sujetarme—. Confía en mí, solo quiero ayudarte. —Mira fijamente a mis ojos—. Nadie merece pasar por lo que tú estás pasando. Sacaremos a todas las chicas de allí y pagarán por lo que están haciendo.

—Izan... —Sus ojos bajan hasta mi boca y después vuelven a los míos.

—Es la primera vez que oigo salir mi nombre de tus labios. —Pone ahora la mano sobre mi cara y pasa su pulgar por mi mejilla. Las rodillas me

tiemblan al sentir su contacto—. Ha sido extraño, pero admito que me ha gustado oírlo. —Pestañea, y como siempre que lo hace, quedo fascinada.

Desliza su mano lentamente hasta mi cuello mientras sus dedos acarician mi piel. Mi pecho se eleva en una especie de suspiro silencioso y me dejo llevar por su tacto. De alguna manera, me relaja. Cuando estoy a punto de cerrar los ojos, siento un fuerte empujón. Noto que caigo al vacío desde algún lugar y acabo sumergida en el lago.

—¡Eres tonto! —grito cuando consigo sacar la cabeza del agua. El muy cabrón me ha empujado. Le oigo reír a carcajadas y me cabreo—. ¡No puedo mojar mi herida!

—¡Mierda! —Se quita la toalla—. ¡No mires! —Se lanza al agua conmigo.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees? —le riño. Nada hasta mí y pongo los ojos en blanco.

—Agárrate a mi espalda para mantener la cabeza fuera. Te ayudaré a salir.

—Si no hubieras hecho esta tontería... —Pongo las manos sobre sus hombros y una rara sensación recorre mi cuerpo. Me esfuerzo por ignorarla y me centro en mantener la cabeza fuera del agua como me ha dicho para no seguir mojando la herida. Comienza a nadar arrastrándome con él.

—¿Haces pie aquí? —Me pregunta cuando hemos avanzado bastante. Estiro las piernas y llego al fondo.

—Sí —contesto con dificultad. El agua me está congelando los huesos.

—Sigue caminando hasta la orilla y espérame allí. Voy a por la toalla. — Nada en dirección contraria y yo continúo hasta la tierra seca. Cuando llego,

la brisa es tan molesta que tengo que abrazarme a mí misma para darme calor. Me siento en una piedra y espero.

—Ya estoy aquí. —Noto algo sobre los hombros y sé lo que es—. ¿Mejor?
—Muevo la cabeza afirmativamente mientras me frota la espalda.

Se coloca delante de mí y siento alivio al ver que trae su pantalón puesto. Tira de los picos de la toalla para cubrirme mejor y cuando se asegura de que estoy tapada comienza a buscar entre mi cabello.

—Parece que todo está bien. La brecha sigue cerrada... —Se sienta a mi lado—. Lo siento, Sara, no recordaba tu herida. —Le miro haciéndome la ofendida y no digo nada—. Vamos... no te enfades, solo era una broma.

—No me gustan tus bromas, son demasiado pesadas. —Mi voz tiembla por el frío.

—No volveré a hacerlo. No estoy acostumbrado a tratar con mujeres. —Pasa la mano por mi hombro y me pega a su cuerpo para que entre en calor.

—¿No andas con chicas? —pregunto extrañada.

—Sí y no... Mi trabajo es muy esclavo y no tengo demasiado tiempo. Nadie aguanta mi ritmo.

—¿En qué trabajas? —Me siento intrigada.

—Soy monitor de musculación y nutricionista.

—Vaya... no se nota nada —sonrío con burla.

—¿No? —Se pone en pie y vuelve a colocarse delante de mí, pero esta vez para hacer posturitas raras de culturismo—. ¿Lo notas ahora?

—No seas presumido —río.

—No lo soy, solo quiero que veas mi obra de arte. —Niego con la cabeza.

—Presumido y engreído. Apuesto a que también podrías dar clases de eso.

—Muy graciosa. —Cuando va a sentarse calcula mal, tropieza y cae sobre mí. En un acto reflejo, coloca sus grandes brazos a ambos lados de mi cuerpo para no aplastarme con su peso, y lo agradezco—. ¿Estás bien? —Me mira para asegurarse de que no me ha hecho daño, y las gotas que todavía escurren de su cabello comienzan a caer sobre mi cara, haciéndome parpadear. Ríe al darse cuenta y lejos de apartarse, comienza a mover su cuello con fuerza para salpicarme más.

—¡Para! —grito y cuando levanto las manos para cubrirme la cara deja de hacerlo.

Carga todo su peso en el brazo izquierdo y con el derecho me agarra la muñeca y la mira.

—¿Cuándo te hiciste este tatuaje? —Arruga su frente y no me gusta la expresión de su cara.

—Me lo hicieron ayer en la finca. Yo no quería... y tres personas me forzaron. —Se aparta de mí con el rostro desencajado—. ¿Ocurre algo? —niega con la cabeza—. ¿Seguro? —Me preocupa su cambio de actitud.

—Ve a la casa, Sara. He visto ropa en un armario. Ponte algo seco. —Su tono es serio.

—¿De verdad estás bien?

—Sí. Ve a la casa, por favor.

—Está bien... —Presiento que por alguna razón necesita estar solo.

Llego hasta la casa y entro en todas las habitaciones hasta encontrar el armario del que me hablaba. Debe de vivir alguien mayor aquí, solo hay pantalones vaqueros y camisas de cuadros. Por suerte, está delgado y me sirve.

Salgo afuera para sacudir el polvo de las prendas y lo busco con la mirada. Para mi sorpresa, no está donde se quedó. Tras varios segundos mirando en todas direcciones lo encuentro a varios metros de distancia sentado en lo que parece una piedra de granito y decido ir con él. Me tiene preocupada. Compruebo los bolsillos para asegurarme de que no hay bichos y me visto.

A medida que me acerco juraría que le oigo sorber por la nariz. Parece que está limpiando algo y quiero saber qué es. Piso una ramita y se gira al oír el crujido.

—Vete —dice moviendo la mano para que me aleje.

—No, Izan, quiero saber qué te pasa. —Sigo caminando hacia él.

—Por favor, déjame solo ahora. —No le hago caso, llego hasta la piedra y seca rápidamente sus ojos. Miro con detenimiento y leo.

Aquí yace Rafael Duarte.

—¿Quién era? —pregunto con tono suave. Espero unos segundos y finalmente habla.

—Mi gran amigo Rafa. El dueño de la casa.

—Lo siento... —Pongo la mano sobre su hombro para darle ánimos y me siento a su lado.

—Él era quien se ocupaba de mí la mayor parte del tiempo. —Le dejo hablar. Parece necesitar desahogarse—. Mis padres siempre estaban ocupados en la finca y no podían hacerse cargo de mí. Rafa se ocupó de mi educación y de que no me faltara de nada. Pasé con él toda mi niñez.

—¿Hace mucho que perdisteis el contacto? —No entiendo algunas cosas.

—Catorce años.

—¿No le llamaste desde entonces?

—Sí, pero nunca estaba operativo. Mi padre me dijo que se había deshecho de su teléfono.

—¿Y no viniste a verle?

—No. —Su última palabra parece tan dolorosa que decido no seguir preguntando. Tras un breve silencio, vuelve a hablar—. He llamado para alquilar un coche. Deben estar a punto de traerlo. En cuanto llegue, iremos a la comisaría.

CAPÍTULO 19

Nos quedamos en silencio y un par de minutos después llegan dos coches. El conductor del primero le entrega las llaves a la montaña. Abre la puerta del copiloto del segundo, sube y se marchan.

—No perdamos más tiempo —dice apretando el llavero. Todas las luces del Volkswagen Touareg negro se encienden. Abre para que suba y me acomodo en el amplio asiento de cuero blanco. Huele a nuevo. Camina hasta el otro lado y sube al coche—. Cinturón, por favor —dice mientras abrocha el suyo.

Hago lo que me pide mientras conduce buscando una comisaría. Aunque la carretera está en muy mal estado, no se notan los baches. Durante el trayecto no habla y está bastante serio. Imagino que se debe a que acaba de descubrir la muerte de su amigo.

Nos perdemos y tenemos que parar varias veces para preguntar. Hay una zona en la que el GPS se vuelve loco y parece no funcionar. Finalmente, un hombre muy amable nos da las indicaciones que necesitamos y conseguimos llegar.

Aparcamos cerca de la entrada y antes de bajar apoya su cabeza en el asiento mientras exhala.

—¿Te encuentras bien? —pregunto preocupada.

—Sí... —Sale del vehículo y me quedo pensativa durante unos segundos. Debe de estar siendo muy difícil para él. Vamos a denunciar a su padre... La puerta de mi lado se abre, me saca de mis pensamientos y me hace un gesto para que baje.

—¿Preparada? —asiento y cuando estoy fuera, aprieta de nuevo el llavero y todas las puertas se bloquean.

—Izan —me mira rápidamente—, ¿por qué no me esperas aquí mientras yo hablo con el agente?

—Quiero ir contigo. —Cierra los ojos unas décimas e inspira profundamente.

—Te lo digo en serio. Entiendo que no debe de ser agradable para ti tener que pasar por esto.

—No lo es, Sara —dice, serio—, pero si está haciendo todo eso que dices, debe pagar por ello. Ya sea mi padre o el rey de España.

—De verdad, quédate aquí. Puedo hacerlo sola. —Insisto al ver dolor en sus ojos.

—Ni en sueños. —Tira de mi brazo y caminamos hasta el interior.

Nada más entrar, una chica muy amable nos hace pasar a una pequeña habitación. Nos sentamos y esperamos al policía correspondiente. Miro a Izan y parece angustiado. Su pierna izquierda no para de moverse y sus manos están sudorosas.

—Siento mucho que tengas que pasar por todo esto —digo apenada.

—No te preocupes —fuerza una sonrisa.

La puerta se abre y entra el agente.

—Buenos días.

—Buenos días —contestamos la montaña y yo al mismo tiempo.

Pone varias carpetas sobre la mesa y se acomoda en una silla frente a nosotros. Se quita las gafas de sol que lleva puestas y las deja sobre un tomo de folios.

—Cuéntenme. —Cuando alza la mirada hacia nosotros le miro, extrañada. Tengo la impresión de haberle visto antes. Trato de hacer memoria, pero finalmente me rindo. Es posible que se deba a sus facciones. Todos los mexicanos las tienen parecidas y puede que por eso me resulte familiar.

Relato lo ocurrido desde el principio, incluido lo que está pasando con Ana y las demás chicas, y lo anota todo en un papel. Me resulta raro que no lo haga en el ordenador y no puedo evitar preguntarle. Me asegura que lo pasará después al equipo y me quedo más tranquila.

—¿Tiene algún nombre que nos pueda ayudar?

—Aníbal. —Deja de escribir y me mira con su frente arrugada. Parece sorprendido. Me incomodo y al retirar el cabello de mi cara desvía la mirada a mi marca. Sus ojos se abren cuando lo hace.

—¿Dónde se están alojando? —pregunta mientras carraspea.

—No sé dónde está ese lugar... —Miro a la montaña para que me ayude y este parece estar bastante afectado por todo lo que ha oído. Aun así, le indica la dirección y su número de teléfono.

—¿Quién es usted? —Le pregunta cuando acaba.

—Un amigo que viene a acompañarla —responde sin dar más explicaciones.

—¿Cuál es su nombre?

—No creo que mi nombre sea necesario. Solo soy un amigo. La que viene a poner la denuncia es ella.

—Bien —responde al quedarse sin argumentos para seguir insistiendo—, pues creo que con esto ya está todo. No se muevan de allí hasta que les digamos. —Cuando estoy firmando para terminar entra otro policía.

—Buenos días —Le devolvemos el saludo y me examina con la mirada—. ¿Cuál es el caso? —Le pregunta al que nos ha atendido.

—No se preocupe, jefe, ya está todo solucionado.

—¡Respóndeme a lo que acabo de preguntarte! —dice malhumorado. Parece que no le ha sentado muy bien esa respuesta.

—Tráfico de personas y prostitución... —contesta por obligación y sin mucha gana.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Parece preocupado—. ¿Necesita que la vea un médico?

—Estoy bien, no se preocupe.

—¿Hay algo que esté en nuestras manos y que podamos hacer mientras se lleva a cabo la denuncia?

—Creo que no, señor. De momento, todo está bien y...

—Ya se lo decía yo, jefe. —No me deja acabar y parece intranquilo—. Está todo bajo control.

—De acuerdo. —Arruga sus cejas poco convencido y vuelve a mirarme—. Que tengan un buen día. —Se marcha.

Firmamos y antes de irnos nosotros también, la montaña le hace una pregunta.

—¿Dónde está la embajada española? —Nos mira, pero no responde—. Queremos ir a hablar con ellos también.

—No... No se preocupe. Nosotros mismos les haremos llegar la denuncia... —Parece inquieto y me extraño—. Mañana mismo nos pondremos en contacto con ellos y con ustedes. Váyanse tranquilos y hasta que sepamos algo más no salgan de casa—. Toma los folios con las notas, se despide de nosotros y nos marchamos.

—¿Por qué no le diste el nombre al policía? —pregunto mientras caminamos hasta el coche. Pensé que él también tenía intención de denunciar.

—De momento creo que es mejor así, Sara. Cuando te he escuchado contar todas esas horribles cosas, até algunos cabos que tenía sueltos en mi cabeza y es necesario que por el momento no sepan que estoy implicado en esto.

—Me parece buena idea. —Es posible que si de verdad vivía ajeno como asegura, ahora esté empezando a verlo todo con claridad.

—Creo que deberíamos ir a la embajada, aunque ese hombre nos haya dicho que se encargarán ellos. —Arranca el coche—. Esperaremos como mucho hasta mañana. Si no tenemos noticias, no lo demoraremos más.

—De acuerdo.

Conduce y para en una especie de supermercado.

—Quédate aquí. Voy a comprar algunas cosas que nos harán falta y algo de comida. —Llevamos muchas horas sin comer, pero estoy tan acostumbrada a tener el estómago vacío que había conseguido anular esa sensación en mi cerebro.

—La verdad es que sí. —Ha sido oírle hablar de comida y mi apetito ha vuelto a la vida.

Mete la mano en su bolsillo y saca su teléfono.

—Llama a tu madre... seguramente esté sufriendo porque no sabe si estás bien.

—Yo... —Sigo sin estar preparada. La vergüenza no me deja y sé que en cuanto la oiga me vendré abajo—. No es necesario. Seguro que Luc ya ha hablado con ella.

—No es lo mismo. Llámala. —Estira la mano y me lo entrega—. No tardo.

Miro el móvil indecisa y finalmente con los dedos temblorosos marco el número de mi madre. Apenas puedo oír los tonos, el bombeo de mi corazón es mucho más fuerte.

—¿Sí? —Reconozco su voz y mis ojos se llenan de lágrimas—. ¿Dígame? —La bola que se forma en mi garganta me ahoga y soy incapaz de emitir ningún sonido—. ¿Hay alguien? —Silencio—. ¿Hola? —Cuando está a punto de colgar, hablo.

—Mamá... —Siento el calor de las lágrimas en las mejillas.

—¡Hija! Hija. ¿Eres tú? ¿De verdad eres tú?

—Mamá... Lo siento mucho... —Apenas puedo hablar y rompo en llanto.

—Gracias, Dios mío, ¡gracias! —Ella también llora—. Dime que estás bien, cariño, dime que no te han hecho daño. Ay, mi niña... No imaginas lo feliz que me siento de oírte.

—Estoy bien, mamá. —Trago saliva para continuar—. Un amigo me está ayudando y pronto volveré a casa. Lo siento mucho. Siento mucho haberte hecho pasar por esto... —De nuevo vuelve el llanto.

—Tú no tienes la culpa, mi vida. Todo se solucionará, hijita, todo se arreglará. No veo el momento de tenerte de nuevo con nosotros. —Sus palabras me calman. Aun sabiendo dónde he estado, no le importa. Mi temor a un posible rechazo desaparece en ese momento.

Hablamos durante varios minutos más. Le cuento lo ocurrido y me desahogo. Omiso las partes más duras, pero insisto en que me trajeron aquí engañada. Por nada del mundo quiero que piense que vine hasta este país sabiendo lo que había.

Nos despedimos con la promesa de que volveré a llamarla pronto y cuando cuelgo veo a Izan cargado de bolsas. Abro la puerta con la intención de ir a ayudarlo y niega con su cabeza. Entiendo que no quiere que salga del coche y espero. Cuando lo carga todo en el maletero entra conmigo y me mira.

—¿Cómo ha ido? —pregunta mientras estira la mano y seca una de mis lágrimas con el pulgar.

—Bien... Mejor de lo que esperaba. Me he quitado un gran peso de encima.

Gracias por animarme a hacerlo. —Le sonrío tiernamente.

—Ojalá yo también pudiera llamar a la mía... —Vuelve la atención al coche, gira el volante y nos movemos. Me gustaría preguntarle sobre eso, pero no quiero que piense que soy una cotilla.

Un rico olor comienza a extenderse en el interior del vehículo y mi estómago me hace saber que está ahí.

—¿Qué huele así? —ríe al oírme.

—Unos dulces que acababan de hornear.

—Seguro que están deliciosos. —Mi boca se hace agua.

—Lo están. Eran mis favoritos. Ya ni recordaba que existían... —Mira a la carretera como si estuviera recordando algo y el vehículo comienza a irse hacia la izquierda. Un coche viene de frente, y al ver que no reacciona y que cada vez estamos más cerca, grito.

—¡IZAN!

—¡JODER! —Gira el volante rápidamente y oímos un largo pitido salir del coche con el que acabamos de cruzarnos—. Lo siento. ¡Lo siento! ¿Estás bien? —Me mira por un segundo.

—Sí, tranquilo —respondo, quitándole importancia.

—Demasiadas cosas en muy pocas horas... No me siento centrado.

—Me puedo hacer una idea... —Desde hace días yo también estoy como en otro mundo. Todo parece formar parte de una horrible pesadilla.

Llegamos a la casa y aparca a la sombra de un gran árbol. Le ayudo con la

compra y cuando la sacamos de las bolsas descubro que hay ropa en una de ellas.

—Te he comprado algunas prendas más cómodas. No sé si te gustarán, pero al menos están limpias. —Miro en el interior de la bolsa y sonrío al ver mi cara. Son unos *leggings* negros y una camiseta de algodón gris. Recuerdo que llevé un conjunto muy parecido a su casa de España cuando estaba trabajando allí.

—Gracias. —Corro a cambiarme. El olor a moho y polvo de la ropa que llevo es muy molesto.

Cuando regreso me está esperando con los dulces en la mano. Están todos apilados en una bandeja de cartón.

—Mmm... —dice cuando me ve y me doy cuenta de que ya tiene uno en la boca—. Si no te das prisa me los acabaré todos.

—De eso nada. —Me acerco a él y tomo uno entre mis dedos. Está tan tierno que casi se rompe. Cuando lo introduzco en la boca, cierro los ojos y me dejo llevar por su sabor. Mis glándulas salivales duelen y gimo. Es lo más rico que he comido en días. Abro de nuevo los ojos y está mirándome fijamente. Al darse cuenta, trata de disimular.

—Voy a... A preparar algo caliente. Quiero decir... que voy a hacer la comida. —Se mueve inquieto y deja la bandeja en una de las encimeras.

—Te ayudo. —Me resulta gracioso verle así.

Entre los dos limpiamos la cocina y los utensilios que vamos a necesitar. Tardamos más de lo que creíamos, pero finalmente se puede guisar en ella.

Mientras corta en tiras las pechugas, aprovecho para comerme otro de esos ricos pastelitos.

—Yo también quiero —dice al verme. Como tiene sus manos ocupadas se lo acerco a la boca, y antes de retirar la mano la cierra, y mis dedos quedan atrapados entre sus dientes.

CAPÍTULO 20

Un fuerte calor se apodera de mi cara y tiro lentamente para sacarlos. Deslizo los dedos entre sus suaves labios hasta liberarme y una intensa sensación consigue erizar mi vello. Mi respiración se acelera y él parece completamente inmóvil. Nos miramos fijamente a los ojos y ninguno de los dos habla. Su mirada es diferente. Pestañeo para cortar el contacto visual y trato de hacer como si no hubiera pasado nada. Pero antes de conseguirlo, limpia sus manos y da un paso hacia adelante acercándose más a mí.

Le tengo tan cerca que puedo sentir su calor. En un acto de valentía, levanto la mirada y al llegar a la altura de su pecho me fijo en su respiración. Sus pectorales se mueven rápidamente.

—Deberíamos... —Intento hablar, pero pone las manos a ambos lados de mi cuello y levanta mi cara para que lo mire.

—Sara. —Su boca moldea mi nombre y algo cruza mi pecho en ese momento. La extraña sensación de antes aumenta y tengo la necesidad de apartarme de él. Me asusta ese nuevo sentimiento. Al notarlo, se tensa—. Lo siento, pero necesito hacer esto —se disculpa por algo que no entiendo—, necesito saber qué me está pasando contigo.

Antes de que pueda descubrir a que se refiere pone los labios sobre los míos

y mis ojos se abren con sorpresa. Mi respiración se hace sonora y comienzo a ponerme nerviosa. Tiene mi cabeza sujeta y no puedo apartarme.

Aunque me cuesta enfocar, porque le tengo muy cerca, puedo ver que sus ojos están cerrados y no parece tener intención de forzarme a mayores. Empiezo a ser consciente del momento y de lo que está pasando y dejo salir lentamente el aire por la nariz. Sus húmedos labios rozan con ternura los míos y mi miedo comienza a hacerse a un lado para dejar paso a algo muy diferente. Me entrego a su beso y por momentos creo desmayarme. Su sabor me embriaga de tal forma que no siento el suelo bajo mis pies. No es así como recuerdo la primera vez que me besé con Luc. Esto se parece más a como había imaginado que sería mi primer beso.

Noto que se aparta, pero no le veo. No sé en qué momento yo también cerré mis ojos. Nada más abrirlos me encuentro con los suyos, expectantes y temerosos a la vez. Sé que está esperando mi reacción, pero soy incapaz de mostrársela. Todavía estoy asumiendo lo que acaba de pasar.

—Por favor, no me juzgues por esto —dice al ver que no me muevo—. Yo no soy como ellos... —Cambia el peso de una pierna a la otra, inquieto—. Sé... Sé que ayer mismo te dije que jamás me sobrepasaría contigo... y esto puede confundirte, o peor aún, puedes dejar de confiar en mí. Pero te aseguro que no tiene nada que ver. Yo... solo quería comprobar algo.

—¿Y qué era? —Intento hacerle ver que todo está bien para calmarle y que nada ha cambiado, aunque realmente sí lo ha hecho.

—No quieras saberlo... —resopla y camina hasta la puerta, dejándome con la duda—. Ahora vengo. Necesito un poco de aire.

Me quedo sola en la cocina y todo parece mucho más grande. Me siento distinta y vacía a la vez. Por alguna razón siento necesidad de estar a su lado.

Media hora más tarde no aguanto más y salgo a buscarle. Solo tengo que andar unos pasos para encontrarle. Está sentado junto a la lápida de su amigo.

—Izan. —Le llamo. Se gira y me mira, pero no contesta. Llego hasta él y me siento a su lado. De nuevo hay lágrimas en sus ojos y me apena verle así—. ¿Estás bien? —Una pequeña corriente de aire mueve su cabello.

—No lo sé, Sara —responde mientras quita varias hojas secas que han llegado con el viento sobre el nombre de su amigo—. Todo esto es una mierda. Me gustaba el orden que tenía en mi vida y han cambiado muchas cosas en los últimos días. Todo lo que creía hasta ahora era mentira. Alguien montó un escenario para que me sintiera cómodo mientras trabajaban a mi espalda, y ahora estoy totalmente perdido. Ni siquiera soy capaz de controlar mis impulsos... Siento mucho lo de antes. No quería hacerte sentir mal.

—No te preocupes... —¿Por qué no me gusta la idea de que se disculpe?

Nos quedamos en silencio. No sé qué más decirle. Miro mi muñeca pensativa y paso los dedos por la marca. El tatuaje ya está casi curado y apenas tiene bordes.

—¿Qué sabes de él? —me pregunta.

—Solo que según ellos debería sentirme privilegiada. “Muy pocas son merecedoras de llevar esta marca” —repito las palabras de Alacrán entrecomillándolas con mis dedos—. Y parece que la gente que se mueve entre ellos la conoce.

—Mi madre llevaba ese mismo tatuaje.

—¿En serio? —Mis ojos se abren—. ¿Tu madre también...?

—No lo sé, Sara. Ni me atrevo a pensarlo.

—¿Sabes? —Cambio de tema al ver que es doloroso para él—. Me preocupa un poco como reaccionó el policía al oír el nombre de tu padre y la forma en que miró mi tatuaje.

—Yo también me di cuenta.

—¿Crees que conoce la marca?

—Estoy seguro.

—Pero... —Me asusto—. ¿Crees que nos ayudará?

—No. Ni siquiera hizo una denuncia formal. Seguro que cuando nos fuimos llamó a mi padre para avisarle.

—¿¡Qué!?! —grito asustada—. ¡Le dimos la dirección!

—No se la dimos.

—¡Lo hiciste! —Comienzo a mirar por todos lados, nerviosa. Siento que en cualquier momento vendrán a por nosotros.

—Tranquila. —Lanza una piedrecita al lago y le observo desconcertada esperando una explicación—. Le di una dirección falsa. Le reconocí en el último momento. Su cara me sonaba y recordé haberle visto en la finca cuando era pequeño. Por suerte creo que él no se acuerda de mí. Estoy muy cambiado desde entonces.

—¡Ya sé quién es! —Me mira—. Yo también sabía que le había visto en

algún lugar. Es el que se me acercó borracho la noche que intenté escapar. Cuando le dije que Aníbal me estaba esperando se apartó rápidamente.

—El muy cabrón... le pierde el vicio.

—¿Y tu teléfono? ¡También le diste el número!

—No es mi número habitual, no te preocupes. Es una tarjeta que compré al llegar a México. Con ella es con la que he estado llamando al club para concertar nuestras citas. He desactivado todas las opciones del móvil para que no puedan localizarnos.

—Me dejas sin palabras... ¿Qué haremos entonces?

—Todavía no lo sé... Pero creo que de momento deberíamos esperar. Ir a la embajada española estos días supone un gran riesgo. —Lanza otra piedrecita al agua—. Ya debe haber descubierto que la dirección es falsa y sabe que ese será nuestro próximo paso. Seguramente tendrá vigilada la zona.

—¿Esperar? ¿Y Ana y las demás chicas? No podemos hacer eso. Me niego a cruzarme de brazos sabiendo lo que está pasando.

—Debemos ser cautelosos, Sara. Pensaremos la manera, te lo prometo. Mañana mismo me pondré en contacto con el comisario Torres. He hablado en España un par de veces con él y seguro que sabe guiarnos.

—Vaya mierda... —Pongo las manos sobre mi cara y exhalo ruidosamente—. Y lo peor de todo es que tienen mis documentos y sin ellos no puedo salir del país... —Niego con la cabeza—. No puedo creer que esté pasando esto. ¿Pero en qué coño me he metido? —Le miro entre mis dedos—. Hay días en los que tengo la impresión de que me despertaré en cualquier momento y esto

solo habrá sido una pesadilla.

—Te entiendo mejor de lo que crees... —Pasa el brazo por encima de mi hombro para animarme y me pega a su cuerpo. Su contacto me paraliza, pero en cuanto oigo el latido de su corazón me relajo—. Ojalá esto acabe pronto y podamos seguir adelante con nuestras vidas.

—Tú lo tienes más difícil... —digo apenada.

—Encontraré la manera. —Apoya la barbilla en mi cabeza y noto su respiración en el cuero cabelludo—. En cuanto esto termine encontraré la manera...

Nos quedamos en silencio de nuevo mientras cada uno piensa en sus cosas. Busco en mi cabeza la manera de salir del país y solo se me ocurre hacerlo de manera ilegal, como tantas veces he visto en las noticias. Hasta ahora nunca había pensado en ello, y en cómo deben sentirse esas personas para hacer algo así. Mi única oportunidad es la embajada y de momento no puedo ir.

—Izan. —Levanta su cabeza de encima de la mía para mirarme y me alzo al mismo tiempo que él—. Tú podrías volver a España. Lo tienes todo en regla...

—Ni lo pienses.

—¿Por qué no? Tienes las pruebas que necesitas...

—Ya... ya te lo he dicho... —Baja la mirada por un segundo—. Quiero que mi padre pague por todo esto.

—Puedes hacer todo esto desde allí. Es mucho más fácil y tiene menos riesgo. Yo puedo quedarme aquí hasta que...

—Saca esa idea de tu cabeza, Sara. No pienso irme.

—Izan, aquí solo estás poniéndote en peligro. —Me pongo en pie dispuesta a convencerle.

—Me gusta vivir al límite. —Se pone en pie conmigo.

—Pero...

—Shhh. —Pone sus dedos en mis labios y me interrumpe—. Vamos a comer algo, que mis chicos están protestando.

—¿Tus chicos? —Me descoloca. No entiendo a lo que se refiere.

—Mis chicos. —Levanta las cejas y dobla los brazos para enseñarme sus músculos.

—Oh... Dios —Pongo la mano sobre mi frente y niego.

—Venga, déjalo ya. ¿De acuerdo? De momento tiene que ser así. —Me empuja de la cintura y caminamos hasta la casa.

Prepara tacos de pollo, huevos cocidos y filetes de ternera a la plancha. Cuando protesto por la cantidad de comida me recuerda que necesita proteínas para mantenerse y me asegura que no sobrará nada. No le creo, pero cuando nos sentamos a comer todo va desapareciendo rápidamente de los platos y no queda ni una sola migaja. Jamás he visto a nadie comer de esa manera.

—No puedo más. —Se deja caer sobre el viejo sofá—. Necesito una siesta.

—No me extraña —recojo los platos—, has hecho como las anacondas. Tardarás una semana en digerir todo eso.

—Para esta tarde ya no quedará ni rastro. —Acaricia su barriga—. Deja eso. —Me riñe al ver que estoy limpiando—. Espera a que me pueda mover y te ayudo. Ven. —Da palmaditas en el cojín y comienza a salir polvo.

—Ufff... —Muevo la mano para deshacer la nube—. Si vamos a quedarnos aquí, debemos arreglar el salón también. Está todo lleno de arañas peludas y suciedad...

—Después, ahora vamos a reposar. —Se hace a un lado y me siento con él. Un par de minutos después, le llamo.

—Izan. —Quiero preguntarle algo.

—¿Mmm? —Al notar que casi está dormido, decido esperar.

—¿Has apagado el móvil? —Invento una excusa y decido hacerlo más tarde—. Recuerda que aquí no tenemos luz para cargarlo.

—Sí —contesta somnoliento. Se coloca mejor y la tranquilidad de su respiración me indica que acaba de dormirse.

Apoyo la cabeza sobre mi brazo y el sueño también se apodera de mí.

Oigo un coche y abro los ojos. Un gran todoterreno está aparcando frente a la casa. Busco a Izan para avisarle, pero no está a mi lado. Me asomo despacio a la ventana y con espanto descubro que Aníbal sale de él. Todo mi cuerpo comienza a temblar, pero lo peor llega cuando veo a la montaña saludarle con un efusivo abrazo.

—No... No, no... —repito en alto—. ¡Me ha engañado! —Mis latidos se aceleran.

—¿Dónde está? —pregunta Aníbal a su hijo.

—Dormida. —Miro hacia el sofá y me veo tumbada en él. Completamente dormida. Arrugo mi frente y al momento comprendo lo que está pasando. Estoy teniendo otra pesadilla.

Otro portazo, esta vez más fuerte, me sobresalta. Abro los ojos y estoy de nuevo en el sofá. Busco a Izan y no está a mi lado.

CAPÍTULO 21

Me levanto rápidamente y por la ventana veo que está sacando algo del coche. Miro por todas partes y respiro tranquila al comprobar que no hay nadie más con él. Salgo de la casa y me ve.

—¿Te he despertado?

—Se podría decir que sí...

—Lo siento. He ido a por algunas cosas que necesitaremos. —Ahora lo entiendo. He asociado todos esos ruidos en mi cabeza mientras dormía y mi cerebro ha hecho lo demás.

—¿Qué es eso? —pregunto al ver que lo primero que saca del maletero es una caja azul.

—Ahora lo verás... —La pone en el suelo y la abre. Hay pequeñas herramientas dentro. Algunas no las había visto nunca. Se las mete en los bolsillos y camina hasta una torreta de luz que hay más abajo—. ¿Puedes pulsar todos los interruptores de la casa?

—Pero si no hay electricidad... —Le miro curiosa.

—De momento —sonríe. Se pone unos guantes bastante raros y comienza a subir por la torreta con agilidad.

—¿Qué haces? —Tengo miedo de que se caiga o electrocute. No contesta y sigue escalando hasta la parte más alta. Veo cómo corta cables sin ningún miedo y los une de distinta manera.

—¡Dale! —Me grita desde arriba y entro a la casa a hacer lo que me ha pedido.

—¡Ya está! —Le contesto cuando termino.

—Pues... ¡Hágase la luz! —Junta otros dos cables más y la casa se ilumina—. Con la misma ligereza que subió, baja y vuelve al coche. —Necesito tu ayuda—. Asiento y le sigo boquiabierto. Miro dentro del vehículo y hay varias cosas más—. He comprado una pequeña nevera para conservar alimentos perecederos, unas mangueras de goma y una bombona de butano. La instalación de gas que hemos usado para guisar lleva muchos años aquí y podría tener fugas. No me fío.

—¿También sabes cambiar eso? —pregunto sorprendida—. Creía que los niños ricos solo sabían comprar cosas caras —río.

—¿Quieres darte otro baño en el lago? —Levanta una ceja y finge enfado. Ese gesto despierta algo en mí que no sé distinguir.

—No, gracias. —Noto calor en mis mejillas.

Durante el resto de la tarde miro embobada todo lo que hace. Intento ayudarlo, pero me siento inútil a su lado. Aunque es enorme, se mueve con soltura y repara todo lo que parece estropeado, incluso se atreve con una vieja caldera para calentar el agua.

Cada vez que pasa por mi lado o me roza mi cuerpo reacciona de una

manera que desconocía hasta ahora. Cuando acaba, parece agotado y se deja caer en el sofá. Cuando termino de guardar los alimentos en la nevera me siento a descansar con él.

—¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí? —Le pregunto mirando al vacío. No puedo quitarme de la cabeza a Ana y a las demás chicas. Me siento mal por no estar haciendo algo para ayudarlas.

—No lo sé, Sara. A ver qué nos dice el comisario mañana.

—Aquí fuera las horas pasan deprisa, Izan. Pero allí dentro cada minuto es como un año —suspiro—. Ojalá podamos hacer algo pronto y sacarlas de allí.

—Lo haremos. —Pone su mano sobre la mía y me mira fijamente—. Pero debes entender que para poder ayudarlas a ellas primero tenemos que ayudarnos a nosotros. Debemos buscar nuestra seguridad para poder actuar y contar todo lo que sabemos. Si nos encuentran, se acabó todo. Hoy me pareció ver al policía en el centro, por suerte pude esquivarle, pero seguramente nos estén buscando.

—Uff. —Mi vello se eriza—. Entiendo lo que dices. Pero necesito que esto vaya más rápido. —Bajo la mirada donde nuestros dedos se enlazan. El calor de su mano es agradable.

—Todo saldrá bien. —Retira un mechón suelto en mi cara. Al hacerlo, roza con sus dedos mi mejilla, y aunque mi primer instinto es apartarme, termino cerrando los ojos por un segundo.

—¿Puedo preguntarte algo? —Vuelvo a intentar hacerle la pregunta ahora

que está despierto. Necesito saber la respuesta.

—Claro.

—¿Por qué me besaste? —Rápidamente se aparta de mí y se mueve inquieto. Mi mano nota la ausencia de la suya y no me gusta.

—No... No lo sé, fue un impulso.

—Dijiste que querías comprobar algo... ¿Qué era?

—Sí... bueno. Era una excusa porque no sabía qué decir. —Se rasca la cabeza y fuerza una sonrisa.

—¿Te dan estos impulsos cada vez que estás con una chica? —bromeo.

—Sí. Eh... sí. Siempre me pasa. —Su respuesta golpea algo dentro de mí y la idea de que hubiera sido algo especial desaparece. Arruga su frente poco conforme y trata de desmentir lo que ha dicho—. Quiero decir, no. Solo algunas veces... Bueno, no sé... —Me pongo en pie con la intención de salir a la calle. Necesito un poco de aire después de lo que acabo de oír. Estoy molesta y no sé la razón—. Espera. No es cierto, Sara. No voy haciendo estas cosas por ahí.

—No importa. —Me encojo de hombros y cuando voy a dar un paso en dirección a la puerta, me sujeta.

—Sara. —Inspira, y cuando parece que va a decir algo, me suelta.

Salgo fuera y está anocheciendo. Paseo alrededor de la casa, pensativa. Me siento mal y bien a la vez. ¿Qué me está pasando? La montaña me tiene totalmente confundida... Es una especie de atracción, pero a la vez siento temor. ¿Buscan todos los hombres lo mismo? Demasiadas experiencias

horribles en solo unos días y todas han sido similares. Incluso él me besó a la fuerza la primera vez que nos vimos en el club. Aunque después intentó hacerme ver que era por una causa diferente... Creo que todo esto me está marcando de tal manera que jamás podré borrarlo de mi mente. Hasta cuando pienso en Luc lo hago ya de manera diferente. Estoy segura de que ya no le permitiré que se acerque de la misma forma. He perdido toda la confianza en el sexo opuesto. Y para colmo, le devolví el beso a Izan... Ya no sé qué pensar. Me siento mal por haber cedido. Quizás le he dado señales equivocadas al devolverle ese beso...

—¡Sara! —Levanto la mirada y le veo. Camina hacia mí con una expresión rara en su cara.

—¿Qué ocurre? —pregunto asustada. Empieza a darme miedo.

—Ven conmigo. —Su tono no me gusta. Estira la mano y no me atrevo a tomarla. Varias imágenes se forman en mi mente.

—¿Qué quieres? —Doy un paso atrás.

—¡No! —grita. Vuelve a estirar su mano—. Por favor, Sara, ven conmigo... —Trata de parecer calmado y eso dispara mis alarmas.

—Déjame. —Cuando intento huir se lanza sobre mí y los dos caemos al suelo—. ¡NO! ¡SUÉLTAME! —Le empujo. Su cuerpo está entre mis piernas.

—¡Quieta! —grita y me inmoviliza—. ¡Estate quieta, joder!

—¡No me hagas daño, por favor! —lloriqueo. Sabía que no debía confiar en él.

—¿Pero por quién coño me tomas? —Se pone en pie y tira de mi brazo

ofendido—. ¡Mira eso! —Me levanta y señala algo entre las hojas, pero no sé lo que es. Estoy más centrada en ver venir lo que sea que quiera hacerme.

Al ver mi desconfianza se inclina, agarra una piedra y la lanza. De pronto, algo empieza a desenroscarse donde ha caído y descubro con horror lo que ha estado a punto de pasar.

—¿Por qué no me lo has dicho en vez de actuar así? —Le reprocho.

—Porque si te lo digo hubieras gritado o te hubieras movido bruscamente. ¡Estabas a punto de pisarla! —Levanta las manos cabreado—. Es una serpiente venenosa. Si lo hubieras hecho, ese bicho no habría dudado en atacarte y te aseguro que no hubieras llegado al hospital. —Se marcha enfadado y siento remordimientos por haberle tratado así. Me acaba de salvar la vida y yo he pensado que tenía otras intenciones.

—Izan. —Le llamo, pero me ignora, sigue caminando hasta que entra en la casa y le sigo—. Lo siento. —Se sienta sobre el sofá y cruza los brazos—. De verdad que lo siento...

—¿De verdad sigues pensando así? ¿No te he demostrado ya que no soy como ellos? Me haces sentir mal, ¡joder! —Golpea la mesa con los puños y seguidamente pone sus dedos sobre el tabique de la nariz. Parece cansado.

—¡No puedo evitarlo! —Mis ojos se empañan por la impotencia—. Es una especie de mecanismo de defensa que no puedo controlar. —Seco mis lágrimas—. ¿Crees que es fácil para mí? —Me cuesta pronunciar mi última frase. El nudo que se está formando dentro de mí es cada vez es mayor—. ¡Ni yo misma me reconozco! Yo no era así... —Lloro y me giro con la intención de salir a la calle para desahogarme cuando unos enormes brazos me dan la

vuelta.

—Sara... —Me mira dolido—. Creo que no estoy sabiendo tratarte después de lo que has pasado. Perdóname. —Pone sus manos en mis mejillas para que le mire—. Voy a abrazarte, ¿de acuerdo? —asiento y me pega a su cuerpo mientras me rodea con sus brazos—. Confía en mí. Jamás te haré daño. Te lo repetiré todas las veces que sea necesario hasta que consigas convencerte.

—De verdad que lo siento. —Lloro amargamente en su hombro. No merece, después de todo lo que está haciendo, que le trate de esa manera.

—Venga, preciosa. Ya está... —Acaricia mi pelo y me tranquilizo. Una vez que el temor desaparece y sé que no me hará daño, me acaba gustando su contacto. Demasiado, quizá. En ese momento no puedo evitar acordarme del perrito que adoptó Lucas. Cuando lo trajo de la protectora, cada vez que intentábamos acariciarlo huía y se escondía debajo de las camas. Pero cuando conseguimos calmarle, respondía a nuestras caricias e incluso se echaba sobre el suelo para que le rascásemos la barriga. Con el tiempo comenzó a mostrarse más confiado y por suerte ese primer reflejo desapareció.

—Gracias —digo cuando nos separamos—, espero algún día poder agradecerte todo esto que estás haciendo.

—No busco agradecimientos —sonríe y seca mis lágrimas—. Ahora vamos a preparar algo de cena que tengo el estómago vacío. Por eso salí antes a buscarte, quería saber qué te apetecía.

—No me lo creo —contesto, sorprendida—. ¿Tienes hambre? Mi barriga está hinchada aún.

—Ya te avisé —ríe—. Los leones a mi lado no son nada.

Preparamos la cena y antes de que me quiera dar cuenta la noche termina para nosotros y decidimos ir a descansar. Aunque yo aguantaría un poco más, él parece agotado.

Debido a mi gran siesta, me cuesta conciliar el sueño y no paro de darle vueltas a todo. Mi madre, mis hermanos... La situación. Lucas. La montaña.

A la mañana siguiente el canto de un pájaro me despierta. Camino por la casa buscándole y no le encuentro en ninguna de las habitaciones. La idea de que haya ido a comprar algo viene a mi mente. Salgo y compruebo que el coche sigue en el mismo lugar. «¿Estará bañándose de nuevo en el lago?». Ya tenemos agua caliente, pero es posible que así sea. Presto atención a los sonidos y no parece ser el caso.

Camino entre la hierba con cuidado para no encontrarme de nuevo con la serpiente y por fin le veo. Tiene su cabello recogido en una pequeña coleta y está corriendo alrededor del río. Jadea sofocado y tiene su cuerpo empapado en sudor. Parece mucho más grande. Todos sus músculos están hinchados y sus venas muy marcadas. Cuando para, se echa sobre el suelo y comienza a hacer flexiones rápidas. Un minuto después se cuelga de la rama de un árbol para hacer otro tipo de ejercicio y me ve.

—Ey —me saluda. Se suelta y viene hacia mí. El rubor no tarda en llegar a mis mejillas. No supero verle con tan poca ropa.

—Hola —digo cuando se para frente a mí.

—¿Cómo has dormido?

—Bien, la verdad. Me costó un poco, pero después caí en un sueño profundo.

—Me alegro —sonríe y mi corazón hace algo extraño—. Ahora que ya estás despierta, voy a ir de nuevo a la ciudad.

—¿Y eso? —pregunto extrañada—. Tenemos todo lo que necesitamos.

—Mientras dormías hablé con el comisario Torres. Le he explicado nuestra situación y todo lo que hemos averiguado y me ha concertado una cita con alguien que trabaja en la embajada. También cree que ir hasta el edificio es correr un gran riesgo. Si hay un policía implicado, debemos tener cuidado. Así que hemos quedado en un lugar alejado.

—¡Fantástico! —Acabo de ver luz en el camino.

—Voy a darme una ducha. Hemos quedado dentro de una hora. —Camina hacia la casa y sin darme cuenta, me giro para mirarle. Realmente, y como él mismo afirmó en una ocasión, todo su cuerpo es una obra de arte.

CAPÍTULO 22

Saco brillo con un estropajo a una vieja cacerola mientras la montaña se ducha. Nos vendrá bien para hacer algunos guisos. Tras varios minutos, sale del baño vestido con unas ropas que no había visto hasta ahora. Ha debido comprarlas hoy. Todo su pelo está peinado hacia atrás y desprende un agradable olor a limpio. Me mira sabiendo que le observo y sonrío.

—Qué ganas tenía de meterme bajo el agua caliente.

—Yo también voy a hacer lo mismo —respondo—. Si me esperas, voy contigo. —Se queda pensativo durante unos segundos.

—Mmh... Creo que es mejor que te quedes aquí. Estarás más segura. —Se acerca a mí mirándome atento, humedece con su lengua la yema de su pulgar y la pasa por mi pómulo—. Tienes hollín en la cara. —Frota con cuidado y ese gesto tan confiado me gusta—. Ya está —sonrío satisfecho cuando acaba—. Dúchate tranquila, no creo que tarde mucho. ¿Necesitas que te traiga algo?

—Pues... si no te importa... —Mi cara se vuelve roja—. Pronto me harán falta algunos productos de higiene. —Su frente se arruga y me siento avergonzada—. Está a punto de bajarme el período y...

—¡Amh! —Se rasca la cabeza—. Comprendo. —Saca su teléfono y me lo entrega—. Anótame por favor todo lo que necesites, así solo tendré que entregárselo a la dependienta y ella sabrá qué darme. Estoy un poco perdido en estos temas. —Está tan colorado como yo.

Hago lo que me pide y al devolvérselo nuestros dedos se rozan y un raro hormiguelo llega hasta mi cabeza.

—Gracias —digo mirándole fijamente. Su roce me ha hecho sentir extraña y por su expresión juraría que a él también le ha pasado lo mismo.

—Intentaré... venir... lo antes posible. —Le cuesta hablar y tiene sus enormes ojos negros clavados en los míos. Traga saliva y pestañea para centrarse.

—De acuerdo. —Inspiro profundamente y retengo el aire en el pecho. La imagen de nuestro beso viene a mi mente y por un momento desearía repetirlo. De pronto, pone sus manos en mis mejillas y me sobresalto. Al notarlos, se aparta rápidamente.

—Yo... Lo siento —dice arrepentido—. No pretendía asustarte. —Baja la mirada y comienza a caminar hasta el coche. Algo se remueve dentro de mí y le llamo.

—Izan. —Al oírme se gira y me doy cuenta de que no sé qué decirle. Quería evitar que se fuera y mi subconsciente me ha traicionado—. Yo... —Me esfuerzo en pensar una excusa rápida, pero al no encontrarla me armo de valor y camino hacia él—. No te vayas todavía —digo cuando estoy lo suficientemente cerca—. Abrázame. Por favor. —Su expresión es de auténtica sorpresa y estoy segura de que la mía también. Ni yo misma me

creo que le haya pedido eso, pero realmente quiero que lo haga. Debe ser culpa de mi síndrome premenstrual.

—Sara.

—Lo necesito. —Sin preguntar más, pasa los brazos alrededor de mi cuerpo y cuando rodeo su cintura con los míos le oigo inspirar profundamente. Cierro los ojos y disfruto del momento. Todo lo malo de estos días se esfuma cuando me acomodo en su pecho y es como si no existiera nadie más en la Tierra.

No sé cuánto tiempo pasamos así, pero la simple idea de tener que apartarme de él me desagrada. Por primera vez desde que llegué, estoy sintiéndome realmente bien.

—Sara. —Sé por qué me llama, y no quiero escucharle—. Es tarde y tengo que ir a ver a ese hombre... —Protesto mentalmente y me aparto despacio. Me cuesta abrir los ojos y me siento como si hubiera bebido—. No creo que tarde más de 2 horas. Puedes ir preparando algo de cena mientras vuelvo. ¿Te parece bien? —asiento desganada. Lo único que realmente me apetece es volver a estar entre sus brazos.

—¿Qué quieres que cocine? —pregunto todavía adormilada. Es como si me hubiera absorbido toda la energía.

—Proteínas, por supuesto —sonríe.

—¿Más carne? Todavía estoy empachada —me quejo.

—Puedes hacer también una ensalada o algo de verdura, no hace falta que me sigas el ritmo. Entiendo que es una dieta muy pesada.

—Gracias —resoplo aliviada, y cuando estoy a punto de irme a prepararlo todo me sujeta de la muñeca y tira de mí hacia él.

—Ahora sí que me marchó. —Deja un suave beso en mis labios y me suelta—. Mis filetes solo vuelta y vuelta. —Le oigo decir mientras sube al coche. Arranca, toca el claxon y se marcha.

Pongo dos de mis dedos sobre los labios y me quedo pensativa mirando en su dirección hasta que le pierdo de vista. Lo ha vuelto a hacer y me ha sabido a poco. ¿Qué clase de brujería es esta? Sacudo la cabeza buscando volver al mundo real y entro a la casa para comenzar con los preparativos de la cena. Abro la pequeña nevera y saco una bolsa de verduras para mí y un paquete de carne para él. Corto los vegetales, los lavo con cuidado y los pongo a cocer en la cacerola que arreglé antes. Salpimento la carne y oigo el coche volver. Sonrío mientras seco mis manos pensando en algo gracioso que decirle. Seguro que se ha olvidado de cualquier cosa.

Salgo a la calle confiada y creo morirme al descubrir que no es precisamente la montaña quien acaba de llegar. Por un segundo pienso que es otra de mis pesadillas y busco la manera de despertarme.

—Buenas tardes, Sara. —El agente que nos atendió en la comisaría baja de un coche gris y no lleva puesto su uniforme.

—¡No! —digo asustada, y recuerdo las palabras de Izan. Camino hacia atrás mientras miro en todas direcciones buscando alguna manera de huir. Al darse cuenta ríe sonoramente.

—¿Crees que serás más rápida que yo? —Nada más oír su frase, comienzo a correr desesperada en dirección al camino. Necesito salir a la carretera y

pedir ayuda a cualquiera que pase. Es mi única salida.

Mi pulso se desboca y mi respiración es tan sofocada que me ahoga. Mis pies se mueven a gran velocidad, pero no es suficiente, necesito ir más rápido. Miro hacia atrás desesperada y le veo. Me sigue de cerca. Mi pecho arde como si estuviera en llamas y mis piernas duelen. Me siento cansada, pero no puedo parar, no puedo permitir que me alcance. Dejo el camino a un lado y me adentro campo a través. Acortando por esta zona llegaré antes a la carretera, pero la maleza es cada vez más espesa y me dificulta la huida. Paso tan cerca de un matorral que una de sus ramas rasga mi brazo. Aunque sé que sangro, es tal mi estado de nervios que apenas siento dolor.

Me noto tan fatigada que no sé si podré seguir así por más tiempo. Miro de nuevo hacia atrás angustiada y para mi sorpresa no le veo. Busco rápidamente entre los árboles un lugar para esconderme y cuando creo encontrarle, corro hasta la zona y me agacho. La vegetación es tan alta que me cubre por completo.

Intento calmarme para que mi respiración no me delate, pero jadeo tan fuerte que temo que pueda oírme. Abro la boca para tomar aire y así hacer menos ruido y parece que funciona. Tras varios segundos, todo parece tranquilo y silencioso. Abrazo mis rodillas y escondo mi cabeza entre ellas. «Por favor, por favor, por favor», repito mentalmente asustada. No me atrevo a moverme. El miedo me tiene paralizada.

Varios minutos después, por suerte todo sigue igual. Lo único que se oye es el sonido del aire y el de algunos insectos. Respiro profundamente, y poco a poco suelto mis rodillas para alzar mi cabeza y poder así mirar a través de la

vegetación. Me asomo despacio para no hacer ruido y una gran mano agarra con fuerza mi cabello.

—¡NO! —grito—. ¡Suéltame! —Me ha descubierto.

—He cazado todo tipo de animales en mi vida, desde conejos hasta elefantes. ¿Creías que una simple zorra se me iba a escapar? —ríe.

—¡Suéltame! —Lloro y forcejeo a la vez—. ¡Por favor, suéltame!

Pone una de sus rodillas sobre mi espalda y mi cara acaba contra el suelo. Dobla mis brazos hacia atrás y cierra unos grilletes en mis muñecas. Tira de ellos con fuerza, haciéndome daño, y me levanta.

—¡Camina!

—¡Déjame! —Me niego—. ¿Pero qué mal te he hecho yo para que me trates así? —Lloro de nuevo.

—¡CAMINA! —grita y al ver que no me muevo me golpea con fuerza hasta que consigue lo que quiere.

Cuando llegamos a la casa mi boca está completamente seca. Me obliga a arrodillarme delante de su coche y hace una llamada.

—La tengo —Le oigo decir—. La muy perra estaba escondida con un tío en una casa a las afueras. —Silencio—. Descubrí a su amigo comprando en un centro comercial y solo tuve que ponerle un localizador en el coche —ríe—. Lo sé. Soy el mejor. ¿Dónde te la llevo? —De nuevo silencio—. En media hora estoy allí.

Miro desesperada hacia el camino cruzando los dedos para que la montaña llegue cuanto antes y le sorprenda.

—Necesito beber —le digo.

—Ya beberás. Sube al coche. —Abre la puerta y me niego a entrar—. Sube al maldito coche si no quieres que te rompa la cabeza.

—Está bien... —Me pongo en pie con la intención de hacerle creer que voy a hacer lo que dice y corro de nuevo, esta vez hacia el lago.

—¡Maldita seas! —Corre detrás de mí y de una patada me lanza contra el suelo. Doy varias vueltas por la tierra, golpeándome con las piedras y todo mi cuerpo duele.

Miro de nuevo hacia el camino con la esperanza de verle, pero ni rastro de Izan.

—Por favor... quiero beber. Necesito agua. —Tengo que ganar tiempo como sea.

Tira de mis brazos y me arrastra hasta la orilla del lago.

—¿Tienes sed? Pues a beber se ha dicho.

Hunde con fuerza mi cabeza en el agua, y tras varios segundos siento que me ahogo. Pataleo angustiada por la falta de oxígeno, pero no me suelta. Inspiro con la cabeza sumergida en un acto reflejo, y el agua entra en mis vías aéreas haciéndome casi perder la conciencia. Cuando creo que todo está perdido me alza y comienzo a toser con tanta fuerza que vomito. —¿Quieres más? —Vuelve a hacer lo mismo varias veces más. Pero estoy tan exhausta que ni siquiera me resisto.

Abro los ojos y comienzo a toser de nuevo. Mi postura es incómoda y mi cabello está mojado. Rápidamente recuerdo lo ocurrido y analizo todo a mi

alrededor. No recuerdo cómo he llegado hasta aquí, pero creo saberlo. El cabronazo del agente me privó tanto de oxígeno que debió conseguir que me desmayara en el lago. Oigo un motor y siento balanceo. Miro a mi alrededor y hay varias ranuras por las que entran hilos de luz. Intento estirar las piernas, pero no puedo. El lugar es muy estrecho. Juraría que estoy dentro de un maletero.

CAPÍTULO 23

Golpeo con fuerza la parte de arriba intentando abrir el portón, pero es imposible. Lo intento varias veces más y lo único que consigo es que mis piernas duelan.

—¡Sácame de aquí! —grito, pero no obtengo respuesta. Hace demasiado calor—. ¡Sácame! —Oigo música en el interior y deduzco que ha encendido el reproductor para no escucharme.

Toma las curvas demasiado rápido y comienzo a marearme. El ruido del motor, sumado al de los baches, no hace mejorar mi estado y temo vomitar de nuevo. No sé cuánto tiempo pasa, pero por fin reduce la velocidad y el vehículo se detiene.

Le oigo bajar y caminar hasta donde estoy. La puerta se abre y aunque ya es prácticamente de noche la luz me molesta. Tira de mis ropas y me deja caer contra el suelo. Mi cadera se lleva la peor parte y me quejo. Agarra las esposas de mis muñecas y me levanta sin cuidado. Mis hombros crujen y aprieto los dientes para aguantar el dolor.

—Vamos. —Me empuja y cuando levanto la mirada descubro con horror que estoy de nuevo en la finca.

Antes de llegar hasta la entrada Aníbal viene hasta nosotros y comienzo a temblar. Estoy segura de que también me golpeará. Solo saben usar la violencia.

—Vas a pagar caro lo que has hecho. —Agarra mi cuello y contraigo todos los músculos de mi cara para intentar aliviar la presión de mi garganta—. Acabaría contigo en este momento si no fuera porque el jeque está en medio y pagará una fortuna por ti. —Sujeta con fuerza mi codo y tira de mí hasta el interior.

—Antes de irme tengo que hablar contigo. —Le dice el agente.

—¿De qué? —pregunta malhumorado y sin detenerse—. Si quieres cobrarte por el favor solo tienes que entrar y servirte tú solito. Ya sabes dónde están las putas.

—No es eso. Aunque ten por seguro que lo haré. —Mira hacia las ventanas del edificio babeante y al momento vuelve su atención a Aníbal—. Alguien llamó a la comisaría pidiendo ayuda hace unos días, y aunque he tratado de hacer desaparecer el informe están investigando el caso.

—¿De qué estás hablando?

—La persona que llamó lo hizo desde aquí con el teléfono de uno de los socios. —Mis ojos se abren. Ahora sí estoy perdida.

—¿¡Qué!?! —Para, me suelta y le mira fijamente.

—Ya han conseguido saber a quién pertenece ese número y mañana está prevista una visita en su domicilio para interrogarle.

—¿Quién llamó? —Cierra las manos en puños y su respiración se acelera.

—Ella. —Me empuja y caigo a sus pies.

—¿Cómo lo sabes? —Su respiración es cada vez más agitada y la vena de su sien está a punto de reventar.

—Porque dio su nombre completo. Sara Durán Navarro. —Remarca cada palabra—. Y para tu desgracia, también aparece el tuyo en la grabación. —Cierro los ojos, esperando una lluvia de golpes, pero no llega ninguno. Cuando alzo la mirada, veo cómo Aníbal se aleja rápidamente y entra al edificio.

—¡Vamos! —El agente vuelve a empujarme y me guía hasta el interior. Oigo gritos y me asusto.

—¡Por tu puta culpa mi negocio se está tambaleando! —Aníbal lanza varios puñetazos sobre la cara del socio al que quité el teléfono. Alacrán y otro hombre le tienen inmovilizado frente a él.

—Ten piedad —suplica—. Lo siento mucho. Por favor... No fue mi culpa. Esa zorra me lo debió quitar en un descuido. —Un hilo de sangre corre por su nariz—. No volverá a pasar. Te lo juro, Aníbal, no volverá a pasar...

—De eso estoy seguro. —Una sonrisa extraña se dibuja en la cara de mi jefe y mi piel se pone de gallina—. No pienso arriesgarme a que hables. No me fío de ti. Ya sabes lo que tienes que hacer, Alacrán.

Nada más oír esas palabras el socio tratar de huir desesperadamente.

—¡No, por favor! ¡NOOO! —Forcejea—. No volverá a pasar... No lo hagáis. Tengo mujer e hijos. —Me altero. Sé lo que está a punto de ocurrir—. Me encontrarán y sabrán que habéis sido vosotros, no podéis hacerme esto.

No podéis... —Antes de que termine de hablar Alacrán pasa una especie de cadena por su cuello y tira con tanta fuerza de él que sus ojos y lengua parecen salirse de la cara. Instintivamente giro la cabeza para no mirar, pero unas fuertes manos sujetan mi mentón para que mantenga la mirada frente a la escena.

—¿Lo ves? —Aníbal aprieta mis pómulos—. Tú eres la responsable de su muerte. —Mi pulso se acelera—. ¡Abre los ojos! —grita cuando ve que los cierro por la dureza de lo que está ocurriendo. Los abro por temor a lo que me pueda hacer y tras unos segundos agonizantes, veo como Alacrán afloja los brazos y el cuerpo del socio cae sin vida al suelo.

—Entiéralo. —Le dice mientras me suelta—. ¡Y vosotros! —Señala a los demás socios—. Que esto os sirva de ejemplo. Si alguno me falla, correrá la misma suerte. Ahora preparad a las zorras. Tengo que sacarlas ya mismo del país. —Retengo el aire en mi pecho al oír su frase. Si nos vamos de México jamás nos encontrarán y no podrán ayudarnos. Todo lo que habíamos avanzado la montaña y yo hasta ahora no habrá servido para nada.

Media hora más tarde estamos todas sentadas en los sillones de la sala, vestidas con ropas de calle y esperando a que terminen con los preparativos. Ana está a mi lado, pero no nos permiten hablar entre nosotras. Alacrán nos vigila con su fusta en la mano. Ante cualquier intento de cruzar la más mínima palabra no duda en usarla.

—Ya está todo listo. —Lorena entra en la habitación con una maleta en la mano y se dirige a Aníbal. Parece que viene con nosotros—. Las furgonetas están a punto de llegar, y por suerte he conseguido que un amigo al que le he

hecho muchos favores —levanta las cejas satisfecha— nos prepare esta misma noche la documentación falsa que necesitaremos. Así no podrán seguir la pista a ninguna de ellas.

—Bien hecho.

—Nos tocará esperar en el aeropuerto, pero es la única forma de no ponernos en riesgo. Si por casualidad dan con este lugar y vienen a investigar aquí no encontrarán nada.

—Perfecto.

—Ya están aquí, jefe —dice alguien y Alacrán nos obliga a ponernos en pie y a salir del edificio. Caminamos en fila y cuando llegamos a los vehículos nos separan. Lorena sube a la primera furgoneta junto a varias chicas, Aníbal a otra y Alacrán entra en la misma que yo.

Nadie se atreve a decir nada. Todo el trayecto lo hacemos en silencio, lo único que se oye de vez en cuando es el llanto ahogado de la chica que está sentada conmigo. Tiene sujeto uno de sus brazos por el otro. Por su postura, juraría que está roto. Con cada balanceo se queja y siento lástima por ella. Es increíble lo que son capaces de hacer estos animales con tal de llenarse los bolsillos de dinero.

Las imágenes del socio estrangulado aparecen en mi mente una y otra vez. Cuanto más intento borrarlas más nítidas vienen de vuelta. Los ruidos ahogados que salían de su garganta, la expresión de su rostro a medida que iba perdiendo la vida, el tono azulado de su piel... Soy incapaz de sacarlo de mi cabeza. Ha sido algo tan traumático que difícilmente creo que pueda olvidarlo.

Nada más llegar y antes de bajarnos del vehículo, Alacrán nos explica lo que pasará si una de nosotras hace algún movimiento extraño, trata de llamar la atención o intenta pedir ayuda. Caminamos tranquilamente y fingimos normalidad. Una vez en el interior, nos sentamos juntas en las sillas y nos reparten la documentación falsa.

No nos quitan el ojo de encima en ningún momento. Cada vez que una de nosotras tiene que ir al baño, Lorena nos acompaña.

Cuando creen que ha llegado el momento, nos hacen pasar una a una por los mostradores de facturación para conseguir las correspondientes tarjetas de embarque. Una vez las tenemos, nos dirigimos al control de seguridad del aeropuerto. Hay varios policías esperando para revisar nuestros documentos y me pongo nerviosa. Quisiera poder avisarles, pero el miedo me lo impide. Uno de los policías se queda mirando a la chica del brazo roto y le pregunta.

—¿Se encuentra bien, señorita? —La pobre, angustiada, no sabe qué decir y mira hacia atrás buscando a Aníbal. Este al darse cuenta se acerca a hablar con el policía.

—No habla nuestro idioma. —Le dice convencido—. No se preocupe, tuvo un accidente esta mañana, se cayó de una moto, pero no es nada grave, en cuanto lleguemos a Colombia la verá un médico.

«¿Colombia?», me digo y rápidamente pienso en mi familia, en la montaña y en Luc. Siento que no volveré a verles más y algo se parte en mi pecho.

Continuamos hasta subir al avión, y una vez dentro me dejo caer sobre el asiento, devastada. Las demás chicas parecen estar igual que yo. Apoyo la cabeza en la parte alta del respaldo y cierro los ojos. Necesito dejar mi mente

en blanco y no pensar en nada.

Casi cinco horas después, el choque de las ruedas del avión contra el asfalto de la pista me despierta.

Cuando salimos del aeropuerto, al igual que en México, hay tres furgonetas esperándonos afuera. Los conductores saludan a Aníbal efusivamente y entiendo que se conocen. Subimos en el mismo orden que la última vez y conducen hasta llevarnos a un enorme edificio de una sola planta. También está a las afueras y hay rejas y vallas por todas partes.

Una mujer morena sale a saludarnos y habla muy cariñosamente con Aníbal.

—¿Cómo está, querido? Hace meses que no le veo.

—Cargado de trabajo, como siempre. —Nos mira—. ¿Tenemos hueco para todas estas? Estaremos por aquí hasta que las cosas se calmen.

—Por supuesto. Será un placer atenderle el tiempo que necesite, señor. — Se aparta de la puerta y Alacrán nos hace un gesto para que entremos. Justo cuando se cruza con la mujer, esta le habla.

—Te he echado de menos. —Le dice entre dientes, pero me doy cuenta.

—Luego me lo demuestras. —Alacrán la guiña un ojo y continuamos.

El pasillo es gigantesco y hay habitaciones a ambos lados. Me recuerda bastante al club, pero a mayor escala. Todas las puertas están numeradas y huele a lejía. Justo cuando pasamos por una en la que pone *botiquín*, una mujer grita fuertemente. Aníbal abre, ve lo que hay y mira a la morena buscando una explicación. Esta no tarda en dársela.

—Es la francesa que nos mandaste hace un año. Le están practicando un aborto. —Mi respiración se corta. No puedo creer que sean tan hijos de puta. Esa pobre chica ni siquiera está anestesiada—. Quedó preñada hace cuatro meses y ha tratado de ocultarlo, pero su barriga ya era demasiado evidente.

Trago saliva y trato de calmarme. Estoy a punto de perder el control. Quiero gritar, correr, huir, llorar, pero, sobre todo, quiero despertar de esta horrible pesadilla.

¿Pensará Izan que me he ido por decisión propia? ¿Qué será de mí a partir de ahora?

CAPÍTULO 24

IZAN

UNAS HORAS ANTES...

Me he demorado más de lo que creía, seguro que Sara debe de estar preocupada y preguntándose dónde estoy. Ojalá al menos haya cenado algo. Es muy tarde y ya debe tener hambre. Espero que le guste el teléfono que le he comprado. Así cada vez que tenga que salir seguiremos en contacto y podré avisarla de estas cosas.

Paro en un semáforo y espero a que cambie de color para poder continuar. Tres furgonetas exactamente iguales cruzan la calle que hay frente a mí en ese momento. Por un segundo, me parece ver en una de ellas a Angélica, aunque por lo que sé, ahora se hace llamar Lorena. Imagino que es para ocultar su nombre real. Sabe perfectamente que lo que está haciendo es ilegal y quiere protegerse.

Ella y yo nos llevábamos como hermanos en la finca. Era la única persona de mi edad con la que podía jugar y siempre estábamos juntos. Su madre y la mía eran amigas y por desgracia también falleció muy joven. Nunca llegamos a saber exactamente cuál fue el motivo de su muerte. Un día, sin más, oí

cómo le daban la noticia a mi madre y no se volvió a hablar más del tema.

Desde que gracias a Sara sé lo que está pasando estoy atando algunos cabos sueltos y una macabra idea está empezando a forjarse en mi cabeza. ¿Desde cuándo mi padre se dedica al tráfico de personas? Necesito saberlo cuanto antes. Desde que mi madre se suicidó he pensado diariamente en la razón que la llevó a cometer aquel acto, incluso me he sentido culpable muchas veces. Sé que me quería como nadie, al igual que yo la quería a ella, pero después de lo que pasó llegué incluso a pensar que lo hizo por mi culpa, ya que siempre insistía en apartarme de su lado y en que estuviera el menos tiempo posible en la finca. ¿Lo haría para protegerme? He vivido engañado todo este tiempo.

Cuando vi la marca que lleva Sara en su muñeca cientos de recuerdos se agolparon en mi mente. Es exactamente igual a la que llevaba ella. ¿Sería mi madre una de sus víctimas? ¿Podría ser esa la razón por la que se quitó la vida? Llegaré al final de todo esto y por el bien de mi padre espero estar equivocado... Un claxon me sobresalta. Miro hacia el semáforo y me doy cuenta de que ya está abierto y estoy entorpeciendo el tráfico. Inspiro profundamente para calmarme y continúo hasta la casa.

Unos metros antes de llegar me fijo en que hay humo en el camino. «Qué extraño», me digo. «¿Habrá fuego cerca?». A medida que me voy acercando el humo es cada vez más espeso. Huele a quemado, pero no es el típico olor a madera que desprenden los incendios. Me fijo mejor y descubro que el humo está saliendo de la puerta y una de las ventanas de la casa. «¡Joder!». Acelero y en pocos segundos aparco y corro hasta allí.

—¡Sara! —No veo absolutamente nada. Me extraña que siendo de noche las luces estén apagadas. Busco el interruptor y cuando lo presiono todavía es peor, la luz se refleja en el humo y me deslumbra. Abro las ventanas como puedo y cuando por fin se ventila un poco la casa me fijo en que hay una cacerola puesta en el fuego y está prácticamente carbonizada.

—¡Sara! —grito, pero nadie contesta. Por un momento me asalta la idea de que se haya podido quedar dormida mientras cocinaba y corro hasta la habitación. De ser así, es posible que se haya podido intoxicar con el monóxido de carbono. Respiro aliviado al ver la cama vacía y decido salir a buscarla fuera. Quizás ha ido a pasear como la noche anterior y se ha descuidado.

—¡SARA! —Cada vez la llamo más fuerte y empiezo a preocuparme. Conecto la luz del móvil a modo de linterna y camino hasta el lago con la esperanza de que esté dándose un baño—. ¡Sara! ¿Estás por aquí? —Sigo sin obtener respuesta y empiezo a alterarme—. ¡SARA! ¡Soy Izan! —Quizás no esté reconociendo mi voz.

Vuelvo a la casa y busco alguna nota o alguna pista que me pueda ayudar, pero no encuentro nada. Todo está tal cual lo dejamos cuando me fui. Lo más extraño es que se haya olvidado la cacerola en el fuego. Salgo afuera y me siento en uno de los bancos de madera, necesito pensar con claridad. ¿Se habrá ido aprovechando que yo no estaba? «¡Mierda!». Mis ojos se abren cuando una idea cruza mi mente. «No debí besarla cuando me despedí. Solo me pidió un abrazo y yo lo llevé más lejos... ¿Por qué coño cuando la tengo cerca hago cosas tan estúpidas? Así no podré ayudarla. ¿Qué cojones me

pasa? ¿Lo habrá malinterpretado? ¿Habrá huido pensando que tengo intención de hacerle daño? ¡Joder! ¡Joder! ¡JODER!». Golpeo mi muslo con el puño y mi móvil cae al suelo. «Soy un gilipollas. ¿Por qué cojones no me contuve sabiendo su desconfianza y el miedo que tiene?». Me inclino para recogerlo y sin darme cuenta pulso una tecla y la pantalla se enciende. La luz ilumina la solera de cemento y algo llama mi atención. «¿Qué cojones es esto?». Hay cinco manchas redondas y oscuras en el suelo. Entro a la casa y enciendo la luz de fuera para ver mejor.

Me acerco de nuevo y veo que hay tres manchas más. Paso la yema de los dedos por una de ellas y descubro con horror que se trata de sangre. Rápidamente comienzo a barajar posibilidades. «¿Le habrá pasado algo?», me tenso. Pensar que pueda haberse hecho daño me preocupa. «Quizás se ha cortado y ha intentado ir caminando hasta la ciudad para buscar un hospital». Vuelvo mi atención a las gotas de sangre esperando encontrar más y mi vello se eriza cuando veo enredado en un trozo de madera un largo y rojo mechón de cabello. «¿Qué coño ha pasado aquí?». Mis dientes duelen al tenerlos apretados por la tensión. La idea de que Sara se haya ido por su propio pie cada vez pierde más fuerza.

Con la pantalla del móvil encendida busco en la tierra algún indicio o señal que me dé pistas sobre lo que haya podido pasar. Para mi desgracia, encuentro lo que por nada del mundo hubiera querido encontrar. Hay huellas diferentes a las nuestras y rodadas de algún coche que no conozco.

«¡Mierda! ¡Mierda! Alguien ha estado aquí». Mi respiración se corta. Pongo las manos sobre mi cabeza y camino histérico de un lado para otro.

«¿Quién puede haber venido? Nadie sabe dónde estamos». La impotencia de no saber por dónde empezar a buscar me puede. Cuando pongo las manos sobre los muslos intentando llenar el pecho de aire veo una pequeña lucecita parpadear en la oscuridad. Está justo debajo del vehículo que tengo alquilado. Arrugo mi frente extrañado y camino hasta el coche. Me arrodillo, estiro el brazo y con esfuerzo consigo arrancar una especie de cajita negra de la que sale el parpadeo. La giro hacia la luz y leo: “Localizador, buscador, GPS portátil”. «¡Hijos de puta!». Lanzo el localizador contra el suelo y se hace añicos. Corro hasta el coche y conduzco a gran velocidad en dirección a la finca. Si es lo que creo, es el único lugar al que han podido llevarla. No sé muy bien lo que haré cuando llegue, pero me da igual. Me expondré si hace falta. Haré lo que sea por sacarla de allí.

—¡Malditos cabrones! ¡Os mataré a todos! —hablo solo buscando alivio—. Como la hayáis tocado... juro por Dios que os haré pedazos. —Golpeo el volante cabreado y grito, rabioso.

Adelanto a los demás conductores como si estuvieran parados. Todos van demasiado lentos. Salgo de la carretera y tomo el camino que lleva a la finca sin reducir la velocidad. Derrapo, pero por suerte me hago con el control. Todo lo que hay tras de mí desaparece debido a la gran polvareda que estoy levantando.

Cuando llego piso el freno con fuerza y bajo del coche. Corro hasta las puertas, pero las vallas me impiden pasar. Temo que estén conectadas y no me atrevo a tocarlas. No hay coches dentro, como la última vez, ni luz en las farolas que alumbran la piscina. Ni siquiera suena la depuradora.

Recuerdo que guardé las herramientas que utilicé para conectar la luz de la casa en el maletero. Voy hasta él y saco los guantes dieléctricos aislantes y unos alicates. Con cuidado, voy cortando y doblando las puntas de la valla hacia el exterior. Tras una larga hora, consigo por fin abrir un hueco lo suficientemente grande como para poder pasar por él sin problema. Me adentro en el recinto y mi mirada se desvía instintivamente a la ventana desde la que saltó mi madre. Desde aquel día no fui capaz de volver a entrar a la finca. Trago saliva y me armo de valor. Lo último que necesito en este momento es que los fantasmas del pasado me atormenten.

Camino por el césped hasta la entrada y cuando llego a la puerta principal descubro con sorpresa que está abierta. Entro al edificio sin hacer ruido y un gran silencio llama mi atención. Algo me dice que no encontraré aquí lo que estoy buscando.

Aun así, no pierdo la esperanza y busco prácticamente en todas las habitaciones. Solo hay una en la que no me atrevo a entrar. La que pertenecía a mi madre... Cada vez que pienso en esa habitación sin ventanas me pongo enfermo. Allí es donde la encerraban alegando que tenía problemas mentales y nunca me dejaban acercarme. A veces me escapaba sin que me vieran y hablaba con ella a través de la puerta. Recuerdo cómo la pobre pedía agua y yo no podía dársela porque estaba cerrada con llave.

Con cada minuto que paso allí dentro el mundo se me viene encima. Ya no sé qué más hacer. ¿Dónde está Sara? ¿Qué han hecho con ella? ¿Dónde la han llevado?

CAPÍTULO 25

«Piensa, Izan». Camino por la casa con las manos en las sienes. Siento que con cada hora que pasa podrían estar haciéndole daño. Imaginar a todos esos cabrones poniéndole las manos encima o tratando de abusar de ella me hace sentir náuseas. «Piensa. Piensa, joder». Está amaneciendo y no he podido parar de darle vueltas. No se me ocurre ni un solo lugar en México al que la puedan haber llevado. De pronto, me quedo mirando al vacío y recuerdo algo. «¡Las furgonetas!». Estoy seguro de que era ahí donde las trasladaban a todas. Saco mi teléfono y marco el número del comisario. Quizás él me pueda ayudar.

Descuelga al tercer tono.

—Izan. —Hemos hablado más veces y debe de tener mi número grabado en su agenda—. ¿Qué tal te fue? —Con todo lo que ha pasado se me olvidó llamarle para ponerlo al día sobre la reunión que tuve con el trabajador de la embajada.

—Mal, todo va mal, comisario. —Trago saliva—. ¡Cuando volví Sara ya no estaba! ¡No está en la casa!

—¿Cómo? ¿Se ha ido?

—¡Se la han llevado! ¡Nos han encontrado! —respondo al borde de la histeria.

—Necesito que me cuentes todo lo que recuerdas. ¿De acuerdo?

—Tres furgonetas. Angélica iba en una. Bueno ella se llama ahora Lorena. Y seguro que las chicas también viajaban en ellas, y cuando vine encontré sangre y su cabello. —Quiero contarle tantas cosas a la vez que mis pensamientos se amontonan.

—Para, Izan, para... ¿Hay una pared blanca cerca de ti?

—Sí, pero... ¿A qué viene eso? —No entiendo cómo en un momento tan delicado me puede hacer una pregunta de ese tipo.

—Estás muy nervioso y así será imposible que te centres. No quiero que se nos pase ni un solo detalle y para ello debes calmarte. —Hace una pausa—. Mira por favor hacia la pared blanca y respira siendo consciente de la elevación de tu pecho. —Hago lo que me dice y aunque me siento un poco ridículo, funciona. De pronto todo se ordena en mi mente—. El color blanco alivia el estrés y te será más fácil controlar la respiración. No dejes de mirar. ¿Te sientes mejor?

—Sí...

—Bien. Continuemos. Desde el principio, por favor.

Todavía sorprendido por lo que ha conseguido hacer con mis nervios, le cuento lo ocurrido y se muestra tan interesado en el caso como siempre. Tras unos minutos hablando, promete llamarme más tarde con algunos datos. Quiere averiguar si Sara ha salido del país y necesita tiempo para eso.

Aunque desgraciadamente no me da ninguna esperanza. Me asegura que las mafias suelen usar nombres falsos para así poder mover a las chicas de un lugar a otro sin levantar sospechas, y es muy difícil dar con ellas. Pero como él dice, no se pierde nada intentándolo.

La espera se me hace eterna y deseo con todas mis fuerzas que las noticias sean buenas. La sonrisa de Sara y todo lo vivido estos últimos días viene a mi memoria una y otra vez. Sus preciosos ojos turquesa, su cabello rojizo, su suave y blanca piel... Sacudo mi cabeza intentando volver a la realidad y el mundo se me viene encima. No sé hasta qué punto es normal que esto me afecte tanto. Apenas la conozco...

El teléfono suena y compruebo que es el comisario de nuevo.

—Por favor. Por favor, dime que sabes dónde está —digo entre dientes antes de descolgar—. Dígame, comisario. —Trato de parecer calmado.

—Nada, muchacho. Ni rastro de ella. —Expulso todo el aire de mi pecho, desilusionado—. Hay dos opciones. —Escucho atento—. O bien sigue en México o, como te comenté antes, la han sacado del país con documentación falsa.

—Mierda. —Es lo único que sale de mi boca.

—Voy a intentar conseguir una orden para poder revisar todas las cámaras de seguridad de estaciones y aeropuertos de México, pero se demorará días... y si hay un policía corrupto entre ellos como aseguras, nos dificultará la tarea.

—¿Y no pueden detenerle y ya? —No entiendo algunas cosas.

—Desde aquí poco podemos hacer, Izan. Se necesitan pruebas. Nosotros ya

hemos dado el aviso, pero no es nuestro territorio y estamos muy vetados allí.
—Silencio—. Te aseguro que haré todo lo que esté en mi mano. Llevo meses investigando a tu padre y conozco algunos lugares en los que puede estar escondido.

—¿Lugares? —Varias de sus propiedades vienen a mi mente. Argentina, Perú, Chile...

—Una pregunta importante. Quizás te resulte extraña, pero es necesaria. ¿Sabes si Sara es virgen? ¿Te ha comentado algo?

—Em... ella me dijo que sí.

—Perfecto. Esa es una gran pista. Por cierto, ¿tu padre sabe que estás implicado?

—No, comisario.

—Acabas de darme la mejor de las noticias. —Parece emocionado.

—No lo entiendo.

—Voy a necesitar tu ayuda.

—Aquí estoy para lo que haga falta —respondo sin pensar.

—Te cuento...

Durante los siguientes minutos me explica con detalle todo lo que haremos. Su idea me hace sentir el ser más tonto que ha pisado la tierra. No puedo creer que no se me haya ocurrido hacerlo antes. Supongo que durante todas estas horas el desconsuelo me ha tenido cegado y no he sido capaz de ver más allá de mis narices. Hace algunas preguntas más, esta vez sobre mi padre, y lo

entiendo todo al instante.

—Así será —digo algo más animado.

—Te prometo, Izan, que encontraremos a esa muchacha y a las demás de una forma u otra. Déjame preparar algunas cosas y te vuelvo a llamar. — Oigo a un bebé llorar de fondo—. Tengo que dejarte. Hablamos mañana. — Cuelga.

Camino hasta el coche para hacer lo primero que me ha pedido. Saco mi cartera y busco en ella la tarjeta SIM de mi teléfono habitual. La guardé ahí cuando compré la nueva. Es la que usaba para no levantar sospechas cada vez que me ponía en contacto con el club.

Cuando estoy a punto de desmontar el aparato para cambiarlas, recuerdo que tengo el que le compré a Sara en el maletero. Lo saco y coloco la tarjeta en él. Paso los contactos a la agenda nueva y espero a que comiencen a llegarme las llamadas perdidas y mensajes que no he recibido en todo este tiempo.

Como el comisario predijo, hay varias de mi padre. Desde que vine a México no he vuelto a hablar con él. Siempre que sale de viaje me llama para que le haga algunas gestiones. Al no estar en el país necesita que alguien de confianza le mueva su dinero. Me añadió en todas sus cuentas cuando cumplí la mayoría de edad para eso precisamente, pero me prohibió tocarlas sin su consentimiento. Espero que no se haya dado cuenta de que pagué las citas de Sara con una de ellas. Procuré usar la que nunca mira, pero reconozco que es un riesgo.

Espero y espero a que le llegue la notificación de que estoy operativo.

Tengo ganas de hablar con él y ver qué descubro. El comisario me ha dicho que por nada del mundo le llame yo si nunca lo hago. Aunque él todavía no sabe que le están buscando, porque está fiado de que su nombre no aparece en la finca, esa acción podría levantar sospechas. Es mejor dejar que sea él quien me marque, como ha hecho siempre. Al tener contratado el servicio de Roaming por los viajes no tendrá que añadir ningún prefijo cuando lo haga y no sabrá que estoy en otro país.

Las horas siguen pasando y reviso continuamente la pantalla. Incluso me marco con el otro para asegurarme de que el nuevo funciona. Todo parece indicar que no tiene intención de contactarme todavía.

Mi cuerpo duele por el cansancio y me recuesto en el asiento. Apoyo la cabeza en el borde del respaldo y exhalo mientras observo el techo. Hago memoria y busco en mis recuerdos todos los lugares que visité de pequeño con él mientras estuve viviendo aquí, y solo vienen a mi memoria la finca, el club y la casa de mi gran amigo Rafael.

«Debería intentarlo en el club», digo mientras cojo la gorra, las gafas de sol y me pongo en camino.

Nada más llegar, el portero me saluda. Pago mi entrada y se aparta para que pase. Una vez dentro, miro en todas direcciones con la esperanza de encontrarla. Hay varias chicas bailando en el escenario, pero ni rastro de ella.

—¿No hay chicas nuevas? —pregunto a uno de los camareros—. Estoy cansado de ver siempre las mismas caras.

—Trajeron a una virgen hace poco, pero algo debió pasar el último día que estuvo aquí, porque hubo revuelo y dejó de venir.

—¿No ha vuelto?

—Yo no la he visto. —Pone un vaso vacío sobre la barra y lo llena de hielos—. Pero puedes preguntar a aquel tipo. Él es quien mueve todo esto. Quizás te pueda ayudar. A veces traen mujeres por encargo.

Miro hacia donde señala, le agradezco la información y camino hasta él.

—¿Qué se le ofrece? —pregunta cuando llego.

—Verá... quisiera saber si está disponible la virgen que trajeron hace unos días. Necesito que me haga algunos favores —sonrío para hacerlo más creíble.

—Qué mala suerte, amigo. Esa chica ya no trabaja aquí. Pero puedo conseguirte otra que se le parece.

—No gracias. Es a ella a quien quiero. Las demás no me interesan.

—¡Marga! —Silba y hace un gesto—. Ven un momento. Demuéstrale a este hombre lo buena que eres. —Antes de que la chica llegue hasta mí, noto vibrar mi teléfono en el bolsillo. Lo saco y mi respiración se corta cuando reconozco el número. Es mi padre.

Salgo rápidamente a la calle para que no oiga el ruido interior y descuelgo.

—¿Qué quieres? —Mis manos tiemblan, pero contesto de la misma manera que siempre.

—¿Dónde cojones has estado? ¡Llevo tratando de contactar contigo días!

—No tengo por qué darte explicaciones. Ya soy mayorcito.

—No me vengas con esas mierdas, Izan —dice cabreado—. ¡Sabes los

problemas que tengo cada vez que salgo del país y tienes la obligación de solucionarlos! Algún día será tu herencia.

—La misma canción de todos los días... —respondo con tonito—. ¿Qué quieres que haga ahora?

—Necesito que hagas una transferencia urgente a una cuenta nueva que te he pasado por correo. —Antes de contestar noto una mano en mi trasero.

—Hola, guapo. —La chica a la que llamé antes el encargado está a mi lado—. Vuelve al club y te hago una demostración de lo que soy capaz de hacer con mi lengua.

—¿Qué? ¿Estás en un club? —dice mi padre al otro lado, y mi respiración se acelera. Estoy seguro de que me ha descubierto y acabo de echarlo todo a perder.

—Yo...

—¿Tú? ¿Estás en un puto club?

—¡Sí! ¿Qué pasa? —respondo cortante, porque no sé de qué otra forma hacerlo. De pronto, carcajea y arrugo la frente, extrañado.

—Hijo mío... ¡Por fin te has hecho un hombre! —Siento asco, pero mantengo la calma.

—Llevo siendo un hombre mucho tiempo. Solo que tú no te has enterado hasta ahora. No eres al único que le gustan las mujeres.

—No sabes lo feliz que me hace oírte decir eso. Ya te daba por perdido.

—Prepara esa boca que ahora mismo voy. —Le digo a la chica con la

intención de que mi padre lo oiga.

—Dale fuerte, hijo —ríe de nuevo.

—Por cierto, ¿sigues en México? —Le lanzo la pregunta que me dijo el comisario.

—No. Oye, tengo que dejarte. No olvides hacer esa transferencia. Es importante. Pasaré una temporada fuera y me hará falta el dinero.

—De acuerdo. ¿Dónde estás ahora? —Duda por un segundo, pero finalmente contesta.

—Estoy en Colombia.

CAPÍTULO 26

—¿Colombia? —Trato de ocultar mi sorpresa. Ha caído en la trampa. No puedo creer que el plan haya salido tal y como el comisario aseguró. Ese hombre parece predecir el futuro.

—Sí. Han surgido algunos problemas y he venido a solucionarlos. Por un tiempo estaré aquí. Seguimos en contacto.

—Espera, papá. —Necesito saber más—. ¿En qué parte de Colombia estás?

—¿Desde cuándo te interesa tanto mi paradero? —responde extrañado, y siento miedo de haber metido la pata.

—No es eso. —Pienso una excusa rápida—. Hay un campeonato importante de culturismo y *fitness* allí, y al ser mi federación internacional tengo que ir en breve con mi equipo para participar. —Debido a mi trabajo viajo bastante, y con suerte será creíble—. Si necesitas cualquier cosa, puedo llevártela.

—Ohm... —Hace un silencio—. Este viaje ha sido muy precipitado y me harían falta algunos documentos. Pero ya hablaremos. —Cierro los ojos con fuerza al oír su frase—. Si los necesito, ya te avisaré.

—De acuerdo —respondo intentando aguantar mi nerviosismo. Me siento

cada vez más cerca de encontrar a Sara. Nos despedimos y guardo de nuevo el teléfono en el bolsillo.

La chica de antes no parece querer perder la oportunidad de estar conmigo y vuelve a la carga.

—Vamos, grandote. —Me llama desde la puerta—. Te estoy esperando.

—No me interesa —respondo secamente—, busca otro pez que muerda tu anzuelo.

—¿Acaso no te gusta lo que ves? —Señala su cuerpo.

—No me gusta lo que eres —contesto y arruga la frente—. ¿De verdad estás aquí por gusto? ¿Te motiva este trabajo?

—A veces —sonríe, pero ya no parece tan alegre.

—¿Por qué no buscas un empleo diferente? ¿Algo que al menos no te haga perder la poca dignidad que te queda? —La expresión de su rostro cambia.

—¿Eres padre? —dice con tristeza.

—No. —Frunzo el ceño—. ¿A dónde quiere llegar con esa pregunta?

—Pues entonces no lo entenderás nunca. —Se acerca a mí y baja el tono de voz para que los demás no la oigan—. Tengo un hijo de 5 años al que alimentar. Se pasa la mayor parte del tiempo solito en casa porque el cabrón de su padre nos abandonó dejándome al cargo de una gran deuda. —Hay sinceridad en su mirada—. Desde entonces, estoy pagándola como puedo para que no nos maten a ninguno de los dos. Un empleo normal no me rentaría suficiente y ya estaríamos bajo tierra él y yo. —Trago saliva y siento lástima por ella. Siempre detesté a este tipo de mujeres. Pensaba que ejercían

porque era una manera fácil de ganar dinero, pero poco a poco me voy dando cuenta de que detrás de cada una de ellas hay una historia que te deja sin aliento. Puedo hacerme una idea también de lo que debe de estar pasando su hijo.

—¿Y no puedes al menos huir del país?

—Nos encontrarían. El prestamista al que acudió mi ex tiene demasiado poder y no tardarían en dar con nosotros.

—Entiendo... —Pienso en todo el sucio y maldito dinero que tiene mi padre a costa de estas pobres mujeres y mi sangre hierve. Me giro con la intención de marcharme, pero algo en mi interior me detiene—. Dame tu número —digo sin pensar.

—No, no, no... Por ahí sí que no paso. Mira, ni siquiera sé por qué te he contado todo esto, pero no he pretendido darte pie a nada. Una cosa es por las noches, aquí en este lugar —señala la fachada del club— y otra muy distinta es que los clientes me llamen a deshoras pidiéndome favores. Necesito recuperarme y olvidar durante el día toda esta mierda para no venirme abajo.

—Quiero ayudarte.

—Eso decís todos, y después me encuentro la sorpresa. Solo buscáis sexo fuera del local para largaros sin pagar. Abusáis de mí y de que no hay porteros que os reclamen la deuda y me dejáis tirada. No es la primera vez que me pasa.

—¿Cuánto dinero debes? —Duda en contestar, pero finalmente lo hace.

—Doscientos mil pesos, pero no creo que a ti eso te importe.

—Déjame ver. —Vuelvo a sacar el teléfono y calculo la cantidad en euros. Es incluso menos de lo que he estado pagando por las citas con Sara. Lo pienso durante un segundo y me decido. No creo que le haga falta el dinero a mi padre ni que me pida explicaciones una vez que le metan entre rejas—. Dame el número de tu cuenta bancaria.

—¿Cómo?

—Ya te he dicho que quiero ayudarte. Pero con la única condición de que no vuelvas a poner un pie en un club.

—¿Qué estás queriendo decir? —Sus manos tiemblan. No se atreve a creer lo que está pensando.

—Voy a pagar tu deuda para que tu hijo y tú podáis llevar una vida normal. —Sus ojos se llenan de lágrimas, aunque intenta no ilusionarse. Continúa incrédula.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. —Me mira—. ¿Quieres el dinero o no? Tengo cosas importantes que hacer.

—¡Santo Dios! No puedo creerlo. —Pone la mano en su pecho—. Dame un minuto, por favor. ¡No te vayas! Prométeme que no te irás... Necesito el bolso porque no me sé el número de memoria —asiento y corre adentro del local.

Dos minutos después está en la puerta y me busca con la mirada. Al encontrarme suspira aliviada y sonrío ampliamente mientras viene nerviosa hacia mí.

—¿Lo tienes? —pregunto.

—Sí. Lo tengo. ¿De verdad que no me mientes? ¿No estás riéndote de mí?

—Es incapaz de controlar sus manos.

—No miento.

—Esto no puede estar pasando... —No para de sonreír y me dicta uno por uno los números de su cuenta.

—¿Tienes banca online?

—Sí.

—¿Puedes conectarme ahora?

—No tengo internet en el móvil, no puedo pagar esas facturas... —Piensa por un momento—. ¡Ah! Espera. Creo que puedo conectarme al wifi del club. Tengo grabada la contraseña. —Pasa los dedos con agilidad por la pantalla varias veces y su cara cambia en un segundo—. ¡NO PUEDE SER! —grita y se tapa la boca con la mano. Me mira a mí y después al teléfono. De nuevo a mí y otra vez a su pantalla—. ¡DIOS MÍO! —Llora y las personas que hay fuera nos miran—. ¡Oh, Dios mío! —Se lanza a mi cuello y me abraza—. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! No lo puedo creer... —Me suelta y se deja caer de rodillas en el suelo—. No sabes lo que has hecho. —Agarra mi pantalón con sus ojos llenos de lágrimas y me mira desde abajo—. Estoy soñando, esto no puede ser real —solloza—. No puede estar pasando...

—Ya sabes el trato. —Me siento satisfecho. Algo en el fondo de mi corazón me dice que he hecho lo que debía—. Ahora ve con tu niño. — Cuando tenía la edad de su hijo, cada vez que buscaba en la finca a mi madre

me decían que estaba trabajando y me llegué a sentir muy solo. Tiendo mi mano y la ayudo a levantarse.

—¡Gracias! —Está tan emocionada que apenas es capaz de tenerse en pie —. Dime si hay alguna forma de que pueda pagarte por esto.

—No tienes que pagarme nada. Solo cumplir con lo hablado —asiente mientras seca sus ojos.

—¿Por qué estás aquí? No parece buscar lo que los demás —me pregunta.

—Estoy buscando a una persona que estuvo aquí hace unos días.

—Quizás pueda ayudarte. Suelo quedarme bien con las caras. ¿Tienes una foto? —Me arrepiento en ese momento de no haberle hecho ninguna a Sara. Me gustaría tanto volver a ver su cara...

—No.

—¿Pero trabaja aquí?

—No exactamente... Es una chica que trajeron hace solo unos días. Tiene alrededor de 20 años, el cabello rojo y los ojos turquesa.

—¿La que está en venta?

—¿Mmm...? —No lo entiendo.

—¿La virgen? —Me sorprendo al descubrir que la conoce.

—Sí —digo interesado—. ¿De qué venta hablas? ¿Qué sabes?

—Solo que consiguió escapar hace unos días, y menos mal porque no me hubiera gustado correr su suerte. Oí a alguien decir que esa chica iba a ser comprada por un jeque, pero que querían mostrarla en el club por si salía

algún comprador más. Así podrían escuchar ofertas y subastarla. De esa manera ganarían más dinero porque la puja sería mayor.

—¿Venderla a un jeque? —Ahora me cuadran algunas cosas de las que hablaba Sara.

—Sí, la virginidad en este mundo se valora mucho. Se pueden llegar a pagar millones por una chica pura.

—¿Sabes cuándo será?

—No lo sé, pero quizás si pregunto a las chicas pueda enterarme.

—Tengo que irme —digo sin prestar atención a nada más. La noticia me ha dejado impactado y necesito encontrarla cuanto antes. Cuando doy un paso para marcharme, me sujeta.

—Espera. —Abre su bolso, saca una pequeña libreta y un bolígrafo. Anota algo y me lo entrega—. Ahora que he visto tus intenciones, quiero que tengas mi número. Creo que puedo serte útil. Llámame para lo que necesites. No imaginas lo inmensamente feliz que me has hecho hoy. Has cambiado mi vida. —Acepto el papel, le apunto el mío por si se entera de algo más y me marcho.

De camino al coche telefono al comisario y le cuento todo lo que he descubierto hasta ahora. Me asegura que le he acertado mucho el camino y que con esos datos le será más fácil revisar las cámaras de seguridad. Ya sabemos que por la rapidez con la que han llegado a Colombia solo pudieron viajar en avión. Ahora solo hay que descubrir si Sara iba con ellos. Al tener un día y una hora aproximada no hará falta revisar cientos de videos y todo

será mucho más rápido. No le sorprende lo de la venta o subasta de Sara, tengo la impresión de que lo imaginaba y no me quiso decir nada. Lo único que me pide es precaución y cautela. Cualquier paso en falso podría echar a perder toda la investigación y acabar con cualquier esperanza de encontrarlas.

Cuando terminamos de hablar, no puedo esperar más y conduzco hasta el aeropuerto. Aunque no tengo ninguna confirmación, estoy seguro de que Sara está con él. Necesito reservar un pasaje a Colombia con urgencia. Vine por ella y ahora que no está necesito irme cuanto antes. México es un país precioso, pero mis recuerdos no lo son tanto. Jamás imaginé que después de lo que pasó volvería a pisar esta tierra. Al igual que tampoco imaginaba que lo haría para buscar a una mujer.

Desde que su madre enferma y su amigo vinieron a casa buscando explicaciones, ya que no tenían noticias de ella desde hacía días, supe que algo no iba bien. Sara nunca me pareció una interesada. No era ni de lejos como las otras chicas que mi padre traía y a quienes convencía para trabajar en sus clubes a golpe de talonarios. Intenté persuadirla y presionarla desde el primer momento para que se marchara. Sabía que podía tener un futuro digno y le hice la vida imposible mientras estuvo trabajando en la casa, pero aguantó todas mis perrerías.

Era incapaz de verla como una persona sin sentimientos y dispuesta a cambiar a sus seres queridos por un puñado de dinero. Y más en el estado en el que se encontraban. Sara realmente necesitaba ese empleo, y lo aguantó todo solo por conservarlo. Por eso no me cuadraban los hechos. Después de ver a su madre en persona y saber algo más de su familia tuve un

presentimiento... Nunca supe hasta dónde era legal el negocio de mi padre. Después de analizar algunos recuerdos, incluso sospeché de aquello lo que pudiera realmente haberse dedicado mi madre. Se lo pregunté cientos de veces, pero lo desmentía continuamente y me aseguraba que las chicas que trabajaban para él estaban allí por decisión propia. Pero con Sara no conseguí creerlo y quise asegurarme. Tenía que oírlo de su boca y por eso vine a buscarla. Su respuesta sería decisiva y respondería a todas mis preguntas de una manera u otra.

La suerte está de mi parte y hay un asiento libre en el siguiente vuelo. Lejos de ir a buscar mi maleta, la cual dejé olvidada en la habitación del hotel que alquilé cerca del club, me quedo allí y espero. Todo lo que necesite cuando llegue lo puedo volver a comprar. Aunque no sepa realmente dónde está Sara, sé que me sentiré más cerca de ella estando allí.

Dos horas después, estoy abrochándome el cinturón y despegando rumbo a Colombia.

CAPÍTULO 27

Tras varias horas de vuelo y nada más poner los pies en el suelo, paro a un taxi y le pido que me lleve a un hotel. Estoy tan agotado que necesito descansar o no podré moverme. Mi cabeza está saturada y soy incapaz de pensar con claridad. Cuando llegamos, el conductor tiene que despertarme. Le pido que espere por si está completo y tenemos que buscar otro lugar y bajo con torpeza del vehículo. Entro al edificio y me dirijo a recepción. Por suerte, la chica que me atiende me indica que hay habitaciones libres. Salgo de nuevo caminando como si no sintiera el suelo bajo mis pies, pago al taxista y se marcha. Hago la reserva y cuando entro a mi habitación me dejo caer sobre la cama y no recuerdo nada más.

A la mañana siguiente abro los ojos sobresaltado. De pronto recuerdo dónde estoy y qué es lo que he venido a hacer aquí, pero rápidamente me doy cuenta de que no sé por dónde empezar. Me siento en el borde de la cama y pienso durante varios minutos. Busco en internet la extensión y los habitantes de Colombia y me vengo abajo. Son más de 47 millones de personas. Ni en diez vidas podría recorrer todo el país buscándola. Tengo que encontrar otra manera de dar con ella.

Salgo del hotel y busco una papelería. Cuando la encuentro compro un

mapa de Colombia, un cuaderno y un par de bolígrafos. De regreso a la habitación un rico olor hace que mi estómago proteste y entro en un pequeño restaurante. Mientras preparan mi pedido me siento en una de las mesas y trazo en el mapa varias líneas con la intención de dividirlo en zonas. Busco en el móvil los clubs y burdeles más cercanos y los anoto en el cuaderno. Nada más terminar de comer decido alquilar un coche y probar suerte en el primero.



Han pasado cinco días y me he recorrido al menos 30 locales sin suerte. Pregunto a los clientes por chicas jovencitas y pelirrojas haciéndoles creer que me vuelven loco, pero nadie parece conocer a ninguna. Salgo del último club que tengo anotado en la zona y me siento totalmente desmoralizado. Tacho la dirección y conduzco varios kilómetros hasta la siguiente. Tendré que buscar otro hotel. A mitad de camino mi teléfono comienza a sonar y paro donde puedo para atender a la llamada.

—¿Sí? —contesto sin mirar.

—Izan. —Reconozco su voz. Es el comisario.

—Dígame. —Si me llama es porque ha averiguado algo.

—Hemos revisado las cintas y tengo noticias. —Guardo silencio—. Viajó a Colombia con tu padre. Como imaginaba, bajo un nombre falso. Además, hemos reconocido a varias chicas que han subido al avión con ellos. Algunas llevan desaparecidas más de dos años.

—¿En serio? —Mis latidos se aceleran.

—También sabemos en qué aeropuerto aterrizaron. Aunque eso no es ninguna garantía, ni nos sirve como dato, porque pudieron desplazarse después. La policía de allí se ha mostrado muy colaboradora y nos está echando una mano. Tenemos acceso a todos los datos.

—Eso es genial.

—Necesito que me digas algo, Izan.

—Claro.

—¿Recuerdas el nombre completo y real de Lorena? Es posible que consigamos algo importante de ser así.

—Angélica —digo sin demora.

—Sí, su nombre ya me lo dijiste y lo tengo anotado, pero necesito también sus apellidos.

—Angélica... —Hago memoria, pero ha pasado tanto tiempo que lo he olvidado. Escribimos cientos de veces nuestros nombres con tiza en el asfalto, pero soy incapaz de recordarlo—. Lo siento comisario, no lo recuerdo.

—No pasa nada. —Hace una pausa—. Tengo aquí una lista bastante larga de personas con ese nombre que han hecho algún movimiento de dinero en los últimos días en Colombia. ¿Tienes tiempo para oírlos? Es posible que alguno te suene.

—Em... sí. Ahora mismo no estaba haciendo nada.

—De acuerdo, pues vamos allá.

Después de más de una hora escuchando cientos de veces el nombre de Angélica acompañado de distintos apellidos, por fin uno de ellos llama mi atención.

—¿Puede repetir el último?

—Angélica Rivera Cruz. —Algo me golpea mentalmente al oírlo de nuevo y todo se vuelve claro.

—Estoy casi seguro de que es ella, comisario.

—Déjame ver... —Me mantengo en silencio al otro lado mientras le oigo teclear en el ordenador—. Creo que la tenemos. —Me incorporo rápidamente—. 29 años, doble nacionalidad. Nacida en México... Hizo una compra con tarjeta de crédito hace tres días en un centro comercial de Medellín. ¿Puede ser ella?

—Sí, señor, esa es su edad y coinciden los datos. ¿Cree que están en Medellín? —digo sorprendido.

—Es posible. No creo que se haya desplazado cientos de kilómetros solo para comprar en una zapatería. Debe creer que al no ser conocido su nombre real no podemos seguir su rastro ni asociarla al caso.

—¡Joder! —No puedo aguantar la emoción—. Es increíble que en dos minutos haya conseguido casi localizarles, comisario.

—Es el poder de la tecnología, muchacho. Ahora tengo que dejarte. En los próximos días vamos a intentar localizarles. Recuerda, Izan. No hagas ninguna locura.

—Tendré cuidado. —Cuelgo.

Con su información mis zonas de búsqueda se han reducido drásticamente y comienzo a ver luz en el camino. Me siento tan emocionado que decido desplazarme a Medellín en ese mismo momento.

Como la vez anterior, nada más llegar busco un hotel, y una vez instalado comienzo a anotar en mi cuaderno todos los clubs de ese lugar con la intención de visitarlos. Antes de acabar y, debido al cansancio, caigo en un profundo sueño.

Los días siguientes son como los primeros. Me paso las horas revisando todos esos lugares sin suerte, pero mucho más animado. Sé que está cerca y eso me ayuda. Cada vez que abro una puerta tengo la esperanza de encontrarla o al menos conseguir pistas que me lleven hasta ella.

Uno de los clientes que parecía saber más que los demás y con el que tomé varias copas me habló de un club para adinerados en el que tenían a las mejores prostitutas del lugar. Me contó también que había estado esa misma semana, y que había visto a varias chicas nuevas.

Cuando le pedí la dirección, ya que no me aparecía en la búsqueda que hice, se mostró un poco reacio. Pero tras dos copas más y una buena sesión de risas y cachetadas en el hombro me la dio sin problema. Al no tener un papel a mano la anoté en mi teléfono, y al despedirnos lo único que me pidió a cambio es que no dijera que había sido él quien me lo había facilitado.

Optimista salgo del club y me dirijo al coche. Antes de llegar al aparcamiento oigo un claxon, miro y es mi nuevo amigo diciéndome adiós. Apenas es capaz de mantener el vehículo recto debido a su borrachera y

posiblemente su flamante carrocería pagará las consecuencias. Cuando vuelvo a retomar la marcha, hay un hombre delante de mí.

—¡Eh! —grita. Abre su chaqueta y saca algo alargado—. Deme todo lo que tiene si no quiere que le dé chumbimba. —Me fijo mejor en lo que tiene en la mano y descubro que es un cuchillo de grandes dimensiones.

—Te voy a dar todo lo que me pides menos el teléfono. ¿Qué te parece? —digo calmado. Tengo la dirección apuntada en él y no puedo perderla.

—¡Deme también el teléfono! —grita.

—Tranquilo, hombre. —Levanto las manos para que vea que no tengo ninguna intención de defenderme—. Podemos llegar a un acuerdo. Te estoy diciendo que te lo entrego todo menos eso. La cartera contiene diez veces más de lo que vale mi aparato.

—Cállese y haga lo que le digo. —Insiste cada vez más agitado, y mi corazón comienza a latir con fuerza. No pienso permitir que se lo lleve con él. Siento que Sara puede estar en ese lugar.

—Tendrás que quitármelo a la fuerza. —Aprieto los puños y noto mis venas hincharse. Sé que en cualquier momento me atacará y me preparo.

—¡Usted lo ha querido! —Se lanza contra mí y consigo esquivar su primer intento.

—Si vuelves a hacer eso te harás daño, amigo —respondo con mofa aun sabiendo que mi vida está en riesgo. Necesito que vea que no le tengo ningún miedo, aun así vuelvo a prepararme para un segundo ataque.

Como imaginaba, lo intenta de nuevo, pero esta vez consigo sujetar su

brazo por la muñeca. Con el otro, trata de golpearme, pero yo soy más rápido y con mi mano libre le detengo.

—¡Suélteme, maldito! —Salta y da tirones. Si consigue escaparse de mi agarre me enfrentará una vez más y no estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—Abre la mano y tira el cuchillo. —Le digo, pero no me hace caso—. Hazlo o te parto el brazo. —Debido a mi entrenamiento, mi fuerza es mayor, y en esa postura tiene pocas posibilidades.

Le amenazo una vez más, pero lejos de hacer lo que le pido, me ignora e intenta hacer más fuerza para clavármelo. Cuando el filo roza peligrosamente mi piel, tuerzo su brazo con fuerza y tras oír un crujido, grita de dolor y el cuchillo cae al suelo. Lo piso para que no pueda cogerlo y le suelto.

—¡Pirobo de mierda, esto no quedará así, gonorrea! ¡No sabe con quién se metió! —Se sujeta el brazo con el otro y se marcha corriendo.

Exhalo intentando calmarme y me dejo caer en el asiento del coche.

Cuando llego a la dirección puedo ver que se trata de un lugar muy lujoso. Aparco, me pongo mi gorra nueva y mis gafas y camino hasta lo que parece la entrada. Tiene unos enormes arcos de piedra y unas increíbles columnas de granito. Todos los coches que se ven allí parecen carísimos. Como bien me dijo el tipo del club, este lugar es solo para ricos.

Por suerte, aunque la entrada es muy cara, tengo suficiente dinero en metálico para pagarla. El portero me mira, no muy convencido, pero finalmente me deja pasar.

El interior es todavía mucho más llamativo. Hay varias tarimas repartidas

por todo el local donde bailan las chicas y la gente se agrupa para verlas. El aforo está prácticamente completo y apenas se puede caminar.

Me dirijo a uno de los camareros y le pido algo de beber. Quiero integrarme para que me sea más fácil conseguir información. Intento hablar con dos hombres que tengo al lado, pero están tan borrachos que apenas vocalizan. Me pongo en pie para ir al baño y cuando estoy llegando una de las chicas cae delante de mí. Está tanto o más bebida que los otros dos y es incapaz de levantarse. Trato de ignorarla, como hacen los demás, y entro al aseo que me corresponde.

Cuando salgo la chica sigue intentado ponerse en pie sin éxito. La miro con lástima, y cuando voy a continuar la miro de nuevo. Hay algo en ella que me resulta familiar. Arrugo la frente intentando recordar dónde la he visto, y de pronto viene su imagen a mi mente.

—¡ANA! —Al oír su nombre levanta la cabeza tratando de buscarme, pero no me ve. Por alguna razón, no enfoca. Está tan cambiada que apenas la reconozco. Debe de haber perdido al menos 10 kilos y tiene unas ojeras enormes. Me fijo mejor y me doy cuenta de que no está bebida, sino drogada.

CAPÍTULO 28

Me arrodillo junto a ella y trato de levantarla. En su estado debería verla un médico con urgencia. Está sufriendo una sobredosis.

—No. —Es lo único capaz de decir.

—Tranquila, Ana, soy Izan.

—No... —Vuelve a decir y con torpeza se mueve para apartarse de mí. No quiere que la toque.

—No voy a hacerte daño. Solo quiero ayudarte. —Paso una de mis manos por su espalda, otra por debajo de sus rodillas y la levanto. Está tan mal que se desmaya en ese momento. Justo cuando comienzo a caminar con ella en brazos, alguien me detiene.

—¡Eh! ¡Tú! ¿Dónde crees que vas con esa chica?

—Yo... —Pienso por un momento—. Quiero comprarla por un par de horas.

—¿En serio? —ríe—. Deberías elegir a otra. Esta te vomitará encima mientras la montas y no quiero reclamaciones después.

—Me gusta. —Elevo los hombros porque no se me ocurre otra excusa.

—Está bien. Pero luego no digas que no te avisé. ¿Quién soy yo para juzgar

los gustos de nadie? —Camina hasta un mostrador y pasa los dedos por una pantalla—. Ahora mismo te digo qué habitaciones tenemos libres. La 2, la 5 y la 17. —Al escuchar el número 5 no puedo evitar pensar en Sara. Siempre que iba al club para estar con ella elegía esa habitación. Ese número es muy significativo para mí.

—La 5 —digo sin pensar.

—¿Pagará con tarjeta o en metálico?

—Con tarjeta. —Después de pagar la entrada mi cartera ha quedado vacía.

Me extiende una especie de llave azul y al ver que no puedo cogerla porque estoy sosteniendo a Ana me hace un gesto para que le siga. Coge el datáfono y me guía hasta un largo pasillo muy parecido al que ya conocía. Mi vello se eriza al oír un llanto demasiado joven salir de una de las puertas y me paro para escuchar con más atención. Al notar mi interés, me obliga a continuar y no me queda más remedio que obedecer para no levantar sospechas.

—Aquí es. —Abre la puerta y espera. Tiendo a Ana sobre la cama, y cuando realizo el pago me entrega la llave—. Recuerda. Dos horas, ni un minuto más. Intenta no dormirte. No me gusta tener que venir a buscar a los clientes.

—Descuida. —Se marcha y cierro. Vuelvo a la cama y trato de despertarla—. ¡Ana! —Golpeo su mejilla con la palma de mi mano—. ¡Despierta! —No se mueve y me preocupa—. Ana, abre los ojos. —Busco el baño y cuando lo localizo entro deprisa. Tomo una de las toallas que hay dobladas en un pequeño armario colgado en la pared y la pongo bajo el grifo para mojarla. La escurro un poco para que no gotee demasiado y vuelvo con Ana. La pongo

sobre su cara y al notar el frío comienza a reaccionar.

—Mmm... —Respiro aliviado al oírla.

—Vamos. —Cambio la toalla de posición—. Despierta, Ana, necesito que me ayudes. —Sus labios y sus uñas están azulados—. Ya falta poco. Voy a sacaros de aquí, pero necesito tu ayuda como el respirar... Tienes que decirme dónde está Sara. —Toco su piel y la sensación no me gusta. Está fría, húmeda y demasiado pálida.

—No... —Vuelve a repetir mientras levanta una de sus manos.

—Tranquila. No voy a tocarte. —Estoy seguro de que piensa que quiero hacerle daño. De pronto comienza a moverse extrañamente y no sé la razón—. ¡Ana! ¿Qué te ocurre? —Su piel comienza a oscurecerse. Está casi tan azulada como sus labios—. ¡Ana! —La muevo para que reaccione, pero sigue igual. Me fijo en su boca y me doy cuenta de que se está ahogando. La pongo de lado con rapidez y comienza a vomitar. La sujeto en esa postura hasta que termina y me calmo al comprobar que poco a poco recupera el color. Si esto le llega a pasar estando sola habría muerto.

Regreso al baño y me cargo de toallas y rollos de papel. Extiendo todo sobre la cama para secarla y cuando me quiero dar cuenta Ana parece haberse quedado dormida. Así es imposible que pueda ayudarme, por lo que decido esperar a ver si con suerte los efectos de las drogas han disminuido cuando despierte.

Me siento en una silla que hay frente a ella y dejo que pase el tiempo.

He intentado despertarla dos veces más, pero es inútil. Falta poco para que

acaben las dos horas y no hago nada más que mirar el reloj. No sé cuánta mierda le han metido en las venas, pero la pobre chica está realmente mal.

Busco en mi cabeza la manera de sacarla de allí, pero es imposible, las puertas están vigiladas y nos descubrirían en segundos.

—Mmm... —Ana se mueve y voy hasta ella.

—Despierta, por favor. —Suplico cerca de su oído y cruzo los dedos mentalmente—. Necesito que me digas dónde está Sara.

—¿Sara? —Pronuncia con dificultad, pero entiendo lo que ha dicho.

—¿Dónde está? Conseguí sacarla del club, pero lograron encontrarla y se la llevaron hace días.

—¿Sara? —Intenta abrir los ojos, pero no puede.

—Ana, eres mi única oportunidad de dar con ella y necesito tu ayuda para poder sacaros de aquí a todas. —Vuelve a intentar abrir los ojos de nuevo.

—¿Te... co... nozco? —Respira con dificultad.

—Sí, soy Izan. ¿Te ha contado ella algo?

—Izan... —Gira la cara para mirarme y abre lentamente los párpados—. Sara está... —Traga saliva—. La tie... nen —Arruga la frente intentando recordarlo—. Tienes que... ir...

—¿Dónde está? —Quiero que hable. Necesito información—. ¿Dónde la tienen?

—A las... afueras. Tu pa...dre... —Comienza a vomitar de nuevo y tengo que girarla. Mientras la sujeto, me doy cuenta de que mis dos horas han

terminado y de que si no salgo de allí pronto vendrán a buscarme. Tengo que conseguir averiguar su paradero y apenas queda tiempo.

Como imaginaba, la puerta se abre y el tipo que me cobró, me llama.

—¡Eh! Tu tiempo ha terminado.

—Ya lo sé —digo mientras me pongo en pie. Mira en dirección a la cama y con disimulo me pongo en medio de su visión para evitarlo. No quiero que vea que Ana sigue vestida. Tomo mi tarjeta y se la entrego—. Quiero otra hora.

—Me temo que no será posible...

—¿Por qué no? Voy a pagar —digo extrañado.

—Está prohibido pasar más de dos horas con la misma chica, tendrás que elegir a otra.

—No entiendo la razón —respondo cabreado.

—Otros también quieren tener la oportunidad de acostarse con ella. Si quieres continuar, buscas a otra chica.

—¡No quiero otra! —Mi respiración se acelera. Siento que estoy perdiendo los nervios—. ¡La quiero a ella! —No pienso perder mi oportunidad después de haber llegado hasta aquí. Es posible que por el estado en el que se encuentra Ana, decidan no traerla en una temporada y para entonces puede que ya sea tarde.

—Lo siento. Debe irse.

—¡Una mierda! No pienso irme de aquí hasta que no pase otra hora con

ella.

Saca algo de su pantalón y lo aprieta. Segundos después, tres hombres vienen corriendo hacia nosotros.

—Es él. —me señala y los tres tipos se me echan encima.

Intento quitármelos como puedo. Golpeo en todas direcciones y veo cómo van cayendo al suelo. Al momento, vuelven a ponerse en pie y se lanzan contra mí de nuevo. Cada vez hay más hombres en el pasillo intentando retenerme, pero se lo pongo difícil. Utilizo las piernas y los brazos y les machaco sin piedad. Finalmente, y aunque tengo mucha resistencia, el agotamiento llega y consiguen reducirme. Uno de ellos me tuerce el brazo y entre todos me empujan hasta la salida.

—¡Solo quiero una hora más con ella! —grito tratando de hacerles ver qué es lo único que busco, pero no me hacen caso. Acabo de vetarme yo mismo la entrada con mi acción y me siento desesperado. No podré volver a entrar y seguramente por eso haya perdido la oportunidad de encontrar a Sara.

—Tendrás que conformarte con las putas de la calle. —Me empujan fuera del local, y en un último intento, trato de entrar de nuevo. Vuelve a empujarme y caigo al suelo. Me siento tan abatido que no tengo ganas de nada. Ni de levantarme.

—Mierda, mierda y mierda... —digo en alto buscando alivio.

—¡No lo puedo creer! —Alguien conocido habla a mi espalda y me sobresalto—. Me pareciste tú mientras te sacaban, pero no fiándome de mi vista he venido hasta aquí para comprobarlo. —Me giro temeroso para

comprobar que es quien creo y quedo paralizado al momento. Si la cosa no podía ir peor, acaba de empeorar de manera drástica.

—¿Qué? ¿Tú aquí? Esto debe de tratarse de una broma... ¿Dónde está la cámara? —Me adelanto con viveza. Necesito que mis preguntas le hagan creer a mi padre que estoy tanto o más sorprendido de verle que él a mí.

—Eso mismo quiero saber yo. —Me tenso—. Con lo grande que es Colombia... ¿Y has tenido que venir a parar a este lugar? ¿Quién te ha dado esta dirección? Esto no puede tratarse de una mera coincidencia. —Sospecha.

—Pues te aseguro que así ha sido. —Me levanto del suelo—. La competición es en Medellín y uno de los organizadores me habló de este lugar. —Arruga la frente y parece que mi mentira salva la situación.

—¿Es cliente nuestro? —pregunta extrañado—. Solo unos pocos conocen este club.

—Seguro que sí... y si no lo es él, conoce a alguien que lo sea. —Miro hacia la fachada—. ¿Este lugar también es tuyo? —asiente poco convencido—. Vaya... soy más rico de lo que creía. —Bromeo para romper la tensión.

—¿Dónde te alojas? —Vuelve a clavar sus ojos en los míos y un frío me recorre la espalda.

—Pues... la verdad es que llegué hace solo unas horas y todavía no tengo hotel. Pensaba dormir en el coche, porque todos los lugares que he visitado están completos. —Trato de parecer calmado mientras invento—. He venido dos días antes porque había problemas con la competición y quería que cuando llegara mi equipo estuvieran todos resueltos.

—Am... —Me observa y me incomodo.

—¿Dónde te alojas tú? —Una idea cruza mi mente.

—Yo... —Parpadea. No esperaba esa pregunta—. Unos amigos tienen una especie de club a las afueras y de momento estoy con ellos. —A las afueras... Ana dijo algo sobre eso. Es posible que tengan a Sara allí.

—Oh, eso es genial —sonríó—. Iré contigo, entonces. —Intento ponerle en un compromiso para que no pueda negarse.

—No creo que te guste ese lugar —dice intentando convencerme.

—¿Crees que me asustaré? —Señalo el local del que me acaban de echar—. Has visto de donde salgo. —Me aprovecho de la situación, aunque nada tenga que ver con la realidad. Tengo que conseguir que ceda como sea—. Y si esa especie de club tiene chicas, será todo un paraíso. —Levanto las cejas.

—No puedo creer que por fin corra sangre por tus venas —ríe—. Dime una cosa. —Mi respiración se corta—. ¿Qué has hecho para que los de seguridad te sacaran a patadas? —ríe ahora a carcajadas y respiro aliviado.

—Querer tirarme a la misma tía una y otra vez... Parece que la perra tenía lista de espera. —Mis propias palabras me ofenden. No me reconozco hablando así.

—Dime cuál de ellas era y conseguiré que termines lo que empezaste.

—Ya no me interesa —digo rápidamente. No puedo dejar que descubra que se trataba de Ana, porque sabría que nos conocemos y posiblemente se destaparía todo—. Esos gorilas han hecho que pierda el interés.

—Está bien. ¿Te parece si nos ponemos en marcha? Estaba a punto de irme

cuando te vi.

CAPÍTULO 29

—Buena idea. Estoy cansado del viaje. —No puedo creer que esté a punto de ver a Sara. Estoy seguro de que estará allí.

—¿Está por aquí tu coche?

—Em... sí. Pero he bebido y no me encuentro muy ágil. Iré contigo. —Si ve mi vehículo podría averiguar por la matrícula que lo alquilé en otro lugar. Jamás he mentido tanto, pero todo sea por una buena causa.

Saca su teléfono y se aparta para hablar con alguien. Me mira continuamente y cada vez que le descubro, disimula. Algo no está saliendo como quiere, porque le noto cabreado. Vuelve a mirarme y cuelga.

—Vamos —dice malhumorado, y caminamos hasta los aparcamientos. Aprieta un mando y por las luces sé cuál es su coche. Subimos y conduce en silencio durante más de quince minutos.

Tomamos un desvío y noto como su frente se arruga. Ese gesto siempre ha sido una mala señal y un escalofrío se apodera de mí. A varios metros diviso un edificio de planta baja con mucha fachada y vallas por todas partes. Mi corazón se acelera e intuyo que ese pueda ser el lugar. Comienzo a ponerme nervioso y parece notarlo porque me mira de reojo. Para mi sorpresa, toma

otro camino y continúa en línea recta por varios kilómetros más.

—Hemos llegado. —Aparca justo en frente de una pequeña casita y baja del coche.

—¿Esta es la especie de club de la que hablabas? —digo decepcionado—. Más bien parece la caseta de un guarda.

—Sí, bueno... resulta que antes cuando llamé me dijeron que no tenían más habitaciones libres y como favor a mí, porque eres mi hijo, han ofrecido esto para que pases un par de días hasta que puedas dormir en el hotel. Así no tendrás que hacerlo en el coche. La llave está debajo de esa teja.

—Yo... em... —Me siento tan jodidamente mal que no sé qué decir. Mis ilusiones de encontrar a Sara y a las chicas acaban de esfumarse.

—Tengo que marcharme. Llámame cuando quieras que venga a por ti y te llevaré hasta la ciudad para que puedas recoger tus cosas. Imagino que las tendrás en el coche.

—Así es. ¿Estarás muy lejos de este lugar? —Cambio de tema.

—¿Por qué me haces esa pregunta? —Parece estar mosqueándose.

—La verdad es que este sitio no me inspira mucha confianza. Sinceramente prefiero irme contigo aunque tenga que dormir en un sillón.

—Aquí estarás más a gusto... Hasta mañana. —Se da media vuelta y se marcha sin darme más opciones.

Me quedo pensativo mirando cómo el resplandor de las luces desaparece por la lejanía. Mi padre es más listo de lo que creía. Ha sabido jugar muy bien sus cartas para no llevarme hasta el lugar del que me habló cuando le

presioné. Teme que pueda descubrir lo que lleva escondiendo años. Cada vez estoy más seguro de lo que me ha estado ocultando. Esto que hace no parece ser nada nuevo. Se mueve en el negocio como pez en el agua y sabe hasta dónde puede mostrar.

Levanto la teja y saco la llave. Resulta extraño, pero está demasiado nueva y brillante como para llevar mucho tiempo ahí. Juraría que la acaban de poner en ese lugar. Antes de abrir la puerta viene a mi mente la imagen del edificio que hemos pasado antes. Todo está oscuro y apenas hay visibilidad, pero algo me dice que debo llegar hasta allí.

Entro en la casa y busco en los armarios una botella o algún recipiente donde poder transportar agua. Si quiero caminar esa distancia necesitaré beber. Encuentro algunas latas de carne y atún y sin pensarlo demasiado las abro y comienzo a comer. Últimamente estoy descuidando demasiado mi alimentación y me noto algo más cansado.

Cuando termino me recuesto en una especie de hamaca y antes de darme cuenta me quedo dormido.

—Mierda —digo cuando despierto y me pongo en pie rápidamente. He perdido unas horas valiosísimas. Camino hasta la cocina y vacío en el fregadero una botella de refresco que vi en uno de los muebles. La lleno de agua y la cierro con fuerza para que el líquido no se vierta. La meto en una bolsa de tela junto a alguna lata más y salgo de la casa con la intención de llegar hasta el edificio que dejamos atrás. No me asustan las caminatas, ya que el senderismo es uno de mis deportes favoritos y paso horas caminando entre montañas y zonas boscosas.

Durante la primera hora alterno con carrera para llegar antes. La segunda es un poco más pesada y comienzo a notar que el calzado que llevo no es el apropiado. Las plantas de los pies me arden por el roce. En la tercera hora mi agua se acaba y me siento fatigado. Está más lejos de lo que creía...

Cuando estoy empezando a arrepentirme, veo el edificio y respiro aliviado. Salgo de la carretera y continúo por el campo para no levantar sospechas. No puedo arriesgarme a que me vean.

Todo parece desértico. No se oye ni se ve a nadie, y empiezo a pensar que estaba equivocado. Me siento al lado de un matorral que hay cerca de la valla y exhalo derrotado. Ya no sé dónde buscar. Quizás se la han llevado a otro país y estoy aquí perdiendo el tiempo.

El ruido de un motor me hace girar la cabeza y llega la primera sorpresa. Reconozco el coche. Es el que mi padre tiene alquilado. Me agacho para que no me descubra y a medida que se acerca puedo ver que estoy en lo cierto. Es él y solo puede haber una razón para que esté aquí...

Una gran puerta de hierro se abre cuando llega y entra al recinto. Aparca, y antes de bajar salen a recibirle tres personas. Una mujer y dos hombres.

—Preparadlo todo, varios clientes vendrán dentro de una hora —dice mi padre.

—¿Cuántas chicas necesitan? —pregunta la mujer morena.

—Preparadlas a todas, así podrán elegir. Incluso a la virgen. —Esa palabra hace que mi pecho salte. Debe tratarse se Sara...—. Quizá podamos sacar algo de dinero con ella esta noche. Hay algunos muy caprichosos que se

conforman con poco. —Tengo que ponerme la mano en el pecho para calmarme. Me lanzaría sobre él en este momento sin ningún tipo de respeto.

—¿Han podido hacer algo por la chica española? —pregunta de nuevo la mujer y algo me dice que está hablando de Ana.

—La están atendiendo en una de las habitaciones del club por sobredosis. ¿Quién fue el encargado de drogarla anoche?

—Yo, señor —dicen los dos hombres a la vez, y se miran entre ellos extrañados. Mi padre al darse cuenta les habla con tono cabreado.

—¿Estáis diciéndome que le pusisteis una dosis cada uno?

—Ella misma me la pidió —contesta el más alto—. Me dijo que todavía no se la habían puesto y que así soportaba mejor el trabajo.

—A mí me dijo lo mismo... —añade el otro.

—¡Joder! —grita mi padre—. ¿No os dais cuenta de lo que busca? Sois un atajo de inútiles. ¡Estabais avisados de que ha intentado suicidarse en dos ocasiones en México! Como le pase algo a esa puta por vuestra culpa me las pagaréis. ¡Es de las más rentables, y si la pierdo tendréis que reponer vosotros las ganancias prostituyendo a vuestras madres, mujeres e hijas! ¿Me oís? —asienten cabizbajos—. Ahora id a preparar a esas zorras, que están a punto de llegar los clientes.

Todos entran al edificio y espero. Varias personas limpian la parte externa y colocan mesas y sillas en la zona más llana. Una hora más tarde y cuando todo parece preparado comienzan a llegar coches de lujo. De ellos bajan hombres de todas las edades y se acomodan en las sillas que han colocado en

el jardín. Hablan y ríen tranquilos mientras beben.

De pronto comienzan a gritar y a aplaudir y me doy cuenta de que es porque las chicas están saliendo del edificio. Van vestidas con ropas muy provocativas y parecen asustadas. Busco entre todas el cabello rojo de Sara, pero no la encuentro. Me fijo mejor y no parece ser ninguna de aquellas.

Los hombres se les acercan y las tratan como si fueran ganado. Las giran, las tocan, las huelen... comentan entre ellos y alguno se atreve a mirar debajo de sus faldas. El asco que siento por lo que veo me altera de tal manera que me provoca náuseas.

Aguanto las horribles escenas que suceden después, con la única esperanza de ver a Sara. Tras pasar un largo rato empiezo a pensar que la virgen pueda ser otra y que posiblemente esté entre el grupo de chicas que salió del edificio.

Me pongo en pie sin saber muy bien qué hacer, y cuando voy a sacar el teléfono para llamar al comisario con la intención de contarle lo que acabo de descubrir, oigo a mi padre hablar.

—¡Caballeros! —grita y todos le prestan atención—. ¿Quién sueña con pasar un buen rato con una virgen? —Mi vello se eriza.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —Todos le devuelven el grito, efusivos.

—¡Pues estáis de suerte! Hoy uno de vosotros puede ver cumplido su sueño. —Señala a la puerta y Alacrán parece estar forcejeando con alguien dentro del edificio.

De un tirón consigue sacar a esa persona y al ver quién es todo mi cuerpo se

tensa.

—¡Sara! —Por suerte nadie puede oírme debido al alboroto. Mi respiración aumenta y me acerco a la valla para poder verla mejor. Su blanca piel parece estar amoratada en algunas zonas y tiene uno de los pómulos hinchado. Lucho por controlar la rabia que siento al verla en ese estado y las manos me tiemblan como nunca.

—Quien pague más por ella tendrá el privilegio de enseñarle algunas cositas que seguro todavía desconoce. —Todos ríen—. Hay normas, por supuesto. Lorena será quien os explique hasta dónde se puede llegar con ella. —La señala y me doy cuenta de que ella también está allí—. Y, además, si se lo permitís, estará encantada de formar parte del juego. ¿Verdad, preciosa? —Mueve la cabeza de manera afirmativa y con una amplia sonrisa en los labios—. ¡Dos por una, señores! —Todos gritan—. ¡Vamos con la puja!

Comienzan a oírse varias cantidades y no puedo sujetarme más. No puedo permitir que Sara sea vendida de esta manera y que tenga que pasar por eso. Nadie la tocará si puedo evitarlo.

Tomo una gran bocanada de aire y me armo de valor. No sé qué pasará a partir de ahora, ni qué ocurrirá después de lo que voy a hacer, pero me da exactamente igual. Solo quiero entrar como sea y sacarla de ahí cuanto antes.

Camino deprisa hasta la puerta por la que entraron todos los coches, y sin pensarlo demasiado, hago lo primero que me viene a la cabeza.

—¡Papá! —Le llamo—. ¡Papá!

CAPÍTULO 30

SARA

—Por favor. Dios mío, por favor... —suplico en silencio. Mi barbilla se mueve sin control y las palmas de mis manos están sudorosas. Es la primera vez que veo la luz del sol desde que me trajeron aquí y mis ojos se resienten. He estado encerrada en una habitación oscura todo este tiempo y lo único que he hecho ha sido llorar amargamente. No hay duda de que todas mis posibilidades se han esfumado. Nadie sabe dónde estoy y seguramente Izan crea que me he ido por mi propio pie. Después de todo lo que le dije e hice cada vez que se acercaba a mí es lo más lógico.

Estoy tan derrotada emocionalmente que me siento como decía Ana. Lo único que me hace notar que todavía estoy en el mundo es el dolor de los golpes que recibo cada vez que alguien entra al cuarto con alimentos y me niego a comerlos. Ya sé lo que pasará a partir de ahora, Lorena me lo contó todo mientras se reía de mí y no quiero seguir adelante. Me niego a seguir viviendo así. No quiero ser el juguete de un jeque...

Todas mis esperanzas se perdieron el día que me obligaron a subir al avión rumbo a este país y saber que me venderán como si mi vida no valiera nada para convertirme en una esclava está acabando conmigo.

Los gritos de la gente me sacan de mis pensamientos. Todos los hombres parecen estar interesados y pujan sin control. Las cantidades son tan altas que suenan ridículas.

—Vamos, amigos —les anima Aníbal—, sacad el dinero de vuestras carteras. No seáis miserables, seguro que jamás olvidaréis un momento así.

Le hacen caso y se pican entre ellos. Miro por todas partes buscando inútilmente la manera de escapar, y cuando mi vista llega hasta la puerta de hierro que hay en la entrada mi corazón se detiene. Por un momento creo estar soñando y siento un fuerte mareo. «No puede ser cierto lo que estoy viendo... No puede ser él. Es imposible. No sabe que estoy aquí». Cientos de teorías inundan mi mente y no encuentro ninguna explicación lógica. Es posible que al estar mis ojos tan sensibles a la luz esté viendo cosas donde no las hay...

—¡Papá! —Es su voz. No hay dudas. Apenas se distingue entre la gente, pero estoy segura de que es su voz—. ¡Papá! —Están tan entregados al momento que nadie parece darse cuenta.

Mira por todas partes y se acerca a una de las columnas que sujetan la puerta. Parece que aprieta algo y habla. Levanta su mirada y mi respiración se acelera tanto que hiperventilo. Alacrán parece darse cuenta y me mira confuso.

—Más te vale dejar satisfecho al cliente que gane. Si tenemos alguna queja no dudaré en darte unas cuantas clases prácticas —ríe.

Alguien sale de la casa y se acerca a Aníbal. Este deja de hablar y escucha lo que le dicen. Mira rápidamente hacia la puerta y cuando ve a su hijo allí el

color y la expresión de su cara cambian. Se disculpa con todos por unos minutos y camina hasta donde está Izan. Los demás no le dan importancia y siguen a lo suyo.

No entiendo nada. Debería huir o esconderse... ¿Por qué sigue ahí? Aníbal camina deprisa y en un principio parece molesto. Les observo durante varios minutos y dialogan sin problemas. Izan señala un camino y hace algunos gestos que no comprendo. Por sus movimientos parece cansado.

Todo me da vueltas cuando Izan sonrío a su padre, señala ahora en mi dirección y este le abre la puerta. Rápidamente creo entenderlo todo. Solo ha estado jugando conmigo... ¿Pero hasta dónde llega la maldad de estas personas? El latido de mi corazón es tan fuerte que aturde mis oídos y unas increíbles ganas de llorar se apoderan de mí, pero finalmente consigo sujetarme. Están juntos en esto, por eso está aquí... Me ha estado engañando todo este tiempo. Se ha burlado de mí... Varias lágrimas ruedan sin control por mis mejillas y me siento la persona más estúpida de la tierra. Ato cabos y llego a la conclusión de que fue él quien avisó al agente, quien le dijo dónde estaba para que fuera a buscarme y por eso me dejó sola.

Aníbal intenta llevarle hacia el otro lado del edificio, pero Izan se niega y camina hasta donde estamos.

—Tengo sed. —Leo en sus labios.

Cuando llegan hasta nosotros mi jefe, sin mucho ánimo, le presenta a sus clientes. Mientras lo hace, no deja de mirarme. Aníbal parece nervioso y eso es raro en él.

La gente saluda efusiva a Izan y este hace lo mismo. Me mira por un

segundo y siento tanto odio hacia él que puede leerlo en mis ojos. Me sonrío extrañamente y vuelvo la atención a los demás.

—¿En serio es quien creo? —Oigo decir a Lorena y se levanta de la silla donde está sentada para correr hasta él. Se lanza a sus brazos y le abraza con fuerza. No parece molestarle lo más mínimo y todo mi mundo se desmorona en ese momento.

Alacrán al verle hace lo mismo. Me deja sola para ir hasta donde está y le saluda.

—¡Pero mírate, chaval! Quién lo diría. —Le da palmaditas en su hombro—. Sabía por tu padre que estabas en Colombia, pero nunca imaginé verte por aquí. ¡Cuánto has cambiado!

Izan vuelve a levantar los ojos hacia mí y soy incapaz esta vez de sostenerle la mirada. Siento tanto asco que tengo que mirar hacia otro lado y sin poder evitarlo comienzo a llorar desconsoladamente.

Minutos después y cuando todo el mundo parece haberse calmado, continúa la puja. Izan se sienta en una de las mesas al igual que los demás y me observa hasta el punto de hacerme sentir incómoda. Por el rabillo del ojo veo cómo levanta su copa en dirección a Lorena en varias ocasiones y le sonrío ampliamente. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para aguantar mis ganas de vomitar.

Cuando el precio que ofrecen es tan elevado que prácticamente todos se rinden menos uno, Izan lanza una cantidad mayor, sorprendiéndonos a todos, y las miradas se vuelven en su dirección. Incluso la de su padre, al que no parece haberle gustado nada lo que acaba de hacer.

—Tú no puedes pujar —le dice—, esta subasta es solo para mis clientes, hijo... —Trata de convencerle para que se eche atrás.

—Considérame como tal, entonces —responde Izan—. A mí también me gusta y quiero tener mi oportunidad. ¿A que tengo razón? —Les pregunta a los demás.

—¡Sí! ¡Quítasela a Enrique, es un patán! —Bromea alguien—. ¡Claro que sí! ¡Por supuesto que tienes derecho! —responden todos a la vez, y el cliente que ofreció la mayor cantidad vuelve a superarla, algo molesto.

Izan hace lo mismo y tras varios intentos más, el hombre se rinde y todos aplauden y dan la enhorabuena al ganador. Todos menos Aníbal. Este, malhumorado, hace un gesto a alguien para que se acerque y le habla al oído. El hombre asiente y se marcha.

Alacrán viene hasta mí de nuevo y me agarra fuertemente del brazo.

—Vamos, zorrita, te toca complacer al hijo del jefe. Ya puedes esmerarte. —Tira de mí y cuando paso al lado de Izan bajo la mirada. No quiero verle.

—Espera. —Le oigo decir, y nos detenemos—. ¿Dónde la llevas? —pregunta y trato de calmarme cuando se acerca. Le diría mil cosas horribles, pero decido callarme. Pone su mano en mi barbilla y trata de levantar mi cara para que lo mire, pero hago fuerza para evitarlo y deja de insistir.

—A una de las habitaciones que están preparando. Habla con Lorena, ella te dará algunas pautas necesarias y te indicará el lugar. Tómate otra copa si quieres, tardará unos minutos.

—Eso haré. —Le guiña un ojo.

—Oye, Izan... ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Cómo has dado con este lugar?

—Ni yo mismo lo sé. —Rasca su cabeza—. Estoy alojándome en la casa de unos amigos de mi padre y decidí salir a correr como hago todos los días —sonríe— y resulta que me perdí y aparecí en este lugar. ¿Te imaginas mi cara al encontrarme con esto y ver a mi padre desde fuera?

—Qué curioso... —contesta Alacrán con la frente arrugada, y tira de mí sin decir nada más hasta que entramos al edificio. No entiendo nada.

Me lleva a una habitación bastante lujosa, nada que ver con el cuarto en el que he estado malviviendo los últimos días. Hay comida y bebida en una gran mesa y unas extrañas rayas blancas en una bandeja de planta que creo saber qué son. Por desgracia no es la primera vez que las veo.

—Ponte esto y dame eso que llevas. —Tira unas minúsculas prendas sobre la cama. Me fijo en ellas y resulta ser ropa interior de encaje.

Se apoya sobre el marco de la puerta, cruza los brazos y me observa. Parece que no tiene ninguna intención de marcharse.

—No voy a ponerme eso si estás aquí —respondo con miedo.

—Vas a ponerte lo que yo te diga —se acerca— cuando yo te diga —agarra mi cabello— y como yo te diga. —Tira fuertemente de mí hasta que me hace caer.

—Suéltame. —Me quejo. El cuello me duele por la postura.

—Tendréis que hacerme un descuento si sigues arrancándole el cabello así. Yo la compré completa. —Los dos nos giramos y vemos a Izan en la puerta.

—Todavía no está lista. —Alacrán me suelta y no parece contento.

—No tengo problema con ello. Ya me encargo yo.

—Como quieras... ¿Has hablado con Lorena?

—Sí. Ya me ha dicho que no puedo hacer nada que comprometa su virginidad.

—De acuerdo... —Sale de la habitación, no quedamos solos y me incomodo.

Cuando la puerta se cierra, Izan me observa en silencio durante unos segundos. Se inclina hacia delante y pone las manos sobre los muslos como si estuviera tratando de aliviar tensión. Se levanta lentamente y cuando estoy a punto de hablar para decirle cuánto le detesto, se adelanta.

—¡Eh, zorra! —grita y me sobresalto—. Quítate esa ropa de una puta vez o seré yo quien lo haga. —Mi respiración se acelera. Algo me decía cuando estábamos en México que no podía confiar en él y aquí está la prueba.

—¿Por qué, Izan? ¿Por qué eres tan hijo de puta? —Lloro y apenas puedo hablar. Y pensar que en todo el tiempo que llevo aquí encerrada lo único que ha aliviado mi desconsuelo ha sido pensar en él...

—¡A mí no me hables así! ¡Soy tu dueño ahora! —Viene hacia mí y me empuja contra la pared al tiempo que la golpea con su puño haciendo que retumbe toda la habitación—. ¡Quítate esa puta ropa o te la quito yo! ¿Entendido? —Pone la frente junto a la mía mientras cierra los ojos

fuertemente y traga saliva. ¿Está temblando? Sus palabras no tienen nada que ver con sus gestos. ¿Qué está pasando?

—Eres un... —Intento apartarme de él y justo cuando voy a insultarle de nuevo pone su mano en mi boca y me hace un gesto para que me calle.

CAPÍTULO 31

Lejos de hacer lo que me pide, forcejeo y aparto la cara de su mano. Quiero decirle cuánto le odio, aunque sea lo último que haga. Cierro los puños y le golpeo sin mirar. Necesito quitármelo de encima.

—¡Estate quieta! —Sujeta con fuerza mis muñecas y las presiona contra la pared—. ¿No te han enseñado todavía cómo debes portarte con los clientes? —Mira hacia la puerta, nervioso—. Si te resistes será peor.

—¿Te has divertido conmigo en Méxi...? —Sus ojos se abren y antes de que pueda acabar la frase estrella su boca contra la mía, impidiendo que hable.

Mi corazón comienza a latir rápidamente y me quedo inmóvil. Todos mis músculos se paralizan y la sensación de peligro desaparece cuando su sabor toca mi lengua. «¿Pero qué diablos me pasa?».

—Shhh... —dice mientras se aparta lentamente de mí. Vuelve a apoyar su frente sobre la mía y me habla—. Alacrán está escuchando detrás de la puerta —susurra y pestañeo, confusa. Suelta una de mis manos y señala una sombra que se mueve debajo.

—¡Apártate de mí! —Reacciono y vuelvo a intentar liberarme sin éxito.

Seguro que solo busca distraerme para que le sea más fácil hacerse conmigo. No sé a qué está jugando, pero no pienso participar.

—¡Mírame! —Vuelve a susurrar. Agarra mi barbilla y tira con fuerza para que le preste atención—. He tardado semanas en dar contigo, no lo echas a perder ahora.

—¿Qué? —No entiendo nada.

—Sigue haciendo lo que estás haciendo y después te explico. Solo trato de hacer esto más creíble. —Arrugo la frente y antes de que pueda pensar comienza a desabrocharse el pantalón. Al ver cuáles son sus intenciones me asusto y trato de alejarme.

—¡No! —Corro hasta la zona más alejada del cuarto.

—Te va a dar igual. No puedes salir de aquí. —Se saca una de las botas y la lanza lejos. Hace lo mismo con la otra.

—¿Por qué? —pregunto mientras veo cómo se queda en ropa interior. Siempre me dijo que no me haría daño y estuve a punto de creerle.

—Porque me apetece. Porque he pagado por ti y porque es tu trabajo complacerme.

—No, por favor... —suplico. Parece otra persona, no tiene nada que ver con el Izan que conocí en la casa de México.

—¡Ponte de rodillas! —grita.

—No me hagas esto. Por favor. No me hagas hacer esto... —Todo mi cuerpo tiembla y me siento aterrada.

De pronto, el que se arrodilla es él, y para mi sorpresa mira debajo de la puerta. Alza la cabeza, resopla aliviado y la expresión de su cara cambia.

—Acaba de irse —dice seriamente mientras se levanta y viene hacia mí—. Dios mío, Sara, creí que te había perdido. —Camino hacia atrás asustada. Sigo sin entender nada—. No imaginas lo feliz que me siento por haberte encontrado. —Sus ojos brillan.

—Apártate, por favor. No me toques. —Tengo miedo de lo que pueda hacerme. Parece haber perdido la cabeza. Demasiados cambios de actitud en pocos minutos.

—No imaginas por todo lo que he tenido que pasar para encontrarte.

—Por favor, no me hagas daño. —Mi espalda queda pegada a la pared y no puedo apartarme más. Cada vez está más cerca. Cierro fuertemente los ojos y me tapo la cara. Estoy encajada en un rincón y me corta el paso. No tengo salida.

—Perdóname por esto. —Noto sus manos en mis hombros y mi vello se eriza—. No pretendía asustarte. Era necesario que Alacrán te oyera en ese estado para hacerlo más creíble.

—No, no... No me toques... —No le escucho.

—No voy a hacerte daño, te lo prometo. —No le creo—. Noto que desconfían de mí y he tenido que actuar de esta manera para hacerlo más creíble. Debes creerme.

—Por favor... —niego. No puede ser cierto lo que dice. Le he visto hablar con su padre como si nada delante de mí.

—Escúchame ¿vale? —Retira mis manos para que le mire. Me resisto, pero al final lo consigo—. Tenemos poco tiempo y debes saberlo todo para no meter la pata. Ya es un gran riesgo que yo esté aquí, pero no pude evitar exponerme cuando te vi. Necesitaba impedir que te subastaran, o al menos que cualquier cabrón de esos se quedara contigo. La simple idea de que alguien te ponga las manos encima de esa manera me enferma. —Traga saliva para continuar—. Llevo semanas buscándote. Gracias al comisario supe que estabas en Colombia y he visitado cientos de clubs con la esperanza de que pudieras estar en alguno de ellos.

—No te creo...

—Sara, por favor. Debes hacerlo. Te estoy diciendo la verdad.

—Vi cómo hablabas con tu padre, cómo te abrazaba Lorena y cómo saludabas a Alacrán. Les conoces. Formas parte de esto. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Qué buscas?

—No imaginas cuánto me duele oírte decir eso, pero entiendo que esa pueda ser la impresión que te haya causado todo esto. —Exhala sonoramente—. Sara, les conozco desde que era pequeño, Lorena jugaba conmigo y Alacrán ya era un empleado de mi padre. No les he vuelto a ver desde entonces. Solo he jugado a mi favor con su ignorancia. Ellos no saben que lo he descubierto todo. No tienen ni idea de que seré yo quien les entregue. Solo estoy aprovechándome de ello mientras pueda con la única intención de sacarte de aquí y evitar que te hagan daño.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Necesito que me conteste a eso.

—Es largo de explicar y no tenemos tiempo... —Su respuesta me hace

dudar aún más.

—Inténtalo.

—Sara, llegué hasta aquí de casualidad. No sabía qué era realmente este sitio y vine a investigar. Pasé con mi padre ayer por la zona, y al ver cómo estaba preparado este edificio me saltaron todas las alarmas...

—¿Con tu padre? Tú mismo lo admites.

—¡No, joder! No es como crees. Anoche fui a un club del que me hablaron en otro, con la esperanza de encontrarte y fue a Ana a quien vi.

—¿Ana? —Desde anoche no sé nada de ella y estoy preocupada. Todas las noches dormimos juntas y desde que se la llevaron por la mañana nadie la trajo de nuevo a la habitación.

—Sí, estaba totalmente drogada y apenas podía respirar. La reanimé como pude y cuando por fin iba a contarme algo me sacaron del local. La suerte quiso que me encontrara con mi padre en la salida y le hice creer que todo se debía a la casualidad y que estaba aquí por una competición. Inventé que vine unos días antes para resolver algunos problemas y que no tenía hotel. Le presioné y me ofreció una casa a varios kilómetros de este lugar.

—¿Cómo está Ana? ¿Qué más sabes de ella?

—Estaba muy mal. Desconozco su estado ahora mismo, solo sé que se les fue la mano con ella.

—Ana... —Me quedo mirando al vacío.

—Sara —me saca de mis pensamientos—, no es momento para más explicaciones. De verdad, no tenemos tiempo. —Clava sus grandes ojos

negros en los míos—. Estoy aquí para ayudaros, pero debes confiar en mí. —Pestaño sin saber qué decir. Todo lo que dice parece cierto. Justo en ese momento el sonido de la puerta nos asusta.

—¿Izan? —Es la voz de Lorena.

—Mierda —susurra—. Quítate la ropa y sube a la cama. —Le miro fijamente sin saber qué hacer, y antes de que pueda procesar lo que acaba de pedirme de un tirón arranca mi falda—. Sube a la cama de una vez o nos descubrirán.

Hago lo que me pide y veo como camina hasta la puerta. Antes de abrir, se gira para asegurarse de que estoy donde me ha dicho y abre una rendija.

—Hola, guapo. —Le oigo decir cariñosamente.

—Hola. ¿Qué quieres? —contesta Izan secamente.

—Se me olvidó comentarte que yo también entro el mismo precio... no habías llegado aún cuando se anunció la oferta y me parece una buena manera de celebrar nuestro reencuentro. —Empuja la puerta y entra. Me mira y después vuelve la atención a Izan—. No sabía que te habían sentado tan bien los años, querido. —Pasa el índice por sus pectorales.

—Te agradezco la oferta, pero prefiero celebrar el reencuentro contigo de otra manera. No sé... Tomando unas copas, por ejemplo. —¿Será verdad que no se ven desde que eran niños? Quizás debería darle una oportunidad, no tengo nada que perder.

—Yo había pensado en algo más... íntimo... —Vuelve a intentar tocarle y él se aparta.

—Gracias por la oferta, pero no. —Pone la mano en su cintura y la empuja hacia el exterior—. Si no te importa, estaba en medio de algo importante —me mira— y me gustaría terminarlo.

—¿Me estás rechazando? —dice ofendida

—Veo que lo has entendido —contesta Izan—. Nos vemos más tarde.

Cuando por fin saca a Lorena de la habitación, cierra la puerta y viene hacia mí. Clava la rodilla en la cama y se sienta a mi lado. Me mira fijamente y sus ojos me tranquilizan. —Tenemos que encontrar la manera de salir de aquí, Sara. Estamos en peligro y no tengo ni idea de cómo lo vamos a hacer.

—¿Estamos? —contesto sin acabar de fiarme—. Eres el hijo del jefe. ¿Qué te impide irte cuando quieras?

—Tú —responde, y una corriente recorre mi espalda—. Sara, tienes que creerme. No he llegado hasta aquí para irme sin más. —Pone su mano en mi mejilla y lucho contra mi yo interior para no apartarme. Quiero escucharle. De verdad que quiero confiar en él. Necesito volver a tener una esperanza por mínima que sea. Es mi única oportunidad de seguir agarrándome a la vida—. En cuanto salgamos de esta habitación no sé qué pasará, ni si tendremos oportunidad de volver a hablar... Además, tendré que enfrentarme a mi padre por haber gastado su dinero, y te aseguro que no le va a gustar. He aprovechado que había gente aquí y sabía que no podría negarse por no armar un espectáculo, pero es posible que incluso me eche de este lugar. Inventaré cualquier cosa para evitarlo, pero le conozco y será lo primero que intente. —Se queda pensativo—. Pase lo que pase, y si eso ocurre, te prometo, Sara, que volveré con ayuda a por ti. Solo aguanta un poco más, esto está a punto de

acabar.

—Izan... —Hay sinceridad en sus palabras, y recuerdo lo que me dijo una vez: “Si quisiera hacerme daño, ya lo hubiera hecho”—. ¿De verdad estás arriesgando tanto solo por ayudarme? —Necesito que me lo confirme de nuevo.

—Sí, Sara. —Acaricia con su pulgar mi mejilla—. Encontrarte y liberarte ha sido el único pensamiento que ha ocupado mi cabeza todo este tiempo. —Baja su mirada a mis labios y de nuevo la eleva a mis ojos—. No sé por qué actúo así. Quizás es el hecho de que me sienta responsable por lo que mi padre te está haciendo... Pero lo que sí tengo claro es que desde que te conozco algo despertó en mi interior y mi único instinto es protegerte. —Mis lágrimas no tardan en aparecer. Necesitaba tanto oír esas palabras—. No llores, Sara. —Me abraza y esta vez no me resisto. Al contrario, para su sorpresa le rodeo con mis brazos, apoyo mi cabeza en su pecho desnudo y me dejo llevar por el llanto—. Tranquila —besa mi frente con ternura—, estamos muy cerca de que todo esto termine.

—Gracias, Izan —digo entre sollozos. Sus ánimos me dan fuerza.

—Necesito que estés bien. —Retira un mechón de mi cabello y deja un suave e inesperado beso en mis labios. Me mira durante un segundo, como conteniéndose, y finalmente me cierra más en su abrazo—. Aguanta un poco más, Sara.

CAPÍTULO 32

IZAN

Pasamos varios minutos abrazados y en silencio.

—No sé si podré aguantar esto por más tiempo, Izan. —Noto el calor de su aliento en mi piel cuando habla. Está bastante afectada y no sé cómo calmarla.

—Debes hacerlo. Por tu madre, por tus hermanos, por... Lucas. —No me gusta nombrarle—. Y por mí.

—No imaginas cómo nos tratan aquí. Todo lo solucionan a golpes. —Miro con más atención su cuerpo y un nudo se me forma en la boca del estómago—. Me duele todo, Izan. Nos torturan, nos drogan, nos privan de lo más básico.

—Voy a sacarte de aquí como sea. —Me incorporo y me mira confusa—. Te juro que lo haré, aunque tenga que pasar por encima del cadáver de mi padre. —Recojo mis ropas y comienzo a vestirme.

—Izan, no me dejes sola, por favor, no te vayas... —Su lamento me afecta. Me cuesta demasiado verla tan afectada.

—Tranquila. —Me acerco a ella de nuevo y le pongo la mano sobre la cara

—. Tengo un plan y espero que sirva.

—Pero no te vayas. No soportaré verme sola de nuevo. —Seco una lágrima que se escapa de sus ojos.

—Si me voy de aquí, será en contra de mi voluntad... y si eso ocurre, antes de que puedas si quiera darte cuenta, estaré aquí de nuevo con ayuda. Vamos a sacaros de aquí a todas de una manera u otra.

—Ten cuidado, por favor... —dice angustiada—, he visto como tu padre y Alacrán mataban a un hombre delante de mí. No tienen miramientos.

—¿Qué? —Arrugo la frente, impactado. Debo haberlo entendido mal—. ¿Puedes repetir eso?

—Tu padre y Alacrán estrangularon al hombre al que le robé el teléfono.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? —digo con los ojos muy abiertos.

—Sí, Izan. —Llora—. Le castigaron así por su descuido y me culparon a mí de su muerte. No pasa un día sin que, al cerrar los ojos, recuerde aquella macabra escena.

—Santo Dios... —Me aparto de ella y camino nervioso por la habitación. Mi respiración se descontrola e intento calmarme, pero sin éxito—. Esto es todavía peor de lo que creía —digo entre dientes, y Sara me oye.

—Es mucho peor... —solloza.

—Tengo que llamar al comisario ya mismo. No puedo esperar a salir del edificio. —Saco el teléfono y marco su número. Me lo pongo en la oreja y espero el tono de llamada.

Tras unos segundos, retiro el móvil de mi oído y lo miro. Vuelvo a marcar y repito los mismos movimientos.

—Tienes que marcar el prefijo de España —dice Sara al ver que tengo problemas—. A mí me pasó lo mismo cuando intenté llamar desde México.

—No tendría por qué hacerlo —contesto extrañado—, tengo contratada una tarifa internacional. —Aun así, hago lo que dice y marco el prefijo español. Espero el tono y nada. Lo miro de nuevo y me doy cuenta de que no hay cobertura. En su lugar aparece una X. Intento navegar por internet y tampoco funciona—. Qué raro. —Lo reinicio y pasa lo mismo.

—¿No puedes? —pregunta Sara preocupada.

—No. El teléfono no funciona.

—Quizás es porque estamos fuera de la ciudad y los repetidores no llegan hasta aquí.

—No creo que sea eso, he visto varias antenas mientras venía caminando. Esta zona está reforzada.

Tres golpes en la puerta nos sobresaltan y nos miramos.

—Izan, ve terminando que ya se han ido los clientes y tu padre quiere verte.
—Es la voz de Alacrán.

—Dios mío, Izan. —Sara se cubre la boca con la mano—. Tengo miedo de que te hagan daño. —Apaga su voz para que no la oigan.

—Tranquila. Creo que podré mediar —susurro—. ¡Dile que ya voy! —digo en alto para contestar a Alacrán y el sonido de sus pasos me confirma que se marcha. Recojo mis botas y cuando me las pongo Sara vuelve a hablarme.

—No vayas. —Tiembla sobre la cama mientras abraza sus rodillas—. Tengo mucho miedo de lo que puedan hacerte.

—No dejaré que me hagan nada. —Intento convencerla, aunque ni yo mismo estoy seguro de lo que pasará—. Lo que sí necesito es que, si consigo quedarme aquí, o me ves de nuevo, sigas actuando como si me detestaras y más después de lo que se supone que ha pasado en esta habitación. ¿De acuerdo? —asiente poco convencida.

Camino hasta la puerta y cuando voy a abrirla, no puedo evitar volverme hacia ella. Sara parece haber pensado lo mismo y viene hasta mí.

—Izan... —Su cara está completamente empapada por las lágrimas.

—Calma, preciosa. Todo saldrá bien. —Abrazo su cuerpo fuertemente y ella hace lo mismo. Nos mantenemos así durante varios segundos. Apoyo la barbilla en su cabeza y cierro los ojos mientras inhalo el aroma avainillado de su cabello. Levanta su rostro y nuestras miradas se encuentran. Noto cómo se tensa entre mis brazos, pero no es por miedo. Estamos tan cerca que su respiración acaricia mi cara y de nuevo las ganas de besarla aparecen. Antes apenas conseguí contenerme y ahora me está siendo mucho más difícil luchar contra el impulso. Acaricio su mejilla y paso lentamente mi pulgar por sus labios. Dibujo su boca con suavidad y mi pulso se acelera cuando veo cómo cierra sus ojos disfrutando de mi contacto. Sé que no es el momento, pero no puedo detenerme. Al no sentir rechazo, inspiro profundamente y uno mis labios a los suyos. No se aparta y un suspiro sale de su cuerpo. Miles de sentimientos me rodean en ese momento y creo estar flotando cuando sus labios comienzan a moverse al compás de los míos. Con una de mis manos

rodeo su cintura y enredo la otra en su cabello. Me siento tan desesperado por tenerla cerca que la aprieto fuertemente contra mí. No quiero apartarme de su lado. Su lengua es la primera en encontrar la mía y el gemido sale ahora de mi boca. Su sabor hace que me olvide de todo y lo único que deseo es que el tiempo se pare... Después de esto, ya no podré alejarme de ella.

La puerta nos sobresalta de nuevo, interrumpiendo nuestro beso, y Alacrán vuelve a hablar.

—Izan, tu padre está dispuesto a venir a buscarte él mismo si no sales ya.
—Sara me mira asustada mientras muerde su labio inferior. Tiene aún la boca húmeda y yo me siento mareado. Todavía no he acabado de asimilar lo que acaba de pasar.

—¡Ya voy! —grito—. Volveré a buscarte. Te lo prometo. —Sujeto la cara de Sara con las manos y vuelvo a dejar otro beso en sus carnosos labios—. Ve a la cama y espera a que vengan a buscarte. Sé fuerte, preciosa.

Cuando me aseguro de que está sobre la cama, abro la puerta y finjo que me abrocho el cinturón.

—Tu padre está muy cabreado —dice secamente mientras mira cómo me coloco la ropa.

—Ya voy. Joder, ¡qué prisas! —Me hago el ofendido. Cuando salgo y voy a cerrar la puerta, la sujeta con la mano mientras mira al interior, y no me gusta.

—Sigue el pasillo y cuando llegues al final gira a la derecha y entra en la segunda puerta.

—¿No vienes? —pregunto tratando de mantener la calma. Casi puedo leer en su mirada lo que busca.

—No, yo me quedaré un rato más aquí. Esta y yo tenemos cuentas pendientes.

Todo el vello de mi espalda se eriza como si fuera un felino y trato de impedir sin levantar sospechas que haga lo que está pensando. No pienso dejar que toque a Sara.

—Necesito que me hagas un favor. —Frunce las cejas y me mira extrañado.

—¿Qué favor?

—Ahora te digo. Ven. —Me esfuerzo por llamar su atención para que se olvide de lo demás y comienzo a caminar. Al ver que no me sigue, me paro y le hago un gesto. Por suerte, funciona y viene.

—¿Me piensas decir de qué se trata? No tengo todo el día.

—Claro. Tienes que llevarme a la ciudad. —Parece que no le gusta lo que le acabo de pedir—. Necesito ir a un par de sitios para organizar un evento deportivo y no tengo aquí mi coche... y para colmo el teléfono parece que no funciona.

—Aquí no se pueden usar los teléfonos.

—¿Por qué no? Se supone que esta zona, aunque está alejada, está bien situada. —Saco el móvil del bolsillo y busco cobertura sin éxito.

—Porque no —responde secamente y entiendo que algo extraño pasa.

Cuando llegamos a la habitación en la que se supone que debería estar mi

padre, vemos que está vacía. Antes de hablar nada más, una mujer morena viene hacia nosotros y se acerca a Alacrán.

—Aníbal ha tenido que salir. —Le oigo decir—. Vinieron a buscarle hace dos minutos. Ha llegado un cliente muy importante a la ciudad y han ido a recibirle. —Me mira—. Podéis esperarle aquí, pero tardará.

—De acuerdo —responde Alacrán, y la mujer se marcha—. Pasa y siéntate mientras viene tu padre. —Me señala unos sillones de cuero negro. Entro y se marcha. Me relajo al ver que toma otra dirección distinta a la de Sara y me siento, tal y como me ha pedido. Pasados unos minutos comienzo a impacientarme y me levanto. Me acerco a una gran mesa de madera y me doy cuenta de que sobre ella hay tres extraños aparatos. Sobre la base de uno hay una nota y me apoyo para leerla mejor. En ella pone “Inhibidores de frecuencia para móviles. NO APAGAR”.

«Hijos de puta», susurro para mis adentros. Ahora lo entiendo todo. De esta manera evitan que vuelva a pasar lo que ocurrió en México con Sara. Se están curando en salud impidiendo que se puedan usar los teléfonos en toda la zona.

Me aparto rápidamente al oír pasos para que no me sorprendan y me siento de nuevo sobre el sillón de cuero.

—Tengo un rato libre —dice Alacrán—. Me da tiempo a llevarte a la ciudad y volver, tengo que comprar algunas cosas y podemos aprovechar el viaje.

—Genial —finjo una sonrisa. Realmente no tengo nada que hacer, solo quería apartarlo de Sara—. Con que me dejes en la ciudad es suficiente, ya

me las arreglo.

—No —responde—. Tu padre ha dicho que quiere hablar contigo y tengo que traerte de vuelta. Te acompaño y después regresamos. Ya estoy arriesgando demasiado sin haberle avisado de que salimos.

—¿No lo sabe? —pregunto extrañado.

—Ya te he dicho que aquí no podemos usar los teléfonos. Vamos. — Camino junto a él y llegamos hasta donde tiene aparcado su vehículo. Subimos y cuando me estoy abrochando el cinturón llega la pregunta que tanto temo—. ¿Dónde vamos?

—Pues... Verás... —No conozco nada de Colombia y podría sospechar. Busco en mi cabeza alguna excusa o lugar al que pedirle que me lleve y no se me ocurre nada—. ¿Por qué... por qué no me llevas primero a mi coche a recoger algunas cosas que tengo en el maletero? —Quiero ganar tiempo y a medida que nos alejamos de los inhibidores vuelvo a tener acceso a los datos y busco en internet la dirección de alguna federación de atletismo para hacerlo más creíble. Cuando por fin la encuentro, la memorizo. Llegamos hasta mi coche y saco algunas cosas del maletero, entre ellas algo de ropa que había comprado y unas zapatillas más cómodas. Le doy la dirección de la federación y cruzo los dedos para que no baje del coche conmigo.

—Aquí es —dice y para en la puerta.

—De acuerdo. Espérame, no creo que tarde. —Me mira fijamente un par de segundos que se me hacen eternos y cuando asiente, expulso el aire de mis pulmones, aliviado.

Nada más entrar al edificio, saco el teléfono y marco el número del comisario. «Ahora o nunca», me digo. Inhalo profundamente cuando oigo los tonos de llamada y me pongo nervioso cuando descuelga.

—Izan, ¿cómo van las cosas?

—¡Comisario! —digo emocionado—, escúcheme. No tengo mucho tiempo.

—Claro, dime.

—¡Las he encontrado! —Mi alegría es notable.

—¿Estás seguro? —La suya también.

—¡Segurísimo! He estado hoy con Sara. Las tienen retenidas en Medellín, como dijo. En un gran edificio a las afueras. Está completamente vallado y...

—De pronto, siento un gran golpe en el brazo y mi teléfono cae al suelo y se hace trizas. Me giro para buscar al responsable y mi respiración se corta al encontrarme de frente con Alacrán.

CAPÍTULO 33

—¡Traidor! —Me golpea en el mentón aprovechando mi sorpresa—. ¡Sabía que no podía fiarme de ti! Desde que te vi supe que nos traerías problemas. —Trata de golpearme de nuevo, pero le esquivo.

Por un momento no sé qué hacer, me siento completamente bloqueado. Lo he echado todo a perder y tengo que buscar una excusa creíble.

—¿Pero qué demonios te pasa? ¿Qué estás diciendo? —Trato de disimular—. ¡Has destrozado mi teléfono!

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. —Echa las manos hacia atrás, saca un arma y me apunta con ella—. ¡Sal de aquí! ¡CAMINA!

—Te estás equivocando... —digo mirando al cañón en un último y desesperado intento de que me crea. Por la manera en que me habla, no dudará en apretar el gatillo—. Estaba hablando con un amigo...

—No sabía que tenías un amigo comisario —responde con sarcasmo—. He oído toda tu conversación mientras venía. Pon las manos donde pueda verlas. —Las pongo sobre mi cabeza y le miro.

—Te estás equivocando... —Lo intento de nuevo. Me niego a creer que he perdido mi oportunidad de salvar a las chicas.

—¡Sal de aquí ahora mismo o te vuelo los sesos! —Pone el arma en mi costado y camino hasta la salida.

Mil ideas pasan por mi cabeza, pero no me atrevo a poner en práctica ninguna. Cualquier movimiento en falso podría costarme la vida. No es algo que me asuste demasiado, pero le prometí a Sara que volvería a por ella y tengo que sacarla de allí. Tengo que cumplir mi promesa.

La gente nos mira y Alacrán mete la mano en uno de sus bolsillos para que el arma no llame la atención. Por la posición de su mano, sé que sigue apuntándome.

Llegamos al coche y abre la puerta del conductor para que suba. Mientras me coloco dentro del vehículo, él se acomoda en el asiento trasero. Un frío golpe en mi nuca me hace saber dónde tiene apoyada el arma.

—No conozco Colombia —digo al ver sus intenciones.

—Conduce —responde secamente y arranco el motor—. Continúa en línea recta toda la avenida y después desvíate en el primer cruce.

Obedezco y sigo sus indicaciones durante todo el trayecto. No aparta ni un solo segundo el arma de mi cabeza y siento mi cuerpo sudoroso. Temo que en cualquier bache su dedo roce el gatillo y dispare. Salimos de la ciudad y continuamos por un camino hasta llegar a un puente bastante alto.

—Necesito abrir la ventanilla —digo acalorado. Varias gotas de sudor corren por mi frente.

—No hace falta. En unos minutos te va a dar el aire de lleno en la cara —ríe y no entiendo su broma—. Aparca allí. —Salgo del camino y aparco—.

¡Sal del coche! —dice mientras abre la puerta y baja conmigo. Miro a mi alrededor durante varios segundos observando el paisaje y al notar que estoy parado, me empuja—. ¡Camina! —Clava la pistola entre mis homóplatos.

—¿Hacia dónde? —pregunto confuso.

—Al puente. —Mis ojos se abren cuando creo entender lo que pretende.

—¿Qué vas a hacer? —Busco ganar tiempo. Ya estoy casi en el borde.

—Hacerte desaparecer de una puta vez. Ni siquiera debiste haber nacido.

—¿Por qué dices eso? —Me paro para no caer. Tengo la impresión de que él sabe la respuesta a todas mis preguntas.

—La zorra de tu madre nos ocultó a todos su embarazo y cuando nos dimos cuenta era demasiado tarde para someterla a un aborto. Estaba muy avanzado. Solo te salvaste porque su vida corría peligro si te sacábamos de su cuerpo, y no queríamos perder a una de las putas más rentables. —Mi respiración se hace sonora. Está confirmando todas mis sospechas—. Una lástima que después se suicidara. Sobre todo por la cantidad de dinero que pagó tu padre por ella cuando aún era virgen. Una vez que la desvirgó, intentó recuperar la inversión prostituyéndola, pero no sé si llegó a conseguirlo. Todavía la odia y no le culpo. —La sangre me arde.

—¿Por qué os quedasteis conmigo? —Trato de parecer calmado—. ¿Por qué no me disteis en adopción o me matasteis cuando nací? —Necesito saberlo todo, aunque esté a punto de acabar. Mi cerebro necesita respuestas.

—Muy fácil —carcajea—, porque descubrimos que era mucho más fácil de manejar a tu madre si seguías con ella. Complacía a los clientes como nadie

si sabía que te podíamos hacer daño...

—¡Hijos de puta! —Mi pecho arde—. Sois unos malditos cabrones, ¡malnacidos! —Siento tanta ira que soy incapaz de controlarme. Ahora entiendo por qué mi madre no quería que estuviera cerca.

—¿Rafael también estaba implicado? —Quiero saber si el hombre que me cuidó y al que quise como si fuera un padre para mí también estaba metido en esto. Carcajea de nuevo al oír su nombre.

—¡El jardinero! Menudo patán... Tuve que deshacerme de él. —De nuevo el calor me invade—. ¡Descubrió nuestro negocio y el muy cabrón nos denunció! Por suerte nuestro cliente policía evitó males mayores. —Rápidamente visualizo al agente corrupto que nos atendió a Sara y a mí—. Le encontraron colgando de un árbol, certificaron su muerte y nadie se preocupó de más. Ojalá todos me lo pusieran tan fácil como él... o como me lo vas a poner tú. —Hace un gesto con la cabeza y señala al vacío—. ¡Salta! Ya sabes la verdad y me has hecho perder demasiado tiempo.

Echo una ojeada rápida y no encuentro ningún sitio donde sujetarme si hago lo que dice. Es una especie de acantilado y debe de tener al menos unos cincuenta metros de altura. Es imposible que salga con vida. Abajo ni siquiera hay agua, solo piedras afiladas.

Busco en mi cabeza alguna forma de hacerle cambiar de idea, pero no se me ocurre ninguna. Comienza a ponerse nervioso al ver que tardo, y me grita.

—¡SALTA DE UNA PUTA VEZ O LO HARÁS CON UNA BALA EN LA CABEZA! —Vuelvo a mirar hacia atrás y puedo sentir la adrenalina correr por mis venas. Mi corazón bombea tan rápido que apenas puedo

respirar y hago sin pensar lo primero que me viene a la cabeza.

—¡Papá! —Me muevo para mirar detrás de él—. ¿Cómo sabías que estábamos aquí? —Alacrán se gira sorprendido para buscarle con la mirada, y aprovecho su confusión cuando no le encuentra para lanzarme sobre él. A veces la idiotez más grande puede salvarte la vida.

Forcejamos en el suelo mientras procuro esquivar el cañón de su arma. Solo me hacen falta unos segundos para inmovilizarle. Sujeto la mano en la que sostiene la pistola y la presiono contra el suelo. Con su otro brazo intenta golpearme y con un ágil movimiento le detengo. En ese momento, aprieta el gatillo y suena un disparo. Me sobresalto y busco algún dolor en mi cuerpo. Al no sentir nada, entiendo que no estoy herido. Por suerte estaba apuntando hacia arriba en ese momento. Muevo las piernas para intentar soltarse y de un cabezazo le dejo inconsciente. Le quito el arma y la lanzo al vacío. No puedo arriesgarme más.

Me aparto de él y camino nervioso por la zona sin saber qué hacer. No puedo entregarlo a la policía porque al no tener pruebas todavía le dejarían libre y encontraría la manera de contactar con mi padre. Pongo las manos sobre los muslos e hiperventilo. Estoy demasiado nervioso. Nunca he vivido algo así, todo parece sacado de una película.

Busco entre sus ropas algún teléfono para llamar al comisario con la intención de que me guíe, pero no lleva ninguno encima.

«Dios... ¿Qué coño hago?». Pongo las manos sobre mi cabeza y camino hasta el borde del precipicio. Inspiro profundamente y miro al horizonte buscando alguna idea.

De pronto, como si intuyera peligro, presto atención a lo que me rodea y oigo unos pasos rápidos acercarse por la espalda. Sabiendo lo que ocurre, en el último momento me aparto de un salto y un grito desgarrador eriza mi piel. Alacrán, al intentar empujarme, ha caído al vacío. Un par de segundos después oigo el eco de su cuerpo impactar contra las piedras y un escalofrío me sube por la espalda. Definitivamente, no estoy preparado para esto. No quiero imaginar por todo lo que está pasando Sara. Si salimos de esta, va a quedar muy traumada.

Al pensar en Sara, recuerdo algo que dijo Alacrán antes de irnos. Mi padre no sabe que hemos salido y quizás todavía estoy a tiempo de volver y que no se dé cuenta de ello.

Echo un último vistazo al cuerpo de Alacrán para saber si sigue allí, y al ver una gran mancha de sangre debajo de él y que no se mueve, corro hasta el coche y conduzco a gran velocidad de regreso. Rezo para recordar todos los desvíos y por suerte no me pierdo.

Cuando llego al edificio, respiro aliviado al comprobar que el vehículo de mi padre no está todavía allí. Coloco el coche de la misma manera que lo tenía Alacrán antes de marcharnos y entro hasta la habitación donde nos dijo la mujer morena que esperásemos. Me siento, aún alterado, en el sofá, y espero. Minutos después entra la mujer de antes y se queda mirando fijamente a mi rodilla. Al darme cuenta, trato de calmar el movimiento involuntario de mi pierna para no delatar mi estado.

—¿Dónde estabas? Vine antes a ofrecerte un café.

—Salí a dar un paseo. No conozco este lugar y quería curiosear. Es muy

grande —sonrío tratando de disimular mi nerviosismo.

—¿Alacrán también salió? Llevo rato sin verle.

—No tengo ni idea. Cuando vine ya no estaba.

—Am... de acuerdo. Gracias. —Se marcha de nuevo y relajo mi estómago. Demasiada tensión. Ojalá tarden en descubrir su cadáver.

Mientras sigo esperando, no puedo evitar pensar en Rafael y en mi pobre madre. Ahora comprendo el porqué de su insistencia en que me alejara. Siempre lo interpreté como que no quería estar conmigo. O cuando la encerraban porque decían que estaba loca. «Malditos... pagarán por todo lo que han hecho y están haciendo».

—Hola, guapo. —Lorena asoma la cabeza por la puerta—. Por casualidad no habrás visto a Alacrán, ¿verdad?

—No, ¿por qué? —me tenso.

—Le estoy buscando para que me ayude con algo y no le encuentro. Si viene por aquí, dile que le estoy esperando en el jardín.

—Así lo haré.

—Oye... —Entra en la habitación—. Tú conoces a esa chica con la que has estado antes, ¿verdad?

—¿A quién? —Mi pulso se acelera.

—No te hagas el tonto. A la virgen.

—Ahhh... —sonrío—. Sí, la conocía. Estuvo trabajando para mí en España. Era nuestra sirvienta y desde entonces le tenía muchas ganas.

—Y te va a salir caro eso —dice mi padre desde la puerta.

CAPÍTULO 34

—Uff —resopla Lorena—, será mejor que me vaya. Conozco esa mirada y no me gusta nada... —Pone su mano en mi barbilla para mirarme mejor y ladea una sonrisa—. No seas demasiado duro con él, Aníbal. —Me aparto con un rápido movimiento y arruga la frente, molesta. Sin decir nada más, se marcha y nos deja solos.

—¿El qué me va a costar caro? —Me dirijo a él mientras cruzo mis brazos y trato de parecer tranquilo. Saber lo que le hizo a mi madre me dificulta la tarea y apenas puedo contenerme. Le reventaría la cabeza con mis propias manos.

—Tú... —Me señala con el dedo—. ¿De dónde sacaste el dinero? —Su mirada desprende rabia.

—De donde lo tengo. —Un molesto tic aparece en mi parpado e intento que no lo note. Estoy a punto de explotar—. ¡No eres el único que lo gana!

—¿De dónde? —repite y viene hacia mí. Me esfuerzo por permanecer en el mismo lugar. Ese gesto todavía me impone. Cuando era pequeño y hacía lo mismo, corría porque sabía lo que venía después.

—No tengo por qué darte explicaciones. ¿Acaso te pregunto yo a ti en qué

gastas el tuyo o qué haces con él? —Mantengo la mirada. El odio que siento hacia mi padre me da el valor que necesito para enfrentarme a él.

—¡He podido entrar a todas mis cuentas menos a una! —grita—. ¡Explícame la razón! —Cambie la contraseña de la banca *online* cuando ayudé a la chica del club para que no me descubriera, pero por supuesto no se lo pienso decir.

—A día de hoy todavía no soy adivino —miento—. Llama al banco. Quizás puedan ayudarte. —Sé por experiencia que, si no se hace presente en la oficina, nadie le dará información y ni mucho menos la nueva clave. Y al ser un banco español no hay sucursales en Colombia, por lo que todavía tengo un buen margen de tiempo.

—Cuando consiga hacerlo, si descubro que has tocado un solo euro, te juro que me lo devolverás con réditos.

—Uhh, qué miedo. —Levanto las manos y las muevo—. Mira cómo tiemblo. —Arruga la frente, extrañado. Nunca me ha visto tan seguro y parece que funciona—. Ya te he dicho que si quieres saber qué ha pasado con esa cuenta llames al banco. Tengo la conciencia tranquila y yo desde aquí no puedo hacer nada.

—No pienses que no lo haré... —Comienza a perder fuerza.

—Estás tardando. —Mira al suelo, pensativo. Se queda sin argumentos y no puede rebatirme. Parece que no le queda más remedio que creerme por el momento—. ¿Al final te ganaste a la sirvienta? —Cambio de tema y me recuesto en el sofá disimulando estar sorprendido.

—Sí —dice secamente, todavía poco convencido con nuestra conversación.

—Ella no parecía muy contenta cuando me hizo el trabajito... —sonrió mientras levanto las cejas. Cuanto más natural sea todo, más fácil será integrarme. Tengo que hacerle ver que ese punto me ha extrañado como le hubiera extrañado a cualquiera.

—Ninguna debe parecerlo... Actúan. Les pedimos que actúen. A mis clientes les gusta creer que están aquí... obligadas. —Le cuesta seguir mintiendo—. Les da morbo.

—Buena táctica. —Me mira extrañado—. Reconozco que a mí también me gusta —vuelvo a sonreír y se relaja. Debo esforzarme para que confíe en mí—. Me dijeron antes de entrar a la habitación que podía hacer de todo con ella menos penetrarla. ¿Por qué la reserváis? Podrías ganar más dinero con ella si la entregarais completa. —Me hago el tonto. Necesito información.

—Ella... —busca las palabras— ha decidido vender su virginidad a un cliente muy importante. —Intenta engañarme, como siempre.

—¡Guau! —exclamo—. Oí una vez que suelen pagar mucho por eso. ¿Cuánto le han ofrecido?

—No creo que esto sea algo que deba importarte.

—Claro que me importa. —Me mira con la frente arrugada—. Quizás me convenga más dedicarme a esto que a lo mío. Llevo pensándolo un tiempo. Por lo que veo aquí se mueve mucho dinero y además es un trabajo muy placentero. —Levanto una ceja—. ¿Cuánto se gana con una zorra así?

—Nosotros somos sus agentes. Nos llevamos un porcentaje... —Sigue

ocultándomelo todo. Aun así, muevo la cabeza afirmativamente fingiendo prestarle atención—. Todo depende de lo que ofrezca el cliente y de lo que ella esté dispuesta a aceptar. —Hace una pausa y cambia de tono—. ¿Por qué tanto interés?

—Si voy a heredar tu negocio como siempre aseguras será mejor que aprenda cuanto antes como funciona. ¿No crees? Ya se te ve viejo y cualquier día la palmas —ríe sonoramente.

—Muy gracioso.

—Te lo digo en serio. —Busco rápidamente algo a lo que agarrarme. Casi le tengo—. Como sabes, he estado visitando algunos clubs últimamente. Mi intención además de darme un buen homenaje es copiar ideas para abrir el mío propio. —Me mira atento—. Mi manera de pensar ha cambiado mucho en los últimos meses.

—Demasiado. —Achina los ojos.

—Ya estoy cansado de buscarme la vida. Más que de eso, de complicármela. ¿Qué necesidad tenía yo de viajar hasta aquí solo para solucionar unos problemas? ¿Quién me paga a mí todo este tiempo que estoy empleando? Estoy harto. Ni me lo agradecen siquiera.

—Llevo años diciéndote que has elegido mal.

—Y por fin tengo que darte la razón. —Me recuesto en el sillón fingiendo desánimo—. ¿Contento?

—Yo siempre tengo razón —afirma con superioridad.

—Aníbal —la mujer morena asoma la cabeza por la puerta y nos

interrumpe—, ha llamado quien ya sabes... Dice que... —Mi padre me mira nervioso.

—Voy. —No la deja terminar y salen juntos de la habitación.

—¡Papá! —Le llamo y se vuelve—. ¿Puedo usar tu coche? Necesito ir a la ciudad a solucionar lo que te dije. Te lo traeré en menos de una hora.

—Está bien. —Mete la mano en su bolsillo y me lanza la llave—. Ten cuidado con él, es alquilado y si le pasa algo te harás cargo tú de los gastos.

—Lo tendré. Gracias. —Le guiño un ojo y salgo del edificio sintiendo un gran nerviosismo. No puedo creer que haya salido de esta sin consecuencias. Todavía estoy a tiempo de salvarlas y es lo que pienso hacer.

Nada más poner los pies en el jardín recuerdo que tengo todas mis cosas en el coche de Alacrán y debo sacarlas cuanto antes. Si alguien abre ese maletero descubrirá que estuvimos juntos y todo lo que he adelantado hasta ahora se irá por la borda. Miro a mi alrededor y al ver que no hay nadie fuera saco las llaves de Alacrán, abro y recojo mi bolsa. Rápidamente la guardo en el coche de mi padre. Por suerte los vehículos están juntos y eso me facilita la tarea.

Conduzco en dirección a la federación que visitamos antes. Cruzo los dedos porque todavía estén allí los trozos de mi teléfono. Necesito la tarjeta SIM con urgencia. En ella tengo varios números demasiado importantes, y sin ellos no podría hacer nada.

Al llegar, aparco como puedo y corro hasta la puerta. Nada más entrar, casi choco con una señora cargada de bolsas. Cuando llego a la zona donde me

descubrió Alacrán compruebo que todo está limpio. Busco en una papelería cercana, pero la bolsa es nueva y no hay basura en ella. Ni rastro de mi teléfono.

Pongo las manos sobre mi cabeza, angustiado, y camino nervioso. De pronto, la imagen de la señora de antes viene a mi memoria y corro a buscarla. Cuando salgo no la veo. Miro en todas direcciones y me agobio al no saber por dónde empezar a buscar. Hay demasiadas calles por las que puede haber ido. Un camión sale de su aparcamiento y no puedo creer lo que ven mis ojos. La señora está tirando las bolsas a un contenedor. Cruzo la calle sin mirar y un fuerte pitido me sobresalta. A escasos centímetros de mí un coche frena bruscamente. Levanto la mano en señal de disculpa y continúo hasta ella.

—Hola. —La mujer me mira extrañada—. ¿Es usted la encargada de la limpieza de ese edificio? —Lo señalo y asiente—. ¿Ha visto un teléfono roto en la entrada?

—¿Esos metales eran un teléfono? —contesta amablemente—. Estaba tan desarmado que no se distinguía lo que era.

—Sí, señora. ¿Dónde está? —me impaciento.

—Debería estar en una de estas... —Levanta las bolsas que quedan en sus manos—. O quizás... en estas... —Señala el contenedor.

Sin darle tiempo a nada más comienzo a sacar algunos sacos negros y los abro allí mismo.

—Tendrá que recogerlo todo después —me riño—, yo ya hice mi trabajo.

—No se preocupe, yo lo recogeré —digo sin mirarla y veo sus pies alejarse.

Cuando abro todas las bolsas que están fuera, tengo que sacar las que quedan dentro porque no aparece. Detesto tener que hurgar en la basura.. La mirada de la gente cuando pasa a mi lado no me ayuda, y me pongo nervioso. Busco sin descanso y cuando estoy a punto de tirar la toalla encuentro una parte del aparato, aunque la tarjeta no está dentro. Es tan pequeña que temo que me lleve horas dar con ella.

Tras media hora analizando restos, levanto una cascara de plátano y la veo. Está pegada en el interior de la vaina. Cierro los ojos e inspiro profundamente. «Por fin», me digo, aliviado, y comienzo a introducir con rapidez la basura en el depósito. He perdido demasiado tiempo.

Camino hasta el coche y saco mi bolsa del maletero. Busco en ella el móvil que le compré a Sara e introduzco la tarjeta en él. No consigo recuperar todos los números, pero al menos sí los más importantes. Tengo que hablar con el comisario. Debió de quedarse preocupado.

—Izan —contesta rápidamente—, ¿se cortó antes la llamada?

—No, comisario. Me sorprendieron y el teléfono quedó inservible.

—¿Qué? ¿Quién?

—Uno de los ayudantes de mi padre.

—¡Mierda! ¿Quieres decir que... saben algo?

—No exactamente. —Trago saliva—. El tipo está muerto y no le dio tiempo a dar la voz de alarma.

—¿Cómo? ¿Le mataste? —Hay nerviosismo en su voz.

—No... No, no. Escúcheme bien. Solo me aparté cuando trató de lanzarme por un precipicio. Yo no tuve nada que ver.

—¿Dónde estás metido? ¿A qué coño estás jugando? ¡Te pedí precaución! ¡Lo echarás todo a perder! —grita. Nunca le había oído hablar así antes.

—Estoy metido hasta el cuello, comisario. Entro y salgo del edificio donde las tienen valiéndome de que soy el hijo del jefe y parece que nadie sospecha nada todavía. Digamos que estoy... infiltrado.

CAPÍTULO 35

—Izan —exhala tratando de hablarme calmadamente—, estás cometiendo una gran imprudencia. La vida de esas chicas pende de un hilo y si haces cualquier movimiento extraño no dudarán en acabar con sus vidas para eliminar pruebas. ¡No deberías estar allí!

—Es tarde para eso —resoplo—. Dígame qué hago. Ya no puedo dar marcha atrás.

—Nada. No debes hacer nada. Cualquier cosa que intentes puede salir mal y tener fatales consecuencias. Dame todos los datos que recuerdes y en cuanto obtengamos los permisos nos desplazaremos hasta allí.

—¿Qué permisos? ¡Joder! No pueden demorarse. —No entiendo como no están ya aquí.

—No podemos asaltarles sin más. Esto no funciona como crees, Izan. Necesitamos estudiar la jugada con los agentes de Colombia para que nadie salga herido. Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para llegar hasta ellos cuanto antes.

—No imagina por lo que están pasando esas mujeres. ¡Tienen que liberarlas! No pueden pasar más tiempo allí. —Pensar que todavía hay que

esperar más me mata.

—Sí lo sé. No es el primer caso de estas características al que me enfrento. Pero o lo hacemos bien o nos exponemos a que acaben con sus vidas. Son capaces de matarlas para que no hablen.

Tras varios minutos más de charla, por fin consigue calmarme y le cuento todo lo que recuerdo. Con mis indicaciones, es capaz de ubicar el edificio donde están Sara y las demás chicas. Me pide paciencia y me asegura que estarán allí cuando menos lo espere. Nada más colgar, me llega un mensaje avisándome de que tengo una llamada perdida que un número que no conozco. No le doy importancia, subo al coche y conduzco de vuelta. Segundos antes de entrar a la zona sin cobertura mi teléfono vuelve a sonar, y cuando voy a pulsar el botón la llamada se corta.

«¿Quién será?», me digo, y continúo hasta atravesar las puertas. Por el prefijo, el número parece de México. Por un momento estoy tentado a darme la vuelta, pero hay gente fuera viéndome llegar y tengo tantas ganas de entrar para saber dónde está Sara que no me paro.

Aparco en el mismo lugar y cuando salgo del coche me fijo en que las personas que vi antes son mi padre y Lorena.

—Izan. —Me llama y no puedo evitar tensarme—. ¿Has visto a Alacrán?

—No. —Temo que noten el latido en mis venas—. La última vez que lo vi fue cuando nos dejaste solos en la habitación. Después salió y no supe más de él.

—Todo esto es muy extraño. Él jamás ha hecho algo así.

—Igual ha ido a comprar algo. —Me encojo de hombros para disimular.

—No lo creo. Me hubiera avisado de alguna forma.

—Ya están aquí —habla Lorena y miro hacia donde mira ella. Cuatro vehículos se acercan dejando una gran nube de polvo tras ellos.

Cuando llegan, varias personas bajan de los lujosos coches. Por sus rasgos y vestimentas todos parecen árabes. Rápidamente pienso en el jeque del que Sara siempre me habla y un desagradable calor recorre mi cuerpo.

Se acercan a nosotros y saludan a mi padre en español. Se presentan como los sirvientes y entran todos juntos al edificio. Me giro para entrar con ellos y mi padre me detiene.

—Quédate aquí con Lorena. Si entramos todos seremos demasiados.

—¿Dónde van? —pregunto disimulando mi gran angustia.

—A negociar con la virgen. —Me guiña un ojo mientras se aleja y mi piel se eriza.

Miro por todas partes buscando la manera de huir con Sara si salen con ella por la puerta. Evitaré que se la lleven, aunque me cueste la vida.

—Pareces nervioso —dice Lorena mientras enrolla su cabello en uno de sus dedos.

—Yo nací nervioso —respondo secamente para quitármela de encima.

—Te has vuelto muy prepotente, cariño. —Intenta acercarse y me aparto con asco. No quiero que me toque y menos en este momento. Cualquier cosa podría hacerme perder el control.

El ruido de un nuevo motor nos hace mirar hacia el camino de nuevo. Otro vehículo se acerca.

—Vaya. Hoy sí que estamos solicitados —dice Lorena. Parece reconocer al conductor y camina hasta él. Abre la puerta trasera y mis ojos se abren cuando veo que sacan a Ana del coche. Por un segundo respiro aliviado, a estas alturas la creía muerta—. El idiota de Alacrán debería estar haciéndose cargo de esto —gruñe—. Cuando regrese me va a oír. —Tira con fuerza de Ana mientras esta forcejea para que la suelte. Parece encontrarse mejor que la última vez que la vi y se mantiene en pie sola.

Lorena me mira y al darse cuenta de que las estoy observando inmoviliza a Ana y le dice algo al oído. Esta, extrañamente, deja de pelear. Estoy seguro de que está tratando de evitar que descubra que todo esto es en contra de su voluntad.

Cuando pasan a mi lado, Ana se detiene y me mira sorprendida. Rezo mentalmente para que no me delate y cuando va a abrir la boca para decir algo, le hago un gesto rápido con los ojos. Pestañea confusa, traga saliva y se deja llevar de nuevo por Lorena.

Mientras caminan por el largo pasillo, gira su cabeza varias veces en mi dirección y pongo el dedo índice sobre mis labios aprovechando que Lorena no me ve para pedirle silencio. Expulso el aire de los pulmones cuando por fin lo entiende y la veo asentir disimuladamente.

Antes de terminar el pasillo, se cruzan con los sirvientes. Uno de ellos se fija en Ana, la toma del brazo y entra con ella a una de las habitaciones con el consentimiento de mi padre. Mi estómago se revuelve al instante. Sé lo que

van a hacer con ella y me siento mal por no poder intervenir. Miro entre todos los que están allí con angustia buscando a Sara, y todo mi cuerpo se relaja al comprobar que no sale con ellos. Llegan hasta donde estoy entre risas y se sientan en las sillas del jardín mientras Lorena les sirve algunas bebidas. Aprovecho que todos están reunidos con mi padre para entrar a buscar a Sara.

No sé cuál es su habitación, pero imagino que no debe estar en la zona lujosa. La descarto y me adentro hasta que encuentro otro pasillo. Esta vez mucho más oscuro. Las puertas llaman mi atención. Todas tienen cerrojos externos. Desecho el primero con cuidado de no hacer ruido y se abre sin necesidad de llave. Algo se mueve dentro de la habitación y tengo que forzar la vista para descubrir que es una chica atada a una cama.

—¿Hola? —Está tan asustada que, lejos de contestar, comienza a llorar—. No voy a hacerte daño... —Cuando entro se hace un ovillo y llora más fuerte aún tratando de cubrirse el cuerpo.

—*Non s'il vous plaît ne pas me blesser.* —Habla francés.

—¿Entiendes mi idioma? —Vuelvo a preguntar.

—*Non s'il vous plaît, s'il vous plaît ne pas me blesser* —repito una y otra vez y doy por hecho que no podrá ayudarme.

Salgo y vuelvo a dejar la puerta cerrada de la misma manera que la encontré.

Pruebo suerte en la siguiente y me encuentro con otra chica, está echada sobre la cama y no se mueve. En el suelo hay dos jeringuillas y comprendo lo

que pasa.

Uno por uno voy abriendo todos los cerrojos y lo que hay dentro de los cuartos es similar a los anteriores. Chicas drogadas por todas partes. Ahora entiendo por qué hay tanto silencio. Cuando llego a las últimas habitaciones, mi corazón se acelera. Sara está cerca. Puedo sentirla.

Una de las puertas tiene una marca roja en el centro. Me olvido de las demás y camino hasta ella. Abro con cuidado y mis ojos se quedan fijos en la persona que está agachada en uno de los rincones. Tiene la cabeza entre las rodillas y con sus brazos rodea sus piernas.

—¡Sara! —Su cabello rojo la delata.

Al oírme, mira por todas partes desorientada, y cuando por fin me ve se pone en pie y sin pensarlo corre hasta mí.

—¡Izan! —Se lanza a mi cuello y me abraza fuertemente. Noto como su cuerpo tiembla y me preocupo—. Izan... —Llora sobre mi hombro. La rodeo con los brazos y la aprieto contra mí. Está tan asustada que temo que esos cabrones le hayan hecho algo.

—¿Estás bien? —No contesta, lo único que busca es refugio entre mis brazos. Espero varios segundos para que se tranquilice y cuando intento apartarme para comprobar que está bien no me deja. Se agarra a mi cuerpo como si le fuera la vida en ello—. Sara, ¿te han hecho algo? —Las lágrimas no la dejan hablar. Sus piernas comienzan a flojear y me dejo caer lentamente en el suelo con ella. Se acurruca en mi pecho y lo único que puedo hacer es acariciar su cabello y su espalda mientras se repone.

Varios minutos después, por fin reacciona y se aparta con cuidado mientras seca su cara. Pongo la mano sobre su mejilla y le hablo de nuevo.

—¿Qué te han hecho? —Levanta la mirada y sus ojos vuelven a empañarse. Intenta mirar hacia otro lado y se lo impido—. Sara, ¿te han...? —Entiende lo que quiero decir y niega con la cabeza.

—Me han... —Le cuesta decirlo—. Me han desnudado delante de todos y me han tocado como si fuera un simple trozo de carne —dice por fin entre sollozos.

—Malditos hijos de puta. —Ahora quien la abraza soy yo—. Tranquila, preciosa, pagarán por esto. Todos tendrán su castigo. —Beso su cabeza repetidas veces intentando calmarla.

—Izan, quieren comprobar que sigo siendo virgen antes de comprarme. Les oí decir que vendrá un médico de confianza para certificarlo. No se fían de la certificación que ya hay hecha.

—¿Cuándo?

—No lo sé. La mayor parte del tiempo hablaban en otro idioma.

—Mierda. —Me quedo pensativo. El tiempo se nos acaba y seguimos igual que al principio. Varias ideas cruzan mi mente y Sara parece darse cuenta.

—¿Se te ocurre algo?

—Todo lo que se me ocurre es demasiado retorcido —digo mirando al vacío.

—No importa. Haremos lo que sea.

—No creo que sea buena idea, Sara.

—No tenemos opciones. Cualquier cosa es mejor que nada, Izan. Dime que tienes en mente. —Me presiona y no me queda más remedio que contestar.

—Mi amigo Rafael siempre decía que matando al perro se acabó la rabia.

—No entiendo —dice confusa.

—No me juzgues, pero creo que, si el problema es tu virginidad, quizás deberías perderla. —Sus ojos se abren con sorpresa—. Ya te dije que no era buena idea.

CAPÍTULO 36

—Tienes razón, no lo es. —Hace un intento de apartarse, pero la sujeto junto a mí.

—Lo siento, Sara. No pretendía decir eso. —Me mira—. Querías saberlo y esto es lo único que me viene a la cabeza. Por nada del mundo me aprovecharía de una situación así.

—Izan. —Cada vez que mi nombre sale de su boca siento que floto.

—Lo sé. —La interrumpo y acaricio su rostro con tristeza. No soporto verla sufrir—. No quiero perderte... Y en el momento en que certifiquen tu pureza... —Cierro los ojos tratando de borrar las imágenes que se agolpan en mi mente.

—Yo tampoco a ti —niega con la cabeza mientras se esfuerza por contener las lágrimas.

—Me siento impotente, Sara. No sé qué hacer... —Bajo la mirada.

—Hazlo.

—¿Qué? —Debo haberlo oído mal.

—Hazlo, Izan. —Comienza a desabrochar su camisa.

—¿Eh? No. No, no... —Ahora el que se aparta soy yo—. Tápate, Sara. No

pienso hacerlo. —Me giro—. Debe de haber otra manera. No sigas por ahí — digo mirando a la pared.

—Eres mi única esperanza, Izan. Prefiero que seas tú antes que cualquier otro bárbaro de estos. Al menos sé que me tratarás con cuidado.

—No. No, no... —Siento el corazón en la boca.

—Solo tú puedes evitar que me lleven. —Se arrodilla a mi lado y toma mi cara con sus pequeñas manos—. Mírame, Izan. —Me niego—. Mírame, por favor. —Lentamente hago lo que me dice—. No permitas que me alejen de ti. No quiero convertirme en su esclava sexual. Tienes que ayudarme.

—Sara, yo...

—Por favor. —Varias lágrimas corren por sus mejillas—. Por favor... Esto va más allá del sexo. No tiene nada que ver con el placer. Es una situación límite.

—Pero debe de haber otras formas. No sé... —Nunca antes había sentido tanta presión.

—Por favor. —Pega su frente a la mía—. Solo tú puedes evitarlo.

—Sara...

—Hazlo, Izan. —Mueve sus manos hacia mi cuello y tira de mí mientras se echa sobre el suelo—. Ayúdame. —Me arrastra y quedo entre sus piernas.

—Así no puedo. No voy a poder —digo cerca de su cara.

Antes de que siga negándome, pone su húmeda boca sobre la mía, y aunque soy consciente de lo que está intentado, no puedo negarle el beso. El roce de

sus labios y de su adictivo sabor me domina por completo. Lucho interiormente conmigo mismo, pero es imposible. La necesidad que siento por ella es más fuerte y no puedo parar.

Mi mente se queda en blanco y me dejo llevar. El calor que desprenden sus piernas anula todos mis sentidos y enciende mi cuerpo. Trato de centrarme, pero estoy tan absorto en mi estado que incluso me cuesta recordar dónde estamos.

Sus manos tiran de mi ropa y consiguen sacarla sin problema. Se mueve debajo de mí y cuando me quiero dar cuenta Sara está prácticamente desnuda. Por un segundo vuelvo a mi cuerpo e intento buscar voluntad para detenerme, pero sus brazos me rodean al darse cuenta y me pide que continúe. Su voz temblorosa consigue que recapacite y comienzo a sentirme mal por estar disfrutando en un momento así. Cuando abro los ojos está llorando, y mi mente comienza a funcionar. Varias ideas se cruzan en mi cabeza y me detengo de inmediato. Si hacemos esto, será peor.

—Sigue, por favor —hipea cuando nota que paro.

—No voy a seguir. —Me aparto de ella y comienzo a vestirme. Tomo sus ropas y se las acerco—. Vístete.

—Izan...

—No puedo hacerte esto, Sara. No así. —Mi ingle protesta.

—Me llevarán. —Llora más fuerte.

—¿Has pensado en lo que pasará si te desvirgo? —Sus ojos quedan fijos en los míos—. Por supuesto que el jeque perdería el interés en ti. Pero... ¿y

después qué? —Su boca se abre, pero no dice nada—. ¡Joder! —grito desesperado y se asusta—. Si una cosa es mala, la otra es peor. Te harán lo mismo que a Ana. —Pongo las manos sobre mi cabeza y exhalo sonoramente. Me siento angustiado—. Tengo que irme. —Miro hacia la puerta y después a ella. Hay amargura en su rostro y me siento mal por ello—. Encontraré la manera. Te lo prometo. —Salgo de la habitación, apoyo la cabeza en el frío metal y echo el cerrojo con rabia. No puedo creer que estemos pasando por algo así.

Camino hasta llegar a la zona lujosa y veo a Lorena entrar en la habitación donde estaba Ana con el árabe. Deja la puerta entreabierta y miro con disimulo hacia el interior. Ana está sobre la cama y hay sangre en las sábanas.

—¡Mira cómo lo has puesto todo! —Chilla Lorena.

—Me ha roto la nariz —responde Ana dolorida mientras taponas sus fosas nasales con un pañuelo.

«No puedo más», me digo, y aguanto unas insoportables ganas de gritar. «Todos merecen morir por esto», camino deprisa para tomar un poco de aire y cuando salgo a la calle, los sirvientes siguen sentados en las mesas.

—Oiga. —Alguien toca el hombro y me sobresalto. Me giro y veo a la mujer morena—. Me ha dicho su padre que, si se quiere quedar, hay una habitación libre.

—Sí, que ya es tarde —respondo.

—Venga conmigo y se la muestro. —Acompaño a la mujer y cuando abre

la puerta lo único en lo que me fijo es en la gran cama que hay en medio del cuarto. Mi cabeza duele y estoy tan agotado que necesito descansar con urgencia. Nada más irse, me echo sobre la blanca colcha y me quedo dormido.

A la mañana siguiente me levanto temprano y decido salir a correr para despejar la mente. Me ayuda a pensar con más claridad. Hago varias series de estiramientos y camino hasta la parte de atrás del edificio. La zona parece bastante amplia. Corro con la intención de mover las piernas y eliminar tensión, y cuando estoy en medio de un *sprint*, mi teléfono vibra en el bolsillo. «Qué extraño», me digo. «Aquí no hay cobertura». Saco el móvil, paso los dedos por la pantalla y veo un mensaje. La cobertura sigue siendo cero. En algún momento, el aparato debe de haber encontrado un punto mínimo y ha sido suficiente para que me llegue. Me fijo en el número y descubro que es el que me ha estado llamando. Cuando voy a ver qué pone un ruido me interrumpe y me hace mirar al frente. Lo único que me da tiempo a ver es una especie de bola impactar contra el suelo. Un pájaro se acerca en ese momento, se apoya en la valla y el ruido se repite, y medio segundo después el pájaro cae fulminado. «Mierda... Las vallas de este lugar también están electrificadas». Tras quedarme unos segundos pensativo consigo centrarme de nuevo y abro el mensaje:

He intentado llamarte en varias ocasiones, pero no he conseguido localizarte. Hay abierta una subasta por Sara. Todo el que quiera participar debe ponerse en contacto con el gerente del club. Se está corriendo la voz entre los clientes más ricos. Si nadie más se une, el jeque se la llevará en

cuatro días. Lo único que sé es que están en Medellín (Colombia). Tranquilo, no he vuelto al club. He conseguido esta información por medio de una de las chicas con quien hice amistad. Espero que te ayude. Ojalá la encuentres pronto. Gracias de nuevo por todo. Marga.

—Cuatro días —digo mientras aprieto el teléfono con fuerza. Me fijo en la fecha y es de ayer—. Mierda. Solo quedan tres. —Cuando voy a contestar recuerdo que no le llegará y decido salir del recinto.

Voy hacia la puerta y presiono el telefonillo para que me abran. Necesito llamar al comisario y tengo que salir de esta zona para hacerlo.

—La puerta no puede abrirse. —Una voz me habla desde un pequeño altavoz.

—Quiero salir a correr —respondo rápidamente.

—Lo siento. Tengo órdenes estrictas desde anoche.

—¿Cómo?

—Hasta dentro de al menos tres días, por seguridad, deberá permanecer cerrada. Solo podrá ser abierta cuando lo ordenen.

—¡Joder! Solo quiero salir un rato. —Insisto.

—Lo siento. —Oigo como la conexión se corta.

—Mierda, joder. —Cierro los puños con rabia. Seguro que lo hacen para no correr ningún riesgo antes de la subasta.

Vuelvo hasta la zona donde mi teléfono encontró cobertura y le escribo un mensaje al comisario.

Se llevarán a Sara dentro de tres días si no hacemos algo. Han abierto una subasta en el club de México, si nadie más está interesado, el jeque vendrá a por ella y no la volveremos a ver ni su familia ni yo nunca más. Será imposible seguirle el rastro después. Por favor, solo usted puede ayudarme. Lo han cerrado todo y no podemos acceder al exterior. Tienen inhibidores de frecuencia por todas partes y no podemos usar los teléfonos. Ayúdenos, por favor...

Camino en todas direcciones mientras presiono el botón de enviar. Cada vez que lo intento, me marca error. Tengo que encontrar el punto de antes como sea. Insisto durante al menos tres horas más y a medida que pasa el tiempo mi desesperación aumenta. Siento ganas de llorar y no sé qué hacer. Miro a mi alrededor con la intención de salir por algún lugar, pero todo está cercado. Intento enviarlo varias veces más y vuelve a pasar lo mismo. Mi cuerpo arde y mis esperanzas se esfuman a medida que mi batería se acaba. Levanto el móvil con la intención de reventarlo contra el suelo, pero en el último segundo me detengo. Todavía quedan tres días y tengo que seguir intentándolo. Voy hasta mi habitación y cargo la batería

El resto del día lo paso tratando de ver a Sara, pero siempre hay alguien en ese pasillo. Deben de estar vigilándola. Desesperado, busco a mi padre y por más que le pido que me deje salir, se niega. Noto que empieza a desconfiar por mi insistencia y decido olvidarme de la idea. Es inútil.

Paso horas buscando la manera de escapar, pero no hay forma. Todo está preparado para que eso no ocurra. Estamos atrapados. Vuelvo al lugar de antes y sigo intentando mandar el mensaje hasta que anochece y vienen a

buscarme. Por suerte sus pasos les delatan y me da tiempo a esconder lo que estaba haciendo.

Ceno con mi padre para no levantar sospechas, me despido y camino hasta mi cuarto. Agotado, me echo en la cama con la intención de dormirme, pero las horas pasan y el sueño no llega. Mi cerebro se niega a dejar de buscar la manera de escapar con Sara.

Me levanto un par de veces en medio de la noche y camino hasta el oscuro pasillo. Antes de llegar, veo luz y descubro a otro hombre paseando por él. Finalmente, el sueño me vence y cuando está empezando a salir el sol me quedo dormido.

Unas voces me despiertan. Miro la hora y no puedo creer lo que veo. Son las dos de la tarde. Me levanto sobresaltado y me visto rápidamente. Quiero saber si todo sigue en orden. Cuando salgo del pasillo hay varias personas en el recibidor. Entre ellos están los sirvientes.

—Perfecto, Aníbal. Nuestro jeque estará muy contento con el resultado — dice uno de los árabes.

—Ya te lo dije —sonríe mi padre—, nosotros solo trabajamos con la mejor mercancía.

—Le haré llegar el certificado a mi señor hoy mismo. —El árabe dobla un papel y lo guarda en su bolsillo.

—Perfecto. Dale recuerdos y dile que aquí estamos para lo que necesite.

—Así lo haré. —Se despiden y se marchan.

Deduzco lo que ha pasado y corro hasta donde está Sara. Cuando llego no

hay nadie. Entro al pasillo y alguien me grita.

—¡Eh!, ¡tú! No puedes entrar ahí. —Me giro y es el mismo hombre que estuvo el día anterior. Trae una botella de agua en sus manos.

—Yo.. —Trato de disimular—. Este edificio es tan grande que creo que me he perdido. —Me giro y me marchó por el mismo lugar que vine.

Me duele enormemente no poder consolar a Sara. Puedo hacerme una idea de lo mal que debe sentirse después de la visita de esos indeseables. Pero solo faltan dos días y no puedo echarlos a perder. Necesito verla aunque sea por última vez. Haga lo que haga, sé que se la llevarán de todas formas, pero no se lo pondré nada fácil. Al menos mi conciencia quedará tranquila porque lo habré intentado todo.

CAPÍTULO 37

DOS DÍAS DESPUÉS...

Por más que he deseado que este momento no llegara, aquí está. Hoy es el día. Cuando el jeque se lleve a Sara, no volveré a verla nunca más. No he dormido nada los últimos días y mentalmente estoy agotado. Me he recorrido cada centímetro de este jodido lugar buscando un punto de cobertura, pero no lo he encontrado. He sido incapaz de enviar el mensaje al comisario y he perdido todas mis esperanzas.

He tratado de entrar a la habitación de los inhibidores en varias ocasiones para apagarlos, pero siempre está bajo llave. Lo tienen todo preparado para que no haya ningún fallo, se nota que no son nuevos en esto y saben muy bien lo que tienen que hacer. Tampoco he podido ver a Sara, siempre hay un vigilante en el pasillo y no puedo acercarme.

Salgo a la calle con la intención de relajarme un poco y me siento en una de las sillas del jardín. Pongo los codos sobre la mesa y sujeto mi cabeza con las manos. Me siento derrotado. Se nos ha acabado el tiempo y no he encontrado ninguna solución.

—¿Te pasa algo? —pregunta mi padre cuando me ve, y una ola de rabia me atraviesa. Le golpearía sin dudarlo, pero tengo que contenerme hasta que vea

a Sara.

—No —respondo secamente mientras cambio mi postura a una más normal.

—Estás muy raro. —Arruga la frente.

—Será el tiempo. —Le miro con desprecio. Casi no puedo disimularlo.

—Quizás sea eso. —Por suerte, apenas me presta atención. Él también parece nervioso y no para de mirar al camino.

—Voy a darme una ducha. —Me levanto y le dejo solo. Su cercanía es demasiado para mí.

Entro al edificio totalmente abatido y antes de llegar a mi habitación veo a Lorena venir hacia mí sofocada.

—¿Han llegado ya los clientes? —Mira detrás de mí—. La subasta empezará en unos minutos y todavía no tengo arreglada a la virgen.

—¿Subasta? —digo extrañado. Al no haber oído nada al respecto, no pensé que finalmente la subastaran.

—Sí, sí —responde agitada—. Hay dos clientes más interesados. Otro jeque y un... —Piensa por un momento—. Un norteamericano. Tendrán que pujar y eso solo significa una cosa —frota sus dedos—: más dinero —sonríe ampliamente.

—Amm... —digo desanimado.

—Oh, vamos, Izan. No me digas que no es emocionante. —Al ver que no contesto, pone los ojos en blanco—. Desde luego, no te pareces en nada a tu

padre.

—No es algo que me preocupe.

—En fin... Tendrás que cambiar mucho si quieres trabajar aquí como me ha dicho Aníbal. —Echa airosa su cabello sobre el hombro—. Tengo que irme.

«Mierda», pienso. «Si hay más clientes, será peor de lo que creía».

—Ya llegan —grita alguien y mi corazón da un salto. Cada vez estoy más cerca de perderla.

—¡Vamos! Ya no hay tiempo. —Lorena viene de regreso y trae a Sara con ella.

Mi pecho se hincha al verla y tengo que luchar contra mi instinto de liberarla. Ella, al darse cuenta de que estoy allí, no dice nada, pero sus ojos se llenan de lágrimas y hay temor en su rostro.

«No voy a soportar esto», me digo mientras se alejan. Cuando me vuelvo hacia ellas, veo entrar a tres hombres con mi padre. Dos de ellos van vestidos con túnicas y uno con traje negro y corbata. No reconozco a ninguno, pero imagino que son los jeques y el norteamericano.

—Me gusta este edificio —dice uno de los jeques—. ¿Estarías dispuesto a venderlo? —le pregunta a mi padre.

—Por supuesto —sonríe—, siempre que hablemos de un precio razonable.

—Necesito hacer algunas fotografías para estudiarlo con mi arquitecto. ¿Te importa? Si me quedo con él me gustaría saber si se puede remodelar.

—Claro —vuelve a sonreír. Sé que se las arreglará para sacar un buen

pellizco. Ya lo ha hecho otras veces.

El jeque saca el teléfono de su túnica y comienza a fotografiar todo lo que ve. Cuando pasan a mi lado, el más interesado en el edificio se me queda mirando, mientras que los otros dos hablan con mi padre.

—Pareces muy fuerte. —Señala mis brazos—. Serías un buen soldado. — Cuando se da cuenta de que se queda atrás aligera el paso y vuelve con ellos.

Salgo afuera y está todo lleno de personas vestidas con más túnicas y trajes.

—¿Has visto cuanta gente? —Me sobresalto al oír la voz de Lorena tan cerca. Me giro esperando encontrar a Sara y no está con ella—. Han venido solo para mirar. No pueden acercarse ni de lejos a la fortuna que tienen esos tres.

—¿Y la virgen? —No puedo evitar preguntar.

—Te gusta esa zorra, ¿verdad?

—Solo quiero saber dónde está. Lejos de lo que crees, me preocupo por el negocio. No me gustaría que por una imprudencia tuya se escapara y quedáramos en ridículo.

—Vaya... me equivoqué. Sí que eres hijo de tu padre —ríe—. Está allí. — Señala una especie de tarima alta que no había visto antes—. Están preparándola. —La mujer morena está con ella.

Sin pensarlo demasiado, camino hacia la tarima dejándola con la palabra en la boca. La oigo protestar, pero me da igual. Necesito estar con Sara aunque solo sean unos minutos más. A medida que se acerca la hora, me siento peor.

Cuando llego, Sara me mira, y aprovechando que la mujer morena se gira

hacia otro lado, un “ayúdame” mudo sale de sus labios. Tengo que bajar la mirada en ese momento porque soy incapaz de mirarla a los ojos. No voy a poder cumplir mi promesa. Cuando vuelvo a alzarla, está llorando. Intuye que no hay nada que hacer. Verla así me rompe el alma y comienzo a mirar en todas direcciones. Quizás cuando vayan a llevársela... si les entretengo, ella pueda subir a algún coche y escapar.

Le hago un gesto para que vea lo que voy a hacer y camino hasta los coches. Miro a través de las ventanillas y descubro que casi todos están abiertos y tienen las llaves en el contacto. Solo habría que girarlas y pisar el acelerador. La busco con la mirada y señalo el que está mejor posicionado para huir. El motor tiene tantos caballos que es capaz de derribar la puerta de metal sin ningún problema.

Vuelvo a la tarima y busco una excusa para subir. Necesito decirle algo a Sara. Me doy cuenta de que tienen problemas con el sonido y me aprovecho de ello.

—¡Dejadme a mí, inútiles! —grito y subo los escalones. Me acerco al equipo de sonido y saco algunos cables sin que me vean—. Prueba ahora. — Uno de los empleados habla por el micrófono y el sonido no aparece—. Tenéis mal toda la instalación. Seguro que hay algo sin conectar. — Comienzo a moverme por toda la plataforma con la excusa de comprobar qué cable está suelto y me inclino al lado de Sara—. Cuando te dé la señal, no mires atrás. Sube al primer coche y corre. Tiene las llaves puestas. —No veo su cara y no sé si me ha oído—. Si lo has entendido, mueve el pie derecho. — Miro su pie y respiro aliviado cuando veo que se mueve.

Termino la instalación y cuando el sonido funciona, me bajo de la tarima. Un par de minutos después llega mi padre con los clientes. Todos parecen muy contentos. Les ofrece la primera fila de asientos y sube con Sara.

—¡Hola, amigos! —los saluda—. Ya sabéis a lo que hemos venido a hacer aquí, ¿cierto? —Todos gritan—. Pues entonces, no nos demoremos más. ¡Que empiece la gran subasta! —Mi respiración se acelera.

Mi padre lanza una enorme cifra de inicio y rápidamente el cliente norteamericano la dobla. Uno de los jeques la sube y el otro no se queda atrás. Sara y yo no dejamos de mirarnos en ningún momento. Sé que está valorando los riesgos y tiene miedo de lo que pueda pasar. Sobre todo, porque no sabe lo que haré yo. Si lo supiera, no me lo permitiría. Pero soy consciente de que es su única oportunidad y no pienso desaprovecharla. No sé qué me pasa con ella, pero prefiero estar muerto antes que vivir sabiendo lo que le están haciendo.

Las sumas cada vez son más elevadas y todos gritan emocionados. Hay un claro pique entre ellos y ninguno quiere abandonar. Varios minutos después, cuando las sumas casi son innombrables, el norteamericano se rinde. La gente aplaude a los que siguen y estos continúan pujando como si no hubiera mañana. Está claro que uno de los jeques será quien gane.

Los ojos de mi padre brillan con las cantidades. Ha pasado de ser una subasta a una competición. Estoy seguro de que ni siquiera recuerdan por qué están pujando.

El norteamericano se levanta, hace una señal a todos los que venían con él y se marcha cabreado. Miro hacia atrás y me tenso cuando veo que entra en el

coche al que debería subir Sara y se marcha con él. Varios vehículos más le siguen. Todos los restantes están colocados de tal manera que tienen peor acceso y salida.

Sara me mira y entiendo lo que quiere decirme. Trato de calmarla con otro gesto, pero es inútil. Se ha dado cuenta del problema igual que yo. Cuatro árabes se colocan a mi lado y me miran. Me incomoda e intento ignorarles.

Las cifras siguen aumentando y las voces de la gente comienzan a ser demasiado molestas. La cabeza me duele y tengo que ponerme los dedos sobre las sienes para aliviarme. La tensión está pudiendo conmigo. Al ver que me muevo, los cuatro hacen un intento de venir hacia mí, pero cuando ven que solo me he tocado la cabeza, se detienen. «Qué extraño», me digo.

Uno de los jeques comienza a tardar en subir la puja y todo parece indicar que está empezando a perder el interés. Minutos después compruebo que estaba en lo cierto y también se retira, y se proclama vencedor el que se dirigió a mí en el pasillo.

—¡La virgen ya tiene dueño! —Mi padre grita entusiasmado por el micrófono. Acaba de engordar su cuenta bancaria más de lo que jamás hubiera imaginado. Apenas puedo oírle por el jaleo. Todos están celebrando la venta.

El jeque ganador sube a la tarima y se acerca a Sara, la huele y esta se aparta con asco de él. Mi cuerpo duele por la tensión y tengo que respirar profundamente para calmarme. Todavía no es el momento.

La toma de la muñeca y tira de ella en contra de su voluntad. Forcejea, pero no tiene nada que hacer. El jeque toma el micrófono, da las gracias a todos

los asistentes y les pide que se acerquen a los coches para obsequiarles con un recuerdo de su país. Al oírle, la vista se me nubla. No puedo creerlo. La única salida que teníamos acaba de esfumarse ante mis ojos. Con tanta gente alrededor de los coches, Sara no podrá escapar.

Todos los que están allí le siguen, incluido mi padre. Todos menos los cuatro árabes que tengo cerca de mí. Trato de ignorarles de nuevo. Me armo de valor, cierro los puños con fuerza y me preparo para correr hasta el jeque. Necesito captar todas las atenciones para que Sara, valiéndose de la confusión, pueda huir. Justo cuando tomo el impulso que necesito, los cuatro árabes se echan sobre mí.

CAPÍTULO 38

Cierro los puños y les golpeo con fuerza. No entiendo por qué actúan así, no les he hecho nada ni he cometido ninguna imprudencia que pudiera delatarme. Mis manos no son suficientes para defenderme y tengo que utilizar las piernas. Necesito llegar hasta ella como sea y nadie lo puede impedir.

De pronto, un golpe impacta en mi mentón. Por unos segundos me siento mareado y comienzo a verlo todo borroso. Aprovechan mi confusión y consiguen inmovilizarme. Me tumban boca abajo y antes de que pueda gritarles, uno de ellos tapa mi boca con un pañuelo mientras los demás me atan las manos a la espalda.

Hablan en árabe y lo único que entiendo es el nombre de Sara. Entre los cuatro me arrastran hasta detrás de la tarima y por señas intentan decirme algo. Al ver mi desconcierto, desisten. En un descuido intento escapar, pero antes de dar dos pasos me derriban de nuevo.

Desde el suelo puedo ver como el jeque toca a Sara sin ningún tipo de pudor delante de todos. El miedo que refleja su rostro impide que me dé por vencido y saco fuerzas para continuar. Trato de levantarme desesperadamente, pero alguien clava una rodilla en mi espalda. Ignoro el dolor y utilizo toda mi fuerza para seguir intentándolo, pero es imposible. Varias gotas de sudor resbalan por mi frente y me siento fatigado. Mi respiración es demasiado rápida y me falta el aire debido al pañuelo que

cubre mi boca.

El más bajito camina hasta el montón de gente y vuelve con alguien vestido con una túnica blanca. Hablan por el camino y me señalan. Cuando llegan, el de la túnica se dirige a ellos en su idioma y me levantan. Se coloca delante de mí y me mira.

—Izan, ¿verdad? —dice con un raro acento y mis ojos se abren con sorpresa. ¿Cómo demonios sabe mi nombre?—. Oh, disculpa —sonríe—, deja que te quite esto. —Saca el pañuelo de mi boca y noto alivio al instante—. Lamento mucho todo lo que ha pasado, pero debes entender que era necesario.

—¿De qué hablas? —pregunto con desprecio.

—Mi nombre es Asad y soy uno de los hijos del jeque.

—Me importa una mierda. ¡Soltadme! —grito y vuelven a echarse sobre mí para amordazarme de nuevo.

—Amigo... si no me escuchas nos pondrás en peligro. —Forcejeo sin hacer caso a lo que dice—. Izan, debes calmarte. —Sigo intentando que me suelten. Lo único que quiero es llegar hasta Sara antes de que sea demasiado tarde—. El comisario Torres nos pidió que le hiciéramos este favor. —Mis ojos se abren y quedo paralizado. No puedo creer lo que acabo de oír—. Oh vaya, debí empezar por ahí. ¿Puedo quitarte esto? —Hace un gesto tocando mi pañuelo y asiento—. Nada de gritos, ¿de acuerdo? —Vuelvo a mover la cabeza de manera afirmativa y retira el pañuelo de mi boca por segunda vez.

—¿Qué sabes del comisario? —Necesito información.

—Él nos pidió que viniéramos hoy aquí.

—¿Qué? —No entiendo nada.

Antes de contestarme, habla a los cuatro hombres cuando se asegura de que ya no intento escapar y estos me sueltan.

—Nuestra misión es ganar la subasta y llevarnos a la chica.

—Pero... ¿Cómo sabía el comisario que la subasta era hoy? —Acaricio mis muñecas para que me vuelva el riego a las manos. Las cuerdas estaban demasiado apretadas.

—Tú le avisaste.

—¿Yo? ¿Cuándo? —Esto es muy extraño.

—Te lo explicaremos todo cuando llegue el momento. —Mete la mano en su bolsillo y saca un papel—. Debes confiar en nosotros y seguir comportándote como estás haciendo hasta ahora. —Me entrega la hoja—. Aquí hay una dirección. Busca la manera de salir sin levantar sospechas y ven a buscarnos. En el momento en que saquemos a Sara de este lugar el futuro de las demás mujeres dependerá de tus actos. ¿Entendido?

—No estoy seguro.

—Simplemente no hagas ninguna estupidez que pueda ponerlas en peligro y deja que nos marchemos con Sara sin armar un espectáculo.

—Pero...

—Suerte que ya estábamos avisados de lo que podrías hacer y hemos podido evitarlo. Esa es la razón por la que mis hombres te han bloqueado. De

no ser así, hubieras echado a perder todo el plan. —La gente aplaude por algo que ha hecho el jeque y me tenso—. Mi padre solo está actuando para que todo sea más creíble. Relájate. Me he dado cuenta de cómo la miras, y si haces lo que te digo volverás a verla. —Los cinco se marchan, me dejan solo y poco a poco se mezclan con los demás.

Camino hasta el montón de gente y mi corazón late con fuerza cuando veo a Sara buscarme con la mirada. Antes de encontrarme, el jeque la obliga a entrar a uno de los coches. Quisiera poder decirle que no tenga miedo y que todo irá bien, pero no puedo. Miro a mi alrededor y los cuatro hombres siguen vigilándome. Todavía no se fían de mí. Cuando el coche arranca tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contenerme. Cuando me giro, los árabes ya no están. Las puertas se abren y varios vehículos salen del recinto. A medida que se alejan me pongo nervioso, tengo la sensación como si estuvieran arrancándome algo de dentro.

Abro el papel y efectivamente hay una dirección escrita en él. Pienso en las palabras del hijo del jeque y no encuentro una explicación lógica. «¿Por qué ha dicho que yo avisé al comisario? ¿De qué estaba hablando? Ni siquiera he podido enviarle el maldito mensaje». Arrugo la frente, pensativo, y saco el teléfono del bolsillo. Paso el dedo por la pantalla y cuando llego a la bandeja de mensajes enviados, mi respiración se corta. «Imposible», me digo. Se envió dos veces el primer día que lo intenté y el aparato no me lo notificó.

Una gran sonrisa se dibuja en mi boca y mis manos comienzan a temblar por la emoción mientras el vello de mis brazos se eriza. «Gracias, Dios mío». Me siento tan aliviado... No puedo creer que Sara realmente esté a salvo.

—¡Izan! —La voz de mi padre me hace dar un salto y el teléfono ha estado a punto de caer al suelo.

—¿Qué pasa? —respondo como si nada y lo guardo disimuladamente junto a la nota.

—Entra. Vamos a celebrar la venta de hoy como se merece —sonríe ampliamente.

—Dame un par de minutos —exhalo buscando calmarme.

—No tardes o te quedarás sin zorra. Los demás ya están eligiendo. —No contesto a eso y fuerzo una sonrisa.

—Entonces vamos —una idea cruza mi mente y entro con él.

Mientras atravesamos el largo pasillo, va contándome en qué tiene pensado emplear el dinero. Quiere comprar varios edificios más en distintos países para seguir con el negocio.

—Señor —la mujer morena sale de una de las habitaciones y nos para—, ¿sabe ya algo de Alacrán?

—No hay noticias todavía, pero esta mañana he mandado revisar todas las cámaras de seguridad del edificio y del aparcamiento. Quizás las imágenes nos aclaren algo. —Mi respiración se corta. En cuanto vean que salí con él y volví solo, todo se descubrirá. Solo espero que la policía intervenga antes de que eso ocurra—. Todo esto es muy extraño. Alacrán jamás actuaría así. Algo grave debe de haber pasado.

—Yo también lo creo —dice la mujer apenada—. Gracias, señor. Le agradecería mucho que me mantuviera informada.

—Así lo haré. —Retomamos la marcha mientras sigue hablándome, pero apenas le oigo debido a mi preocupación.

Cuando entramos a la sala, los clientes comienzan a aplaudirle y a darle la enhorabuena.

—Aníbal, eres el mejor —le gritan—. No he visto jamás una puja tan alta. —Golpean su hombro mientras le hablan—. Ahora eres un poco más rico —dice otro.

Miro a mi alrededor mientras babosean sobre él y puedo ver a través de la gente a las chicas. Están en un rincón junto a Lorena. Muevo mi cabeza tratando de encontrar a la que busco, pero hay tantas personas que me resulta casi imposible.

—¿Elijiendo la mercancía? —Mi padre me sorprende—. ¿Ya sabes cuál quieres?

—La verdad es que es una decisión difícil —ríe sonoramente.

—Te comprendo tan bien... —ríe conmigo.

—Me gusta la morena de pelo largo —digo tras varios segundos fingiendo estar indeciso—. Esa chica también trabajó en casa, ¿verdad?

—Sí, vino antes que la virgen.

—Es la que quiero —sonrío satisfecho.

—Esa no me gusta para ti, tendrás que elegir otra. —Pone excusas.

—¿Por qué?

—Es demasiado problemática y poco servicial.

—No tengo problema.

—¿Ves a esa? —Señala a otra para evitar que siga centrándome en Ana—. Es francesa y dicen que es de las mejores.

—Vamos, papá... déjalo ya —digo a la desesperada. Necesito hablar con Ana y tengo que conseguirlo—. No sé qué contrato habéis firmado esa zorra y tú, pero desde el primer día sé que no quiere estar aquí. —Achica los ojos y me preocupa lo que esté pensando—. Solo déjamela una noche y le haré cambiar de idea. —Levanto las cejas pícaramente y al ver cómo se relajan sus hombros, respiro aliviado.

Cuando volvemos la atención a las chicas, vemos a uno de los clientes tomar a Ana del brazo y tirar de ella.

—¡Espera, Samuel! —grita mi padre—. Esa es hoy para mi hijo. Se la ha ganado.

—¡Yo la vi primero! —contesta el hombre, molesto, y mi padre camina hacia él. Le dice algo al oído y ambos me miran sonrientes. Hacen un gesto para que vaya y a medida que me acerco, Ana me mira sorprendida.

Temiendo que diga algo que pueda delatarme, agarro su brazo y tiro de ella hasta pegarla a mi cuerpo.

—Hoy vamos a disfrutar mucho tú y yo. —Me mira asustada y retiro el cabello de su hombro. Me inclino para hacerles creer que voy a besar su cuello y le hablo al oído—. Actúa normal. Quiero ayudarte. —Cuando alzo la cabeza de nuevo Ana pestañea totalmente desconcertada y tengo que apretarle el brazo para que reaccione. Segundos después parece entenderlo y

tira para soltarse de mi agarre.

—Ya te dije que era problemática —me recuerda mi padre.

—Justo como me gustan. —Les guiño un ojo.

—Ten cuidado que muerde —carcajea el cliente.

—Ella es quien debería tener cuidado conmigo. —Tiro de Ana y esta me dificulta la tarea.

Cuando salimos de su alcance, camino más rápido y nada más entrar a la habitación, Ana se aparta de mí.

—¿Qué quieres? —desconfía.

—¿Hablaste con Sara en algún momento? ¿Te explicó lo que estaba pasando?

—Solo me dijo que estabas intentando ayudarla, pero no me fío de nadie aquí. —Parece estar muy afectada emocionalmente—. Todos los hombres buscáis lo mismo de una manera u otra. —Doy un paso hacia ella y se aparta de nuevo.

—Tranquila, ¿de acuerdo? Entiendo que sea eso lo que piensas, pero en este caso te prometo que no es así. Sara ya está a salvo.

—¿Sara? ¿A salvo? ¿Cómo puedes decir eso? ¡Acabo de ver con mis propios ojos como se la llevaban!

—El jeque que la compró está ayudando a la policía española. —Parpadea atenta—. Les dije dónde estabais y en cuestión de días vendrán a rescataros.

—¿Qué? ¿No mientes? —Su respiración se acelera.

CAPÍTULO 39

—No, Ana, no te miento. Solo aguanta un poco más. No debería contártelo, pero sé por Sara lo que has intentado hacer en varias ocasiones y lo difícil que está siendo todo esto para ti. Por eso es necesario que lo sepas antes de que sea tarde. No hagas ninguna locura, por favor. No renuncies a tu vida. Tu liberación y la de las demás chicas está muy cerca.

—Dios mío. —Pone las manos sobre su pecho y apoya la espalda en la pared—. ¿Es verdad lo que dices? ¿Nos sacarán de este infierno?

—Te lo prometo. Solo tienes que seguir actuando como hasta ahora. —Me gustaría acercarme a ella para calmarla, pero no me atrevo. Incluso mi voz parece resultarle molesta. Debe de odiar a todos los hombres. Será muy difícil que supere el trauma que esto le está ocasionando.

No digo nada más y permanecemos en silencio. Ana abraza sus piernas y se mece a sí misma mientras mira fijamente a la pared. Con todo lo que ha vivido, no quiero imaginar lo que debe de estar pasando por su mente.

—¿Por qué quieres ayudarnos? —dice sin mirarme. Busca más seguridad para terminar de convencerse.

—Mi madre también pasó por lo mismo que vosotras, pero con la

diferencia de que a ella no pudo rescatarla nadie. La situación la sobrepasó y optó por quitarse la vida. —Levanta la mirada hacia mí y continúo. Sé que se siente reflejada—. Mi padre siempre me decía que las chicas que trabajaban para él eran legales y estaban informadas. Nunca supe a lo que realmente se dedicaba hasta hace solo unos días.

—¿Cómo te enteraste? —pregunta intrigada.

—Me lo dijo Alacrán antes de intentar matarme.

—¿Alacrán ha intentado matarte a ti? —Agranda los ojos—. ¿A ti? ¿Al hijo del jefe?

—Sí, me sorprendió mientras hablaba por teléfono con el comisario y supo que les estaba traicionando. Después intentó tirarme por un precipicio, pero fue él quien cayó al vacío.

—¿Alacrán está muerto?

—A menos que sepa volar... sí.

—¡Llevan días buscándole! —Cambia su postura a una más relajada.

—Sí. Y no tardarán en descubrir que yo estoy detrás de su desaparición.

—¿Cómo? —Se muestra preocupada

—Sabrán que Alacrán y yo salimos juntos el día que le vieron por última vez, y que volví sin él después de haberles hecho creer que no había estado con él.

—¿Y por qué no te vas a de aquí? Tú tienes libertad para entrar y salir.

—Esa era mi idea y mi intención en un principio —digo apenado—. Les

hubiera puesto alguna excusa para marcharme, pero ya no puedo hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque os pondría en riesgo a todas.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Es fácil. Si descubren que estoy implicado en su desaparición y no estoy aquí cuando lo hagan, sospecharán y perderéis la oportunidad de ser rescatadas. Antes de pillarse las manos, os llevarían a otro lugar y vuelta a empezar. Hemos tenido mucha suerte en dar con vosotras esta vez y no pienso arriesgarme más. Intentaré hacerles creer cualquier cosa. Todo menos que puedan pensar que les estoy delatando. Tengo que evitar que os muevan de aquí.

—Pero podrían hacerte daño. O peor aún...

—Ya me las arreglaré —la interrumpo—. Tú por eso no debes preocuparte.

Ana vuelve a mirar a la pared y se queda pensativa.

Una hora después, salimos del cuarto. Ana alborota su cabello y descoloca sus ropas para no levantar sospechas. Cuando llegamos a la sala, solo están mi padre y Lorena hablando con uno de los empleados.

—¿Te lo ha puesto difícil? —pregunta mi padre sonriendo cuando me ve.

—Nada que no se pueda solucionar con un poco de fuerza —ríe con él y me acerco a ellos.

Lorena se lleva a Ana y nos quedamos los tres solos.

—Tengo que marcharme —dice el empleado—, hay un par de cosas que

quiero dejar hechas antes de irme.

—De acuerdo —responde mi padre—. No te olvides de revisar las grabaciones mañana por la mañana. Me pasaré a última hora para ver cómo vas. —Les miro atento al oír de lo que hablan—. Necesito saber dónde está Alacrán y seguro que las cámaras pueden darnos algunas pistas. —Si estoy en lo cierto todavía tengo un día de margen antes de que me descubran—. Sigo pensando que algo le ha pasado...

—¿Y si nos ha vendido? —pregunta el empleado.

—No lo creo. Sabe que el castigo por traición es la muerte. —Mi padre se gira hacia mí, se da cuenta de que no debería haber dicho eso y trata de enmendarlo—. Mi hijo le haría picadillo, ¿verdad?

—finge una sonrisa.

—Por supuesto —fuerzo la mía. Ahora que ya sé lo que me harán cuando me descubran, tengo que hacer algo.

—¿Ves? —le dice al empleado—. No creo que Alacrán se atreva. —Le hace un gesto disimulado para que se vaya.

—Bueno... tengo que hacer algunas cosas. Nos vemos en otro momento. —
Se marcha.

—Oye, papá —me mira—, tengo que volver a la ciudad, ¿podrías dejarme el coche?

—¿Es para eso de la federación?

—Sí, claro.

—¿No lo habías solucionado ya?

—Sí... eh... es solo que quiero ver cómo va todo. Está a punto de llegar mi equipo y no quiero sorpresas de última hora.

—¿Cuándo lo necesitas?

—Si puede ser, ahora.

—Está bien. —Se mete la mano en el bolsillo y saca las llaves—. Ten cuidado.

—Siempre lo tengo... Vuelvo en unas horas. —Salgo de la sala y exhalo sonoramente. Solo me quedan unas horas y quiero aprovecharlas.

Camino hasta el aparcamiento y cuando subo al coche, me dejo caer en el asiento. Cierro los ojos por unos segundos y cuando voy a meter la llave en el contacto, la puerta del copiloto se abre y entra Lorena.

—¿Dónde vas? —pregunta interesada.

—Tengo que arreglar unos asuntos. Si no te importa, llevo prisa. —Señalo la puerta para que salga.

—¿Vas a la ciudad?

—Sí.

—Voy contigo. —Noto calor en mi espalda. Tengo que impedirlo—. Quiero comprar algunas cosas.

—No volveré hasta la noche. —Allá donde voy ella no puede venir.

—No me importa. Iré donde vayas, me he pedido el día libre. —Se abrocha el cinturón—. Toca descansar, ha sido una semana muy ajetreada.

—Te he dicho que no vienes.

—Vamos, hombre, ¿qué te cuesta? Tu padre me acaba de decir que podía.

—¿Dónde vas? —pregunto cabreado. Es tontería seguir insistiendo. Recuerdo lo testaruda que era y sé que no desistiré. Me la quitaré de encima en cuanto lleguemos.

—Al centro comercial que hay a las afueras —asiento y arranco.

Durante el trayecto trata de entablar conversación en varias ocasiones, pero mi cabeza está en otro sitio y no tengo ganas de hablar con ella.

—Ahí es. —Señala el edificio—. ¿Bajas conmigo?

—No —respondo secamente.

—Pues entonces espérame que no tardo. —Baja del coche y espero a que suba a la acera. Cuando lo hace, le hablo de nuevo.

—¡Eh! —Me mira—. Volveré a por ti esta noche. Disfruta de tu día libre. —Arranco y me marcho. Oigo como grita y me hace señales para que pare, pero la ignoro. Nadie va a estropear mis posibles últimas horas con Sara.

Mientras conduzco saco el papel que me dio el jeque del bolsillo. En el primer semáforo reviso la dirección y la marco en el GPS. Me siento nervioso. Solo espero que estén donde me dijeron.

Quince minutos después estoy en la puerta de un gran hotel. Entro a la zona de recepción y una chica alta me atiende.

—Dígame, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quería saber si se aloja aquí... un jeque. —Me mira por un momento y antes de contestar revisa una agenda.

—¿Me puede decir su nombre, por favor?

—Izan.

—Encantada, Izan. Estaba avisada de su llegada, pero no sabía cuándo sería. Venga conmigo. —Mi corazón late con fuerza y camino junto a ella. Llegamos a un ascensor y cuando se abre, me hace subir a mí primero. Pulsa el número 5 y segundos después estamos en la quinta planta. Nos paramos en la primera puerta y golpea la madera con sus nudillos—. Que tenga buen día. —Se marcha antes de que alguien salga y me siento extraño.

La puerta se abre y uno de los cuatro árabes que estaba vigilándome en la subasta sale de la habitación. Hace a un lado y con un gesto me indica que pase. Nada más entrar, veo al jeque que se llevó a Sara sentado en un sofá. Cuando voy a dirigirme a él, alguien habla a mi espalda.

—Qué pronto has venido. Espero que eso no haya ocasionado ningún problema. —Me giro y veo al hijo del jeque.

—Se dio la oportunidad y no quise desaprovecharla, pero tengo que volver en unas horas.

—Toma asiento. —Me señala un sillón.

—Prefiero no demorarme demasiado. Me gustaría ver cuanto antes a Sara. No tengo mucho tiempo.

—Ahora la verás. Primero toma asiento. —Insiste y no me queda más remedio—. Tendrás preguntas.

—Sí... pero todas pueden esperar. —Alguien trae unas bebidas con apariencia lechosa y las deja sobre la mesa.

—Bebe. Es Arak, típico de mi tierra. —Tomo uno de los vasos y le doy un sorbo.

—No está mal —digo sin mucho ánimo. Necesito que me dejen ver a Sara cuanto antes. Cada minuto que pasa es tiempo perdido.

—El comisario ya está informado de que todo ha salido según lo previsto. Debes salir de allí cuanto antes. —Le miro, pero no digo nada—. El supuesto dinero que hemos pagado por Sara desaparecerá de la cuenta de tu padre en una semana. Es dinero ficticio. La policía española lo preparó todo.

—Vaya... —digo sorprendido. La verdad es que me extrañaba un poco que alguien pagara tanto dinero solo por hacer un favor.

—Ese mismo día está previsto que haya una intervención para liberar a las chicas. Están estudiando junto a la policía de Colombia la manera de entrar con unas fotos que hizo mi padre del edificio. —Miro al jeque y este inclina la cabeza mientras sonrío.

—¿En serio? —Ahora lo entiendo todo. Es increíble lo bien que lo han preparado.

—Nosotros volveremos a España en un par de días. Hemos venido solo para esto y nos llevaremos a la chica con nosotros. —Me tenso y lo nota—. Debe estar con su familia. Necesita sentirse arropada después de todo lo que ha tenido que pasar.

—¿Puedo verla ya? —Mi necesidad de estar con ella es superior a mis fuerzas.

—Vamos. —Se pone en pie y voy con él.

Hago un movimiento de cabeza dirigido al jeque a modo de despedida y este hace lo mismo. Salimos de la habitación y el nerviosismo vuelve a instalarse en mi cuerpo. Tengo unas increíbles ganas de verla y apenas lo puedo disimular. Llegamos a una puerta y se para.

—¿Ella sabe todo esto? —pregunto antes de que llame.

—Absolutamente todo —contesta sin mirarme, y golpea tres veces la puerta.

—¿Quién es? —La oigo al otro lado y mis manos comienzan a temblar.

Al tiempo que la puerta se abre, nuestros ojos se encuentran y una increíble felicidad me recorre por dentro.

CAPÍTULO 40

—¡Sara! —Todo mi autocontrol se esfuma y me lanzo sobre ella. Soy incapaz de contenerme.

—¡Izan! Dios mío, Izan... —Habla en mi hombro mientras me rodea el cuello con sus brazos—. Gracias, gracias, gracias... —Tiembla y sus lágrimas mojan mi ropa.

—Lo conseguimos —digo con la cabeza sumergida entre su cuello y su clavícula—. Estás a salvo, cariño. —Sé la palabra que acabo de emplear, pero no me arrepiento. Es lo que siento por ella.

—Gracias, Izan. —Me cierra más fuerte en su abrazo mientras solloza—. Gracias...

—Ya está, Sara. Tranquila. —Acaricio su espalda—. Ya ha pasado todo. Shhhh. Tranquila.

—Si no fuera por ti no sé que hubiera pasado. Te debo la vida. —Sorbe por la nariz.

—No me debes nada. También era una necesidad para mí sacarte de ahí. —Me aparto y nos miramos fijamente a los ojos—. Me hubiera vuelto loco si se te hubieran llevado. —Acaricio su mejilla—. Habría hecho cualquier cosa

para evitarlo. —Miro hacia atrás buscando al hijo del jeque, y ya no está. Se lo agradezco mentalmente y continúo—. Les hubiera matado con mis propias manos si hubiera sido necesario.

—Me asusté mucho...

—Lo sé. —Rodeo su cuerpo de nuevo y la pego a mi pecho—. Lo sé... Lo vi en tu mirada. —Trago saliva e intento borrar esa imagen—. Gracias a Dios que estás bien. —Pongo las manos en su barbilla y tiro de ella, necesito ver sus ojos.

—Me lo contaron todo por el camino, pero hasta entonces me vi perdida. —Aprieta las mandíbulas—. Prefería estar muerta antes que vivir de esa manera.

—Lo sé, nadie querría vivir así.

—Hasta que el jeque no me habló del comisario no le creí. —Mira al vacío recordando—. Me ha contado que raptaron a su hijo hace unos meses y que el comisario le encontró en solo unas horas. Desde entonces se hicieron amigos y por eso no han dudado en hacerle este favor.

—Hemos tenido mucha suerte en dar con él. Es un gran profesional.

—Mucha. —Me mira y sonrío—. Aunque sin tu mensaje no estaríamos ahora aquí.

—Todavía no me lo creo —susurro cerca de su boca. Hoy está más bonita que nunca.

—Ni yo. —Cierra los ojos y se deja llevar por las caricias en sus rosados pómulos.

Me inclino lentamente y sin que lo espere, dejo un beso en sus carnosos labios. Me aparto lo suficiente como para notar que no le desagrada y vuelvo a hacer lo mismo. Miles de sensaciones me recorren la espalda. Nunca antes había sentido algo así.

—Izan... —susurra y apoyo mi frente en la suya. No quiero incomodarla. Nuestros alientos se mezclan y lucho contra mi impulso, pero es demasiado difícil. La necesito más de lo que nunca hubiera imaginado.

Paso mi mano por su nuca y pongo mis labios de nuevo sobre los suyos. Sara no se aparta y el ritmo de mi respiración cambia. Me siento nervioso y ansioso a la vez. Tantos sentimientos juntos me están desbordando. La abrazo con fuerza al tiempo que invado su boca y creo poder tocar el cielo con la punta de los dedos. Si tengo que morir, quiero que este sea mi último pensamiento.

Un gemido de protesta me saca de mi estado. Me detengo y soy consciente de que le estoy haciendo daño.

—Mierda. Lo... lo siento. —Me aparto para dejarle espacio y toca su labio. Temo haberle mordido.

—Tranquilo —dice sonriendo y siento un gran alivio. Verla así y no tan asustadiza me da la vida. Por fin empieza a confiar en mí y comprende que no soy como ellos.

—¿Te duele? —pregunto preocupado al ver que se mira el dedo buscando si sangra.

—No te preocupes. —Curva su boca de nuevo y mis piernas flojean. Hasta

ahora no había visto su verdadera sonrisa y acabo de quedarme prendado de ella—. ¿Qué? —dice al verme tan abstraído.

—Nada, nada. —Pestañeo y le devuelvo la sonrisa—. Es solo que no me había fijado hasta hoy de lo bien que te sienta estar feliz.

—Quizás es porque hasta ahora no has tenido oportunidad de verme siéndolo. —Baja la cabeza para ocultar la rojez de sus mejillas.

—Te admiro, Sara. —Me mira—. Parecías tan débil cuando te conocí... Pero en cambio has resultado ser la mujer más fuerte que conozco. Nunca debes cambiar eso de ti. Eres un ejemplo a seguir.

—No tengo intención de hacerlo. —Me mira extrañada—. ¿Por qué hablas así? Parece que te estuvieras despidiendo.

—¿Has llamado a tu familia? —Cambio de tema.

—Sí. Hablé con ellos hace media hora. Gritaron al saber que estaba bien y me esperan con los brazos abiertos. Lo han pasado fatal... Mi pobre madre no paraba de llorar—. Sus ojos se humedecen—. Lucas estaba con ellos y también pude hablar con él. —Mi frente se arruga. No me gusta de ese tipo ni su nombre—. Dice que no ve el momento de verme entrar por la puerta —suspira—. ¿Sabes? Tengo muchas ganas de que volvamos a España. Quiero que todos conozcan a la persona que me salvó.

—Sara —inspiro profundamente. No sé cómo decirle sin herirla que posiblemente no nos veamos más. No quiero que sepa lo que va a pasar—. Yo... no voy a volver a España todavía.

—¿Cómo?

—De momento voy a quedarme aquí. —Busco una excusa—. Quiero esperar a que liberen a las chicas y ayudar en todo lo que pueda a la policía.

—Pero... ¿Te pondrás en peligro?

—No... —carraspeo—, no...

—Entonces, ¿cuándo volverás?

—No lo sé. —Cierro los ojos con fuerza. Decirle esto es más doloroso de lo que creía.

—Em... —Hay dolor en su mirada—. Pero... yo creía... —Cambia su postura—. Nosotros...

—Debes volver a tu vida cuanto antes, Sara. —Mi corazón se parte con mis propias palabras—. Necesitas olvidar todo esto y yo soy parte de ello.

—Estás diciendo que...

—Estoy diciendo que retomes las riendas de tu vida y hagas lo que no has podido hacer hasta ahora. Estudia, disfruta de tu familia, vive. —Una gran bola se forma en mi garganta y me esfuerzo por disimularlo. Desearía con todas mis fuerzas vivir todo eso junto a ella—. Después de esto, valorarás mucho más lo que tenías y sabrás sacarle provecho mejor que nadie.

—No estoy tan segura... —Noto como se esfuerza para no llorar—. Izan. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro. —Me tenso.

—Todo esto que ha pasado entre nosotros... Lo de ahora mismo. Nuestro beso. Lo que hemos vivido todo este tiempo... ¿No ha significado nada para

ti? —Sus palabras duelen.

—Lo ha significado todo. —Soy incapaz de negarlo—. Significa más de lo que crees para mí.

—Entonces... no entiendo nada. ¿Qué ocurre?

—Es mejor así. Créeme. —Doy un paso hacia ella y se aparta. Camina hacia la pared y queda de espaldas a mí.

—Por favor. No me odies por esto. —Cierro los ojos tratando de sujetar mis lágrimas, pero una se me escapa sin que pueda evitarlo y corre por mi cara—. Háblame, Sara.

—¿Para qué? Tú ya tienes clara tu decisión. —No se gira y eso me duele.

—Sara... —Trago saliva para intentar pasar el nudo, cada vez más grande. No puedo contárselo y la impotencia me mata. Necesito oxigenarme con urgencia—. Creo que es mejor que me marche ya...

—Gracias por todo... Izan. —Sus hombros se mueven y sé que está llorando.

—Sara, mírame. —Me ignora y camino hacia ella. Me quedo a su espalda y tras un pequeño silencio, le hablo al oído—. Sé que después de esto lo que pueda decirte te va a dar igual, pero quiero que sepas que mi último pensamiento será tuyo... —Dejo un beso en su cabeza y me marcho.

—Izan. —Me llama, pero no contesto—. ¡Izan! —Continúo caminando. No quiero que vea lo afectado que estoy. Cuando salgo a la calle está lloviendo. Corro hasta el aparcamiento y cuando entro en el coche me seco la cara. Mis lágrimas se han mezclado con las gotas de la lluvia.

Durante unos segundos pienso en la situación. Aguanto las ganas de volver a entrar con ella y golpeo el volante repetidas veces con el puño. Necesito soltar todo lo que llevo dentro. Quiero abrazarla, besarla, compartirlo todo con ella. Desde hace días tengo claros mis sentimientos hacia Sara y mis ganas de vivir se han multiplicado considerablemente. Pero de nada sirven ya... La quiero, y lo único que puedo hacer es evitar que se sienta culpable. No puedo contarle lo que pasará mañana, aun a riesgo de que me odie porque sienta que la he abandonado. Esto no debe interferir en su vida.

Saco el teléfono para llamar al comisario y marco el número. Quiero darle las gracias y es mi última oportunidad de contactar con él. Cuando llegue al edificio no tendré cobertura y mañana posiblemente todo habrá acabado para mí. Tras varios toques, no descuelga. Debe de estar ocupado.

Lo único que me relaja es saber que ya tienen todo lo que necesitan para liberar a las demás chicas y no soy necesario. En cuestión de días vendrán a salvarlas, por fin. Solo tengo que mantenerme allí cuando me descubran para que no piensen que les he vendido y así no las cambiarán de lugar.

Arranco el coche y conduzco en dirección al edificio. A medida que me acerco, me siento cada vez peor. En solo unas horas todo habrá terminado. Las palabras que mi padre le dijo al empleado acerca de Alacrán vienen a mi mente: "Sabe que el castigo por traición es la muerte". Busco en mi cabeza el recuerdo del último beso de Sara y me siento mejor. Sé que cuando las cosas se pongan feas ese momento me ayudará a sobrellevarlas.

Antes de entrar a la zona sin cobertura intento llamar de nuevo al comisario. Tras varios tonos y no obtener respuesta, decido mandarle un

mensaje. Seguro que cuando esté más tranquilo podrá leerlo.

Comisario, acabo de ver a Sara y no puedo expresarle con palabras lo feliz que me siento. Por fin es libre y tendrá una nueva oportunidad gracias a usted y a cómo ha llevado el caso. Ni en las mejores películas he visto jamás una estrategia de este tipo. Muchísimas gracias por todo lo que está haciendo. Solo espero que no tengan problemas para liberar a las demás. Tengo que volver al edificio para no levantar sospechas. Finalmente metí la pata... pero no se preocupe, lo tengo todo bajo control. Solo necesito pedirle un último favor. Si algo me pasara, o no se supiera más de mí, jamás se lo diga a Sara, por favor. Gracias, Izan.

CAPÍTULO 41

Inspiro profundamente y guardo de nuevo mi teléfono. Solo espero que todo salga bien y paguen por el daño que están haciendo. Levanto la mirada hacia el cielo y pienso en mi madre. «Quizás no se esté tan mal ahí después de todo», me digo mientras veo la lluvia caer. Intentaré buscar una excusa para que me crean, pero sé a ciencia cierta que será inútil. Las imágenes de la cámara hablarán por sí solas. De pronto una idea viene a mi mente. «¿Y si le digo a mi padre que descubrí que fue Alacrán quien le robó la clave de la cuenta bancaria que no puede abrir? Quizás funcione. Puedo también añadir que me obligó a llevarle al aeropuerto bajo amenazas de muerte si hablaba... podría ganar así el tiempo que necesito».

—Tengo que intentarlo todo —digo en alto y arranco el motor de nuevo con intención de continuar. Cuando pongo las manos sobre el volante tengo la sensación de que me he olvidado de algo, pero no doy con qué es. No me he desplazado ni cinco metros cuando lo recuerdo—. ¡Lorena! ¡Mierda...! — Me he olvidado por completo de ella.

Doy la vuelta y regreso. No quiero más problemas. Estoy demasiado alterado y necesito tranquilidad.

El cielo se vuelve más oscuro y la lluvia se intensifica, los limpiacristales

del coche apenas dan abasto y me cuesta ver la carretera. Cuando llego a la ciudad todo está congestionado y el tráfico es demasiado lento. Tras más de quince minutos parados casi en el mismo lugar, el vehículo que tengo delante por fin se aparta y acelero. Necesito salir de esta calle. Mis nervios no dan para más hoy. Antes de llegar al semáforo un coche que sale por mi izquierda no me ve y se me echa encima. Freno bruscamente para evitar la colisión, pero al estar el asfalto mojado, derrapo y finalmente impactamos. Por la inercia de frenado, mi cuerpo se mueve y me golpeo contra el volante.

—No. No, no, no... —repito sin parar. Es lo que faltaba. Parece que alguien me hubiera puesto una vela negra. Pongo las manos sobre mi cara y resoplo con fuerza. Cuando miro al frente veo al conductor del otro vehículo salir del coche y mirar el destrozo. El que va con él prefiere esperar dentro.

—¡Idiota! —me grita y le miro. Aunque él ha tenido la culpa, parece cabreado conmigo.

Un molesto calor sube por mi espalda y tengo que hacer un gran esfuerzo para encontrar un poco de paciencia. Estoy muy cerca de explotar. Vuelve a su coche y le veo sacar un bate de béisbol mientras su compañero ríe y le anima. Viene hacia mí y mis ojos se abren al ver claramente sus intenciones. El calor aumenta y sin pensarlo abro la puerta y me bajo. Al ver mi tamaño se echa hacia atrás, pero se da cuenta de que nos están mirando y levanta el bate en mi dirección para no quedar como un cobarde. Estoy tan fuera de mí que antes de que llegue a golpearme, le empotro contra la pared y agarro su cuello con una mano.

—¿Quién es el idiota? —Le digo apretando fuertemente—. ¿Quién? —Hay

miedo en sus ojos y no puede contestar por mi presión—. Eres muy valiente, ¿verdad? —En ese momento noto un golpe en la espalda y me giro sin soltarle. Su acompañante está tratando de defenderle, pero mis músculos están tan tensos que no siento ningún dolor.

Suelto al conductor, cierro las manos con fuerza y lanzo varios puñetazos sobre la cara del amigo. Cae al suelo y me arrodillo para seguir golpeándole.

—¡Le va a matar! —gritan, pero no puedo parar.

Por el rabillo del ojo veo como el conductor vuelve a coger el bate y trata de pegarme con él. Le esquivo y ahora es él quien recibe mis puños.

Tres hombres me sujetan, pero forcejeo y tienen que apartarse. Puedo hacerles daño y lo saben. Estoy totalmente fuera de mí.

—Ya han aprendido la lección. Deja que se vayan —dice otro, pero siento tanta rabia que solo quiero liberarme de ella y creo haber encontrado la manera.

Más manos me sujetan y finalmente entre varias personas consiguen hacerse conmigo.

—Vete de aquí, han llamado a la policía —dice uno de ellos y reacciono. No puedo dejar que me detengan. Si no vuelvo al edificio lo echaré todo a perder.

Miro el coche y para mi sorpresa solo tiene un faro roto, con razón no habían saltado ni los *airbag*. Ha sido más el frenazo que otra cosa. Subo rápidamente y saco un pañuelo de papel para limpiar la sangre de mis nudillos. Me abrocho el cinturón, arranco y me marcho de allí. Por el espejo

retrovisor puedo ver a los dos hombres en el suelo y a varias personas atendiéndoles. No debí haberme ensañado de esa manera con ellos, pero ha sido la gota que ha colmado el vaso y he entrado en una especie de enajenación mental que no he podido controlar. Demasiada tensión acumulada. Recuerdo que tengo que ir a por Lorena y conduzco hasta el centro comercial.

Cuando llego está esperándome en la puerta y su mirada me lo dice todo. Abre la puerta de malas formas, entra al coche y se deja caer con fuerza en el asiento. Cierra de un portazo y me habla.

—Esta me la pagas —dice bastante enfadada.

—Tú querías venir aquí y yo te traje, ¿qué hay de malo?

—¡Te pedí que me esperaras! —grita—. He perdido mi día libre por tu culpa. Llevo horas esperándote solo a ti. Tardé dos putos minutos en comprar lo que quería. —Cruza los brazos y mira al frente—. Esto se lo voy a hacer saber a tu padre... —No digo nada y nos quedamos en silencio.

Tras varios minutos conduciendo siento las manos algo molestas. Están rojas e hinchadas y mis dedos palpitan. Las abro y cierro sobre el volante y Lorena se da cuenta.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada.

—¿A quién has golpeado?

—A un saco de boxeo —respondo—. La federación está en un gimnasio...
—Estoy empezando a sorprenderme de la habilidad que tengo para mentir.

Ojalá lo haga así de bien mañana cuando me descubran. Podría ser mi salvación.

El teléfono de Lorena suena y los dos miramos en dirección a su bolso.

—¿Sí? —responde sin comprobar la llamada.

—Lorena, tenemos problemas. —El silencio del coche me deja oír lo que hablan.

—¿Aníbal? —dice sorprendida al oír a mi padre.

—Sí, soy yo. He quitado los inhibidores un momento para hacer unas llamadas.

—Am... de acuerdo. Dime. —Me mira.

—Escúchame. Acaba de llegar un tipo que dice ser amigo del agente de México. Me ha pedido que me ponga en contacto con él cuanto antes, y cuando lo he hecho este me ha contado que ha estado colándose en los informes policiales de Colombia para ver si habían detenido a Alacrán, tal y como le pedí, y ha visto que hace tres días encontraron el cuerpo de un hombre que podría ser él. —Hago un movimiento extraño al oír su nombre y Lorena vuelve a mirarme.

—¿Qué? ¿Un cuerpo? —Sus ojos se abren. Sabe lo que esa palabra significa.

—Necesito saber si es él. Vas a tener que ir a la comisaría y preguntar. Diles que eres una amiga y que llevas días sin tener noticias tuyas. Si es Alacrán, consigue saber de qué ha muerto. Es de vital importancia. —Trago saliva. Si realmente es él, mi única coartada y a lo único que podría

agarrarme se pulverizaría al instante.

—Pero... —Intenta ocultar que está asustada.

—Solo diles que eres una amiga. No habrá problema.

—Está bien. Estoy con Izan. —Intenta advertirle sin que me dé cuenta.

—No te preocupes. Cuéntale las cosas como ya sabes y asunto arreglado.

—Vale... —Cuelga y mientras guarda el teléfono en su bolso me habla—.

Oye, Izan... Necesito que antes de que volvamos al edificio me lleves un momento a la comisaría. Tengo que resolver algunos asuntos. —Cree que no he oído la conversación completa.

—¿Ha pasado algo? —disimulo.

—No lo sé. —Mira al frente, pensativa.

—¿A qué vamos entonces? —Los músculos de mi pecho están tan tensos que comienzan a temblar, y temo que mis nervios puedan delatarme.

—A preguntar por Alacrán.

—Está bien. —Paro el vehículo y marco la dirección en mi GPS.

Me esfuerzo para controlar la respiración y no decimos nada más hasta que llegamos.

—Espérame aquí —dice bajando del coche.

—Mejor te acompaño —respondo mientras desabrocho el cinturón. Quiero enterarme de todo. Parece que no le gusta la idea, pero no tiene más remedio que ceder.

Al mismo tiempo que entramos un agente nos atiende. Lorena le cuenta que

venimos a preguntar por un amigo, como le dijo mi padre, y nos indica a qué parte dirigirnos. Cuando llegamos la puerta está cerrada y esperamos a que salga la persona que está dentro. A medida que pasan los minutos Lorena se impacienta y es incapaz de permanecer quieta. Pasa el peso de su cuerpo de una pierna a otra en varias ocasiones y pasea por el lugar. Cuando por fin llega nuestro turno el agente nos hace pasar, nos sentamos frente a él y le cuenta lo mismo que al anterior.

—¿Puede repetirme el nombre de su amigo?

—Juan Ramón López Méndez.

—Necesito una descripción detallada.

—Tiene 52 años, es moreno... y no muy delgado. Le faltan algunos dientes... Tiene el pelo muy corto y la cara redonda. Además, tiene una gran cicatriz en la ceja.

—¿Una cicatriz? Déjeme ver. —Teclea en el ordenador, introduce algunos datos y comienza a buscar entre sus archivos. Tras un rato mirando la pantalla, junta sus cejas para enfocar mejor y gira la rueda del ratón—. Tenemos aquí a alguien que encontraron hace unos días con esa misma descripción. No tenía ningún tipo de documentación cuando lo trajeron, pero hay algunas fotos del forense. —Puedo oír el latido de mi corazón.

—¿Puedo verlas? —dice rápidamente.

—Prefiero que primero vea sus pertenencias y, si las reconoce, pasamos a la peor parte. ¿Le parece?

—Sí, claro. —Se acomoda en la silla y el agente gira la pantalla.

—Esto es lo que traía. —Mis ojos se agrandan al reconocerlas en la foto y Lorena grita.

—Oh, Dios mío... —Se pone la mano en la boca—. Son sus cosas. — Comienza a llorar mientras yo me quedo mirando la pantalla, inmóvil. Por un momento pensé que podría salir de esta, pero acabo de perder todas las esperanzas.

—Lo siento mucho, señorita —dice el agente y espera pacientemente a que se calme. Cuando lo hace, se dirige de nuevo a ella con un tono más amable.

—¿Se encuentra en condiciones de reconocer el cadáver?

—Sí —asiente al mismo tiempo que habla y saca un pañuelo del bolso para secar su cara.

El agente clica sobre algunas fotos más y aunque su rostro está algo deformado por el impacto, le veo. Es Alacrán, no hay duda. Ya no hay nada que hacer.

CAPÍTULO 42

Lorena llora sin parar al verle y yo, sin saber muy bien por qué, tengo sentimientos de culpa.

—¿Es su amigo? —pregunta el agente.

—Dios mío... —Apenas puede hablar—. Sí. Es él. —Se conocen desde hace muchos años y estoy seguro de que le apreciaba—. ¿Qué le ha pasado? ¿De qué ha muerto? —Temo la respuesta.

—Cayó desde un precipicio, pero es todo muy confuso todavía. No sabemos si realmente cayó o le empujaron, porque encontramos signos de lucha en la arena y el casquillo de una bala junto a las rodadas de un coche. —Hace una pausa. Lee algo y continúa—. El suicidio está totalmente descartado en este caso. —Nos mira—. Cerca del cuerpo encontramos la pistola que había sido disparada momentos antes y según pone aquí —señala un informe en el ordenador— su nariz estaba rota antes de morir, lo que nos indica que fue golpeado antes de caer al vacío.

—¿Está diciendo que... han matado a Alac... a... Juan Ramón? —pregunta preocupada, y temo que se den cuenta de lo nervioso que estoy.

—Es la hipótesis que más fuerza cobra en este momento. —El agente clava

sus ojos en los míos y un escalofrío recorre mi cuero cabelludo.

—¿Quién pudo hacer algo así? Apenas visitamos este país y no conocemos a nadie. Vinimos solo a pasar unos días. —Vuelve su atención a Lorena y respiro aliviado al ver que deja de mirarme.

—No lo sabemos, pero haremos lo posible para dar con el culpable. ¿Hasta cuándo se quedarán por aquí?

—No lo sé... —Ahora es ella la que no se siente cómoda—. Quizás algunos días más.

—Necesitaré los datos de su familia para hablar con ellos.

—No tiene familia —responde rápidamente.

—Entonces tendrán que darme sus datos y direcciones del lugar donde se alojan para llamarles si averiguamos algo más.

—Yo... nosotros... estamos buscando un nuevo hotel. Solo íbamos a estar unos días en este lugar y después iríamos a visitar otro. —Se suena la nariz—. Le puedo dar mi número de teléfono por si tienen que hablar conmigo y cuando tenga habitación me pongo en contacto con usted de nuevo.

—Está bien —dice el agente poco convencido—. Ahora, si no les importa, me gustaría hacerles algunas preguntas.

—Ohm... claro —responde Lorena y cambia de postura.

—¿Saben ustedes si tenía problemas con alguien en cualquier otro país?

—No —contesta.

—¿Notaron algún comportamiento extraño en él los días anteriores a su

desaparición?

—Ninguno. —Pasa el pañuelo por sus mejillas.

—¿En qué trabajaba?

—Es capataz en una casa de campo... —Achino los ojos y la miro.

—¿Y ustedes?

—Yo me encargo de la cocina en ese mismo lugar. —Vuelvo a mirarla y se inquieta. Tiene miedo de que diga algo que pueda ponerle en riesgo.

—Yo trabajo como atleta y entrenador personal —respondo.

—¿Y qué les ha traído a este país?

—Mi amigo y yo necesitábamos desconectar y pedimos unos días libres... Trabajamos de lunes a domingos sin descanso.

—¿Y a usted?

—Vine a preparar una competición, y sabiendo que estaban ellos aquí decidimos visitarles. —Temo que quiera saber más y descubra que miento.

—Entiendo. —El agente se queda conforme con nuestras respuestas y ambos expulsamos el aire disimuladamente. Toma nota y nos habla de nuevo —. Seguramente volvamos a ponernos en contacto con ustedes a lo largo de la semana. La persona que lleva el caso querrá hacerles algunas preguntas más.

—Ehm... no hay problema... ¿Necesita algo más?

—Nada por el momento. Ya tengo todo lo que necesito. Siento mucho haberles tenido que dar esta noticia.

—Gracias —dice Lorena bastante afectada y salimos de la comisaría.

Caminamos hasta el coche en silencio y cuando subimos saca su teléfono y escribe algo. Lo guarda de nuevo y pone las manos sobre su cara.

—No lo puedo creer. ¿Quién puede haberle matado...?

—Quizás le hizo algo a algún cliente y este se vengó.

—¿Alacrán? —Me mira ofendida—. Él jamás haría algo así. —Parece que tenían mucha confianza puesta en él.

—Pero es posible que...

—¡NUNCA! —grita antes de que pueda continuar, y su teléfono suena.

—¿Qué ha pasado? —Mi padre habla preocupado al otro lado de la línea.

—Han matado a Alacrán... —gimotea.

—¿¡QUÉ!?! ¿¡QUIÉN!?!

—No lo sabemos. —Le cuenta todo lo que nos ha explicado el agente y siento mi pecho cada vez más oprimido.

—Llamaré de nuevo al agente de México. —Le oigo decir—. Necesito hacerle algunas preguntas. Seguramente él tenga acceso a la información y pueda contarme algo más. Independientemente de lo que me diga, lo prepararemos todo para irnos de aquí mañana mismo. En el momento que comiencen con las investigaciones llegarán hasta nosotros y no podemos arriesgarnos.

«No... no... no...», digo mentalmente mientras retengo el aire. No puedo permitir que hagan eso. No pueden irse.

—Me parece bien. No quiero estar en este país ni un minuto más. Tengo miedo de que el que haya hecho eso a Alacrán nos lo haga a nosotros también.

—Cuando llegues hablamos. —Cuelga y Lorena se queda mirando a la carretera.

Minutos antes de llegar al edificio el teléfono vuelve a sonar, y por la vibración en mi pierna me doy cuenta de que esta vez es el mío. Me muevo hacia un lado para intentar sacarlo de mi bolsillo y cuando veo de quién es la llamada trato de disimular mi nerviosismo. En vez de colgar descuelgo y bajo el volumen para que Lorena no pueda oírle como oigo yo a mi padre cuando hablan ellos dos.

—¿Entonces os vais mañana? —pregunto a Lorena con la intención de que el comisario se entere indirectamente, ya que no puedo hacer otra cosa. Es mi única oportunidad de contarle lo que pasará antes de que lleguemos.

—Sí, bueno... Entiende que hay un loco suelto y no queremos que nos haga lo mismo.

—Pero quizás el que ha matado a Alacrán solo iba a por él.

—Uff, eso es algo que no tengo intención de averiguar.

—¿A dónde iréis ahora? —Intento averiguarlo por si puede ayudar en la investigación.

—No tengo ni idea, tu padre es quien decide esas cosas. A mi cualquier lugar me parece bien. Ojalá podamos irnos hoy mismo...

No dice nada más y conduzco hasta llegar. Aparco y antes de abrir la puerta

mira a través de las ventanillas. Realmente parece asustada. Baja del coche y prácticamente corre hasta entrar. Saco mi teléfono y me doy cuenta de que hace minutos que la llamada se cortó por falta de cobertura. Deben de haber activado de nuevo los aparatos y es posible que no haya podido oír nada... Inspiro profundamente y me armo de valor. Lo único que puedo hacer para evitar que se muevan de aquí es confesar yo mismo. Intentaré reciclar la idea inicial y en vez de contarle a mi padre que me obligó a llevarle al aeropuerto cuando descubrí que le estaba robando la cuenta diré que quiso acabar con mi vida para que no hablara y fue él quien cayó por el barranco.

Bajo del coche y me dirijo al edificio. Busco a mi padre y no le encuentro. Las palmas de mis manos están completamente sudorosas y siento que me falta el aire. Estoy seguro de que no se lo tomará nada bien, y viendo la gran confianza que tienen puesta en Alacrán será muy difícil que consiga que me crea.

Por el pasillo me cruzo con el que tenía que revisar las cámaras, me saluda y entra a una habitación llena de pantallas. Seguramente sea desde ahí desde donde nos abren la puerta de hierro cuando llegamos y es posible que ahí estén las imágenes guardadas. Si tan solo pudiera hacerme con ellas o borrarlas... Pruebo suerte y entro.

—Hola. —Tres hombres se giran a la vez al oírme.

—No puedes estar aquí —dice uno de ellos.

—Solo quería ver cómo es esto —digo mirando en todas direcciones.

—Tienes que salir de aquí. —El que habló con mi padre pone su mano en mi hombro y me saca—. Es zona exclusiva para vigilantes y tu padre nos ha

pedido que adelantemos el trabajo. Lo siento. —Cierra la puerta y me deja fuera.

Durante más de media hora camino por todas partes buscando a mi padre, pero no hay suerte. Entro a mi habitación y me siento sobre la cama. Necesito darle forma a mi coartada para conseguir que sea creíble y no sé cómo hacerlo, confían más en ese cabrón que en mí.

De pronto, oigo una llave y el sonido de una cerradura. Camino hacia la puerta, intento abrirla y para mi sorpresa está cerrada. Alguien me ha encerrado.

—¡Eh! —grito a la vez que golpeo la puerta—. ¡Abridme! —Vuelvo a golpearla—. ¡Os habéis equivocado de habitación! —Me ignoran y temo lo peor.

Las horas pasan y nadie viene. Cada vez que oigo pasos en el pasillo grito, pero es inútil. Todos saben que estoy ahí pero nadie quiere ayudarme. Abro la ventana con la intención de saltar, pero las rejas de hierro no me lo permiten. Mi espalda está envuelta en sudor y me siento sofocado. Busco objetos con los que poder desmontar la cerradura, pero no me sirve ninguno. El sol comienza a salir y cuando voy a asomarme a la ventana de nuevo para ver si les veo, la puerta se abre y varios hombres me sujetan. Intento quitármelos de encima, pero no puedo.

—No te resistas —dice uno de ellos—, tu padre quiere verte.

Al oír sus palabras dejo de forcejear. Está claro que será peor y quiero hablar con él antes de que estos animales me hagan algo. Quizás consiga que me crea.

Casi a rastras me sacan de la habitación. Por el pasillo me van empujando para que camine más rápido y mis pelos se ponen de punta al oír gritos de una mujer. Entramos a una sala y la escena que me encuentro me deja paralizado. Ana está en el suelo y mi padre la golpea sin piedad.

—¿Qué te ha contado esa puta? ¡Dímelo! —Me fijo en una de las piernas de Ana y parece de goma. Se mueve con los golpes como si no tuviera hueso. El muy cabrón se la ha roto. Cuando mi padre se da cuenta de que estoy ahí, me mira y sonrío de esa manera que tanto miedo me daba cuando era pequeño—. Hijo de puta... ¡HIJO DE PUTA! —grita y viene hacia mí—. ¡TRAIDOR!

—¡Te equivocas! —Le digo buscando mantener la calma—. ¡El traidor era Alacrán! —Me mira—. Trató de robarte y cuando le descubrí quiso matarme —carcajea extrañamente y los tres hombres me sujetan con más fuerza—. Te lo estoy diciendo en serio —digo angustiado al notar que mis palabras no sirven—. Él fue quien cambió las claves del banco... Yo mismo lo vi... —Cierra el puño y me golpea con fuerza.

—¿A quién quieres engañar? —Hay rabia en su mirada.

—Si me das unos minutos puedo explicártelo todo.

—¿Y cómo piensas explicarme que fuiste tú quien acompañó a la virgen a denunciarnos a la comisaría de México? —Lanza una patada sobre mi costado y el dolor apenas me deja respirar—. ¿Creías que no me enteraría? —Vuelve a golpearme, esta vez en las costillas, y siento que todo está perdido—. La primera vez que me describió a la persona que iba con ella no imaginé que pudieras ser tú. Pero después de ver las grabaciones y recordar sus

palabras solo tuve que mandarle una foto para que me lo confirmara. Quien me traiciona muere y tú acabas de firmar tu sentencia.

CAPÍTULO 43

No tengo escapatoria. Lo ha descubierto todo y no hay nada que pueda decir o hacer para que cambie de idea.

—Adelante —digo con la esperanza de que sea rápido. Es inútil luchar contra corriente.

—Primero vas a contestarme a lo que te pregunte —agarra en un puño mi pelo y tira de él para que lo mire.

—No tengo nada más que decir. Acaba conmigo de una vez si es eso lo que quieres. Siempre has preferido el dinero antes que a tu familia.

—¡La familia no vale nada! —grita nervioso y tira más fuerte de mi cabello—. Lo único que vale en esta vida es tener los bolsillos llenos. Te da poder, te da lujos y más alegrías que cualquier otra cosa en este mundo.

—Así te va... —digo con desprecio—. Nadie se te acerca si no hay billetes de por medio. —Levanta su mano libre y golpea con fuerza mi cara.

—Eres un maldito desagradecido. Debí matarte cuando la perra de tu madre se suicidó.

—¿Y por qué no lo hiciste? Habríamos salido ganando los dos. —Paso la lengua por mis labios para calmar el dolor—. Ni tú hubieras tenido que

cargar conmigo ni yo tendría que haberme avergonzado toda mi vida de ti. Eres un ser despreciable. No eres más que un puto viejo verde... —Antes de acabar la frase golpea mis costillas con su rodilla haciéndome expulsar todo el aire de los pulmones.

—Y ahora me vas a contar hasta dónde sabe la policía de esto. —Levanto la mirada y le sonrío con sarcasmo.

—Tendrás que descubrirlo tú solito. —De nuevo sus nudillos golpean mi cara y un fuerte dolor se centra en mi pómulo. Es tan intenso que tengo que cerrar los ojos para aguantarlo.

Cuando va a repetir el golpe, el sonido de varios cristales rompiéndose nos hace mirar a todos en la misma dirección. Ana, tratando de arrastrarse, se ha sujetado a un mantel y todo lo que había sobre la mesa ha caído al suelo.

—Jefe —habla uno de los empleados mientras se acerca a ella—, ¿qué hacemos con esta perra? No creo que nos sirva de mucho después de cómo la has dejado. La factura médica nos saldrá por un pico.

—Mátala —dice como si nada—, y entiérrala donde nadie pueda encontrarla.

—Perfecto. —Agarra a Ana de su larga melena y tira de ella para sacarla de la habitación.

—Espera un momento. —Le detiene y camina hacia ellos—. Es tu última oportunidad, perrita. —Se inclina para hablarle—. Es la última vez que te lo pregunto. Eres amiguita de la virgen y has estado conviviendo con ella. ¿Qué te contó? ¿Vendrá alguien a rescataros? —Agarra con fuerza su mentón—.

Estoy seguro de que el traidor de mi hijo os ha tenido bien informadas todo este tiempo. —Me mira por un segundo—. Pasaste horas con él en una habitación. ¿Qué sabes? —Ana baja la mirada ignorándole y la zarandea con violencia—. ¡Habla, maldita sea!

Ana, lejos de contestarle, escupe sobre su cara. La vena de su sien comienza a hincharse y espero lo peor. Saca un pañuelo de su bolsillo y antes de secarse con él lanza una patada sobre el rostro de la pobre chica haciendo que su cabeza se sacuda peligrosamente.

—¡NO! —grito e intento soltarme. Le debe de haber ocasionado una fuerte lesión en el cuello. Al ver que me preocupo por ella, vuelve a hacer lo mismo y Ana acaba perdiendo la conciencia—. ¡CABRÓN! —Temo que el segundo golpe haya acabado con su vida—. ¡HIJO DE PUTA! —Forcejeo para desatarme y cuando noto que estoy cerca de conseguirlo alguien pasa una soga por mi cuello.

Tenso mis músculos cuando tiran de ella y el roce comienza a irritarme la piel. A medida que pierdo fuerza, la soga se aprieta más alrededor de mi cuello y empiezo a notar asfixia. Por más que intento agarrarla con mis dedos para aflojarla, es inútil, está tan hundida en la piel que no hay espacio suficiente para ello. Clavan una rodilla en mi espalda para hacer más fuerza y mi tráquea se cierra tanto que mi lengua comienza a estorbarme dentro de la boca. La cuerda me aprieta cada vez más y el aire ya no me entra.

Las rodillas me flojean y en un desesperado intento, alzo los brazos buscando a la persona que tengo detrás, pero es inútil. No le alcanzo. Mi corazón parece querer salirse de mi pecho y bombea en mis sienes con tanta

fuerza que estoy seguro de que mis venas podrían reventarse en cualquier momento. Agotado, dejo de luchar, y cuando estoy a punto de desmayarme oigo a mi padre hablar.

—Soltadle. —Todos me sueltan y caigo al suelo.

Un fuerte ataque de tos se apodera de mí al tiempo que trato de inhalar ansiosamente. Si aún estaba en pie, era porque ellos me sujetaban. La apnea ha debilitado todos mis músculos. Aunque ya no tengo la cuerda alrededor del cuello, todavía la siento como si estuviera ahí. Me esfuerzo por levantarme, pero mi cuerpo pesa tanto que todavía no puedo. Necesito oxígeno.

—¿Vas a hablar? —Niego con la cabeza porque soy incapaz de emitir ningún sonido—. Um... está bien. Adelante.

De nuevo la soga me rodea, y aunque intento resistirme se hacen conmigo. La angustia es extrema y varias lágrimas saltan de mis ojos. Todo comienza a volverse negro y dejo de pelear. Prefiero morir antes de que sigan torturándome de esta manera.

—Parad. —Oigo su voz lejos y esta vez caigo desplomado. Ni siquiera puedo poner las manos en el suelo para amortiguar el golpe—. ¿Has cambiado de opinión ya? —Se inclina para hablarme—. Podemos seguir así todo el día.

—Mué... re... te —consigo decir entre jadeos.

—Siento decepcionarte, pero no seré yo quien muera hoy. —Pone su pie en mi cabeza y carga parte de su peso en él para hacerme más daño.

Algo cae muy cerca de mí y mi padre se retira rápidamente de mi lado. Alzo la mirada extrañado para descubrir qué está pasando y veo que tiene las manos sobre su rostro y de entre sus dedos caen varias gotas de sangre. Todos corren a socorrerle y a medida que voy recuperando mi fuerza puedo levantarme. Nadie sabe qué ha pasado hasta que un trozo de cristal impacta en uno de los empleados.

—¡Ha sido ella! —gritan y me fijo en que Ana es quien está lanzando los vidrios. Respiro aliviado al verla despierta y moviéndose.

—¡Acabad con ella! —Mi padre la señala y deja al descubierto una profunda herida en su mejilla.

Dos hombres se echan sobre ella y grito desesperado lo primero que viene a mi mente.

—¡El dinero que ganaste con la virgen es falso! —Necesito evitar que le hagan más daño.

—¿Qué acabas de decir? —Todos se olvidan de Ana y me prestan atención a mí. Rápidamente me arrepiento de lo que he dicho, pero soy consciente de que ya no hay marcha atrás.

—La venta fue una farsa. El jeque que compró a la chica está colaborando con la policía.

—¡MIENTES! —Hay terror en sus ojos. Es lo último que esperaba oír, y más sabiendo que ya había hecho planes con él y tenía dónde invertirlo.

—No estoy mintiendo. —Miro a Ana para asegurarme de que está bien—. Ese dinero desaparecerá de tu cuenta en unos días y soy el único que sabe

cómo transferirlo de un banco a otro para que no lo encuentren—. Paso los dedos por mi cuello y me muevo nervioso—. Yo tengo la contraseña de la cuenta que no puedes abrir, y es la única a la que no pueden tener acceso, ya que está dentro de un paraíso fiscal y no se permite el intercambio de información.

—No te creo... —Está empezando a darse cuenta de que lo que le digo puede ser verdad.

—Cuando ya no tenga remedio verás que es cierto y para entonces será tarde. —Me cuesta tragar saliva—. Deja libre a las chicas y yo haré el resto para que no tengas problemas. —Me mira con su frente arrugada. Sé que está pensando.

—Hagamos un trato —sonríe falsamente mientras camina hacia mí—. Yo no mato a las perras y tú haces lo demás. Y si estás tratando de engañarme, cosa que averiguaré muy pronto, me cargaré a todas esas zorras lentamente delante de ti. Una por una y después continuaré contigo.

—Déjalas libres o no hay trato.

—Claro que lo hay... Pero si lo prefieres, puedo empezar ahora mismo. — Hace un gesto para que le acerquen a Ana y cuando la tocan, grita de dolor. Su pierna está cada vez peor y temo que la fractura esté comprometiendo su circulación—. Me ayudarás, ¿verdad? —Me arrepiento de habérselo contado. Lo único que he ganado ha sido algo de tiempo y no ha servido de nada—. Traer el ordenador. —Uno de los empleados sale de la habitación e imagino que va a buscarlo. Cuando regresa lo pone sobre una mesa. Mi padre me señala una silla y me siento frente a él. Compruebo varias cosas y me doy

cuenta de que no tiene conexión.

—Debes apagar los inhibidores o no conseguiré nada.

—Chico listo. —Mira a uno de sus empleados y este ya sabe lo que tiene que hacer. Sale por la puerta y un par de minutos después ya tengo acceso a internet—. Anota en ese documento la nueva contraseña —señala la pantalla—. Quiero comprobar que es esa la que utilizas para entrar.

Sigo todos los pasos y finalmente la cuenta se abre. Aparta mis manos del teclado y comienza a mirar los últimos movimientos. Al darse cuenta de que he sacado dinero sin su consentimiento no dice nada y es algo que me sorprende. Solo trata de controlar su respiración para que no se haga sonora. Cuando termina de revisar, se aparta y continúo.

Tecleo con habilidad y antes de darle al botón *enviar*, un escalofrío recorre mi espalda. Me siento mal por lo que estoy haciendo y mi padre, al notar que me lo pienso demasiado, pulsa el botón por mí y la transferencia se realiza con éxito.

—Ojalá no puedas disfrutar nunca de ese dinero —digo con rabia.

—Eso es algo que tus ojos no verán. Ahora echa las manos hacia atrás. —Me niego y sus empleados me fuerzan. Con la cuerda de antes atan fuertemente mis muñecas y cuando se aseguran de que están bien amarradas me giran hacia Ana—. Vas a ver un espectáculo sin igual —susurra en mi oído y mis ojos se abren. Antes de que pueda decir nada, saca una pistola, apunta a Ana y aprieta el gatillo.

—¡NOOOO! —Intento correr hasta ella, pero las mismas manos que me

ataron me sujetan y no me dejan moverme—. ¡NOOO! —grito y vuelvo a intentar levantarme, pero al tener los brazos inmovilizados no puedo quitármelos de encima. Una gran mancha de sangre empieza a extenderse sobre su pecho y me vengo abajo. Si hubiera hecho caso al comisario esto no habría pasado.

—Y ahora que ya has hecho tu trabajo, despídete. Vas a reunirte con ella.
—Pone el arma sobre mi sien y oigo como apoya el dedo en el gatillo. Inspiro profundamente y espero mi final—. Di adiós, Izan. Dale recuerdos a tu madre de mi parte.

CAPÍTULO 44

—¡ESPERA! ¡ESPERA! —grito en el último segundo—. ¡Hay otra cosa más! —Noto que mi excusa funciona y he captado su atención—. Tengo que contarte algo.

—Habla. —Mi corazón está a punto de pararse. Nunca me he sentido tan cerca de la muerte. En un desesperado intento, trato de soltar mis manos sin que se note.

—Verás... —No sé qué contarle y temo que se dé cuenta de que solo estoy buscando tiempo—. Alacrán me contó algo antes de morir... —Aprieta el arma contra mi cabeza al oír su nombre y mi boca se seca.

—¡Habla! —Clava más fuerte el cañón de la pistola en mi frente.

—Me dijo que... —Tenso los músculos de los brazos con todas mis fuerzas y me mira extrañado—. Me dijo queeee... —Todo mi cuerpo tiembla por la fuerza que estoy ejerciendo y un fuerte gruñido sale de mi garganta—. ¡Queee teee espera en el infiernooo! —La cuerda cede, levanto las manos rápidamente y agarro la pistola para apartarla de mi cuerpo. El arma se dispara y la bala rompe una de las lámparas que hay en el techo. Todos se inclinan temiendo por sus vidas y mi padre les grita.

—¡AYUDADME! —Nadie le hace caso y aprovecho para golpear con fuerza mi cabeza contra la suya. Al impacto cae al suelo, y el arma queda en mis manos.

—¡Quietos! —grito mientras les apunto. Pretenden huir, pero lo evito—. ¡No dudaré disparar al que se mueva! —Mi padre intenta levantarse, pero no puede. Le he dado tan fuerte que se sentirá mareado por un buen rato. Mis manos tiemblan por la situación y siento que no sabré manejarla. Seco rápidamente con el dorso de mi mano la sangre que gotea por mi ceja y me fijo en que Ana todavía se mueve—. ¡Tú! —Señalo a uno de los que está más cerca—. Presiona su herida. —No sé cómo reaccionar y creo que perderé el control en cualquier momento—. Los demás —me miran— ¡todos a ese rincón! —Quiero tenerlos juntos y localizados.

Me inclino y con la mano libre agarro la ropa de mi padre y lo levanto del suelo. Tiene las manos puestas sobre la cabeza y no se resiste.

—Cabrón, vas a pagar por esto. —No parece encontrarse muy bien. Me pongo a su espalda y tuerzo uno de sus brazos sobre ella para reducirlo. No quiero que haga ningún movimiento extraño. Pongo la pistola en su nuca y les hablo.

—¡Cargad a Ana y caminad todos a la sala de los inhibidores! —Me obedecen y caminan delante de mí. No puedo perderles de vista.

—Reconozco que tienes cojones, hijo. —Me habla mi padre—. Si tú quisieras... juntos podríamos...

—Cállate. —Tuerzo más su brazo y grita—. Abrid la puerta y entrad —digo cuando llegamos y todos lo hacen—. Tú —señalo al más alto—, rompe

los aparatos. —Mira a mi padre sin saber qué hacer y le apunto con el arma—. ¡RÓMPELOS! ¡Lánzalos contra la pared! —Lo hace y siento alivio. No me creo capaz de apretar el gatillo, pero por suerte ellos no lo saben.

Cuando me aseguro de que han quedado inservibles, les hago entregarme la llave de la habitación y les cierro en el cuarto con la amenaza de que si Ana ha muerto cuando vuelva, todos correrán su misma suerte. No hemos dado ni dos pasos cuando nos encontramos a dos empleados más y tengo que apuntarles y amenazarles para que ellos también me obedezcan. Finalmente ceden y consigo que abran la puerta de metal y corten la electricidad de las vallas antes de encerrarlos con los demás.

—¿Dónde vamos? —Mi padre vuelve a intentar hablarme y le mando callar de nuevo. No soporto su voz.

Caminamos por el largo pasillo y llegamos hasta la parte de las puertas con cerrojos.

—Tú las encerraste, tú las liberarás. —Me aparto de él mientras le apunto y me mira con rabia.

Metó la mano en el bolsillo y saco el teléfono. Tengo que llamar a una ambulancia para Ana y a la policía.

—Mierda —digo en alto al ver que mi móvil está sin batería—. Dame tu teléfono. —Me mira y sonrío.

—No lo tengo aquí.

—¡Dámelo! —repito bastante más alterado.

—Te acabo de decir que no lo tengo.

Lejos de creerle, le obligo a vaciar sus bolsillos y dice la verdad. Inspiro tratando de buscar una solución rápida y no puedo pensar con claridad. La presión está ganándome.

—¡Abre los cerrojos! —mis nervios cada vez se hacen más evidentes.

Uno a uno los va abriendo todos. Algunas chicas se atreven a asomar la cabeza mientras otras no salen de las habitaciones.

—Ayudad a las demás —les digo a las que parecen más fuertes—. Sois libres, tenéis que salir de aquí —no reaccionan—. ¡Vamos! —Tengo que gritarles para que se muevan. Están tan aterradas que no se atreven a hacer nada por miedo a que les golpeen después. —El portón de hierro está abierto, seguid el camino y llegaréis a la ciudad.

Miro hacia un lado y veo que por una de las puertas asoma una cabecita mucho más pequeña que las demás. Poco a poco, la pequeña persona va saliendo y quedo totalmente paralizado al descubrir que es una niña de no más de 12 años.

—No... no... no... —Por un momento creo estar viviendo una pesadilla y mis ojos se llenan de lágrimas—. Dios mío... —Quedo en *shock* por unos segundos. Ahora ya sé de quién era aquel llanto tan joven que creí oír una de las veces.

Mi pecho se llena de rabia y la impotencia es tal que si antes no me veía capaz de matar a nadie, ahora podría acabar con cualquiera.

La niña, al darse cuenta de que la estoy mirando, se esconde de nuevo. Me siento tan mal por ella que comienzo a llorar. Si ya me parecía atroz lo que

querían hacer con Sara y lo que estaban haciendo con las demás... esto ha terminado de romper mi alma.

De pronto me doy cuenta de que tengo que seguir vigilando a mi padre, y al girarme para buscarle con la mirada ya no está.

—¡Por allí! —dice una de las chicas. Corro tras él y cuando salgo al segundo pasillo, no le veo.

—¡Mierda! —Hay tantas puertas que no sé por dónde empezar a buscar. Puede haber entrado o salido por cualquiera de ellas. Valoro la situación y regreso con ellas. Tienen que salir de aquí ya. Es lo más importante en este momento.

Corro por el pasillo de vuelta y cuando llego están desatando a la última que queda.

—¿Le has encontrado? —pregunta asustada una de ellas.

—No, pero no hay tiempo. ¡Vamos! —Entro a la habitación de la niña, y sin soltar el arma alzo a la pequeña en mis brazos para ir más rápido.

—No me haga daño, por favor. —Llora en mi hombro y mi corazón se parte. Ni siquiera se resiste.

—Tranquila, preciosa. —La miro—. Yo soy de los buenos y voy a sacarte de aquí. Te llevaré con tus padres.

—No, por favor. —Llora más fuerte—. Con mis padres no...

—¿Cómo? —pregunto sorprendido.

—Mi papá abusaba de mí y mi mamá me vendió al hombre malo porque

decía que era yo quien le provocaba.

—Oh, Dios mío... —Mi estómago se revuelve y siento náuseas. ¿Pero en qué puto mundo vivimos? ¿Qué coño está pasando? Me obligo a no pensar en ello por el momento para tener la mente despejada y salgo al pasillo donde están las demás chicas esperándonos.

—Nos van a matar. —Llora una de ellas asustada.

—Es preferible eso que seguir aquí —dice otra.

Caminamos rápido y voy mirando por todas partes. Temo que mi padre nos sorprenda y haya conseguido otra arma. Conociéndole no me sorprendería en absoluto. El pasillo parece mucho más largo esta vez. Tengo tantas ganas de que logren escapar que se me está haciendo eterno llegar a la salida.

Le entrego la niña a una de ellas y me pongo delante. Si alguien tiene que enfrentarse con él, quiero ser yo. Así tendrán alguna oportunidad más.

Cuando por fin diviso la puerta me siento aliviado, y a medida que nos acercamos a ella mi tensión aumenta. Siento que yo también de alguna manera estoy alcanzando la libertad. Sé que ayudar a estas mujeres me dará la paz mental que necesito.

—No paréis. Seguid el camino hasta que lleguéis a la ciudad o encontréis a alguien y pedid ayuda.

—¿No vienes con nosotras? —me preguntan.

—No. Ana está herida y quiero ver si puedo hacer algo por ella. Aunque me temo que... —Sacudo la cabeza para borrar la imagen—. Además, quiero solucionar algo. —Miro hacia el interior—. Cuidad de la pequeña, que no la

regresen con sus padres, ella misma os contará la razón. —La miro y tiene los ojitos empañados—. Decidle a la policía que manden una ambulancia. ¡Vamos!

Al oír mi última palabra corren y me quedo mirando como se marchan. Con cada paso que dan están más cerca de volver a ser quienes eran. No será fácil y tendrán que luchar contra sus demonios, pero su familia y sus amigos les ayudarán a volver a la normalidad.

De pronto algo se mueve entre los árboles, miro rápidamente y veo varios pájaros volar. Algo brilla cerca del tronco y por más que intento enfocar no distingo lo que es. Otro destello llama mi atención, ahora en otro árbol distinto. «Qué extraño», me digo. No creo que sea mi padre, no puede estar en dos sitios a la vez y juraría que no ha salido del edificio. Su coche sigue ahí y si así fuera, ya se hubiera ido para evitar riesgos.

Inspiro hasta llenarme el pecho y aprieto el arma con los dedos. «Tengo que acabar con él. No pienso dejar que vuelva a hacer daño a nadie más». Con ese pensamiento entro de nuevo y recorro el largo pasillo.

Abro cada puerta que encuentro a mi paso y reviso el interior, pero no hay nadie. Quiero saber cómo está Ana y camino sin hacer ruido hasta la habitación de los inhibidores. Escucho antes de abrir y se oyen murmullos. Siguen dentro. Cuando voy a introducir la llave en la cerradura, creo ver a alguien por el rabillo del ojo y cuando voy a comprobarlo, oigo un disparo. Un fuerte dolor atraviesa mis costillas y mi cuerpo comienza a caer sin control. Antes de que mi cara toque el suelo puedo ver las piernas de Lorena, y a unos metros de distancia varias sombras negras.

CAPÍTULO 45

SARA

—Buenos días, Sara. ¿Lo tienes ya todo empaquetado? —me pregunta el hijo del jeque. Hoy por fin veré a mi familia.

—Todo lo que necesitan diez personas. —Señalo la cama y sonrío. Hay ocho maletas sobre la colcha.

—Solo queríamos hacerte sentir bien y pensamos que quizás todas estas cosas de mujeres te ayudarían. —Me han comprado ropa, perfumes y maquillajes de todo tipo.

—Gracias por todo lo que estáis haciendo. —Nada de eso puede calmar mi dolor, pero les agradezco el gesto. Sé que lo hacen de corazón y para agradarme. Nunca imaginé que me arrepentiría de todo lo que les dije en el coche cuando me compraron. Hasta que no nos alejamos varios kilómetros, no me contaron la verdad y tuvieron que oír muchas cosas salir de mi boca.

El hijo del jeque da dos palmadas y cuatro sirvientes entran a por las maletas. Su teléfono suena y lo busca entre la túnica. Cuando lo consigue sacar, no puedo evitar mirar fijamente a todos los brillantes de su carcasa. Solo con lo que vale la funda de su móvil podríamos vivir mi familia y yo

toda la vida. No entiendo tantos lujos.

—Hola, amigo, ¿cómo estás? —Me mira y sale al pasillo para conversar. Aunque se aleja, le oigo—. Bien, ya estamos preparándolo todo para el viaje, España nos espera. —Silencio—. ¿En serio? ¿Ya?... Pensé que lo estarías preparando todo para la semana siguiente... —Escucha durante un par de minutos y su cara pasa por varias expresiones. Mi corazón late con fuerza al intuir quién es y de qué hablan—. ¿Ha habido bajas? —Arruga las cejas y ahora soy yo quien le mira fijamente—. Ohm... qué lástima. Lo siento de veras... —Levanta la mirada y me descubre observándole—. Sí. Sí, lo entiendo. Puedes estar tranquilo, no diré nada. —Otra pausa—. Te paso con la chica. —Se acerca a mí y me entrega el teléfono. Lo tomo con la mano temblorosa y me lo pongo en la oreja con reparo. Esa funda no está hecha para mí.

—¿Sí? —respondo para que el que está al otro lado sepa que escucho.

—Sara, soy el comisario. ¿Cómo estás?

—Hola, comisario. Pues la verdad que un poco alterada. He oído algunas palabras sueltas y temo por lo que pueda contarme.

—Tranquila. Solo quería informarte de que desde ayer las chicas ya son libres. —Pongo rápidamente la mano en mi pecho al oír su noticia—. Hemos tenido que adelantar la redada por la urgencia de la situación, pero por suerte, y aún con el poco tiempo que hemos tenido, ha sido un éxito. —Mis ojos se llenan de lágrimas.

—¿Cómo es eso? Explíqueme más, por favor. —No puedo creer lo que me está contando.

—¡Ya son libres, Sara! —Entiende que estoy en *shock* y trata de hacerme reaccionar—. Estamos desmantelando toda la red y en los próximos días vamos a liberar a varios grupos de chicas más.

—Oh, Dios... —Noto el calor de mis lágrimas correr por la cara. Recuerdo la pregunta del jeque y quiero saber más—. ¿Están todos bien? ¿Ha habido algún herido?

—Por desgracia sí, pero no por nuestra intervención. Cuando llegamos el mal ya estaba hecho.

—¿A quiénes? —Silencio—. ¿A quiénes han herido, comisario? —repito para que conteste rápido. Siento que me va a dar un ataque.

—A una de las chicas.

—¿A quién?

—Nos han dicho que es Ana. No tenía documentación, pero todas coinciden en que es ella.

—¡ANA! —Pongo ahora la mano sobre mi boca para acallar un grito—. No... Dígame cómo está, por favor. ¿Qué le han hecho?

—Le han disparado.

—¿Ha muerto? —Mis pulsaciones cada vez son más rápidas.

—No te voy a mentir, Sara. No ha muerto todavía, pero está muy mal. Aníbal le disparó en el pecho y tiene varios huesos fracturados.

—Mi pobre Ana... —Lloro. Ha sido mi único apoyo mientras estábamos allí y una de las que más ha sufrido. No puedo creer que con lo mal que lo ha

pasado también le hayan hecho esto.

—¿Dónde está? —Ella se quedará en Colombia hasta ver qué pasa. No pueden moverla de allí. Su cuerpo no aguantaría el viaje de regreso a España. Van a intentar salvarla, y si no lo consiguen, nos enviarán sus restos.

—¿De verdad está tan mal? No es justo. —Seco mis ojos con los dedos—. No imagina todo lo que ha pasado.

—Puedo imaginarlo...

—¿Qué sabe de Izan? —recuerdo que dijo que se quedaría para echar una mano, y aunque me ha roto el corazón en mil pedazos, no puedo evitar preocuparme por él. Después de todo me ha salvado—. ¿Cómo está?

—Em... bien. —Silencio—. Imagino que está bien.

—¿No ha hablado con él? Dijo que se quedaría para ayudar.

—Sí... de hecho ha sido un héroe... —oigo como traga saliva—. Gracias a él se han salvado todas las chicas...

—¿Ocurre algo? —Noto rareza.

—No, no. Tranquila. Las chicas ya están a salvo y todo va sobre ruedas. Tengo que dejarte. Que tengas buen viaje, Sara. Nos vemos en España.

—Sí. Allí nos vemos, comisario. —Cuelga y me quedo mirando al vacío.

—¿Te encuentras bien? —pregunta el hijo del jeque y me saca de mi estado.

—Sí, es solo que no me quedó buena impresión. Sentí que me ocultaba algo. —Le entrego de nuevo su aparato.

—El comisario puede llegar a ser muy misterioso, no te preocupes. —Me guiña un ojo para quitarle importancia—. Vamos a terminar de cargar esto o llegaremos tarde a nuestro vuelo. —Hace señales de nuevo a los sirvientes y estos terminan de recogerlo todo.

—De acuerdo... —digo poco convencida.

Diez minutos después bajamos y ya están todos esperándonos. Hay unos diez coches en la puerta mucho más lujosos que los anteriores y cargados de bolsas. Al notar que me quedo mirando, el hijo del jeque habla.

—Son algunos recuerdos de este país para nuestras esposas. Yo solo tengo cuatro, pero mi padre tiene siete y son todas muy caprichosas.

—Vaya... —Jamás entenderé el amor en esa cultura. Aunque la verdad es que tampoco lo entiendo en la mía.

La imagen de Izan regresa a mi mente y vuelvo a notar ese dolor tan desagradable en el centro de mi pecho. Hace dos días que se fue y no he podido dejar de pensar en él ni un solo instante. Estoy demasiado confusa con todo lo que ha pasado y quizás sea por eso que tenga sentimientos encontrados. Noto rabia cuando recuerdo cómo se fue y a la vez una enorme gratitud por todo lo que ha hecho para salvarme. ¿Por qué se arriesgó tanto conmigo? ¿Por qué me protegió casi con su vida hasta hace solo unos días? ¿Por qué me besaba y me hizo creer que sentía cosas por mí, si después se ha marchado así? Inspiro sonoramente.

—¿Nos vamos? —dice el hijo del jeque mientras abre la puerta de uno de los coches para que suba.

—Sí —fuerzo una sonrisa mientras me acomodo.

Se sienta a mi lado y me tenso. Desde que ocurrió todo esto no soporto a ningún hombre cerca y me siento muy incómoda con su presencia. Pensé que esta sensación de miedo desaparecería cuando saliera del edificio, pero no ha sido así. Aunque me aseguren que no me harán nada, como ha hecho el hijo del jeque cada vez que lo ha notado, nunca acabo de fiarme. Al único al que le he permitido invadir mi espacio personal en los últimos días ha sido a Izan, pero él también me ha dañado, aunque haya sido de manera diferente. Después de esta experiencia, creo que no permitiré nunca más a ningún hombre acercarse. El sexo masculino para mí ha acabado convirtiéndose en un sinónimo de dolor.

De camino al aeropuerto, mi mente divaga buscando algo en lo que pensar que no se parezca a lo que he vivido, pero es imposible. Apoyo la frente en la ventanilla y me siento apenada por Ana. Aún recuerdo la primera vez que la vi. Tan alegre... tan ilusionada... Le han destrozado la vida en todos los aspectos. El comisario ha dicho que está mal y aunque me duela reconocerlo, deseo con todas mis fuerzas que si consigue recuperarse, pierda la memoria. Es preferible empezar de nuevo que vivir con este recuerdo toda la vida.

Paso los dedos por mi tatuaje y lo miro. Cada vez que lo veo siento que soy una propiedad y no una persona. Cuando llegue a España intentaré eliminarlo. Una chica de la universidad consiguió borrar uno de su piel con tratamiento láser y yo haré lo mismo.

—Hemos llegado. —Oigo decir al hijo del jeque y miro a mi alrededor—. No pudimos volver en nuestro avión privado porque está en reparación.

Salimos de los vehículos y dos horas después estamos en primera clase rumbo a España. Por suerte es una mujer quien se sienta a mi lado y lo agradezco. Mientras algunos pasajeros se acomodan, no dejo de mirar a todos los que entran. En mi interior tengo la esperanza de que Izan venga a buscarme... Pero todo se esfuma cuando las ruedas del avión dejan de tocar el suelo.

Me recuesto en el asiento con la sensación de que me dejo parte mí en Colombia, y tras varios días sin pegar ojo por fin consigo relajarme y me duermo.

—Sara. —Alguien sujeta mi brazo y me asusto—. ¡Sara! —Alzo la mirada y veo que es Aníbal.

—¡NO! —grito histérica y trato de huir. Creí que todo había acabado—. ¡NOOO! —Vuelvo a gritar y abro los ojos rápidamente. De pronto, me encuentro recostada en el asiento del avión y hay varias personas mirándome.

—Tranquila, Sara... —Sofocada, trato de enfocar y me doy cuenta de que es el hijo del jeque y no Aníbal, como creía—. Es solo una pesadilla —dice a los pasajeros—. Tranquila, hemos llegado. Estás a solo unos minutos de abrazar a tu familia.

Miro por la ventanilla y reconozco el lugar. Es el aeropuerto de Madrid. Mi respiración comienza a acelerarse y me pongo en pie. Mis piernas están dormidas por la cantidad de horas que he pasado en la misma postura y temo caerme. El hijo del jeque me ofrece su mano y disimulo sujetándome al asiento delantero para no tomársela.

Cuando salimos del avión, todo mi cuerpo comienza a temblar de manera

incontrolable. Antes de llegar a las puertas tengo que detenerme para tomar aire. Estoy tan asustada por sus reacciones que creo que podría desmayarme en cualquier momento. Por fin estoy aquí.

CAPÍTULO 46

—¡SARAAA! —Reconozco la voz de mis hermanos y busco entre la gente. Dos personitas vienen corriendo hacia mí como si no hubiera un mañana y mi pecho se hincha.

—Oh, Dios mío... —Abro los brazos y les espero. Estoy tan emocionada que hasta me he olvidado de cómo se respira. Se lanzan contra mi cuerpo y me rodean.

—Sara... —Eric llora agarrado a mi cintura y Carlos a mi cuello. Parecen más altos. Froto sus espaldas mientras lloro emocionada con ellos.

—Os quiero. Os quiero mucho —sollozo.

—Sabía que volverías. Te quiero mucho, Sara. —Carlos siempre evita mostrar sus sentimientos, pero esta vez no parece importarle. Eric es incapaz de hablar debido a su llanto.

Alzo la mirada y veo a mi madre entre las demás personas. Con la mano se está tapando la boca y Lucas le está sujetando del brazo. Parece más delgada y débil.

—Vamos con mamá, chicos —les hablo al oído y asienten.

Caminamos los tres en dirección a ellos y Lucas sonrío ampliamente,

aunque también parece afectado.

—Sara, hijita mía. —Es lo único que mi madre dice antes de echarse sobre mí. Apenas se tiene en pie y tengo que sujetarla para que no caiga al suelo. Al notar lo, Lucas me ayuda.

—Mamá... —Lloro en su hombro y la aprieto contra mí. Saber que sigue aceptándome después de lo que ha pasado me hace sentir bien. El olor de su cabello junto a su cercanía me relaja. Mi madre siempre ha sido el mejor bálsamo para mí.

—Santo Dios, Sara. No imaginas el infierno que hemos vivido... —Los brazos de Luc nos rodean a mi madre y a mí y me siento mal por tener que luchar para no apartarme. Él no me ha hecho nada—. Ha sido horrible no tener noticias tuyas.

Mi madre comienza a perder la poca fuerza que le quedan a sus piernas y mi hermano Carlos corre a por una silla. Sabiendo lo que tiene que hacer, la pone cerca de nosotros y con cuidado la sentamos.

—Mamá. —Me coloco en cuclillas frente a ella para que me vea—. Tranquila, ¿de acuerdo? —Acaricio su cara y limpio varias lágrimas de sus ojos con mis dedos—. Ya estoy aquí. No volverá a pasar. —Mueve su boca, pero no habla—. Ya estoy aquí... —Me arrodillo frente a ella y pongo la cabeza en su pecho mientras me abrazo a su cintura. Necesito tanto de su contacto que hasta duele—. No volverán a separarnos...

—Sara —reconozco la voz del hijo del jeque y me giro—, siento interrumpir esto, pero nosotros tenemos que marcharnos ya. Ha sido un placer conocerte. —Estira su mano y con reparo se la tomo—. Oraré para que

todo te vaya bien a partir de ahora. Esas personas de allí te acompañarán a un hospital para que te hagan un chequeo —señala a dos policías—. Después podrás volver a casa.

—Muchas gracias por todo. Sin vosotros no estaría ahora mismo junto a mi familia. —Siento una enorme gratitud, pero sujeto mi impulso. Hace solo unas pocas semanas le hubiera abrazado como agradecimiento sin ningún tipo de reticencia, pero ahora me doy cuenta de cuánto me va a costar superar esto.

Cuando el hijo del jeque se marcha, los dos policías se acercan y nos escoltan hasta un hospital.

Al llegar, me apartan de mi familia y me hacen esperar en una consulta vacía. Tras varios minutos allí sentada, la puerta se abre y un médico alto, rubio y con los ojos muy azules me saluda. Dice ser traumatólogo e internista, y como si pudiera leer mi mente, se sienta bastante alejado de mí y me observa. Mira las lesiones de mis muñecas, los arañazos de mi cuello y de mi rostro y anota algo en un papel.

Cuando creo que ha terminado, comienza a hacerme varias preguntas sobre lo ocurrido e insiste en saber si tengo algún dolor. Durante la charla evita hacer movimientos rápidos con su cuerpo y eso me hace sentir bastante cómoda. Debe de tener una gran experiencia con mujeres que han pasado por algo así.

Nada más acabar, llama a las enfermeras y sale de la habitación mientras estas me desnudan y me ayudan a ponerme una bata. Cuando estoy preparada, me llevan a una sala donde me hacen varios análisis y algunas

radiografías antes de regresar de nuevo a la consulta. Cuando he terminado de vestirme, vuelven a llamar al doctor y este me explica que aparte de tener anemia y carencia de algunas vitaminas, todo parece estar en orden, pero que tengo que volver en unos días para hablar con la psicóloga. Me anotan algunas citas en una cartulina y nos marchamos.

Una vez en el coche, empiezo a notar que Luc no toma la ruta habitual y pregunto.

—¿Dónde vamos?

—¡Es verdad, que tú no lo sabes! —contesta Eric efusivo.

—¿El qué no se, cariño? —Pongo mi mano en su pequeña cara y le sonrío.

—Que ahora vivimos en otra casa. —Varios recuerdos vienen a mi mente y entiendo lo que quiere decirme. La última vez que llamé a Luc le pedí que pusiera a salvo a mi familia, ya que tenía miedo de que Aníbal les mandara hacer daño—. El gigante nos ayudó.

—¿El gigante? —Miro a mi madre para que me dé una respuesta a lo que acaba de decir mi hermano.

—Sííí —grita Eric y alza sus brazos para enseñarme sus músculos. Instintivamente viene la montaña de carne a mi mente—. Y además nos manda muchos juguetesss.

—¿Cómo? ¿Le habéis visto? —Vuelvo a mirar a mi madre.

—Antes de viajar a México vino a vernos. Quería saber si te habías ido por voluntad propia. Desde entonces hemos hablado muchas veces por teléfono. El hijo de ese delincuente no es como él, y nos ha estado ayudando y

preocupándose por nosotros todo este tiempo.

—¿Izan?

—Sí... —Antes de continuar, Carlos la interrumpe.

—Nos mandó un montón de dinero. Y mira qué me he comprado. — Levanta sus pies y me enseña unas zapatillas nuevas en las que no me había fijado—. ¡Son las Nike que yo quería!

—¿Alguien puede explicármelo? —Siento confusión.

—Ese tío se debe de haber sentido responsable por lo que ha hecho su padre y ha querido lavar su conciencia —responde Luc con desprecio—. Ha mandado una gran cantidad de dinero a tu familia y está pagando el alquiler de la casa. Con los regalos que envía solo quiere eso. Limpiarse.

—¿En serio? —No imaginaba que la montaña se hubiera implicado a este nivel.

—Sí, hija, no se le ve mal muchacho. —Mi madre intenta defenderle de las acusaciones de Lucas—. Nos ha mantenido informados de todo y no me quedó más remedio que aceptar el dinero, porque el miedo me pudo y no podíamos mudarnos de casa si no era así. Por nada del mundo hubiera puesto en riesgo a tus hermanos. Pero ya le dije que haría lo que pudiera para pagarle.

—No vas a pagarle nada —Luc parece enfadado—. Es lo menos que ha podido hacer después de lo que ha pasado.

—Lucas, él no tenía la obligación y aun así lo hizo. Eso dice mucho y es algo que hay que agradecer... —Mientras mi madre y Luc discuten, me

sumerjo en mis pensamientos y, sin darme cuenta, Izan lo ocupa todos.

—¿Verdad, Sara?

—¿Perdona? No estaba atenta. —Me disculpo por no haber escuchado a mi madre.

—Decía que gracias a él estás de vuelta. Según nos dijo el comisario esta mañana, su ayuda fue clave para dar con vosotras.

—Sí, eso parece... Por cierto, ¿te ha contado el comisario dónde está?

—La verdad es que le pregunté, pero no me supo decir. Quiero darle al menos las gracias... —Lucas resopla y le miramos. Al darse cuenta, enciende el reproductor de música y no dice nada.

Cuando llegamos a la casa no reconozco nada. Es como si no hubiera vuelto a mi hogar todavía y no me gusta. Necesito mi antigua habitación, mis cosas... y rodearme de todo lo que me ha acompañado desde que era niña. Ahora más que nunca necesito mis recuerdos y arroparme la cabeza con mis mantas favoritas.

—¿Cuándo volveremos? —pregunto mientras Lucas saca mis maletas del coche. Por suerte ha ido a recogerme con la furgoneta de su padre y han entrado todas.

—Todavía no podemos —responde mi madre mientras le ayudo a sentarse en el sillón.

—¿Por qué? —pregunto extrañada. Ya no debería haber peligro.

—Solo me han dicho que por precaución sigamos aquí unos días más y que ya nos avisarán de cuándo podemos volver.

«Qué extraño», me digo, y varias ideas cruzan mi mente. Intento que no me afecten y comienzo a colocarlo todo para instalarme...



CINCO DÍAS DESPUÉS...

Desde que regresé mi cabeza no para de darle vueltas a todo. Las pesadillas son continuas y me siento muy decepcionada. Creí que esto pasaría y es todo lo contrario, cada vez me encuentro peor. A medida que pasan los días la sensación de haber vivido un mal sueño desaparece, y soy consciente de que todo esto ha sido muy real. Demasiado.

A todas horas pienso en Izan y no logro borrarle de mi mente. Si alguien pudiera decirme que está bien, quizás esta cosa que siento en mi interior desaparecería. También me gustaría saber si Ana sigue con vida, pero las dos veces que he intentado llamar al comisario estaba reunido y no ha podido atenderme. Cuando la secretaria me ha preguntado mi nombre para anotarlo y avisarle después, nunca se lo he dado alegando que llamaría de nuevo. No quiero que piense que soy una pesada.

—¡Sara! —Oigo a mi madre y corro hasta ella. Temo que haya intentado levantarse sola. Cuando llego veo que tiene su teléfono en la mano—. Ponte, hija, es para ti.

Camino deprisa hacia ella y tomo el aparato entre los dedos suplicando mentalmente porque sea la montaña de carne.

—¿Sí? —Mi voz sale temblorosa.

—Sara. —Al oír al comisario siento decepción. ¿Por qué en la única persona en la que pienso es en Izan? ¿A quién quiero engañar? ¿Por qué le espero todo el tiempo? Ya me dejó claro en Colombia lo que haría. No estaba en sus planes volver a verme ni regresar a España.

—¿Sabe algo de Ana? —No le dejo hablar.

—Por eso te llamaba. Parece que ha habido mejoras y se encuentra lo suficientemente fuerte como para aguantar el viaje hasta aquí. Ya lleva algunas horas de vuelo, así que aproximadamente en un par de horas la deberíamos tener en Madrid.

—¿En serio? —Me siento muy emocionada con la noticia—. ¿Puedo ir a verla? —Mi corazón palpita con fuerza. Quiero estar con ella.

—No sé si podrá recibir visitas, pero puedes intentarlo.

—Por supuesto. Lo intentaré. ¿En qué hospital está?

—Anota.

Tomo un bolígrafo y apunto la dirección. Casualmente es en el mismo centro donde me hicieron el chequeo cuando regresé.

Le agradezco la atención y cuelgo. Me siento muy feliz de saber que sigue viva y quiero estar allí la primera cuando llegue. No sé en qué estado se encontrará, pero siento que le debo mucho.

Le cuento a mi madre la noticia y me preparo. Me queda un poco lejos y con el atasco es posible que no llegue a tiempo. Tengo la esperanza de poder al menos verla entrar en el hospital. Como dijo el comisario, es posible que no le permitan visitas y no quiero perder esa oportunidad.

CAPÍTULO 47

Mis hermanos me indican dónde aparcó Lucas mi coche cuando hicieron la mudanza y salgo a buscarlo. La cerradura está un poco oxidada y el coche es muy viejo, pero finalmente cede. Nada más sentarme, siento como si fuera la primera vez que lo hago. Hace tiempo que no conduzco y parece que hiciera años. Lo extraño todo.

Introduzco la llave en el contacto y tras varios intentos por fin arranca, dejando una gran humareda negra. Está demasiado viejo y pronto tendré que pensar qué hacer con él. Cualquiera día me dejará tirada.

Salgo del aparcamiento y conduzco hasta el hospital. Por la carretera, un coche muy parecido al que tenía la montaña de carne cuando chocamos me adelanta y mi mente hace lo demás. Su rostro está grabado a fuego en mi memoria y no puedo pensar en otra cosa. Debo hacerme pronto a la idea de que todo lo que ha pasado desde que me secuestraron, incluido él, lo tengo que olvidar como sea.

Al llegar dejo el coche en el primer hueco que encuentro y camino hasta la entrada. Pregunto en información por Ana y respiro aliviada cuando me anuncian que todavía no ha llegado. Me señala en un pequeño plano la puerta por la que entrarán con ella y voy hasta allí. Está casi en el extremo contrario.

Cuando entro en el primer pasillo todo mi vello se eriza y tengo que parar. Esta parte se parece demasiado a mi infierno... Varias imágenes bombardean mi mente y siento que me falta el aire. Las puertas numeradas a un lado y a otro del pasillo no ayudan. Inspiro profundamente y me armo de valor. «Sara, ya no estás allí... aquello terminó», me digo, y alargo los pasos más de lo que acostumbro para atravesarlo cuanto antes. Por un momento me despisto y no sé dónde estoy. Tras varios minutos dando vueltas, por fin veo lo que parece una salida y me dirijo a ella.

—¡Señorita! ¿Dónde va? —La voz de un hombre me sobresalta de manera exagerada y grito sin poder evitarlo—. Tranquila —dice al verme tan nerviosa—. Aquí solo puede entrar personal autorizado.

—Lo siento... —Me avergüenzo de mi reacción—. Estoy buscando la puerta por la que entran con los pacientes que vienen de traslado.

—Se ha equivocado de pasillo —dice mirando hacia atrás—. Es por allí. — Señala la zona por donde he venido y no me gusta la idea de tener que volver por el mismo sitio.

—¿Qué ocurre? —dice un médico que sale de una de las habitaciones—. ¿Por qué ese grito?

—Yo... me asusté —Bajo la mirada y me disculpo.

—¿Te conozco? —me pregunta extrañado.

Le miro por unos segundos y mis ojos se abren con sorpresa al reconocerle. Es el médico rubio que me atendió.

—Sí, usted...

—¡Ah! —me interrumpe—. El otro día estuviste en mi consulta, ¿verdad?

—Sí. Soy la chica que vino de Colombia hace unos días.

—Ahora ya sé por qué me sonaba tu cara —sonríe—. ¿Qué haces por aquí?

—El comisario que lleva todo esto me llamó hace un rato para decirme que la chica con la que compartí esta mala experiencia viene de camino, y quiero verla.

—¿Ana? —Vuelvo a sorprenderme. También sabe de ella.

—Sí.

—Voy ahora mismo a encontrarme con ellos, están a punto de llegar los heridos y tengo que revisarles.

—¿Hay más de un herido? —digo extrañada al oírle hablar en plural. Durante todo este tiempo he creído que solo era ella.

—Hasta donde yo sé, vienen dos. Un hombre y una mujer.

—¿Quién es el hombre? —Un escalofrío recorre mi espalda. Quizás sea Aníbal.

—Um... —mira el informe que tiene en sus manos—. Su nombre es confidencial y no aparece aquí, pero puedes venir conmigo si quieres ver a Ana un momento, aunque no podrás entrar en la UCI.

—No me importa. Tengo la necesidad de verla, aunque solo sean unos segundos.

—Pues si es así, vamos. —Camina y le sigo. A su lado el pasillo no parece tan temible y lo cruzamos sin problemas.

Llegamos a la puerta que me indicaron en información y hay dos ambulancias paradas frente a ella con las luces encendidas. El doctor se disculpa y me deja sola para ir a hablar con el personal sanitario. A los pocos minutos vuelve para ayudar a empujar la primera camilla. Cuando pasan por mi lado veo que es mi amiga y siento una gran emoción.

—¡Ana! —La llamo, pero no se mueve, tiene los ojos cerrados y un tubo en su boca.

—Parad un segundo —dice el doctor rubio—, esta chica quiere verla antes de que la llevemos a la habitación. —Me acerco a ella.

—¡Ana!, estoy aquí. —Tomo su mano y la noto demasiado fría—. Soy Sara. Estás en España. Nuestra pesadilla ha terminado. —Quiero que me oiga—. ¡Somos libres, Ana! —No responde y entiendo su gravedad. El doctor, al ver mi tristeza, me habla.

—Vamos a hacer todo lo que podamos para que salga caminando por esa puerta. ¿De acuerdo?

—Gracias —digo y me retiro para que continúen. Me apoyo en la pared y exhalo amargamente. Merece vivir y tener otra oportunidad. Ya ha sufrido suficiente.

Un ruido llama mi atención y veo que están entrando con el segundo herido. Me aparto para que pasen y dudo en mirar. Si es Aníbal, no quiero verle. No soportaría ver su asquerosa cara ni un segundo más.

—Vamos, vamos. El tanque de oxígeno está a punto de agotarse —van hablando entre ellos—. Vigila la saturación, está cayendo —dice otro y les

dejo más espacio. Finalmente cierro los ojos y aguanto la respiración mientras pasan. Me siento muy mal emocionalmente y si es el malnacido de Aníbal terminaría por desestabilizarme completamente.

—¡Sa...ra! ¡Sara! —Los abro desconcertada al oír mi nombre. No reconozco esa voz. Es tan débil que parece agónica.

Miro a mi alrededor y cuando vuelve a nombrarme le veo y creo morirme al instante. Por unos segundos mi cuerpo se paraliza y no sé reaccionar. Llevo días creyendo verle en todas partes y es posible que me haya vuelto a pasar. No puede ser él.

—¿IZAN? —grito y levanta la cabeza para buscarme. Tiene una mascarilla en la cara y trata de quitársela. Alguien le sujeta y vuelve a colocársela mientras le obliga a quedarse tumbado.

—¡No te muevas! —dice uno de los médicos—. No puedes hacer ningún esfuerzo.

—¡IZAN! —Vuelvo a gritar y camino deprisa para llegar hasta ellos. Van demasiado rápido. Me agarro a las barras de la camilla y me abro hueco entre sus cuerpos. Tengo que verle de cerca y asegurarme de que es quien creo.

Cuando sus grandes ojos negros se clavan en los míos no tengo ninguna duda.

—Nos está entorpeciendo, señorita —dice uno de los celadores y me empuja—. Apártese, por favor, el paciente está grave y apenas le llega oxígeno. —Le ignoro y sigo mirándole.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes? —Echo un rápido vistazo a su cuerpo, pero al

estar tapado por una sábana no veo nada.

Izan alarga su brazo para tocarme, pero antes de conseguirlo llegamos a unas enormes puertas y me apartan.

—No puede entrar aquí. —Es su única respuesta y me quedo mirando como desaparecen tras las puertas.

—Dios mío, está herido. Le han herido —repito una y otra vez mientras pongo las manos en mi cabeza y camino de un lado para otro—. ¿Por qué nadie me dijo nada? ¿Qué le han hecho? ¿Qué ha pasado?

En un momento de lucidez, saco de mi bolso el teléfono que me regaló Lucas hace dos días y llamo al comisario.

—¿Sí? —contesta rápidamente.

—Señor, yo... em... —No sé cómo empezar. Todavía estoy confusa—. Comisario, estoy en el hospital, en la parte de la UCI y...

—Le has visto, ¿verdad? —dice sin dejarme acabar.

—¿Por qué no me dijo nada? —exploto. No puedo seguir conteniéndome. Sabe de qué le estoy hablando y me siento molesta—. ¿¡Por qué me lo ocultó!?

—Sara, antes de que continúes por ahí... —hace una pausa—. A mí se me pidió que, si pasaba algo, no dijera nada. Que tú lo hayas descubierto por tu cuenta es otra cosa.

—Pero...

—Yo solo respeté su decisión. Como es lógico, tiene todo el derecho del

mundo e imagino que lo hizo porque no quería preocuparte. Yo hubiera hecho lo mismo con mi pareja si estuviera en su lugar.

—Pero yo no soy su pareja —le corrijo.

—Pero eres alguien que le importa.

—Yo no le... —No sé qué decir a eso. Los últimos actos de Izan no encajan con lo que acaba de afirmar el comisario—. Él... ¿Está mal? ¿Saldrá adelante?

—Hasta ahora ha tenido una suerte enorme. Le dispararon a quemarropa y gracias a su constitución todavía está vivo. Si no llega a ser porque sus músculos laterales están muy desarrollados, la bala le hubiera atravesado el torso completamente y ahora estaríamos lamentándonos.

—Santo Dios... ¿Y Ana? —Por un momento me doy cuenta de a quién le estaba dando más importancia y me siento mal por ello. ¿Qué me pasa con él?

—Ana está muy mal, pero tenemos la ventaja de que no empeora. Solo nos queda esperar por ambos para ver cómo evolucionan. Es lo de siempre en estos casos.

—Comisario. —Trago saliva y me preparo para hacer la pregunta que más temo. El que mi madre me dijera que todavía no podíamos volver a casa me tiene con la mosca detrás de la oreja—. ¿Detuvieron a todos los implicados?

—No.

—¿¡Cómo!?! —Un escalofrío pone la piel de mis brazos de punta.

—Los tenemos a todos menos al padre de Izan. Sospecho que uno de los

agentes que participó en la redada le ayudó. Tiene demasiados contactos y por esa razón es muy escurridizo. Llevo meses tras él, pero le están ayudando y eso lo dificulta.

CAPÍTULO 48

—¡NO! —De pronto siento miedo y mi cuerpo comienza a temblar.

—Todavía no hemos podido averiguar por dónde pudo escapar, pero tienen la zona cercada. Esperamos dar con ese cabrón en los próximos días.

—¡No! —Miro a mi espalda, siento que podría estar en cualquier lugar. De pronto, el pasillo en el que estoy se convierte en el de Colombia y comienzo a hiperventilar.

—Sara. —El comisario trata de llamar mi atención, pero estoy tan asustada que no puedo contestarle—. Escúchame...

—¡No! No, por favor... vendrá a por mí. ¡Me encontrará! Mi familia... mi familia está en peligro. —Lloro y mi barbilla se mueve sin control—. No. No puede ser. No puede estar libre. Esa persona no puede estar en la calle. —Intento caminar, pero mis piernas se niegan a moverse.

—Voy a colgar, Sara. Tengo que hacer una llamada. Tranquila. No te muevas de ahí. —Dejo de oírle.

—Dios mío. —Pongo las manos sobre mi pecho y lucho por respirar. Miro a mi alrededor y solo veo pasillo por todas partes. Mi cuerpo se vuelve sudoroso y tengo náuseas. Algo me está pasando y temo llegar a caerme.

Poco a poco estoy perdiendo el equilibrio. Trato de apoyarme en una de las paredes y alguien me llama.

—¡Sara! —Las puertas por las que entraron con Izan se abren y sale el médico rubio con un teléfono pegado a su oído—. Sí, la veo. Está aquí. Ya me hago cargo —le dice al que está al otro lado y cuelga. Guarda el móvil en el bolsillo de su pijama verde y viene hacia mí—. Tranquila, Sara. Vamos a controlar eso, ¿de acuerdo? —asiento con dificultad. Estoy respirando tan rápido que mi boca se ha secado por completo y no puedo hablar—. Mírame. No quiero tocarte sin tu consentimiento, pero debes hacer lo que te digo, ¿entiendes? —Vuelvo a asentir sofocada—. Fíjate en mi pecho. —Pone la mano en su tórax y comienza a respirar profundamente—. Tienes que imitarme. Aunque te cueste un poco haz lo que yo haga. Inspira —hago lo que me dice al mismo tiempo que él—, espira. —Expulso el aire de la misma forma que él lo hace. Realizamos ese ejercicio varias veces más y comienzo a encontrarme mejor—. Lo estás haciendo muy bien. —Poco a poco me relajo y trago saliva para humedecer mi garganta—. Muy bien, Sara. Ya lo tienes. Ahora continúa sola.

Consigo hacerme con el ritmo de mi respiración y vuelvo a tomar el control de mi cuerpo.

—Gracias... —digo aún afectada—. ¿Cómo sabía que estaba así?

—El comisario me ha avisado.

—¿Se conocen? —pregunto extrañada. Ahora ya sé a quién llamó cuando colgó.

—Sí, somos amigos —sonríe.

—Vaya... este hombre tiene amigos en todas partes. —Pienso en los jeques.

—Pues no es muy simpático que digamos... —ríe de nuevo—. ¿Podrás volver sola a casa? —Se preocupa.

—Llamaré a alguien para que venga —respondo angustiada. El simple hecho de salir a la calle después de saber que Aníbal está libre me aterra—. Por favor, ¿puede decirme cómo está Izan?

—Estable dentro de la gravedad.

—¿Puede explicarme esa frase en castellano? —No me gusta nada como suena.

—Perdona. Está grave pero controlado. Lo único que nos preocupa ahora mismo y por lo que vamos a luchar es por evitar que desarrolle una infección. Si lo hace es posible que la cosa se ponga muy fea.

—¿Pero qué tiene?

—Digamos que su pulmón derecho está dañado y el izquierdo se ha visto presionado por una bolsa de aire que ha escapado de su cavidad torácica.

—Suena horrible... ¿Si no desarrolla una infección tiene posibilidades? —Lo único que quiero oírle decir al doctor es que saldrá con vida de esto.

—Lucharemos porque así sea. Es posible que su capacidad pulmonar se vea reducida por algún tiempo y sienta ahogo, pero al ser deportista confío en que la recuperará pronto.

—¿Puedo verle? —suplico.

—De momento es mejor esperar. He visto cómo se ha alterado al verte y es

de vital importancia que permanezca tranquilo. Al agitarse su respiración pueden reabrirse sus heridas internas y estaríamos ante un gran problema.

—Entiendo...

—Doctor. —Viene hacia nosotros una enfermera de unos cincuenta años—. El paciente herido de bala está demasiado alterado. No para de llamar a una tal Sara y ha intentado levantarse. Necesitamos que venga o nos autorice a ponerle un sedante.

—Espera aquí —me dice y cruza las puertas con la enfermera.

Mientras espero, las puntas de mis dedos comienzan a hormiguear y mis brazos pierden fuerza. Empiezo a notar el ahogo de antes y trato de respirar como me ha enseñado. No quiero volver a sentir esa asfixia tan horrible. Me inclino hacia delante con las manos apoyadas en mis muslos y encuentro alivio. Inspiro y espiro profundamente, y mis dedos vuelven a la normalidad. La puerta se abre y levanto la mirada rápidamente.

—¿Cómo está? —pregunto al doctor cuando sale.

—Tan nervioso como tú —responde al ver mi postura—. ¿Puedes entrar un momento para ver si conseguimos relajarle? ¿Te ves con fuerza? No deja de gritar tu nombre y quizás con tu presencia deje de complicarnos las cosas. No podemos sedarle en su estado y es peligroso para su salud lo que está haciendo. Ha intentado levantarse tres veces más, y aunque está débil, nuestras enfermeras no se hacen con él.

—Sí, por favor —respondo sin pensar—. Aunque quizás... —Me arrepiento un segundo después de lo que he dicho.

—Entra conmigo y si no te encuentras cómoda, me avisas y salimos.

—De acuerdo. —Va a poner la mano sobre mi hombro para darme ánimos, pero al ver que le miro de reojo se detiene.

—¿Qué te ha llevado al estado de nervios de antes? —me pregunta para romper el hielo mientras comenzamos a caminar.

—Saber que la persona que nos hizo esto sigue libre. El comisario me lo ha contado hace solo unos minutos.

—Puff —resopla y se queda pensativo por unas décimas de segundo—, puedo hacerme una idea entonces. Pero tranquila, si todo está en manos del comisario se solucionará. Es un antipático, pero un gran profesional —sonríe para intentar relajarme—. ¿Preparada? —dice cuando nos paramos frente a una puerta. Me fijo en el número y mi corazón da un salto. Es la habitación 5.

—No lo sé. —Empiezo a respirar rápidamente y al darse cuenta me frena.

—Sara. Si esto va a ser perjudicial para ti, podemos usar otros métodos.

—No. Quiero verle. —Pongo la mano en el pasador e inspiro profundamente.

Al abrir, le veo. Una enfermera está casi echada sobre él mientras que la otra le está pidiendo calma. Cuando se da cuenta de que estoy allí, se detiene y me mira fijamente.

—Sa... ra. —Está muy pálido y respira con dificultad.

—Tranquilo. —Mis pies parecen estar pegados al suelo y no puedo moverme del sitio.

—Os vamos a dejar solos unos minutos —dice el doctor a mi espalda y señala a la montaña—. Procura no hablar demasiado ni te esfuerces. Ya tienes aquí lo que querías y nos hemos saltado todos los protocolos al dejarla entrar. Ahora pon algo de tu parte y cálmate o podrías empeorar. —Se acerca a una máquina y la revisa—. Sube el oxígeno a 3 litros. Todavía tiene la saturación baja. —La enfermera lo hace y coloca la mascarilla en su cara. Un minuto después, y tras comprobar que todo está correcto, salen de la habitación.

—Sara... —Vuelve a repetir y su rostro refleja dolor. Pone la mano en su costado y cierra los ojos con fuerza.

—¿Cómo estás? —Quiero parecer calmada, pero para nada lo estoy.

—Bi...en —dice con los dientes apretados.

—Perdona que no te crea. —Me acerco más a él—. ¿Qué ha pasado, Izan? ¿Por qué estás herido? —Necesito respuestas. Todavía no sé realmente qué es lo que ha ocurrido.

—Lore...na tiene bue... na punte...ría —tose y se queja a la vez.

—¿Lorena? —asiente—. ¿Te descubrieron? —asiente de nuevo con la boca cerrada. Sus labios están blancos debido a la presión que hace con ellos—. ¿Por qué volviste? Pensé que les ayudarías desde fuera. —Sé que no debería presionarle así, pero estoy demasiado confusa y alterada aún.

—Iban... a ma...tar a las chi...cas si no lo hacía...a. —Su rostro refleja dolor de nuevo.

—¿Te expusiste por ellas? —Mis ojos se llenan de lágrimas. Me mira y fuerza una sonrisa.

De pronto entiendo por qué el comisario dijo que había sido un héroe.

—¿Có...mo es... tás? —Traga saliva y aguanta la respiración por unos segundos. Realmente parece muy dolorido.

—Muy feliz de volver a casa y poder estar con mi familia. —Me acerco más a él y estira su mano para que se la tome. La miro por un segundo y dudo mientras continúo hablando—. Y todo te lo debemos a ti... —Me armo de valor y con bastante indecisión, pongo finalmente mi mano sobre la suya.

En el momento en que nuestros dedos se rozan, el miedo desaparece e inspiro profundamente. La sensación de protección vuelve y siento que puedo dejar que me toque sin temor. Es la única persona del sexo opuesto en la que confío, y aunque emocionalmente sí me ha lastimado, sé que no me hará ningún daño físico.

Acerco un taburete con la mano libre y me siento a su lado. Me observa mientras lo hago y cuando termino de acomodarme, cierra su mano sobre la mía y su respiración se vuelve más lenta. Intenta hablarme, pero pongo uno de mis dedos sobre mis labios en señal de silencio y entiende lo que quiero decirle. Sé que tiene muchas cosas que contarme, al igual que yo a él, pero de momento es mejor que esté calmado. Cierra los ojos y se relaja. Minutos después, su mano pierde fuerza y compruebo que se ha quedado dormido.

CAPÍTULO 49

La puerta se abre y es el doctor de nuevo. Mira la unión de nuestras manos y sonrío.

—No hay nada mejor que la compañía en estos casos —susurra y entra de puntillas—. Se acerca a los sueros e inyecta algo en una de las bolsas. —Con esto dormiré más profundamente —vuelve a susurrar. Mira alrededor de la habitación y detiene su mirada en un rincón. Camina hasta un sillón azul y retira varias sábanas que hay dobladas sobre él. Lo levanta para evitar arrastrarlo por el posible ruido que pueda hacer, y lo pone a mi lado—. Aquí estarás más cómoda. —Me pongo en pie con cuidado de no soltar la mano de la montaña para que no se despierte, me ayuda a retirar el taburete y me siento en el sofá. Sonríe de nuevo al mirarnos y sale del cuarto tan silencioso como ha entrado.

Reclino el respaldo y le observo. Por un momento me siento ridícula, después de todo lo que me dijo en la habitación del hotel de Colombia siento que estoy perdiendo el tiempo, pero a la vez quiero estar a su lado. Al menos hasta que se recupere. No tiene a nadie y sé que como dice el doctor, no hay nada mejor que la compañía cuando uno está así. Es lo menos que puedo hacer por él después de haber expuesto su vida para salvar la nuestra. Como

si supiera que estoy pensando en él, se mueve en la cama, abre uno de sus hermosos ojos negros, y al verme, esboza una pequeña sonrisa. Vuelve a cerrarlo y se duerme de nuevo.

Con cuidado, saco el teléfono de mi bolso y envío un mensaje a mi madre.

«Voy a tardar en llegar a casa, no te preocupes. Estoy en una habitación del hospital». Me cuesta escribir utilizando solo una mano, pero finalmente lo consigo. Lo pongo en silencio por si me responde y estiro las piernas para aliviar tensión. Tengo los músculos doloridos debido a la crisis que me dio antes.

El calor de su mano es bastante agradable. Aprovecho que está dormido y le observo con detenimiento. Nunca he tenido oportunidad de verle con tanta tranquilidad y tan de cerca.

Es un hombre bastante grande y me dobla en tamaño. Su piel morena se ve suave y sin imperfecciones. Su cabello está suelto y varios mechones le caen por la frente. Casi siempre ha llevado el cabello recogido en una pequeña coletita y pocas veces le he visto con él de esa manera, pero me gusta su nuevo aspecto. Sus cejas son perfectas, pobladas y bien definidas, y sus pestañas largas y tupidas. Lo primero en lo que me fijé cuando le vi fue en sus enormes ojos. Son tan negros y profundos que llaman la atención.

De todo él, lo que más he recordado estos días ha sido su boca. No puedo dejar de pensar en ella y en cómo me sentí con cada beso que nos dimos. Durante mi infierno me refugié en él y quizás esa es la razón por la que creé esta dependencia a su persona. No es normal que me sienta así por un hombre. Nunca antes me había pasado por algo similar y debe de tener

alguna explicación.

Si le ocurriera algo, me afectaría demasiado. Estoy bastante asustada y preocupada por él. Hasta que no salga del hospital, o al menos de tanta gravedad, no podré respirar tranquila. Todos estos sentimientos que tengo hacia Izan deben de ser parte de algún síndrome raro. Al haber estado sometida a algo tan horrible, debo de haber creado una extraña dependencia hacia mi salvador.

De pronto siento frío y me muevo en el sofá. Mi cuerpo pesa y me doy cuenta de que me he quedado dormida. Levanto la cabeza para mirar a mi alrededor y lo primero que veo es la cara de Izan. Está mirándome desde la cama y nuestros dedos siguen entrelazados.

—Ho...la —dice apretando los ojos por el dolor. Hablar debe serle un suplicio.

—Hola, ¿cómo sigues? —asiente para hacerme ver que está bien—. ¿Te duele? —Se encoje de hombros y sé que no quiere preocuparme.

Levanto mi cabeza para ver si se han acabado los sueros y veo que hay varias bolsas nuevas.

—Vaya... estaba tan dormida que no me he enterado de que han entrado para cambiarte esto.

—Me gusta... ver... cómo duer...mes —sonríe mientras esconde una mueca de dolor.

—No hables, Izan. El doctor te pidió que no lo hicieras. —Me levanto y suelto su mano. Al hacerlo, noto frío donde antes estaba su palma y no me

gusta. Le miro y él parece estar pensando lo mismo. Saco de nuevo el teléfono y veo la hora—. Mierda. Tengo que irme. Es tarde y en casa se preocuparán por mí. —Baja la mirada y siento pena—. Mañana intentaré venir de nuevo —digo para animarle—, pero no sé si me dejarán entrar. Hoy han hecho una excepción.

—Gri...taré si es ne...cesa...rio —sonríe.

—No hagas tonterías —le riño—. Si me dicen que has vuelto a hacer lo de antes, no vendré más. —Arruga las cejas y entiendo que eso le ha dolido—. Descansa... —Pongo la mano en la puerta para salir.

—Sa... ra, per...dóname.

—Shhh. Cuando te sientas mejor, hablaremos.

—Ol...vida lo de Co...lombia, por fa... vor.

—Ya hablaremos. Ahora reponte, ya verás como si haces lo que te dicen, en unos días estarás recuperado. —Le hago creer que no me afecta—. Hasta mañana. —Salgo apenas sin mirarle y cierro. No sé qué parte es la que quiere que olvide, ni de qué quiere que hablemos, pero después de lo que me dijo... no creo que pueda. Quizás ahora se arrepiente, o lo dice solo porque se siente solo. La verdad que no lo sé, pero nunca más podré entregarme de la misma manera. No me dejaré cautivar por palabras bonitas. Pensé que algo estaba surgiendo entre nosotros, pero estaba equivocada. Soy una imbécil que se lo cree todo y por eso caí en esta trampa. Debo dejar de ser tan ingenua.

Salgo a la calle, esta vez sin perderme, y cuando el aire toca mi cara no puedo evitar pensar en Aníbal.

«Está en Colombia, Sara. Le tienen acorralado», me digo para perder el miedo y caminar hasta el coche.

Nada más subir, miro en los asientos traseros por precaución y al comprobar que no hay nadie, echo el seguro. Temo que ocurra como en las películas.

Cuando llego, Lucas está esperándome en la puerta. Se ha tomado unos días libres y ha decidido quedarse con nosotros en la casa.

—Vaya horas —me dice con tonito—. ¿Cómo está Ana?

—Viva, gracias a Dios. —No tengo demasiadas ganas de hablar. Estoy muy afectada todavía.

Cuando voy a subir los escalones para entrar, me sujeta por la muñeca y tira de mí. Todo mi cuerpo se tensa y me muevo con rapidez para soltarme de su agarre.

—¿Qué pasa? —pregunta extrañado.

—Luc, no vuelvas a sujetarme así —digo molesta—. No me gusta.

—¿Qué tiene de malo? —Vuelve a preguntar al ver mi reacción.

—Simplemente no me gusta.

—Oh, vamos. Sabes que yo no te haría daño. —Se acerca a mí de nuevo y me incomoda.

—Lo sé, pero...

—No deberías huirme —sonríe mientras pasa su mano por mi cintura y me pega a su cuerpo.

—Luc... —No quiero hacerle sentir mal y me esfuerzo por aguantar su cercanía.

—Shhh... déjame mostrarte que no debes temerme. —Pone sus labios en mi boca y estallo.

—¡NO! —grito al tiempo que empujo su cara para separarle de mí.

—Sara... ¿Qué ocurre? —Me mira sorprendido.

Al no saber qué contestación darle, me aparto con angustia y corro hasta la casa. Entro en mi cuarto y cierro la puerta. Me siento mal por mi reacción. Sé que le habré hecho daño y lo último que quiero es eso. Luc solo tiene buenas intenciones con nosotros, pero no sé qué me pasa. No soporto que me toque. Ya no solo por lo que pasó, sino porque no siento nada por él y su contacto se ha vuelto muy molesto para mí. Es como si una lija me arañara la piel.

Mis hermanos, al ver que tardo en salir, vienen a buscarme para que vaya a cenar, pero me niego. Necesito estar sola. No quiero hablar con nadie.

—Sara. —Levanto la mirada y veo a Luc en la puerta.

—Déjame sola, por favor... —Trato de ser educada.

—¿Hice algo que te molestara? —Busca una explicación a mis reacciones.

—No, Luc... Siento mucho haber salido corriendo así. Es solo que no sé qué me pasa.

—No te preocupes. Ya nos avisaron de que esto podría pasar.

—¿Cómo? ¿Quién? —pregunto sorprendida.

—El comisario. Nos dijo tuviéramos paciencia hasta que te adaptaras de

nuevo, ya que habías sufrido mucho y podrías sentirte insegura. Pero te veía tan bien que no creí que...

—Am... —No sé qué decir. Quizás el comisario tenga razón.

—Te esperaré, Sara. Te quiero y voy a estar a tu lado hasta que te encuentres mejor. —Me mira esperando una respuesta y nada sale de mi boca. Al notar que no voy a decir nada, cambia de tema—. ¿Vienes a cenar?

—No tengo hambre —respondo.

—Está bien. Si cambias de idea, te guardo un poco de carne en la nevera.

—Gracias, Luc.

Cierra la puerta y se marcha. Me tumbo en la cama totalmente desganada, y lo único en lo que pienso es en dormir para que llegue pronto mañana. Quiero tener noticias de Ana y volver a ver a la montaña.

CAPÍTULO 50

Antes de que salga el sol ya estoy en la ducha. Apenas he podido dormir pensando en todo lo que pasó ayer. Jamás hubiera imaginado que la montaña estaría herido. En todo momento creí que ayudaría a los agentes manteniéndose al margen, pero no de esta manera. Si llego a saberlo, le habría suplicado que no lo hiciera.

Sus palabras vienen una vez más a mi mente.

“Sara, mírame. Sé que después de esto te dará igual, pero quiero que sepas que mi último pensamiento será tuyo”.

Sentí algo en ese momento que no podría describir, y cuando le llamé para que me lo aclarara me ignoró y se marchó. Ahora lo entiendo todo. Él sabía que su vida correría peligro y no quiso angustiarme. Si yo no me enteraba, no sufriría. Previendo eso, me hizo creer que había decidido quedarse allí y que ya no le volvería a ver, por eso el comisario no me dijo nada...

Tres golpes en la puerta me sobresaltan.

—Sara —Luc me llama.

—Estoy vistiéndome. ¿Qué ocurre? —Que Lucas esté despierto tan pronto me preocupa.

—Nada, tranquila. Tengo que salir a hacer algunos recados y oí ruido.
¿Estás bien?

—Sí, me estoy arreglando para ir al hospital.

—Ah, perdona. ¿Pudiste al final ver a tu amiga? —Cuando llegué a casa no hablé con nadie. Me sentí tan mal que ni siquiera les conté lo de la montaña.

—Solo unos segundos en el pasillo. Hoy quiero volver para saber cómo está. También quiero intentar ver a la mon... a Izan. Le hirieron en la redada y está en la misma planta.

—¿Izan está herido? —dice sorprendido.

—Sí.

—Vaya... no sabía eso.

—Ya somos dos —digo mientras abro la puerta—. Nadie me lo notificó. Hasta donde sé, él mismo pidió que me lo ocultaran si le pasaba algo. —Luc arruga su frente y se queda pensativo.

—¿Por qué razón haría eso?

—No lo sé. Imagino que sabía que podría afectarme.

—Qué raro. Se tomó muchas molestias por ti, ¿no crees? —Parece estar celoso.

—Se tomó esas molestias incluso antes de conocerme. No vayas por ahí. —Al ver que empiezo a enfadarme, cambia de tema.

—Debería ser pecado ir al hospital tan guapa. —El vello de mi espalda se eriza con su frase. No me gustan nada esas palabras “de hombre”. Intenta

retirar el cabello de mi hombro y me aparto como si quemara.

—No me toques. —Me mira sorprendido al oírme.

—Sara... entiendo que estés afectada por lo que pasó con ese cabrón, pero yo... conmigo... creo que no merezco que me trates así. Me conoces y sabes cuáles son mis intenciones.

—¿Las de ayer? —respondo con rabia.

—¡Pero Sara...! No es algo nuevo entre nosotros. Ya nos habíamos besado antes.

—Déjalo, Luc. No lo entenderás jamás. —Intento calmarme.

—¿De verdad estás tan mal? —Parece confuso.

—No lo sé. —Comienzo a sentir pena por él. Debería tratarle mejor. En verdad nunca me ha hecho daño, pero no soy dueña de lo que hago. Es todo como un acto reflejo.

—Está bien, Sara. Lo siento mucho. —Baja la mirada—. Realmente no sé tratar estas cosas, pero te prometo que me esforzaré. Lo único que deseo es que todo esto se solucione. Lo he pasado muy mal con tu desaparición, y ahora que estás aquí me es muy difícil contenerme. No imaginas las ganas que tengo de abrazarte y de que todo vuelva a ser como antes.

—Yo también. —Decido sincerarme. Necesito que me comprenda—. Quisiera poder sacarme todos estos miedos de la cabeza y volver a ser una persona normal, pero temo que no será así. —Bajo la mirada al suelo—. Mire donde mire solo veo malas intenciones, aunque no las haya. No creo que pueda superarlo, Luc. Viví tantos días aterrorizada, esperando de cada

persona que me rodeaba lo peor, que ya no creo que pueda controlar esos pensamientos.

—Lo conseguirás. Te conozco desde que éramos pequeños y sé que lo harás. Confío plenamente en ti. —Fuerzo una sonrisa y camino hasta la cocina. Luc me sigue—. Visitaremos a los mejores especialistas. Seguro que pueden ayudarte —asiento para terminar la conversación y saco una botella de zumo de la nevera.

Desayunamos juntos y se esfuerza por mantener las distancias, cosa que agradezco, y él lo nota. Hasta mi humor cambia. Nada más terminar, vamos hasta el coche y decidimos ir en el suyo. Conduce hasta el hospital y cuando llegamos, para mi sorpresa, baja conmigo.

—Pensé que irías a hacer tus recados —digo extrañada.

—Todavía es pronto. Me quedaré contigo un rato más. Si por alguna razón no te dejan pasar, te vuelves conmigo y así no tengo que regresar para recogerte.

—De acuerdo.

Entramos al hospital y pregunto primero por Ana. A mi parecer, es la que peor está. Ni siquiera abrió los ojos cuando la llamé y tenía tubos y cables por todas partes. La chica de información comienza a teclear en el ordenador y antes de darnos una respuesta, alguien me habla.

—Buenos días, Sara. —Me giro y veo al doctor rubio detrás de mí. Viene con ropa de calle y trae un maletín en la mano. Parece incluso más alto.

—Buenos días, doctor. ¿Cómo está?

—Bien. A punto de entrar a trabajar. ¿Qué haces aquí tan pronto?

—Quiero saber cómo han pasado la noche Ana e Izan. Y si sería posible verles de nuevo. Ya sé que es difícil, pero tengo que intentarlo.

—Sí, es difícil. En la zona en la que están no están permitidas las visitas.

—¿No hay manera de que podamos entrar, aunque solo sean unos minutos?

—Uff... —resopla y nos mira—. ¿Vienes con ella? —le pregunta a Luc.

—Sí. —Se queda pensativo unos segundos. Mira a la chica de información y después de nuevo a nosotros.

—Está bien. Venid conmigo. Veremos qué se puede hacer. —Siento emoción. Es posible que finalmente pueda estar con ellos—. A esta hora hay poco personal.

Camina con seguridad por el largo pasillo y le seguimos. Se nota que lo ha recorrido cientos de veces. Al llegar a la zona de cuidados intensivos, habla con alguien mientras esperamos, y cuando termina se gira hacia nosotros y nos hace una señal. Vuelve a ponerse en marcha y continuamos tras él. Nos paramos frente a una puerta y abre sin llamar.

—Esperad aquí un momento. —Entra y dos minutos después, sale—. Está todo en orden. Podéis pasar, pero solo unos minutos. Voy a cambiarme y en cuanto revise a un par de enfermos vendré a buscaros de nuevo.

—De acuerdo. Gracias, doctor —decimos Luc y yo al mismo tiempo.

Cuando se va, tomo aire y empujo la puerta. Suenan burbujas y miro a Ana. Ya no tiene esos tubos en la boca. Ahora cubre su rostro una mascarilla de oxígeno como la de Izan. Debe ser buena señal. Luc se queda en la puerta sin

saber qué hacer y le llamo.

—Ven. Ella es Ana. —Le animo a acercarse—. La chica que conocí en la casa de ese delincuente y con quien compartí habitación. Fue un gran apoyo para mí mientras estuvimos allí. —Da un par de pasos hasta la cama y se queda frente a ella. Pone las manos sobre las barras y la mira fijamente sin decir nada—. De todas fue la que peor lo pasó. Incluso se enfrentó a ellos en muchas ocasiones. Hubo momentos en los que no podía más y trató de quitarse la vida varias veces.

—Es... preciosa... —dice Lucas apenas sin parpadear—. Esos hijos de puta saben elegir muy bien a sus víctimas. —Aprieta tan fuerte la barra con los dedos que se les corta la circulación y se quedan blancos—. Malditos cabrones —dice con rabia—, deberían estar todos bajo tierra. —Se aparta bastante afectado y pasa las manos por su cabello. Me mira y parece angustiado—. Pobre chica... le han destrozado la vida. Si no te importa, te espero fuera.

—No te preocupes —digo extrañada. No esperaba que reaccionara así.

—No puedo con esto... —Va diciendo mientras sale y aprovecho para acercarme a ella.

—Hola, Ana. —Tomo su mano y la noto tan fría como el día anterior. Tiro de la sábana y la cubro un poco más—. Tengo muchas ganas de que despiertes para poder celebrar contigo nuestra libertad. —Coloco su cabello para evitar que se le enrede y la miro fijamente—. Hemos vuelto a nacer, Ana. Tenemos una nueva oportunidad.

Acerco un taburete idéntico al que había en la habitación de Izan y me

siento a su lado. Durante los siguientes minutos le hablo como si estuviera despierta y le explico los planes que tengo para cuando se recupere. Cuando ya no sé qué más decirle y empiezo a sentirme ridícula por la sensación de estar hablando sola, la puerta se abre y el doctor rubio se dirige a mí.

—Me queda revisar a Izan. ¿Vienes? —asiento rápidamente. Saber que podré verle hace que mi corazón lata con fuerza. Me despido de Ana dándole un beso en la frente y salgo con él.

Luc está recostado en la pared del pasillo, a varios metros de la habitación de Ana y totalmente absorto en sus pensamientos. Nunca le había visto así. Parece triste. Realmente le ha afectado más de lo que creía ver a mi amiga.

Llegamos a la puerta número 5 y entramos. Izan parece dormido y evito hacer ruido. Se acerca a la montaña, revisa un par de monitores y le mira. Cuando va a hacer otra cosa, arruga sus cejas y vuelve a mirarle con más detenimiento.

—Izan —le llama y por su tono noto que algo no está bien—. Izan —vuelve a llamarle y no se mueve. El doctor saca una linterna de su bolsillo y comienza a revisar sus ojos—. ¡Izan! —empiezo a preocuparme—, ¿me oyes? —Algo malo está pasando. Estoy segura. Pone la mano sobre su cara y dos segundos después se aparta—. ¡Mierda! —Se mueve inquieto por la habitación. Aprieta un botón que hay junto a la pared y comienza a abrir cajones para sacar medicamentos de ellos.

—¿Qué ocurre? —digo preocupada.

—Vas a tener que salir de aquí. —Su respuesta me deja aún peor. La puerta se abre de un portazo y empieza a entrar personal sanitario. Una de las

enfermeras agarra mi brazo y me pide que salga con ella. Hago lo que dice y salgo de la habitación. Luc al verlo viene hacia mí.

—¿Pasó algo? —me pregunta.

—¡Ay, Dios!, creo que sí. —Mi respiración se acelera y tengo que poner las manos sobre mi pecho para controlarla—. Algo está mal en Izan. ¡No responde ni se mueve! —Todo mi cuerpo tiembla.

Desde el pasillo se oye hablar a los médicos y aunque no les entiendo, temo lo peor. Los minutos se me hacen interminables y Lucas intenta que piense en otra cosa, pero no lo consigue. Mi mente está centrada en lo que pasa dentro de esa habitación.

Alguien sale del cuarto y corre por el pasillo. Cuando vuelve lo hace con las manos cargadas de sábanas empapadas en agua.

—¡Tenemos que evitar que convulsione! Échaselas sobre las piernas y la cabeza —les oigo decir antes de cerrar de nuevo la puerta y comienzo a llorar asustada.

CAPÍTULO 51

—Tranquila, Sara. —Luc hace el intento de abrazarme, pero en el último momento baja los brazos—. Seguro que todo sale bien... —Evita tocarme.

—No lo tengo tan claro. —Pongo las manos sobre mi cara y lloro más fuerte.

—Dime una cosa. ¿Tanto te afectaría si le pasara algo?

—Por supuesto —digo con rabia. Sé a dónde quiere llegar—. ¿Qué insinúas?

—Nada... es solo que me resulta extraño verte así por una persona a la que apenas conoces. —Mi sangre hierve.

—Esa persona ha estado a punto de perder su vida por mí, y te recuerdo que gracias a él pude regresar a casa.

—Sí, bueno. Pero su padre...

—¿Su padre qué? —Le enfrento. Estoy harta de sus menosprecios—. ¡Él no tiene absolutamente nada que ver con su padre!

—Perdona que ponga eso en duda —sonríe sarcásticamente—. Mira, Sara. Si hay algo que he aprendido en esta vida, es que... —hace una especie de comillas con los dedos— “de tal palo, tal astilla” y a mí no hay quien me

quite de la cabeza que ese de ahí —señala la puerta de la habitación— está llenándose los bolsillos de la misma manera.

—¿Qué? —Le golpearía con todas mis fuerzas, pero me contengo.

—Ese tío —vuelve a señalar— ha hecho este acto heroico solo para librarse de la cárcel. ¿Cómo te explicas que con los años que tiene no se haya dado cuenta de a qué se dedica su padre hasta ahora?

—¡LUC! —No soporto que hable así de él. No tiene ningún derecho.

—Shhh. —Una enfermera viene hacia nosotros alertada por los gritos—. ¿Qué es todo este escándalo? Deben salir de aquí inmediatamente. Esta no es una zona pública.

—El doctor nos dio permiso —responde Lucas altivo.

—Pues yo os le quito. O salís inmediatamente de aquí o aviso a seguridad.

—No hace falta —dice cabreado—. Yo me largo ya. Tengo mejores cosas que hacer que estar esperando a que se muera un delincuente. Cuando quieras volver a casa me llamas. —Se marcha y siento ganas de insultarle.

—Por favor... —me dirijo a la mujer— no era mi intención armar jaleo. Ni molestar. Es solo que estoy demasiado nerviosa por lo que está pasando con mi amigo. Déjeme quedarme un poco más. Al menos hasta que salga de nuevo el doctor para saber cómo está. —La enfermera al ver mi angustia, asiente.

—Está bien. Pero como ese chico vuelva, tendréis que salir. Aquí hay enfermos muy graves y no pueden alterarse.

—No volverá a pasar, se lo prometo. Si ese... gilipollas... regresa —inspiro

para calmarme— yo misma me iré.

La puerta de la habitación se abre y las dos miramos al mismo tiempo.

—Doctor —digo al ver al médico rubio—. ¿Cómo está Izan?

—Me temo que ha pasado lo que más temía.

—¿¡QUÉ!?! —no le dejo hablar—. ¿Ha muerto? —Pongo las manos sobre mi pecho.

—No, no, no. —Me saca de mi error—. Aún está vivo. Me refiero a la infección. —Mira a la enfermera—. Sabía que hacerle viajar hasta aquí en su estado no era buena idea. —Se saca los guantes de las manos mientras la enfermera mueve la cabeza dándole la razón—. Ha sido una locura lo que han hecho con él para aprovechar el viaje de Ana. Me consta que el comisario también les avisó, pero se negaron. Deberían haberle dejado allí al menos una semana más.

—¿Cómo? —No entiendo nada.

—Tranquila, Sara. Tu solo quédate con que Izan está vivo. Y mientras hay vida hay esperanza, ¿de acuerdo? Vamos a luchar para que salga de esta.

—¿Pero ya está bien? —Necesito respuestas—. ¿Ha recuperado la conciencia?

—Te explico... —Clava sus azules ojos en los míos—. Le ha subido la fiebre de manera brusca, pero por suerte nos hemos dado cuenta a tiempo. Su cuerpo está volviendo a una temperatura normal, y a partir de ahora todo depende de cómo reaccione al antibiótico que le vamos a poner.

—¿Pero cree que se recuperará? —Insisto en saber.

—Como te dije antes, esto es lo que más temíamos... Una infección en su estado puede llegar a ser muy peligrosa. Pero es un hombre fuerte y tenemos que intentarlo. Confío en sus defensas.

—¿Puedo verle?

—Dentro de unos días. —Revisa unos informes—. Ahora, si me disculpáis, tengo que irme.

—Por favor... —Le sujeto por el brazo—. Deme solo unos minutos con él, dos o tres nada más. Por favor. —Los ojos se me llenan de lágrimas, y al ver mi desconsuelo ladea una pequeña sonrisa que me llena de esperanza.

—Cuando salgan las auxiliares, entra.

—¡Gracias, doctor! —De nuevo vuelven las lágrimas, pero estas ya no son tan amargas.

—Recuerda, chica —dice la enfermera antes de marcharse con él—: si viene el indeseable de tu amigo, debes irte.

—Así lo haré. Se lo prometo.

Camino por el pasillo mientras espero. Miro el reloj continuamente, pero las manecillas parecen estar siempre en el mismo lugar. En cuanto oigo la puerta abrirse, corro hasta ella y espero a que salga el personal sanitario.

—¿Cómo está? —pregunto bastante agitada.

—Hemos conseguido bajarle la temperatura y está consciente.

—¿Está despierto? —pregunto emocionada.

—Sí, pero debe descansar.

—Solo estaré unos minutos y después me iré. No tardaré demasiado.

—De acuerdo —se apartan para dejarme pasar y se marchan en silencio.

Camino hasta la cama y mi corazón duele al verle. Tiene una toalla sobre la cabeza y está tiritando. Sus ojos parecen cerrados.

—Izan... —No me atrevo a hablarle alto para no asustarle. Al oírme, mueve la cabeza para buscarme, pero sus párpados no se abren—. Tranquilo, estoy aquí. —Noto cómo su respiración se acelera. Me acerco a él sin saber muy bien qué hacer, levanto con cuidado la toalla de su frente para darle la vuelta y dobla su brazo para tocar mi mano.

—Sa...ra. —Apenas puede hablar. Su barbilla se mueve más que su cuerpo.

—Estoy aquí —digo mientras pongo de nuevo la toalla sobre su frente por la parte más fría—. Tienes fiebre.

—He... so...ñado con...tigo. —La comisura de su boca se estira como si quisiera sonreír.

—No hables. Debes descansar.

—No... te... vayas. —Tiembla con más fuerza.

—Solo me dejan estar aquí unos minutos. Pero te prometo que volveré mañana.

—No... —Su cuerpo se mueve involuntariamente en una especie de convulsión. Toco sus mejillas y noto que están volviendo a calentarse.

Miro a mi alrededor y encuentro varias toallas mojadas en una bandeja. Deben de ser las que han usado antes. Tomo una de ellas, la doblo varias

veces y la pongo sobre su cuello. Al contacto vuelve a moverse, pero esta vez entiendo que es por la impresión del cambio de temperatura. Tomo otra, la doblo de diferente manera y hago lo mismo, solo que esta vez la pongo sobre su pecho.

—Vas a recuperarte —le digo mientras las cambio de posición. Se calientan demasiado rápido—. Debes al menos darme la oportunidad de agradecerte todo lo que has hecho por mí. —Intenta sonreír de nuevo y sé que está entendiendo lo que le digo—. Creo que si te invito a una porción de pizza será suficiente —bromeo.

—Car...ne.

—¿Carne? —ríó. De pronto viene a mi mente toda la carne que comió en la pequeña casita de México antes de que me atraparan, y me sorprende a mí misma disfrutando de ese pensamiento. No esperaba encontrar ni un solo momento bueno de esos días—. Está bien, si prefieres un filete, no tengo problema.

—Un ki...lo.

—Izan. —No puedo creer que tenga ganas de bromear en su estado—. No hables, por favor, y trata de relajarte. No es bueno para ti que hagas ningún esfuerzo. —Toco su mejilla de nuevo para comprobar si le ha bajado la temperatura y sujeta mi mano con la suya. Intenta abrir los ojos, pero la luz le molesta y los cierra de nuevo. Dos segundos después entrelaza sus dedos con los míos y acaricia mi mano lentamente con sus yemas. Cientos de sensaciones se acumulan en mi cuerpo y me quedo inmóvil. Por un momento quisiera que me soltara, pero me doy cuenta de que me siento bien y espero.

—Qué... da... te. —Insiste y mi corazón se parte.

—Si pudiera, lo haría —le digo para que sepa que esa sería mi intención—. Pero ya debería estar fuera. No quiero abusar de su confianza para que mañana me dejen volver. —Cambio de nuevo la posición de los paños con la mano libre.

En ese momento se abre la puerta y entra el doctor rubio, sorprendiéndome.

—Vaya —sonríe—, tienes una enfermera para ti solito. —Intento apartarme de Izan para dejarle espacio al doctor, pero noto resistencia. Izan está apretando sus dedos y no me deja soltarle. El doctor saca un termómetro de un vaso con algún líquido y lo pone en su axila—. ¿Tienes algún dolor? —le pregunta y este niega—. Bien, entonces el calmante lo guardaremos para cuando haga falta. No quiero medicarte demasiado con lo que te vamos a poner ahora. Hay algunos componentes que podrían interactuar con otros y reducir el efecto. —Cuelga dos botellas en un pie metálico y mientras controla las gotas que caen de ellos, vuelvo a girar los paños húmedos—. Creo que sería mejor si te quedaras —dice mientras me observa y le miro incrédula—. Al menos hasta que la fiebre esté completamente controlada. Le hará bien lo que estás haciendo. —Saca una libreta de su bolsillo y escribe algo. Cuando termina, desprende la hoja de las demás, la dobla y me la entrega—. Mostrando esto en administración no tendrás ningún problema para entrar en esta zona, aunque yo no esté. Pero ven sin acompañante. —Me guiña un ojo y se marcha. Intuyo que la enfermera le ha contado el espectáculo de antes.

—Qué suerte hemos tenido con este doctor —le digo a la montaña mientras

la puerta se cierra y guardo la nota en mi bolsillo—. Ojalá todos los médicos fueran como él. ¿Te das cuenta? Al final, te has salido con la tuya. —Le miro y está mirándome a través de una pequeña rendija que ha conseguido abrir en uno sus ojos—. ¿Te sientes mejor? —asiente y me tranquilizo. Estaba tan preocupada que no me daba cuenta de la tensión que estaba haciendo con mis músculos—. Necesito que me devuelvas la mano para traer hasta aquí el sillón. —Me hace caso y cuando sus dedos se aflojan para soltarme, me siento extraña. Es como si una parte de mí se hubiera ido con él.

Camino hacia la esquina y arrastro el sofá hasta dejarlo muy cerca de la cama. Me siento a su lado, apoyo los codos en el colchón y le miro. Vuelve a tener los ojos cerrados y parece más tranquilo. Al menos ahora no tiembla.

Intento permanecer despierta por si le pasa algo, pero el cansancio de no haber dormido bien por la noche comienza a hacerse presente y puede conmigo. Cuando estoy a punto de quedarme dormida pasa su brazo por encima de mis hombros y no recuerdo nada más.

CAPÍTULO 52

Oigo un teléfono y abro los ojos sobresaltada. Por un momento me cuesta centrarme, pero pronto recuerdo dónde estoy. Busco el bolso a los pies del sillón y saco el aparato.

—¿Sí? —contesto aún somnolienta.

—¿Dónde estás, hija? —Mi madre parece preocupada.

—Estoy en el hospital, mamá. Tranquila.

—Llevas muchas horas allí... Son las seis de la tarde y te fuiste esta mañana temprano.

—¿Las seis? —digo sorprendida y miro rápidamente a Izan. Está temblando—. No te preocupes, estoy en una de las habitaciones. Es posible que llegue más tarde aún.

—De acuerdo. Pero recuerda avisarme de estas cosas.

—Tienes razón, lo siento. ¿Estás sola? —Temo que mis hermanos hayan salido—. ¿Necesitas que vaya contigo? —Miro a Izan de nuevo rezando por una respuesta negativa.

—No, tranquila. —Exhalo—. Solo cuídate cuando regreses. No me gusta nada que vuelvas a casa sola. Luc llegó hace rato.

—Tendré cuidado. —Nos despedimos y me acerco a la montaña. Está empapado en sudor y temo que haya empeorado. Pongo la mano sobre su frente y está ardiendo.

—Sa... ra... —dice al notar mi contacto.

—Shhh. Tranquilo. —Levanto las toallas y parecen secas. Miro a mi alrededor y al no encontrar nada para refrescarle agrupo los paños en una bandeja y salgo de la habitación.

—Oiga, ¿puede ayudarme? —le digo a una enfermera que pasa por allí.

—Claro, dime.

—El paciente que está en esta habitación —señalo la puerta— tiene fiebre de nuevo y necesito agua para mojar todo esto. ¿Dónde hay un baño que pueda utilizar?

—¿Volvió a subirle? —pregunta—. Le he revisado hace una hora y parecía encontrarse mejor. —Estaba tan dormida que debió entrar sin que me enterara.

—Ahora mismo está empapado en sudor y temblando...

—Déjame ver —dice y me aparto. Se acerca a la cama y comprueba las máquinas. Hace un ruido con su boca que no me gusta y toma su pulso—. Voy a por el doctor.

—¿Está peor? —me preocupo.

—Digamos que no está mejor... Dame las toallas. —Estira los brazos y le entrego la bandeja—. En unos minutos regreso. —Se marcha y nos deja solos.

—Izan... —susurro cerca de él. Sus temblores son cada vez más fuertes y me doy cuenta de que le falta el aire. Coloco mejor su mascarilla y agarra mi muñeca.

—Ve...te a ca...sa.

—¿Qué? —No entiendo por qué dice eso, si lo único que ha hecho hasta ahora ha sido insistir para que me quede.

—Ve... te. —Sus dientes chocan.

—No voy a ir a ningún sitio. —Retiro el cabello de su frente y pongo la mano sobre ella. Mis dedos están fríos y quiero aliviarle mientras vuelve la enfermera.

—No... quie...ro que... —Apenas puede hablar—. Vete. —Debido a su intento de vocalizar casi grita la última palabra. Me esfuerzo por creer que no es él quien ha dicho eso, sino su fiebre, pero aun así me afecta.

—Quiero estar contigo —protesto. Algo está pasando en él—. ¿Por qué me echas?

La puerta se abre y entra el doctor con la enfermera. Sin decir nada, se acercan a la cama y me aparto. Cubren parte de su cuerpo con las toallas húmedas y le auscultan. El doctor rubio niega con la cabeza y mi corazón da un vuelco.

—Esto no está bien —le oigo murmurar—. Ayúdame a sentarle. —Entre los dos ponen una almohada más entre la cama y su espalda—. ¿Te asfixias? —le pregunta y este asiente—. Vamos a tratar de aliviarte, ¿de acuerdo? —asiente de nuevo. Parece estar valorando su grado de conciencia.

—Ve...te. —Vuelve a mirarme y mi vello se eriza. El doctor se gira hacia mí al oír lo que ha dicho y me habla.

—Sara, debes salir de aquí.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Estará más tranquilo si haces lo que te está pidiendo. —Vuelve su atención a él.

—Está bien. —Bajo la mirada y aunque me cuesta aceptarlo, lo hago.

Dejo la puerta entreabierta con la esperanza de oír lo que hablan, pero la enfermera parece darse cuenta y la cierra.

—Mierda. —Me recuesto en la pared y me dejo caer hasta quedar sentada en el suelo.

Espero y espero, pero como en horas anteriores nadie parece darse cuenta de que existo. Varias personas entran y salen de la habitación. Intento preguntar un par de veces, pero nadie responde.

—Doctor —le llamo cuando por fin sale. Es el único que me presta atención y tengo que aprovecharme de ello. Camino angustiada hasta él y espera a que llegue—. ¿Cómo está? —resopla y me alarmo.

—Estamos intentando controlar la infección... pero avanza más rápido de lo que nosotros podemos atajarla.

—¡Santo Dios! —Creo desmayarme al entender lo que quiere decir.

—Si esto no se frena... —niega con la cabeza y mi estado de nervios empeora—. Debemos esperar unas horas para tener un diagnóstico más claro.

—¿Se recuperará?

—Estamos haciendo todo lo que podemos... —Ya no sé si es mi miedo o es que está queriendo decirme algo.

—Quiero entrar, ¿puedo ir ya con él? —Necesito hablarle y estar a su lado.

—No, Sara.

—¿Cómo?

—Te voy a ser claro. —Clava sus ojos azules en los míos—. Él sabe cuál es su gravedad ahora mismo y por su malestar teme estar cerca de la muerte.

—¿¡QUÉ!?! —Me niego a creer eso.

—Está tratando de evitar que presencias lo que fielmente cree que pueda pasar.

—¿Está diciendo que no tiene ninguna oportunidad? —Me falta el aire.

—No he dicho eso. Estoy intentando hacerte entender por qué de momento no puedes entrar. Si algo me ha enseñado esta profesión es que no hay nada imposible y vamos a luchar por sacarle adelante. Pero para ello lo primero que necesita es tranquilidad y si creemos que alejándote la tendrá, es lo que haremos. —Mete la mano en su bolsillo y saca la libreta—. Dame tu teléfono —le dicto el número y lo apunta—. Ve si quieres a ver a Ana un momento, y después vuelve a casa. Aquí por ahora no puedes hacer nada —dice mientras la guarda de nuevo. Al notar que voy a protestar, continúa—. Si hay algún cambio, ya sea para bien o para mal, yo te aviso. Pero de momento tiene que ser así. Como te dije antes, voy a respetar su decisión. Es necesario en su estado. No debe preocuparse más por ti que por él.

Noto mi cuerpo sudoroso por la angustia y me frote la frente. Quiero insistir, pero al entender que es lo mejor para él accedo.

—Está bien. Pero, por favor, avísame con cualquier cambio. —Mi voz se quiebra—. Quiero estar informada de todo.

—Así lo haré, Sara. Te lo prometo.

—Gracias. —Me marchó y camino abatida hasta la habitación de Ana. Antes de entrar, me preparo mentalmente. No sé si podrá oírme, pero por si acaso, quiero evitar que note mi desconsuelo.

Abro la puerta y me acerco a ella. Parece dormida y respira tranquila. Me alegra ver que cada vez tiene menos cables en su cuerpo. Agarro su mano como el día anterior y compruebo que está más templada. Al igual que sus mejillas, que parecen estar recobrando su color natural. Con cada hora que pasa se va pareciendo más físicamente a la Ana loca e ilusionada que conocí en aquella maldita casa. Alegre, divertida, coqueta... lo único que deseo es que cuando despierte consiga alejar todos esos fantasmas que estoy segura le van a perseguir el resto de su vida. Solo de pensar en cómo me está afectando a mí todo esto sin haber tenido que pasar ni por la mitad de lo que ha pasado ella me puedo hacer una idea. ¿Qué va a ser de su vida a partir de ahora? ¿Y de la mía? Aunque la montaña ha mantenido a mi familia todo este tiempo, necesito volver a la normalidad y buscar un empleo. Pero... ¿Y si me vuelve a pasar? ¿Cómo voy a confiar ahora en la gente?

Miro la marca de mi muñeca y la tapo con mi otra mano. Necesito que desaparezca cuanto antes de mi cuerpo. “Mi madre llevaba ese mismo tatuaje”. Recuerdo las palabras de la montaña cuando lo vio la primera vez y

tengo que contener las lágrimas. Izan es una persona maravillosa y aunque no conocí a su madre, he creado sentimientos hacia ella y le tengo un gran respeto. Debió de ser una mujer muy valiente para conseguir educar a su hijo de la manera en que lo hizo aun viviendo en ese infierno. Ojalá yo tuviera solo un poco de su fuerza mental. No hay quien me quite de la cabeza que esa mujer aguantó tanto solo para asegurarse de que su hijo se había convertido en una gran persona, y de que podría seguir con su vida sin ella.

Vuelvo mi atención a Ana y la observo. Es increíble que hayamos llegado a esto. Solo buscábamos un trabajo que nos permitiera vivir dignamente y ambas caímos en el peor de los engaños. Nos contaron lo que queríamos oír. Lo pusieron todo tan bonito y lo adornaron tanto que, cegadas por la ilusión, no vimos más allá de lo que teníamos en frente.

«Tonta de mí», me riño mentalmente. En lo único en lo que pensaba era en el futuro que podría darles a mis hermanos con ese dinero y en todas las medicinas que podría comprarle a mi madre para aliviarla. Si hubiera observado con atención, me hubiera dado cuenta de algunas señales, pero nunca se me pasó por la cabeza que todo esto fuera parte de una artimaña.

Esta experiencia me ha hecho crear un vínculo especial con Ana y la montaña. Es como si se hubieran convertido en una parte fundamental de mi vida y mi familia.

Empiezo a notar que estoy a punto de llorar y decido que es el momento de marcharme. Cuando salgo, veo al doctor rubio y a cuatro personas más entrar de nuevo en el cuarto de Izan. Cierro los ojos durante un par de segundos y me esfuerzo por alejarme. Desearía con todas mis fuerzas quedarme con él,

pero esta es la mejor opción.

—Tú puedes con esto —le hablo como si pudiera oírme para aliviar mi pesar.

Cuando salgo a la calle saco el teléfono y me siento en uno de los bancos. No me quedo tranquila con la nueva visita del doctor a su habitación y quiero esperar unos minutos más antes de irme por si ha empeorado.

CAPÍTULO 53

A medida que pasa el tiempo, respiro aliviada. Mi teléfono no ha sonado y eso solo puede ser bueno. Es muy tarde y empieza a hacer frío, por lo que decido volver a casa confiando en las palabras del doctor. Sé que me llamará.

Mientras camino hasta el transporte público me doy cuenta de que todo se ve diferente. Las calles por las que estaba acostumbrada a pasear cuando estudiaba parecen mucho más grandes y temerosas. Me fijo en dos chicas que hay en una esquina y siento escalofríos. ¿Estarán ahí por voluntad propia? Alguien se acerca a ellas hablándoles como si fuera su dueño y prácticamente echo a correr asustada.

Cuando por fin subo al autobús que me llevará a casa, me relajo. Me acomodo en el primer asiento que veo libre y cuando voy a cerrar los ojos para liberar un poco de tensión noto vibrar mi teléfono. Lo busco tan desesperadamente dentro de mi bolso que capto la atención de varios pasajeros. Por mis movimientos deben pensar que estoy loca. Mi actitud cambia por completo cuando veo de quién es.

Siento lo que pasó hoy. No pude evitar ponerme celoso al ver tu preocupación por él. Le prestas más atención que a mí y noto que te estoy perdiendo a pasos agigantados. Ya no sé que más hacer para evitarlo. Pongo

los ojos en blanco y maldigo mentalmente.

Creo que te estás equivocando, Lucas. Realmente nunca me has tenido. Le devuelvo el mensaje.

¿Tengo que ir a recogerte? Evita continuar con el tema.

No, ya estoy de vuelta. Voy en transporte público. Llegaré en 15 minutos. Respondo solo porque sé que se lo dirá a mi madre.

Te espero. Leo y guardo el móvil sin añadir nada más. Sé que querrá hablar de esto en persona, pero lo que menos me apetece es verle. Lo único que quiero es abrazar a mi familia cuando llegue y resguardarme en mi cuarto.

Como imaginaba, al llegar a la parada le veo. Está sentado en un banco de madera mirando hacia el autobús. Cuando bajo, viene deprisa hacia mí.

—Hola —sonríe.

—Hola —respondo sin ánimo.

—¿Cómo están? —Intenta iniciar una conversación y le esquivo.

—Igual que esta mañana.

—¿Has visto a Ana?

—Sí —contesto secamente.

—¿Pero está mejor?

—Algo mejor...

—Sara, me lo estás poniendo muy difícil —dice con tono cabreado.

—No tengo ganas de nada, Luc. ¿Podrías respetar eso?

—¿Estas nuevas maneras conmigo van a ser así todos los días? —me mira fijamente.

—Estas nuevas maneras contigo serán así siempre que me presiones. — Camino.

—¿Presionarte? —pregunta sorprendido.

—Sí, Lucas.

—¿Cuándo?

—Estás actuando como si fueras mi pareja y eso no me gusta.

—Es que lo somos. —Paro de caminar al oírle.

—¿Desde cuándo? —Le enfrento.

—Sara, no te hagas la tonta. Antes de que pasara todo esto...

—¡Antes de que pasara todo esto solo nos dimos dos putos besos! — exploto. Estoy harta—. Eso no nos compromete a nada. ¿Acaso cada vez que te has besado con alguien le has considerado tu novia? —Ha estado con muchas chicas y me aprovecho de ello para hacerle ver lo equivocado que está.

—¡Pero a ti te declaré mis sentimientos!

—¡Te estás olvidando de la parte que me corresponde! ¿No crees? —Cada vez me noto más alterada—. Yo nunca te los declaré a ti. Cedí a tus besos para no hacerte sentir mal, pero nunca me afectaron de la manera que deberían.

—¿Y cómo sabes eso si nunca te has besado con alguien que te importe? —

dice seguro.

—Estás afirmando algo que no deberías y quizás te lleves una sorpresa... —
En ese momento me doy cuenta de que no debería haber dicho eso.

—¡Lo sabía! ¿Te gusta ese delincuente? Ahora entiendo tu obsesión por él.

—¡NO ES UN DELINCUENTE! —Me duele que le llame así después de todo lo que ha hecho para liberarnos de las garras de su padre.

—Te consideraba más inteligente, Sara. —Hay desprecio en su voz—. Pero has resultado ser una ingenua. Ahora entiendo por qué te ha pasado lo que te ha pasado.

—¿Qué? —Siento un dolor punzante en el pecho—. ¡Lárgate! ¡No quiero volver a verte en mi puta vida! —Mis ojos se llenan de lágrimas. Mi mejor amigo acaba de romperme el corazón en mil pedazos.

—Eso es lo que quieres para correr libremente detrás de ese cabrón, ¿verdad?

—¡Yo puedo correr libremente detrás de quien me dé la gana! —respondo con ira.

—Espero que te salga bien, porque no pienso hacer de pañuelo cuando te haga daño.

—No creo que pueda hacerme más daño del que me acabas de hacer tú. — Sus ojos se abren al tiempo que su mirada cambia. Acaba de darse cuenta de lo lejos que ha llegado—. ¡Hasta nunca! —Me marchó y le dejo solo.

—¡Sara! —le ignoro—. ¡Espera...! —Camino más rápido y al no oír sus pasos deduzco que no me sigue.

Cuando llego a la casa todos están dormidos y me siento mal por no haberles podido ver. Camino hasta la cocina con la intención de obligarme a cenar algo, ya que no he comido nada en todo el día, pero nada más abrir la nevera siento náuseas y mi estómago se cierra. Decido entonces olvidarme de la cena y sin hacer ruido me voy a la cama.

Durante toda la noche recibo varias llamadas de Lucas. Con cada una de ellas sufro un miniinfarto pensando que es del hospital y no quiero quitarle el sonido al móvil por si el doctor se pone en contacto conmigo. Por más que busco la opción para bloquearlo, no la encuentro y tengo que aguantar su acoso. En varias ocasiones me siento tentada a descolgar solo para insultarle, pero sé que sería peor.

La imagen de Izan temblando en la cama de su habitación me acompaña hasta que por fin Lucas desiste y me quedo dormida.

A las 8 de la mañana una vez más suena el teléfono y me despierto sobresaltada. Compruebo que no es su número y descuelgo sin pensar.

—¿Sí?

—Buenos días, Sara.

—¡Doctor! —Rápidamente reconozco su voz y me levanto—. ¿Cómo está Izan? —Mi corazón parece querer salir del pecho.

—Tengo buenas noticias. —Corto la respiración para que nada interrumpa sus palabras. Quiero oír a la perfección lo que tenga que decirme—. Esta mañana le he encontrado notablemente mejor. —Ahogo un grito de alegría. Esperaba de todo menos eso—. Está respondiendo muy bien al tratamiento y

no ha tenido fiebre desde hace algunas horas.

—¿En serio? Dios mío... —No lo puedo creer. Al fin algo bueno.

—No me gusta crear expectativas, pero si sigue como hasta ahora, creo que se recuperará sin problema.

—No sabe lo feliz que me hace oírle decir eso. —Aprieto los ojos con fuerza aprovechando que no me ve—. ¿Cómo sigue Ana?

—También mejora, pronto le retiraremos la sedación y podrás hablar con ella.

—¿De verdad? —No puedo sentirme más emocionada.

—Los dos son jóvenes y eso juega a su favor. Sus cuerpos se recuperan más rápido y mejor. Han tenido mucha suerte.

—Oh, doctor. —Soy incapaz de disimular mi alegría—. La suerte la hemos tenido nosotros por dar con alguien como usted.

—Bueno... —ríe y parece avergonzado—. Solo hago mi trabajo.

—Ojalá todos lo hicieran también —respondo con sinceridad. Desde que mi madre cayó enferma, hemos conocido a muchos y varios de ellos ni siquiera se han molestado en prestarnos atención—. ¿Puedo ir ya con Izan? —pregunto ansiosa.

—Vamos a esperar a que se encuentre más fuerte y confiado. ¿De acuerdo? Él mismo nos pedirá que te llamemos. Ten un poco de paciencia.

—La tendré... —miento. La espera será insoportable. Me preocupa el ansia que tengo por verle. Quizás Luc tenía razón y estoy obsesionándome con él.

Nos despedimos, guardo su número en la agenda, me pongo las zapatillas y salgo de la habitación con un humor totalmente distinto al de cuando entré. Cuando paso por la habitación de Lucas noto algo extraño en ella y me vuelvo. La puerta está abierta y sus cosas ya no están dentro. Recuerdo nuestra pelea de anoche y me siento apenada. Durante toda mi vida ha sido mi mejor amigo y me va a costar mucho superar su pérdida. Le quiero como a un hermano y sé que será muy duro seguir sin él. Pero las cosas que me dijo me han dañado mucho y si realmente piensa así de mí, no quiero tenerle cerca.



Los días pasan y el teléfono no suena. Al ser nuevo, solo tienen mi número el doctor, mi madre y Lucas. Por suerte, este último no me ha vuelto a molestar. He estado yendo al hospital a visitar a Ana, pero he tenido que evitar ver a la montaña, aunque ganas no me han faltado de entrar a su habitación. Una de las veces estuve muy cerca de abrir, pero me detuve a tiempo.

El doctor muy amablemente me informa de su estado cada vez que me ve. Parece que todavía tiene infección y se encuentra mal físicamente, aunque poco a poco está remitiendo.

—¿Hoy tampoco ha preguntado por mí? —Le hago la misma pregunta que todos los días.

—No, Sara. Ya te dije que el medicamento que le estamos poniendo para

reducir los síntomas es muy fuerte y está más tiempo dormido que despierto. Se lo estamos retirando, pero no es inmediato. Ahora mismo no debe de saber ni dónde está. —Sus palabras me duelen, pero no pierdo la esperanza.

—Está bien. Pero si lo hace, dígamelo, por favor.

—Sí, no te preocupes. En cuanto lo haga te llamo.

—Gracias. —Se marcha y me quedo mirando al vacío.

Todo está yendo demasiado lento y me siento impaciente. Incluso Ana, con quien tenía la esperanza de poder hablar hoy, sigue todavía sedada. Creen que es mejor esperar un día más.

Decido que es el momento de marcharme yo también y me dirijo a la salida. Cuando estoy a punto de meter la llave en la cerradura de mi coche suena el móvil. Lo saco y al ver que es el doctor descuelgo de inmediato.

—Dígame —respondo rápidamente.

—Sara. ¿Sigues en el hospital?

—Sí... Bueno, estoy en el aparcamiento, pero sí. ¿Qué ocurre?

—Sube. Está despierto y algo más centrado.

—¡Sí! —grito—. ¿Me llama?

—Te llama —ríe. Admiro su paciencia conmigo.

—¡En dos minutos estoy ahí!

—De acuerdo.

—Oh, Dios... —Mis latidos se vuelven rápidos—. ¡Gracias! —Cuelgo y corro para reunirme con él.

Subo los escalones de la entrada de dos en dos y presiono los botones del ascensor, pero tarda demasiado en abrirse y decido ir por la escalera. Camino rápido por el pasillo y cuando por fin llego a su puerta me paro unos segundos para recobrar el aliento. Cuando parece que mi respiración se normaliza, abro sin llamar y le veo. Está mirando hacia mí y parece que sonrío.

—Hola —habla a través de su mascarilla y su voz suena como embotellada.

—Hola. —No puedo evitar sonreír ampliamente. Estoy tan nerviosa que temo no ser capaz de controlar mis emociones.

—Parece que estoy vivo —bromea y ya no le cuesta tanto esfuerzo vocalizar.

—Sí —ríe—, lo estás.

—Pensé que no lo contaba. —Trata de moverse y su cara refleja dolor.

—Ten cuidado. —Me acerco a él para ayudarlo y le coloco la almohada.

—Siento haberte pedido que te marcharas. —Me mira fijamente con sus hermosos ojos negros—. Pero realmente creí que no salía de esta... y...

—Lo entiendo. No te preocupes. —Le quito importancia para que no se sienta mal.

—Te prometo que solo volveré a pedirte algo así si estoy a punto de morir de nuevo —ríe con su propia frase y vuelve su cara de dolor.

—Izan —le riño.

—Sara —mueve la mano y la pone sobre la mía—, necesito contarte

algunas cosas. —Apenas le oigo. Su contacto hace que todo mi cuerpo se vuelva extraño y anula mi capacidad de pensar.

CAPÍTULO 54

Mi respiración se hace más profunda a medida que el calor de su mano atraviesa mi piel y una extraña relajación me debilita.

—Sara —me llama de nuevo al notar que estoy ausente—. ¿Estás bien?

—Yo... —Pestañeo para volver al lugar y miro nuestra unión.

—Tú también lo notas, ¿verdad? —Alzo la mirada sorprendida y me sonrío.

—No entiendo lo que quieres decir. —Estoy tan inmersa en mis nuevas sensaciones que creo haber pedido el hilo de la conversación.

—Cada vez que estamos juntos algo se mueve dentro de mí y siento como si levitase. —Entrelaza sus dedos con los míos y disimulo un suspiro—. A veces tengo que controlarme para no asustarte, pero te aseguro que es en contra de mi voluntad. —Abro la boca para intentar hablar, pero al ver que no emito ningún sonido, continúa—. Yo... —Intuyo que va a decir algo doloroso por el cambio de su expresión—. No me he portado muy bien contigo y necesito darte algunas explicaciones.

—No hablemos de eso ahora —le interrumpo para que no se torture.

—Te dije e hice cosas que... que no sentía en absoluto.

—No es el momento, Izan.

—El día que chocamos en aquel *parking*. —Levanta una de sus perfiladas cejas—. Por tu culpa, por supuesto —ríe y hace una mueca de dolor a la vez—. Cuando bajaste del coche y viniste a pedirme disculpas sentí algo abrirse justo aquí. —Pone la mano en el centro de su pecho—. Y te juro que vi a Cupido en la acera de en frente lanzándome flechas. —Ahora la que ríe soy yo. Aunque no sé si por la imagen que se ha formado en mi cerebro o por mis nervios al oírle decir eso—. Reaccioné agresivamente porque no supe disimular lo que me estaba pasando. Yo no soy así, Sara. Suelo tener un mínimo de educación, pero tu presencia me afectó de alguna manera y tuve la necesidad de demostrarme a mí mismo que no era por ti. No podía ser... los flechazos para mí siempre eran una leyenda urbana.

—Yo tampoco creo en ellos. —Le doy la razón.

—He dicho “eran”. —Vuelve a levantar la ceja y me hace reír de nuevo—. Desde ese día no pude olvidar tu cara de loca diciéndome “sube aquí y pedalea” mientras me enseñabas el dedo corazón —carcajeo. Recuerdo perfectamente toda la conversación de aquel día—. Volví varios días con la esperanza de que trabajaras cerca y aparcaras tu coche en esa zona.

—¿En serio? —pregunto asombrada.

—Lo sé. Hacer eso fue algo exagerado, pero quería comprobar que todo lo que sentí había sido algo casual y era la única manera. Pero nunca apareciste y perdí la esperanza. La idea de que fuera tu *parking* habitual se esfumó y volví a casa pensando que me quedaría con la duda.

—Y fue entonces cuando...

—Y fue entonces cuando... —me quita la palabra— me tiraste el estofado

en la entrepierna.

—Lo siento —río. Ahora me parece algo cómico, pero en su momento fue horrible—. Me impactó muchísimo verte ahí. Era lo último que esperaba.

—Me puedo hacer una idea porque me pasó igual. —Me mira fijamente a los ojos—. Que sepas que te volví a gritar porque me sentí tan vulnerable como la primera vez y tenía que disimularlo.

—Creí ahí que había perdido mi trabajo y estuve a punto de marcharme. Si lo hubiera hecho en ese momento no habría pasado por todo esto. —Me quedo mirando al vacío.

—En cuanto noté que mi padre te defendía, supe lo que estaba tramando. Cuando una chica le interesa, actúa así. Le da la mejor de las caras y después la convence para que trabaje en sus clubs. O al menos eso creía... Nunca podré saber si de verdad algunas chicas cedieron o las obligó a todas.

—No te tortures, Izan —parece apenado—, tu no sabías esto y has demostrado hasta dónde has estado dispuesto a llegar para evitarlo.

—Quise que te fueras de allí, Sara. Realmente me esforcé para conseguirlo. Te traté fatal y me sentía mal por ello. —Se culpa mientras mira a un punto fijo—. Pero no quería que acabaras de esa manera.

—Ya me lo dijiste, tranquilo. No te guardo rencor por aquello. —Pongo la mano en su brazo y me mira.

—En Colombia también te hice daño a propósito. —Traga saliva—. Cuando te dije que retomaras las riendas de tu vida y que hicieras lo que no habías podido hacer hasta ahora mi corazón se partió en dos.

—Tenemos tiempo para hablar de esto más adelante... —Temo que esté esforzándose demasiado y empeore.

—Déjame terminar, por favor. Es lo que más he deseado decirte desde que he vuelto —hace una pequeña pausa para tomar aire y continúa—. Te mentí, Sara. No era mi intención quedarme allí como te dije. Solo quise mantenerte al margen y sabiendo a lo que me iba a enfrentar evitarte sufrimiento si algo me pasaba.

—Izan... —Aunque el comisario me adelantó algo, oírlo de sus labios me impacta más.

—Lo que de verdad quería era que retomaras esas riendas de tu vida conmigo y que hicieras lo que no habías podido hacer hasta entonces a mi lado. —Mi respiración se corta—. Sí, Sara. Estoy diciendo lo que crees —dice al notarme tensa—. Cuando fui a buscarte a México, ya sentía cosas por ti, aunque me mentía a mí mismo para justificarme. Y desde hace semanas es evidente que esto ya no tiene freno. Te quiero, Sara. —Aprieta mi mano y me quedo inmóvil—. Quiero intentarlo contigo, si tú me aceptas, claro.

—Ee... —He olvidado cómo hablar y parece que estoy viendo la escena desde una esquina de la habitación—. Ee...

—Ee...stoy dispuesta a intentarlo, Izan. —Imita mi voz y vuelvo a mi cuerpo para reír con su ocurrencia—. Ven aquí —dice mientras abre sus brazos y con cuidado me echo sobre su cuerpo—. ¿Esto es un sí? —asiento emocionada. Nunca imaginé que su declaración me afectaría tanto. Ni que después de lo vivido sería capaz de acercarme a un hombre de esta forma. A él no le temo y ya no tengo dudas. Siento lo mismo que ha descrito, y aunque

me ha costado darme cuenta, tengo que admitir que yo también le quiero.

Busca mi cara con sus manos y tira ligeramente de mí para acercarme a su rostro, se quita la mascarilla y deja un pequeño beso en mis labios. Me mira fijamente y al ver que le acepto, vuelve a besarme suavemente. Cierro los ojos y disfruto del momento. Su respiración empieza a tornarse dificultosa y, sabiendo la razón, me aparto.

—Izan, necesitas esto. —Le acerco la mascarilla y se la pongo.

—No me importaría ahogarme mientras me besas —sonríe—. Moriría feliz.

—No me gustan esas bromas —le riño.

Varios golpes en la puerta nos hacen mirar a la vez.

—Pase —digo desde donde estoy. Cuando abren no conozco a la persona que entra. Es un hombre alto y musculoso, aunque no tanto como Izan. De unos treinta y tantos, con el pelo castaño y los ojos miel. Viene con el doctor.

—Buenas tardes. Me han dicho que estás mejor. —Se dirige a la montaña y este asiente—. Hola Sara, soy el comisario Torres —me extiende la mano y se la tomo—. ¿Cómo estás?

—Hola, comisario —digo sorprendida. En mi mente parecía mayor—. Emocionada de conocerle al fin —le sonrío—. Estoy bien por el momento, pero algo desorientada aún.

—Paciencia, muchacha. Llevará su tiempo, pero poco a poco todo volverá a la normalidad. Ya lo verás. —Vuelve a mirar a Izan—. ¿Mejor, entonces?

—Sí —responde—. Aunque todavía me siento fatigado.

—¿Te sientes con fuerza de hablar o vengo en otro momento?

—Puedo hablar. —Le miro rápidamente. Me preocupa que se canse.

—Quisiera hacerte algunas preguntas.

—Claro. Adelante.

—¿Conoces todas las propiedades de tu padre?

—Solo algunas.

—Si tuvieras que buscarle, ¿dónde crees que estaría ahora mismo?

—Donde está. En la cárcel —ríe y el comisario le mira serio. La montaña nota algo raro y su expresión cambia.

—Tu padre no está en la cárcel, Izan.

—¿Qué?

—Escapó en la redada y ha conseguido salir de Colombia.

—¿¡Qué!?! —Intenta levantarse y el doctor con un rápido movimiento lo impide—. ¿Estás diciendo que mi padre sigue en libertad?

—Me temo que sí. Hemos conseguido atrapar a Lorena y al agente de México que le estaba ayudando, pero ya le había facilitado la salida de Colombia.

—¿Dónde está? —Me mira preocupado mientras le hace la pregunta.

—No tenemos ni idea. Por eso necesitamos de tu ayuda. Tú le conoces mejor que nadie y quizás puedas guiarnos. Necesito que me des el nombre de todos sus conocidos, los sitios que recuerdes a los que haya viajado en los últimos años y las propiedades que conozcas y los países en que los están

ubicadas.

—Salgo a tomar un café para que estéis más tranquilos —dice el doctor al comisario, entendiendo que es algo parecido a un interrogatorio y no debe estar ahí—. No le presiones demasiado. Aún está débil.

—De acuerdo. Saca otro café de la máquina para mí. No tardaré.

—¿Doble y con leche como siempre?

—Sí. —En ese momento recuerdo que el doctor me dijo que eran amigos.

Durante varios minutos Izan enumera todo lo que recuerda mientras el comisario lo anota. Cada vez se muestra más cansado y aunque le ofrece parar en varias ocasiones, la montaña se niega e insiste en continuar.

—Creo que con esto por el momento tendremos suficiente para continuar con la investigación. Si recuerdas algo más, házmelo saber.

—Así lo haré —responde con esfuerzo.

—Mientras tanto, vamos a asignaros a un par de agentes por precaución.

—¿Qué? —Izan le mira preocupado y yo no entiendo a qué se refiere.

—Es solo por precaución. Sé de buena mano cómo son las venganzas y no pienso correr ningún riesgo.

—¿De qué estáis hablando? —La tensión no me deja permanecer callada.

—Como dije antes, desconocemos el paradero de Aníbal, y por tanto, vamos a tomar las precauciones oportunas. Puede estar en Argentina, puede estar en Perú, en Chile, en Bolivia... o incluso en España.

—¿En España? —le interrumpo. Ahora entiendo lo que dijo antes.

—Existen posibilidades, y hasta que no le encontremos toda protección es poca. ¿Seguís viviendo en la casa nueva?

—Sí —respondo intranquila.

—Aunque ya se lo dije a tu madre y a tu amigo, te lo repito a ti. No os mováis de allí hasta que os avisemos. Y tú —señala a Izan— ve pensando en irte a vivir a otro lugar cuando salgas de aquí. —La montaña le mira, pero no dice nada—. Lo normal es que todo salga bien —trata de tranquilizarnos—, pero siempre hay que hacer las cosas con precaución. Y ahora, si me disculpáis, tengo que irme. Seguimos en contacto.

Nos despedimos y cuando se marcha, me quedo pensativa. Pronto recuerdo que tengo que volver a casa sola y un escalofrío de miedo recorre mi cuerpo.

CAPÍTULO 55

—¿Estás bien? —pregunta Izan al verme mirando fijamente a la pared.

—Eh... sí, sí. Estoy bien —fuerzo una sonrisa y me giro hacia él.

—¿Tú sabías que mi padre había logrado escapar? —dice preocupado.

—Desde hace poco...

—¿Vendrá alguien a recogerte? —Arruga la frente.

—Tengo el coche aparcado muy cerca de aquí. No te preocupes. —Trato de tranquilizarle porque sé lo que está pasando por su mente.

—Llama a tu amigo. No quiero que salgas sola. —Al oírle decir eso siento una punzada de dolor.

—No hace falta —le quito importancia—, solo tengo que cruzar la calle...

Durante las siguientes horas no parece conforme e intenta convencerme en varias ocasiones para que llame a Lucas. Tanta es su insistencia que tengo que explicarle lo que pasó con él.

—¿En serio te dijo eso? —Aprieta los dientes. Está forzándose mucho a pesar de que el médico le ha pedido reposo.

—Bueno... cuando uno está enfadado dice cosas que no siente. —Le hago

creer que no me afecta, aunque me siento rota por dentro.

—Espero no tener que cruzármelo nunca por la calle —se tensa—, porque el día que lo haga le romperé todos los huesos. ¿Cómo se atreve? ¿No entiende todo lo que has pasado?

—Parece que no. —Le noto tan molesto que prefiero cambiar de tema—. Pero no le des más vueltas. Seguro que ha aprendido la lección.

—Se la tendré que recordar algún día para que no se le olvide... —Cierra con fuerza sus ojos y entiendo que ha llegado a su límite. Debe descansar.

—Izan. Es tarde y tengo que volver a casa. Apenas veo a mi familia y hoy quiero llegar un poco antes. —Me mira durante un par de segundos y cuando va a decir algo, cierra la boca y asiente—. No te preocupes, llegaré bien. —Le guiño un ojo.

—No me gusta esto...

—No me pasará nada. —Disimulo mi miedo y me acerco a él para besar su frente. No quiero privarle de su mascarilla ni un segundo más. Parece necesitarla ahora más que antes.

Mis labios tocan su piel y cuando me giro para marcharme, sujeta mi mano.

—Espera. —Me doy cuenta de que no tengo la necesidad de tirar para soltarme, como me ha estado pasando con otras personas. Con él soy capaz de controlar mi instinto—. ¿Piensas que después de aceptar ser mi pareja me conformaré solo con eso? —sonríe y retira la mascarilla de su cara mientras una tonta sonrisa se dibuja en mi cara. Me acerca a él mientras enreda mi cabello entre sus dedos y pone su frente junto a la mía—. A partir de ahora

esta será la forma correcta de despedirnos —susurra y me besa. Un extraño y agradable sentimiento me invade y mi mente se borra por completo. Es tan dulce y sensual que creo poder volar sin alas.

A medida que roza su boca con la mía, me rodea con sus grandes brazos y crece el deseo de no separarme de él. Mi corazón se acelera hasta el punto de notar eco en mi pecho y todo se vuelve especial. El contacto de sus labios es tan distinto a todo lo que he vivido que nada podrá superar este momento.

Se aparta despacio y mantengo los ojos cerrados para aferrarme a la nueva sensación. No quiero que termine. Al notar que no me besa de nuevo, los abro lentamente y le veo. Sus ojos brillan y me mira fijamente.

—Te quiero, Sara —suspiro al oírle. Es la primera vez que nos besamos de esta manera y le noto más presente.

—Yo también te quiero —sonrío tímidamente. Me resulta difícil pronunciar esas palabras y no sé por qué. Es como si le hubiera entregado algo muy valioso al decírselo.

Me abraza y con cuidado me acomodo en su pecho procurando no presionarle. No quiero hacerle daño, pero tampoco puedo negarme. Le necesito tanto como él a mí.

—Ten cuidado cuando regreses, ¿de acuerdo?

—Lo tendré —me levanto con el mismo cuidado—. Mañana temprano estaré aquí de nuevo.

—Solo pensarlo me angustia. —Coloca su mascarilla en la boca al notar asfixia.

—¿No quieres que venga? —bromeo.

—Sabes que es lo que más deseo. Pero me aterra pensar en el trayecto después de la noticia que me han dado hoy.

—Todo estará bien, ya verás. —Me despido y antes de salir por la puerta tengo que volver a entrar para besarle rápidamente de nuevo—. Ríe y siento vergüenza. ¿Qué me pasa? Yo no era así.

Cuando por fin me marchó, siento que dejo una gran parte de mí dentro de la habitación. Me cuesta tanto separarme de él que me resulta doloroso.

Al salir a la calle pienso en Aníbal y todo mi vello se eriza. Corro hasta el coche y solo cuando bloqueo las puertas me siento segura. Llego a casa sin problema y cuando entro me encuentro a mi madre llorando, sentada de una manera extraña. Está de cara a la pared.

—¿Qué ocurre, mamá? —Me acerco a ella preocupada.

—Nada, hija, tranquila.

—No me digas que nada. —Insisto—. ¿Qué ha pasado? —Miro a mi alrededor y veo varios platos rotos—. ¿Estás teniendo una recaída? —Cada vez le aparecen los brotes con más frecuencia debido a su enfermedad y aunque quiere ocultarlos, llega un momento en que ya no puede.

—Sí, hija. —No tiene más remedio que admitirlo.

—¿Es como siempre o ha empeorado? —Temo que tenga dolor. Empezó con debilidad y entumecimiento en las manos y desde hace meses se queja de dolor y rigidez muscular en todo el cuerpo, además de mareos y pérdidas de equilibrio.

—La vista.

—¿Cómo? —Nos dijeron que eso pasaría, pero confiaba en que llegaría más tarde. He rezado durante noches para que fuera lo último. Sería horrible que además de estar pasando por esto no pudiera ver la cara a sus hijos.

—He perdido visión. —Llora de nuevo y trato de mantener la calma.

—Ven conmigo. —Agarro sus manos y con mucho esfuerzo la guío hasta el sofá. Sus piernas están prácticamente bloqueadas y tardamos bastante en llegar. Pronto necesitare a alguien que me ayude, ya que pesa demasiado para mí sola...

Una vez que la acomodo, voy hasta la cocina para que no me oiga y llamo a su neurólogo para buscar ayuda. Lejos de escucharme, me da la misma respuesta de siempre. Cuelgo de mala gana por la impotencia y regreso con ella para calmarla.

Le explico que en unos días se encontrará mejor y que posiblemente recupere la visión, pero no es tonta y sabe que, aunque remonte de esta vendrán más y cada vez irán a peor.

Recojo toda la casa, atiendo a mis hermanos cuando llegan y un par de horas más tarde ya estamos todos en la cama. Cierro los ojos y, aunque estoy triste por mi madre, me siento bien pensando en la montaña.



Los días siguientes son increíblemente intensos. Mi madre poco a poco se recupera de su recaída y está volviendo a recobrar la vista.

Cada vez que tengo que salir de la casa me pongo nerviosa y no puedo evitar acordarme de quien está libre. Pero todo se me pasa cuando llego al hospital y veo a Izan. Se encuentra mucho mejor y lo único que quiere es tenerme cerca. Ya puede levantarse y se pasa el día abrazándome y besándome sin parar. Varias veces nos ha sorprendido el personal sanitario en actitud cariñosa, pero parece no importarle demasiado.

Ana ya está despierta y la visito todos los días. Emocionalmente está bastante fastidiada, porque lo recuerda todo, pero por suerte habla de ello sin parar y nos han asegurado que eso es bueno. Exteriorizarlo puede ayudarle con el trauma y eso sería un gran punto en favor de su recuperación.

—Sara —el doctor abre y asoma la cabeza—, ¿puedes venir un momento?

—Claro —respondo poniéndome en pie y mirando extrañada a la montaña. Este arruga sus cejas intrigado. Salgo al pasillo y está esperándome—. ¿Ocurre algo? —Temo que vaya a darme malas noticias.

—No, tranquila. Solo quiero hablar contigo sobre Ana.

—Dígame. —Su respuesta no calma mi estado.

—Verás... —Se rasca la cabeza—. Esta semana, si todo sigue como hasta ahora, les daremos el alta a los dos. —Abro los ojos sorprendida. Por la situación tan complicada que tengo en casa llevo días esperando que eso ocurra. Cada vez se me hace más difícil venir a visitarles y dejar a mi madre sola—. Pero el problema es que no acabo de estar tranquilo con Ana... —Me mira—. Físicamente está mucho mejor, ya lo estás viendo. Pero mentalmente me preocupa. Como ya sabes, no tiene a nadie y en su estado no me gusta la idea de que se vaya a vivir sola. Lamentablemente no tengo excusa para

mantenerla más tiempo aquí y me gustaría que estuviera vigilada por unos días.

—Entiendo lo que quiere decir, doctor. —Yo también tengo esa preocupación.

—¿Podrías visitarla todos los días un par de horas? Necesita tener su mente ocupada en algo para no darle tantas vueltas a todo lo que ha vivido.

—Uf... —resoplo, apenada—. Creo que no, doctor. Mi madre padece esclerosis múltiple y ya me está resultando difícil venir hasta aquí.

—Oh, vaya, lo siento mucho —dice sincero—. ¿Está muy avanzada?

—Lo suficiente como para empezar a no valerse.

—¿Puedo preguntarte quién la está medicando?

—Claro... —le digo el nombre del médico y saca su libreta. Anota algo y me lo entrega.

—Llama a este número y dile que vas de mi parte. Es un colega que se dedica expresamente a tratar esa enfermedad y es muy bueno.

—¡Muchas gracias, doctor! —Doblo el papel y lo guardo como si fuera oro en paño en mi bolsillo trasero—. Espero que este al menos nos preste algo más de atención. Últimamente no estamos teniendo mucha suerte.

—Ya verás que sí. Además, es muy amable —sonríe y recuerdo algo.

—¿Sabe? —digo todavía formando la idea en mi mente—, creo que tengo la solución respecto a lo de Ana. —Me mira—. No podré ir a visitarla a diario, pero si ella quiere puede venir a vivir con nosotros un tiempo. Me

vendría genial contar con su ayuda.

—¡Es una idea estupenda! —dice emocionado—. Le servirá de terapia. Estará entretenida, se sentirá útil y podrá ver que... —No termina la frase por miedo a ofenderme.

—Y podrá ver que hay gente que está peor que ella y lucha por salir adelante —sonrío sabiendo que he acertado.

—Exactamente eso, Sara. —Curva la boca al ver que le he entendido.

CAPÍTULO 56

Una semana después, ambos están impacientes en sus habitaciones porque hoy, por fin, y tras prometerle al doctor que no harán ningún esfuerzo, saldrán del hospital. Cuando le ofrecí a Ana mi casa, vio el cielo abierto y aceptó sin dudar. Aparte de que su pierna está enyesada y no puede caminar sin ayuda, ella misma me confesó que estaba aterrada y que no se sentía preparada para vivir sola.

Durante estos días he estado ayudando a Izan a encontrar un apartamento, como nos pidió el comisario, y tras algunas llamadas hemos conseguido uno bastante bien situado y listo para entrar a vivir. Tiene todo lo que necesita.

Cuando salimos a la calle les pido que me esperen en la puerta, están aún débiles y prefiero evitarles el trabajo. Ana tiene muletas y sería muy duro para ella llegar hasta allí, ya que he tenido que aparcar bastante lejos. Izan protesta e insiste en acompañarme, pero tras indicarle lo alejado que está el *parking* entiende mi negativa y no tiene más remedio que aceptar y quedarse con Ana.

Mientras cruzo el paso de cebra para llegar al otro lado, tengo la extraña sensación de que alguien me observa. Miro a mi alrededor, pero al no ver a nadie, continúo. Un vehículo para en ese momento cerca de mí y me tenso.

Tres segundos después continúa y exhalo sonoramente mientras acelero. Estoy demasiado obsesionada con el tema del padre de Izan y está empezando a afectarme.

A medida que me acerco a mi coche, siento alivio. No veo el momento de entrar en él y echar los seguros, como he estado haciendo todos estos días. Busco las llaves a gran velocidad en mi bolso mientras trato de contener el temblor de mis manos, y cuando voy a introducirla en la cerradura alguien me sujeta por el hombro y grito con todas mis fuerzas.

—¡NOOO! —Me giro al tiempo que le golpeo. Estoy segura de que es Aníbal y quiero apartarle de mí para salir corriendo.

—¡Auch! —Se queja y pone las manos sobre su cara. Mis ojos se abren como platos al ver a quién he golpeado. No ha sido a Aníbal, sino a Lucas.

—Mierda... ¡Mierda, lo siento! —reacciono—. ¡Oh, Dios! Lo siento. —Busco entre sus manos su rostro, olvidándome de todo lo que ha pasado entre nosotros. Temo haberle hecho daño.

—¿Por qué me golpeas? —pregunta todavía tapando su frente. Está comenzando a ponerse roja.

—No lo sé. Me tocaste —respondo bastante alterada—. Fue un acto reflejo. No te esperaba, ¿por qué estás aquí? —Me aparto de él.

—Vine a pagar unas tasas y te vi. Solo quería saber cómo estabas.

—Estoy bien. —Evito mirarle a los ojos—. Ahora debo irme.

—Sara, ¿podemos hablar? —Su tono es triste.

—Me temo que no es el momento, Lucas. Me están esperando. —Cuando

voy a abrir la puerta veo por el rabillo del ojo que intenta sujetarme, pero se lo piensa y no lo hace.

—Espera. Por favor —dice angustiado—. He sido un gilipollas y un bruto. No debí hablarte así. —Le miro y hay dolor en sus ojos—. No sentí nada de lo que te dije, solo estaba cabreado y muy celoso. No supe reaccionar y te atacué de la peor de las maneras.

—Lo hiciste. —Le muestro mi malestar.

—Tienes todo el derecho a elegir con quién quieres estar, pero aquel día yo solo quería que me eligieras a mí. He sido un jodido egoísta. He estado meditando mucho sobre ello y me gustaría que me dieras otra oportunidad para demostrarte que sabré mantenerme al margen. —Hace una pausa—. Solo quiero que volvamos a ser amigos. Te prometo que no volverá a pasar esto. Te echo mucho de menos, Sara. —Sus ojos se empañan y algo se rompe en mí.

—No funcionará, Lucas...

—Me esforzaré. —Traga saliva.

—Mientras haya sentimientos de por medio esto volverá a pasar una y otra vez.

—No volverá a pasar. Aceptaré lo que decidas. He reflexionado y si es con él con quien quieres estar y te hace feliz a ti, también me hará feliz a mí.

—No me fío.

—Si... si lo hago de nuevo, tienes permiso para darme una patada en los higos. —Sin darme cuenta, suelto una carcajada. Esa frase me ha recordado a

nuestra infancia. Siempre me la decía cuando hacía algo que no me gustaba. Al ver que río, ríe conmigo. Conociéndole, sé que ha dicho eso a la desesperada y sin pensar.

—Es la última vez que te permito algo así, ¿me oyes? —Me pongo serio de nuevo—. Me dolió mucho lo que insinuaste. Ha sido la peor experiencia de mi vida y lejos de apoyarme como el amigo que te creía, dijiste que me había pasado por ingenua. —Baja la mirada arrepentido—. Aceptaré que fue en un momento de rabia y haré la vista gorda, pero te aseguro, Luc, que no te paso ni una más. Es tu última oportunidad conmigo. Me siento muy decepcionada y te va a costar ganarme de nuevo.

—Gracias. No te arrepentirás. Muchas gracias, Sara —suspira aliviado.

—No tienes que dármelas. Solo sé mi amigo —asiente—. Tengo que irme, me están esperando Ana e Izan en la puerta del hospital y ya deben estar preocupados.

—De acuerdo. ¿Podré llamarte?

—Podrás llamarme —sonríe mientras abre la puerta de mi coche.

—¿Podré ir a verte a ti y a tu familia?

—Podrás. —Sé cuánto les quiere y ellos a él también.

Cuando le dije a mi madre lo que había pasado, al principio se disgustó, pero después no le dio demasiada importancia. Imagino que sabía que acabaríamos arreglándolo.

—Nos vemos. —Me acomodo en el asiento y cuando intento arrancar el motor, oigo como falla—. Mierda... ahora no —suplico. Vuelvo a intentarlo y

pasa lo mismo—. No, no, no. Vamos, arranca. —Tercera vez y se niega—. ¡Joder! —Apoyo la cabeza en el volante.

Tres golpes suenan en la ventanilla y cuando alzo la vista es Lucas de nuevo.

—Me parece, Sara, que este trasto ya se ha negado. Abre el capó a ver si hay algo suelto. —Tiro de la palanca y salgo del coche—. Umm... —mira dentro mientras arruga la frente y temo lo peor. Tira de la varilla del aceite y se queda mirándola—. Tu coche acaba de fallecer. Se ha mezclado el agua con el aceite y esa avería vale más que uno nuevo.

—¿En serio? —No puedo creer mi mala suerte. Es el único medio de transporte que hay en casa y no tengo dinero para comprar otro.

—En serio... tienes que llamar a la grúa para que lo retiren. Te aconsejo que lo lleves a algún desguace, quizás te den algo por él.

—No lo puedo creer —resoplo y pienso en la preocupación que deben tener Ana e Izan porque no he llegado todavía.

—Puedo llevaros donde necesitéis, mi coche está solo a unos metros de aquí.

—¿Harías eso? —Necesito evitar que sigan esperándome. Deben estar cansados y no tienen teléfono para poder avisarles.

—Claro, no hay problema. —Me mira y antes de que mis ojos se crucen con los suyos, desvía su mirada por encima de mi hombro y se tensa. Me giro para ver qué está captando su atención y le veo.

—¡Apártate de ella! —Izan viene hacia nosotros con la mano en su costado

y parece cabreado.

—Mierda... —susurro. Después de lo que dijo la montaña en el hospital cuando me desahogué con él temo lo peor.

—¿Se lo has contado? —pregunta Lucas esforzándose por mantener la calma.

—Sí...

—Ops. —Aprieta los labios y pestañea.

—Izan, tranquilo. —Me pongo en medio cuando llega—. Ya está todo solucionado. —Apoyo las manos sobre su pecho y noto como sus músculos suben y bajan rápidamente.

—¿Te ha vuelto a ofender? —Me mira atento buscando alguna señal de tristeza en mis ojos.

—No, ya está todo solucionado. —Esbozo una sonrisa para tranquilizarle—. Me ha pedido perdón y no volverá a pasar.

—Más te vale —se dirige a él. Esta bastante sofocado.

—Tranquilo, amigo. —Lucas levanta las manos pacíficamente.

—Yo no soy tu amigo —le reprocha.

—Izan... —Las venas de su cuello están muy marcadas y temo que esa tensión le pueda perjudicar.

—Solo me estaba disculpando. No quiero problemas —repite Luc.

—Espero por tu bien que no vuelvas a acercarte a ella para faltarle al respeto o verdaderamente los tendrás. —Hace un intento de moverse hacia él

y le detengo.

—Izan, ¡ya está bien! —Me mira y al ver que estoy empezando a enfadarme, se relaja—. ¿Por qué no me has esperado donde te dije? ¿Y Ana?

—Te vengo siguiendo desde que vi aquel coche detenerse a tu lado. No me gustó nada lo que hizo, pero he tenido que hacer varias pausas. —Su mano sigue en el costado y entiendo a qué se refiere—. Dejé a Ana sentada en uno de los bancos dentro del recinto hospitalario. Tranquila. Nos está esperando allí —me habla sin dejar de mirar a Lucas.

—Mi coche acaba de despedirse.

—¿Cómo? —Ahora sí centra toda su atención en mí.

—El motor ha dejado de funcionar y no podremos volver a casa en él. —Lo mira pensativo.

—Déjame tu teléfono, llamaremos a un taxi o alquilaremos uno. Lo único malo es que tardarán un poco en llegar.

—No hace falta, Lucas se ha ofrecido a llevarnos. —Cruzo los dedos mentalmente para que no se niegue. Necesita llegar cuanto antes a su apartamento para descansar.

—¿Qué? —Arruga la frente.

—Izan... —Pasa su mano libre por la cara en señal de agotamiento y oigo cómo expulsa el aire de sus pulmones buscando un poco de paciencia—. Por favor... —Insisto.

—Mierda —dice por fin—. Haced lo que queráis. ¿Por qué coño no puedo negarte nada?

Varios minutos después vamos de camino en busca de Ana. Durante el trayecto le miro varias veces y tiene el ceño fruncido, pero no dice nada. Sé que no se encuentra nada cómodo, pero es la única manera de que lleguemos pronto.

Lucas para en la misma puerta del hospital, presiona los intermitentes y baja conmigo a buscar a Ana mientras Izan nos espera dentro del vehículo. Después de la caminata que se ha dado, no quiero que se esfuerce más.

Miro por todo el recinto y por fin la veo.

—Está ahí. —Señalo en su dirección y Lucas al verla se queda inmóvil—. ¿Qué haces? —le pregunto. Me extraña su comportamiento—. ¡Lucas! —Se sobresalta al oírme y reacciona.

—Estaba pensando... —disimula— que quizás sería mejor pedir al hospital una silla de ruedas para llevarla hasta el coche.

—No hace falta, se maneja más o menos bien y estamos cerca. —Le observo.

—De acuerdo... —Hasta su voz suena rara.

A medida que nos acercamos, Ana me ve y sonrío. Cuando se da cuenta de que voy con Lucas y que es alguien a quien no conoce, se tensa.

—Ana —le hablo con suavidad. Sé cómo se siente cuando hay un hombre cerca—. Él es Luc, mi mejor amigo de la infancia. Del que te he hablado muchas veces.

—Ho... hola —le dice algo más confiada.

—Hola —dice mi amigo completamente sonrojado, y recuerdo lo que pasó

la primera vez que me acompañó al hospital. Aunque ella estaba dormida aún, le afectó mucho verla en ese estado.

—¿Ha pasado algo? —me pregunta Ana—. ¿Dónde está Izan? —Le extraña que haya vuelto sin él.

—Está esperándonos en el coche, luego te cuento. Es una larga historia... —sonríó y se pone en pie.

Cuando llegamos al auto decidimos que es mejor para ella ir en el asiento delantero, porque es más espacioso para su pierna, y yo me siento en la parte de atrás con Izan. Nada más abrocharme el cinturón, miro por la ventanilla y veo pasar el mismo coche de antes. No logro distinguir al conductor, pero recuerdo que no es la primera vez que me cruzo con él esta semana, y aunque me esfuerzo en creer que pueda ser un trabajador de por aquí, hay algo que no acaba de gustarme.

CAPÍTULO 57

De camino decidimos llevar primero a Izan a su apartamento, pero al ver que Ana está bastante molesta y que se queja con cada bache le damos prioridad a ella y Lucas conduce hasta casa para que descanse tranquilamente sobre una cama.

Nada más llegar, Ana y mi madre se abrazan. No se habían visto hasta ahora, pero parecen conocerse de toda la vida. Lloran una sobre el hombro de la otra y tenemos que intervenir para calmarlas.

—¿Izan también está aquí? —pregunta mi madre cuando le oye hablar. Todavía no ha recuperado la vista del todo y le cuesta enfocar.

—Sí, mamá —le digo mientras ayudo a Ana a sentarse en el sofá.

—Ven, hijo. —Estira el brazo e Izan le agarra la mano—. No imaginas lo agradecida que te estoy por haberme devuelto a mi niña. Has sido muy valiente.

—Gracias, señora. Sacarla de allí se convirtió en una necesidad para mí. —Me mira y sonrío—. Su hija es para mí...

—Mamá, también está aquí Lucas —interrumpo. No he querido decirle a mi madre nada aún para evitarle impresiones después de su recaída, y temo

que se me adelante.

—¿Lucas? —le busca forzando sus ojos.

—Estoy aquí —Luc se acerca a ella, toma su brazo y la lleva hasta el sofá—. ¿Cómo estás? ¿Puedes ver ya algo? ¿Has notado mejoría?

—¿Cómo sabes tú eso? —pregunto intrigada.

—Porque, aunque tú no hayas querido hablar conmigo, ella sí. —Me guiña un ojo y mi madre ríe.

—Vaya... qué calladito os lo teníais. —Pongo los ojos en blanco y todos ríen menos Izan—. Deberíamos irnos —digo mirando a la montaña. Parece mucho más cansado—. ¿Os arreglaréis bien las dos hasta que vuelva? —les pregunto a Ana y a mi madre.

Luc se pone en pie, mete la mano en el bolsillo y saca las llaves del coche.

—Toma —dice mientras me las ofrece—, llévale tú. Yo esperaré aquí hasta que vuelvas para que no se queden solas.

—¿En serio? —pregunto sorprendida. Lucas jamás me ha dejado su coche. Su frase estrella siempre ha sido “la novia y el coche no se prestan”. Arrugo la frente mientras le observo y creo entender la razón. Al darse cuenta de que le he descubierto su cara se vuelve roja, pero no dice nada.

Nos despedimos y caminamos hasta el auto. Mientras nos acomodamos en el interior, veo por el retrovisor cómo enciende las luces un coche igual al que vi en el hospital. Arranca el motor cuando lo hago yo y empiezo a preocuparme.

—¿Ocurre algo? —pregunta Izan.

—No lo sé... —digo pensativa—. ¿Reconoces el coche que está ahí detrás?
—Lo señalo con disimulo—. El gris que tiene las luces encendidas.

—Mmm... ¿Ese no es el que estaba en el hospital? —Frunce las cejas y achina los ojos para verlo mejor.

—Estoy empezando a asustarme —digo nerviosa.

—Déjame tu teléfono y ponte en marcha. —Hago lo que dice y salgo del aparcamiento. Teclea un número y oigo los tonos de llamada—. Hola, buenas tardes, comisario. Soy Izan. —Hace una pausa—. Verá, estamos observando desde hace unas horas que un vehículo nos está siguiendo. —Silencio—. Sí, desde el hospital. —Se calla de nuevo y escucha—. Es gris —mira hacia atrás—, parece un Peugeot... 308. No veo la matrícula bien desde aquí. ¿La ves tú, Sara? —me pregunta.

—Veo un... 84... —digo alternando la mirada del retrovisor a la carretera.

—¿8432?

—Sí, justo —respondo.

—Son ellos entonces, comisario. No hay duda. Muchas gracias y disculpe la molestia. —Se despiden.

—¿Ellos? —pregunto cuando cuelga y espero una explicación.

—Uff... —resopla para liberar tensión—. Tranquila. Son los agentes de los que nos habló el comisario. Nada que temer. —Se recuesta en el asiento—. No nos ha dicho nada para que actuáramos con normalidad, pero parece que son poco discretos y les hemos descubierto —sonríe.

—¡Joder! —Protesto con alivio—. Casi me da un pasmo. Ya me estaba

montando una película mental.

—Y yo. —Abre la ventanilla y agradezco el aire fresco que entra.

Durante el viaje y aunque se esfuerzan por guardar las distancias, nos siguen de cerca. Nos perdemos un par de veces, pero finalmente conseguimos llegar hasta su nuevo apartamento. La fachada no es como esperaba. Está enfoscada en piedra marrón hasta la altura de las tejas y se ve bastante llamativa. Las ventanas son de madera y tienen rejas solo las del primer piso.

—Bienvenido a tu nuevo hogar —digo mientras aparco y abro la puerta para bajar.

—Gracias. —Sale del vehículo y sonrío mirando a su alrededor—. Este barrio es bonito. Creo que no me costará demasiado adaptarme.

—Yo creo que tampoco. —Hay cerca un parque con árboles y una gran fuente con grandes chorros de agua.

—¡Mira! —Señala un local vacío y camina hasta él—. Ya puedo imaginar lo que haré en este lugar.

—¿Qué está pasando por tu cabeza? —pregunto mientras camino junto a él.

—Lo llamaré *Gimnasio Aras Five*.

—¿A qué? —Le miro confusa. No sé de qué está hablando.

—Si me alquilan este local, y tiene las condiciones que necesito, abriré un gimnasio en él.

—¿Y por qué ese nombre? ¿De dónde lo has sacado? —pregunto expectante.

—Es tu nombre al revés —ríe.

—¡Es cierto! —digo sorprendida. No me había dado cuenta—. ¿Lo llamarías así por mí? —Me siento emocionada.

—Sin lugar a dudas. —Pone las manos sobre los grandes ventanales y mira hacia el interior—. ¡Guau! Es enorme. Mañana mismo llamaré.

—Vaya, sí que vas en serio...

—No te imaginas cuánto. —De nuevo curva su boca. Parece un niño al que le acaban de regalar un juguete—. ¿Subimos a ver la casa?

—Claro —respondo y nos ponemos en marcha.

Nada más abrir la puerta veo el gran salón. Es idéntico al que vimos en las fotos. Cada habitación en la que entramos es como si ya hubiéramos estado en ella. No han cambiado absolutamente nada. Está todo igual que en el anuncio.

—Mira esto —dice levantando una botella que acaba de sacar de la nevera—. Los dueños de la casa deben de haber dejado este *champagne* aquí para que la inauguramos. —Abre algunas puertas de la cocina buscando copas y cuando por fin las encuentra saca dos y las pone sobre la mesa. Descorcha la botella con gran habilidad y las llena—. Veamos qué tal está esto —dice dándome una de las copas.

—Te aviso: yo nunca bebo y puede sentarme mal —digo mirando el líquido dorado y moviéndolo despacio.

—Un sorbo no te hará mal. —Acerca su copa a la mía—. Por lo que ayer sufrimos y hoy ya no importa. —Sé a lo que se refiere y acepto su brindis

chocando mi copa con la suya.

—Por lo que ya no importa —sonrío y bebo al mismo tiempo que él. Las suaves burbujas del líquido dorado rozan mi paladar y siento un agradable calor bajar por mi garganta.

—Mmm... —gime separando el cristal de sus labios y quedo hipnotizada con su gesto—, está muy rico, ¿verdad? —Pasa la lengua por la comisura de su boca y pestañeo tratando de reaccionar.

—Sí... Es cierto —digo mientras doy otro sorbo. Nunca antes había probado el *champagne* y acabo de descubrir que me gusta.

De pronto soy consciente de lo solos que estamos y me siento extraña. Fuerzo una conversación y charlamos durante varios minutos sobre la nueva casa. Cuando acabamos nuestras copas, vuelve a llenarlas.

—No sé si debería dejarte beber más —dice mientras duda si entregarme la mía—. Si no estás acostumbrada tendrás que esperar un poco a que te baje el alcohol antes de volver a casa.

—De momento no me afecta —digo sin notar nada raro.

—Dentro de un ratito ya me dirás —ríe.

—Oye, Izan —recuerdo el nombre del gimnasio y quiero saber más—. Ya sé de dónde viene el *Aras*... Pero, ¿por qué el *five*? —doy otro sorbo.

—Cinco en inglés —se encoje de hombros.

—¿Qué tienes tú con el cinco? —Ya no puedo ocultar más mi curiosidad.

—¿Tú también has notado que algo me pasa con él?

—La verdad es que sí... Demasiadas casualidades entorno a él.

—Era el número mi madre —sonríe apenado.

—¿Su favorito? —Vuelvo a beber mientras espero su respuesta. Me siento nerviosa.

—Algo así. A ella le gustaba. —Bebe—. Dio la casualidad de que yo nací el día cinco del mes cinco, y a su vez, el quinto de la semana. Imagino que eso hizo que se convirtiera en algo especial para ella —me mira—. Es por eso que también se convirtió en un número especial para mí.

—Me he dado cuenta —sonríe ampliamente—. Parece que te persigue. —Mi timidez está desapareciendo.

—Y me persigue. Todo lo importante en mi vida tiene que ver con él. —Piensa durante unos segundos—. La primera vez que te vi era viernes día cinco. Cuando viajé a México a buscarte, me tocó el asiento cinco, y para más casualidad, cuando llegué al club, me dieron la habitación cinco. Y en Colombia...

—Lo recuerdo. —Bajo la cabeza. Oírle hablar de aquello me afecta. Al notarlo se coloca delante de mí.

—¿Sabes, Sara? —Tira de mi barbilla para que le mire a los ojos—. Hay más cincos en mi vida que nada tienen que ver con eso. —Levanta la mano lentamente—. ¿Ves esto? —la mueve—. Tengo cinco dedos en cada mano, ¿y sabes lo que haré con ellos? —Espera a mi respuesta, pero estoy tan concentrada en escuchar a dónde quiere llegar que no contesto—. Los usaré para abrazarte todos los días de mi vida. —Los pasa por mi cintura y me pega

a su cuerpo—. Cada cinco segundos.

—Creo que eso me gusta —sonríó algo mareada. El alcohol empieza a mezclarse con mi sangre.

—También tengo cinco sentidos —susurra cerca de mi boca mientras me mira intensamente—, los cuales pienso entregarte durante al menos cincuenta y cinco años más... —Pone su mano libre sobre mi mejilla—. Con el tacto acariciaré tu piel todos los días. —Pasa la yema de sus dedos suavemente por mi cara—. Con la vista admiraré tu belleza cada vez que me despierte a tu lado. —Sus hermosos ojos negros no dejan de mirarme y siento algo abrirse en mi interior—. Con el oído podré escuchar tu maravillosa voz siempre que me hables. Me vuelve loco oírte decir que me quieres.

—Traga saliva—. Con el olfato disfrutaré de tu aroma... —Roza suavemente con su nariz mi cuello y cientos de sensaciones recorren mi cuerpo, haciéndome cerrar los ojos—. Y con el sentido del gusto saborearé tus besos como si fueran los últimos. —Pone sus labios sobre los míos y un gemido escapa de mi cuerpo.

A medida que profundiza siento más necesidad de él y busco su lengua. Está fresca por la bebida y me embriaga aún más su sabor. Un intenso calor sube por mi espalda y mis piernas parecen perder su fuerza. Rodeo ansiosa su cuello con mis brazos y nuestras respiraciones cambian.

—Sara... —Intenta apartarse, pero me niego. No sé qué me pasa, pero lo único que quiero es tenerle cerca. He perdido cualquier miedo.

Sus tiernos labios se convierten en una necesidad para mí. Los atrapo con los dientes y los repaso con la lengua mientras nuestras bocas se calientan

juntas. Las manos de Izan recorren mi cintura y comienzan a deslizarse por mi espalda.

CAPÍTULO 58

Le noto agitado, aunque no más que yo. Sube una de sus manos hasta mi nuca y me presiona contra él para atrapar mejor mis labios. Me falta el aire, pero estoy tan entregada a él que apenas me doy cuenta. Con cada beso roba mi alma y mi deseo crece.

Su boca poco a poco comienza a dibujar la línea de mi cuello y su lengua va dejando una estela húmeda a su paso. Un leve mareo hace que pierda el control de mi cuerpo. Al notarlo, me sujeta con sus fuertes brazos y gime mientras clava suavemente sus dientes en mi piel.

—Creo que... —Intento hablar, pero no me salen las palabras—. Izan... —Cierro los ojos y un suspiro me delata.

—Necesitaba tanto un rato a solas contigo... —susurra en mi oído mientras sus manos bajan hasta mis caderas. Sus dedos moldean mi cuerpo y buscan la cremallera de mi pantalón.

—Espera —digo entre beso y beso cuando empiezo a notar que cada vez se pierde más, pero está tan excitado que no me oye—. Debemos parar... —Vuelvo a intentarlo, pero como respuesta solo obtengo un pequeño empujón que acaba dejándome atrapada entre su cuerpo y la pared.

—Eres tan hermosa. —Tiene las pupilas dilatadas y sus labios están rojos e hinchados.

—No creo que pueda... —Pongo las manos sobre su pecho para detenerle y su corazón golpea mi palma a gran velocidad.

No me deja terminar la frase y vuelve a besarme. Al pegar de nuevo su cuerpo al mío noto la dureza de su miembro y por alguna razón no soporto su cercanía.

—¡NO! —grito y le empujo mientras me mira extrañado—. Tengo que irme. —Busco la salida y cuando la encuentro me corta el paso.

—¿Hice algo malo? —pregunta intranquilo—. ¿Te incomodé?

—Sí. No. ¡No lo sé! —respondo afectada—. Quiero irme, Izan.

—Sara, siento si te he molestado. —Su expresión cambia a una más apenada. No quiero irme dejándole con ese pensamiento. Está claro que no es por él, sino por mí, y tengo que decírselo.

—Lo siento —digo armándome de valor—. No estoy preparada para esto aún. Siento que vamos muy rápido y tengo demasiados frenos en mi cabeza. Creo que no podré hacerlo. —Camino hasta la puerta y esta vez se aparta. Antes de abrirla me giro y le hablo de nuevo—. No podré superar esto... me han arruinado la vida. —Trago saliva—. Es imposible que funcione.

—Sara. —Evito mirarle a los ojos cuando me llama y salgo del apartamento totalmente desolada.

«Él tiene unas necesidades que yo no podré darle», me digo mentalmente para excusarme por lo que acabo de hacer y aliviar mi dolor. «No creo que

pueda llegar más lejos. Cualquier cosa que tenga que ver con el sexo me recuerda a aquello y me horroriza».

Cuando estoy a punto de llegar al coche oigo pasos. Me giro confiada de saber de quién son y dispuesta a enfrentarle para que vuelva a casa, pero extrañamente no veo a nadie. Miro a mi alrededor y al creer que ha sido producto de mi imaginación, continúo.

De nuevo vuelvo a oír los pasos y una desagradable sensación recorre mi columna. Levanto la mirada y veo el coche gris de los agentes encubiertos pasar cerca de mí. Camino rápido para llegar cuanto antes al auto de Lucas, y al girarme para echar un último vistazo tengo a alguien delante.

—¡JODER! —grito por la impresión.

—Espera, por favor.

—¡Santo Dios! —Llevo las manos a mi pecho y respiro sofocada—. No gano para sustos —digo enfadada al ver que es Izan.

—Lo siento. No era mi intención... —Hace una mueca de dolor.

—Antes Lucas y ahora tú. ¡No hagáis esto más veces o acabaréis conmigo!

—Conmigo es con quien va a acabar todo esto si no se soluciona pronto lo nuestro. —Baja la mirada—. Sara, no puedes dejarme así. —Hay angustia en su rostro—. Dame una oportunidad. Déjame demostrarte que puedo esperar.

—No se trata de esperar —le digo con tristeza—. Nunca podré acostarme contigo. —Quiero que sepa cuál es la verdadera razón.

—Puedo vivir sin ello, pero no sin ti. —Pone su mano en mi mejilla y noto su calor—. Déjame intentarlo. Por favor.

—Izan... —Desearía tanto poder decirle que sí. Pero no quiero condenarle—. Nadie merece ser privado de su sexualidad. No tengo ningún derecho a hacerte algo así.

—Lo prefiero antes de que me prives de ti. —Sus ojos brillan—. Dame tiempo... un año.

—¿Un año? —pregunto extrañada. No sé qué quiere decir.

—Sí. Un año a tu lado. Si en ese tiempo sigues pensando igual, volveremos a replantearnos esta conversación.

—¿Es una respuesta trampa?

—No. Te lo digo en serio. En un año podré demostrarte lo que quiero que veas y tú te sentirás más recuperada. No voy a pasar de besos y abrazos, y te prometo que no te exigiré nada. Si para entonces sigues pensando así, lo dejaré todo a tu elección. —Hay tanto amor en su mirada que no puedo negarme—. Por favor...

—De... de acuerdo —digo sin saber muy bien lo que acabo de aceptar—. Ni un día más. Aunque te cansarás de esperar antes de que el tiempo acabe—. Añado convencida.

—Ya veremos —sonríe—. Ahora vuelve a casa. No quiero que llegues tarde. —Deja un beso en mi frente y oímos un ruido a nuestro lado. Nos giramos al mismo tiempo y lo único que me da tiempo a ver es a alguien caminar entre unos vehículos que hay aparcados. El ruido de un motor nos hace mirar hacia el lado contrario y veo que son los agentes de nuevo—. Vuelve a casa, preciosa. —Besa mis labios—. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —digo mientras abre la puerta del coche. Cuando se asegura de que estoy dentro me señala el cinturón y cierra.

—Ten cuidado —leo en sus labios y vuelve al apartamento.

Desde el retrovisor busco a la persona que caminaba entre los coches, pero ya no está. Espero a que Izan entre en la casa y cuando lo hace, me marchó.

Durante el trayecto me sigue el coche gris a varios metros de distancia. Imagino que ya están informados de que lo sabemos y apenas se esconden. Cuando llego a casa encuentro a Ana y a Luc riendo en el sofá. Hacía tiempo que no veía esa sonrisa en la cara de mi amiga. Mi madre también parece divertirse con ellos. Me acomodo a su lado y charlamos los cuatro.

Luc me ofrece su coche durante unos días y no me queda más remedio que aceptar. Con mi madre enferma y mis hermanos pequeños puede pasar cualquier cosa y necesito asegurarme de poder llevarles al hospital si hay alguna urgencia. Cuando decide irse se niega a que le lleve a casa. Llama a un taxi y media hora después se marcha.

A las once de la noche ya estamos todos en la cama. El día ha sido agotador. Cierro los ojos y cuando estoy a punto de quedarme dormida oigo un ruido en la calle. Me incorporo para escuchar mejor y podría jurar que son gritos de hombres. Me asomo a la ventana y veo a dos personas correr detrás de otra.

—¡QUIETO! —le gritan, pero no se detiene. Varias luces de la fachada que tenemos enfrente se encienden, imagino que alarmados igual que yo, y sus cabezas aparecen tras los cristales.

Un coche sale del aparcamiento derrapando y treinta segundos después les pierdo a todos de vista.

«Qué extraño», me digo. «Quizás van tras algún ladrón. Me consta que esta zona es muy propensa a robos». Vuelvo a la cama y finalmente caigo en un profundo sueño.

UNA SEMANA DESPUÉS...

Mientras hablo con Ana en el salón suena mi teléfono.

—Sara. —Izan está al otro lado. Al día siguiente de volver del hospital fuimos de compras y lo primero que hizo fue adquirir un móvil—. Ya podéis venir. ¡Acaban de montar la última máquina! —Finalmente consiguió que le alquilaran el local y en cuestión de días ha sido capaz de montar el gimnasio que quería. Por más que le insisto en que se tome las cosas con calma no me hace caso—. ¡Está todo preparado!

—En unos minutos estamos allí —sonrío al oírle tan emocionado. Hoy hemos quedado todos para ir a conocerlo. Incluso mi madre se encuentra con fuerzas para venir con nosotros. Cuando llegamos al coche mis hermanos se sientan en la parte trasera con mi madre y Ana se acomoda en el lugar del copiloto.

—¿Crees que si me esfuerzo podré llegar a tener unos músculos tan grandes como los de Izan? —pregunta mi hermano Carlos. La montaña y él se han hecho muy amigos.

—Claro. —Le sonrío por el espejo interior.

—¿Y yo? —pregunta Eric esperando la misma respuesta.

—Por supuesto. —Le guiño un ojo y él intenta devolverme el guiño, pero no le sale. Siempre que lo intenta los cierra los dos.

Al llegar, Izan está afuera esperándonos. Se acerca al coche y ayuda a mi madre a salir de él. Ana ya se maneja muy bien y bajamos al mismo tiempo.

Levanto la mirada y veo el gran cartel que hay en la puerta.

“GIMNASIO ARAS FIVE”.

—¿Te gusta? —pregunta mientras se coloca a mi espalda.

—Me encanta —sonríó mientras le observo. No me acostumbro a pensar que de verdad le haya puesto mi nombre.

—¿Sabes? Es curioso. —Habla cerca de mi oído para que no nos oigan—. Busqué el significado de la palabra *Aras* y significa ‘en honor de’.

—En honor del cinco —sonríó entendiéndolo a lo que se refiere.

—En singular *Ara* es un altar donde se hacían sacrificios, y en este lugar se van a hacer muchos —ríe mientras se aparta de mí—. ¿Os parece si pasamos dentro? —Todos hacemos lo que dice y entramos al local.

Mis hermanos gritan emocionados y corren hasta las máquinas. Se suben en ellas como si fueran monos e Izan tiene que explicarles cómo funcionan. Mi madre, Ana y yo paseamos más tranquilas mirándolo todo a nuestro alrededor. Es muy grande y está muy bien preparado. Todo huele a nuevo. La montaña deja a mis hermanos practicando algún ejercicio y viene hasta nosotras.

—¿Qué os parece? —Su rostro refleja orgullo.

—Has hecho un gran trabajo, pero no me gusta nada que hayas puesto en riesgo tu salud —le riño—. Te dijeron que no podías hacer ningún esfuerzo todavía.

—Y no lo he hecho. Solo he dirigido al personal con el índice —sonríe.

—Ya sabes a lo que me refiero, deberías guardar reposo en casa...

Antes de que pueda terminar de hablar oímos una extraña risa que pone mi vello de punta. Izan abre los ojos al tiempo que se tensa y la expresión de su cara cambia.

CAPÍTULO 59

—Mierda... —Mira en todas direcciones mientras la risa cada vez parece sonar más cerca—. ¡Eric, Carlos! —Su tono no me gusta—. ¡Venid! —Mis hermanos le prestan atención rápidamente y corren hacia nosotros. Saben que algo no va bien. Desde que le conocen, Izan nunca les ha hablado de una manera tan autoritaria—. ¡Id todos a la oficina! —Señala una habitación al fondo—. Sara, cierra con llave desde dentro y no salgáis de allí.

—No puede ser... —No tiene que decirme nada más. Intuyo que mi infierno está de vuelta—. ¡Vamos! —Carlos me ayuda con mi madre para ir más rápido, pero antes de llegar alguien se pone delante y nos apunta con un arma.

—Vaya, vaya... Cuánto tiempo. —Mis ojos se abren al reconocerle. Es el policía mexicano que ha estado ayudando a Aníbal—. ¿Dónde vais tan rápido? —Mis latidos son cada vez más acelerados.

—¡Apártate de ellos! —Izan viene corriendo hacia nosotros y el agente alza el arma en su dirección.

—¡No! —grito al ver sus intenciones y pone la pistola en mi sien.

—Si te acercas más no dudaré en apretar el gatillo y tendrás que recoger los

trozos de su cabeza. —Mi madre llora.

—Acabaré contigo si le haces daño —responde Izan con la mandíbula tensa y los puños apretados.

—Qué bonito. —Alguien da palmadas detrás de nosotros, pero estoy paralizada por el miedo y no me giro. Temo que si hago cualquier movimiento pueda dispararme—. Lástima que Lorena esté en la cárcel y no pueda disfrutar de este momento. Le habría encantado estar aquí y ver lo que voy a hacer con vosotros.

—¡Maldito cabrón! —Ana pierde los nervios y entiendo que es Aníbal—. Deberías estar haciéndole compañía. ¡Eres un gusano asqueroso!

—Saraaa. —Eric comienza a llorar agarrado a mi pierna—. Son hombres malos. —Pongo la mano en su cabecita y le aprieto contra mí para tranquilizarle.

—¡Calla a ese apestoso niño o lo haré yo! —El agente mexicano mueve la pistola hacia él y por instinto le cubro con mi cuerpo.

—Deja que se vayan, por favor... Los niños no tienen nada que ver en esto. —Mi garganta está tan seca que me cuesta hablar. Eric me abraza asustado y llora más fuerte.

—¡De aquí no se va nadie! —responde Aníbal poniéndose delante de nosotros y por fin puedo verle. Parece que tuviera diez años más y está muy demacrado—. Vais a pagar por lo que me habéis hecho... ¡Tú vas a ser la primera! —Señala a Ana con rabia y su mano tiembla—. ¡Y tú el último! —dice dirigiéndose a Izan—. He perdido mi imperio por tu culpa, y tú vas a

perder a la puta por la que me has traicionado junto a toda su tullida familia. —Agarra del cabello a mi madre y Carlos, nervioso, le da una patada para que la suelte. Aníbal cierra el puño con fuerza y, aunque intento evitarlo, golpea la cara de mi hermano y este cae sin remedio al suelo, golpeándose fuertemente la cabeza.

—¡Carlos! —Corro hasta él y me arrodillo a su lado. Izan hace lo mismo mientras nos apuntan con sus armas, pero no nos importa. Tenemos otra prioridad en ese momento.

—Vamos, Carlos. —Izan trata de ayudarme desesperadamente.

—¡Carlos, cariño! —Mi madre grita de fondo. Lo nuevo, pero no reacciona—. ¡Dios mío! —Le doy pequeños golpes en la cara y mi desesperación aumenta al ver que no abre los ojos.

Oigo más gritos, pero estoy tan centrada en mi hermano que ignoro lo que está pasando. En un segundo alzo mi vista y veo a Ana forcejeando y tratando de quitar la pistola al mexicano. Izan se levanta y dejo de verle mientras sigo intentando despertar a Carlos. Cada segundo que pasa es más angustioso que el anterior y temo por su vida.

De pronto, el sonido de un disparo me hiela la sangre. Me giro aterrada esperando lo peor y la imagen que encuentro pone mi vello de punta.

Izan y el agente están mirándose uno frente al otro y ambos tienen sujeta la misma arma con las manos. Varias gotas de sangre comienzan a salpicar en el suelo y creo desmayarme por la impresión.

—¡IZAN! —grito desesperada y no sé a quién atender—. ¡IZAN! —Mis

ojos se llenan de lágrimas y la angustia no me deja respirar. Miro a mi hermano y después a él nuevamente sin saber qué hacer.

El policía comienza a separarse de la montaña lentamente y con la mirada perdida cae al suelo desplomado. Izan permanece en pie y respiro aliviada al ver que la sangre no es suya. Aprovecha el momento de confusión y empuña el arma del agente contra su padre. Aníbal, al ver lo que ha pasado, pestañea confuso.

—Te ha salido mal —le dice la montaña—, has fallado.

—Si ese gilipollas no se hubiera movido en el último segundo serías tú quien estuviera ocupando su lugar.

—¡Tira el arma! —Izan respira rápidamente.

—¡Tírala tú! —Su padre no cede y tiene el dedo muy cerca del gatillo—. Voy a acabar contigo.

—Procura matarme en el acto, porque si no lo haces, apretaré el gatillo y vendrás al infierno conmigo. —Traga saliva y me mira de reojo—. Sara, marchaos de aquí.

—¡Como deis un solo paso le vuelo los sesos! —responde Aníbal. Los dos están muy exaltados.

Algo se mueve a mi lado, sobresaltándome. Descubro que es Carlos, que se está despertando y se queja.

—Me duele la cabeza —dice con los ojos apretados.

—Oh, Dios... Carlos. —Me echo sobre él y le abrazo. Rápidamente le tiendo mi mano y le ayudo a levantarse. En una situación normal le obligaría

a permanecer inmóvil hasta que llegara ayuda médica, pero es vital y no podemos perder ni un solo segundo—. ¿Te encuentras bien? —asiente tocando su nuca. Miro a mi alrededor y veo a Eric abrazado a la cintura de mi madre mientras esta trata de mantener el equilibrio sola—. Carlos, cariño — digo en forma de susurro aprovechando que Aníbal vuelve a dirigirse a Izan para amenazarle—, necesito que cojas a tu hermano y salgáis de aquí. Tenéis que correr hasta que estéis a salvo. ¿Podrás? —asiente. Es un gran riesgo, pero también su única oportunidad—. En cuanto te diga. No lo dudes ni un segundo... Y oigas lo que oigas, no mires atrás. ¿Vale?

—Vale... —habla bajito para que Aníbal no le oiga.

—Ve con mamá, agarra a Eric de la mano y espera mi señal.

—Vale —repite y, tambaleándose, llega hasta ellos y hace lo que le he pedido. Se inclina hacia él y le dice algo en el oído. Este me mira, se seca los ojos con la manga de la camiseta y mueve su cabeza de manera afirmativa mirando hacia la salida.

Izan y su padre siguen uno frente al otro encañonándose y ninguno de los dos se atreve a disparar porque, de una manera u otra, saben que ambos morirían al instante, y yo me aprovecho del momento.

Hago un rápido movimiento de cabeza y Ana me mira preocupada. Sabe lo que pretendo. Carlos capta mi señal y actúa.

—Ahora, Eric. —Le oigo decir y corren juntos hasta la puerta.

—¡QUIETOSSS! —grita Aníbal al verles, y se gira hacia ellos apuntándoles con el arma. Al ver su intención, en una décima de segundo

consigo ponerme delante y cierro los ojos con fuerza al oír varios disparos. Estoy convencida de que una de las balas lleva mi nombre y este es mi fin.

Extrañada por no sentir ningún dolor, los abro de nuevo y encuentro dos cuerpos en el suelo.

—¡NO! ¡MAMÁ! —Corro hasta ella cuando me doy cuenta de lo que ha pasado, y con cuidado coloco su cuerpo en una postura más cómoda.

—Sara...

—¡Mamá! —Una gran mancha roja comienza a extenderse por el suelo. Sangra por algún lado y aunque busco por todas partes no encuentro la herida para taponarla.

—Hija... No sufras por mí.

—No, mamá, no hables así. —La mezo y lloro al mismo tiempo. Busco a Izan con la mirada para saber si está bien y le veo de pie junto al cuerpo inerte de su padre. Parece estar en otro lugar.

Las puertas del gimnasio se abren de golpe y comienzan a entrar policías portando grandes armas.

—Por fin este maldito cuerpo mío ha servido para algo más que para preocuparos. —Mi madre habla de nuevo y pierdo el interés por todo lo demás.

—Mamá, ¿qué estás queriendo decir? No vas a morir. —Mi barbilla tiembla.

—Ambas sabíamos lo que venía a partir de ahora. —Las lágrimas apenas me dejan ver—. Mi enfermedad solo podía empeorar... —tose—. Me siento

feliz de haberme sentido útil una vez más —tose de nuevo y la mancha de sangre aumenta con más rapidez—. Mis tres niños están a salvo y eso es lo único que vale... —Una lágrima corre por su mejilla y la seco con los dedos. Levanta la mano con esfuerzo y acaricia mi cara—. Qué orgullosa estoy de ti...

—¡NO! —Siento que se está despidiendo y su voz cada vez suena más débil.

—Cuida de tus hermanos como lo has hecho siempre. Eres su ejemplo a se...guir...

—¡Nooo! —Sus ojos comienzan a cerrarse—. ¡Mamá! ¡MAMÁ! —grito desesperada con la única intención de que no me abandone.

Uno de los policías intenta ayudarnos, pero al poner los dedos en su cuello para buscar su pulso niega con la cabeza y temo lo peor.

—Lo siento mucho.

—No... No, por favor.... —Un fuerte dolor crece en el centro de mi pecho, y es tan desgarrador que creo no poder soportarlo.

Izan se arrodilla junto a mí, me rodea con los brazos y apoyo derrotada mi frente en su hombro.

—Lo siento mucho, Sara. —Llora conmigo.

Cuando entra el personal sanitario lo único que pueden hacer es certificar la muerte de mi madre, del agente mexicano y de Aníbal.

CAPÍTULO 60

Ha pasado una semana desde lo ocurrido en el gimnasio y todavía no puedo salir de la cama. No me siento con fuerzas. Me paso los días hecha un ovillo llorando entre las sábanas y Ana e Izan ya no saben qué hacer para sacarme de mi estado. A mis hermanos se los ha llevado la madre de uno de sus mejores amigos para cambiarles de ambiente, cosa que le agradezco, porque yo soy incapaz de moverme y no puedo atenderles como debería.

Izan también está bastante afectado, aunque trata de disimularlo para que no me preocupe. Después de haber creído hasta el último momento que fue él quien mató a su padre, el comisario nos hizo ver lo equivocados que estábamos. Uno de los policías disparó antes que Izan sobre el cuerpo de Aníbal, provocándole la muerte instantánea. Eso explicaría la razón por la que oímos varios disparos, en vez de dos. Uno por cada arma. De todas formas, aunque ese hecho le debería aliviar mentalmente, lo tiene un poco apenado. Después de todo era su padre, se atrevió a dispararle, y aunque era un ser despreciable, estoy segura de que Izan está pasando por algún tipo de duelo interno... Como decía mi abuela, “el roce hace el cariño”, y por esa razón siempre se crean sentimientos.

Al parecer los agentes sabían que Aníbal estaba en la zona y llevaban días

buscándole. La persecución que vi desde la ventana de mi habitación días antes no era la de un ladrón, como creía...

Después de peinar la zona y no dar con él, intuyeron que podría estar en el gimnasio, y cuando llegaron para revisar el local se encontraron con la escena. Al haber niños de por medio decidieron esperar el momento oportuno o más favorable para intervenir y así no correr riesgos, pero para nuestra desgracia ese momento nunca llegó y el comisario se vio obligado a disparar antes de que matara a mis hermanos. No pudo hacerlo segundos antes de que alcanzara a mi madre, como era su intención, porque los niños estaban dentro del punto de mira y tuvo que esperar a que salieran para apretar el gatillo.

—Sara. —Izan pone la mano sobre mi espalda—. Vamos, cariño. No puedes estar así por más tiempo. —Levanto la cabeza y veo que trae una bandeja con algo de comida.

—Llévatelo, por favor. —Llevo días vomitando todo lo que como y lo único que tolera mi cuerpo es el agua.

—Tienes que intentarlo... —Se sienta a mi lado, pone la bandeja en la mesilla y levanta un cuenco del que sale humo—. Es caldo de pollo. Al ser líquido quizás te aguante en el cuerpo.

—Solo el olor que tiene me da náuseas. —Arrugo la frente y cuando voy a tumbarme de nuevo lo evita.

—He pasado una hora en la cocina y vas a intentarlo, al menos —dice con tono serio—. Enfermarás si no comes y no pienso permitirlo. —Tira de mi brazo consiguiendo que me siente y acerca el tazón a mi boca—. Vamos.

Le miro de mala gana, tomo el cuenco con mis manos y doy un pequeño sorbo.

—Más. —Pongo los ojos en blanco al oírle y repito la acción. El sabor se extiende por mi paladar y mis papilas gustativas comienzan a salivar. Está mejor de lo que creía—. ¿Qué? —Levanta las cejas al ver que no digo nada.

—Está aceptable —contesto para no darle el gusto de oír lo que quiere.

—¿Solo aceptable? Te está pudiendo el orgullo, señorita. —Tuerce la boca en una sonrisa.

—Si te digo que está bueno no pararás de usarlo en mi contra.

—Por supuesto —sonríe de nuevo.

Cuando acabo el caldo, parece sentarme bien. Estiro los brazos para entregarle el tazón vacío y su mirada queda fija en el tatuaje de mi muñeca.

—Debería pedir cita para eliminarlo... ¿Verdad? —Lo he dicho varias veces, pero nunca encuentro el momento.

—En cuanto te recuperes iremos. Conozco un lugar donde lo hacen.

—¿Sabes? —digo pasando los dedos por mi marca—, por alguna razón me recuerda a tu madre.

—No eres la única. —Recoge la bandeja y sale del cuarto dejándome pensativa...



Los días siguen pasando y poco a poco me voy sintiendo mejor, aunque en

mi interior ha quedado un gran vacío: el luchar por mis hermanos. A mi madre no le gustaría verme así y debo hacer todo lo que esté en mi mano para recuperarme. Siempre luchó por sus hijos y yo no seré menos. Terminaré lo que ella empezó con tanto esmero y no pudo acabar. Trabajaré duro para que tengan los mejores estudios y logren sus propósitos. Si de verdad existe el cielo y allí van las personas que mueren, haré que se sienta orgullosa de mí.

Izan es un amor. Tiene un corazón que no le cabe en el pecho y cada día me siento más enamorada de él. Está pendiente de nosotros y trata a mis hermanos con tanto cariño que a veces siento que no es solo mi pareja, sino parte de mi familia.

Me está ayudando en todo y se amolda a cualquier cosa para hacerme la situación más fácil. No se aparta de mí ni un solo segundo e incluso se ha quedado a dormir en casa todas estas noches. Varias de esas noches lo ha hecho en mi cama, pero me ha respetado, como prometió, y no ha intentado sobrepasarse ni una sola vez. Ha dormido incluso con la ropa puesta para no incomodarme.

A veces siento que estoy siendo un lastre para él, o que está perdiendo el tiempo conmigo, ya que podría tener una vida mejor y está empeñado en seguir a mi lado. Pero cuando intento decírselo me obliga a callar y me recuerda que le di un año y que durante todo ese tiempo no puedo quejarme.

—Sara, ¿estás lista? —me llama desde la calle.

—¡Un segundo! —grito mientras me cuelgo el bolso en el hombro y pulverizo algo de perfume en mi cuello. Hoy por fin eliminaré la tinta de mi piel y me siento nerviosa. Solo espero que no duela.

—Tenemos cita en media hora, date prisa o no llegamos.

—¡Ya voy! —Miro el reloj y al ver la hora decido no demorarme más y salgo de casa.

Nada más subir al coche observo el tatuaje con más atención que de costumbre y al pensar en lo que voy a hacer con él no noto el alivio que esperaba. De alguna manera, esa sensación de verme como un objeto cuando lo miraba ha desaparecido.

Cuando aparca estoy tan absorta en mis pensamientos que tiene que llamar mi atención para avisarme de que ya hemos llegado. Salimos del coche y mientras caminamos por la acera una pelota viene rodando hasta nosotros e Izan se inclina para atraparla.

—¡Sara! —Alguien grita mi nombre en ese momento, pero cuando me giro no veo a nadie dirigirse a mí y vuelvo mi atención al frente.

—Por favor, ¿me devuelve la pelota, señor? —Una preciosa niña rubita, de unos cuatro años y con los ojos de color miel, está mirando a Izan sonriente y extendiendo sus pequeños brazos para que se la entregue.

—Claro que sí, y más si me la pides con esa educación. —Izan se inclina hacia ella y cuando se la va a dar, alguien se acerca a nosotros.

—¡Sara! —Al oír que me hablan de nuevo me giro rápidamente y le veo—. ¡Te he dicho que no te alejaras! —le dice a la niña.

—¡COMISARIO! —decimos Izan y yo al mismo tiempo.

—¡Hola, muchachos! ¡Qué casualidad! —Me extraña que parezca tan sorprendido de vernos cuando acaba de nombrarme—. ¿Qué hacéis por aquí?

—¿Papá? —La niña tira de su pantalón—. ¿Conoces a estas personas?

—Sí, cariño —sonríe mientras alza a la pequeña en brazos. Me resulta raro verle tan relajado, parece otra persona—. Son unos amigos del trabajo.

—¿Entonces son de los buenos?

—Sí, cielo. Son de los buenos. —Curva su boca de nuevo y descubro que tiene una sonrisa preciosa.

—¡Mira! —Señala con su pequeño dedo a una mujer rubia que empuja un carrito de bebé—. Bájame. Bájame, papi. Ya ha vuelto mamá con mi hermanita. —Se mueve inquieta y no tiene más remedio que hacer lo que le ha pedido. Nada más tocar el suelo con sus pies, corre como una loca hacia ellas—. ¡Mami, Paula, esperadme!

—¡Sara! —grita y me giro hacia el comisario asustada. ¿Qué le pasa?—. ¡No corras o te harás daño! —Un segundo después me doy cuenta de lo que ocurre.

—¿Su hija se llama Sara?

—Así es... —No le quita el ojo de encima hasta que llega donde está su madre—. No te puedes hacer una idea de cómo me sentía cada vez que oía tu nombre en la oficina. Instintivamente la veía a ella. Lo que te ha pasado a ti puede pasarle a cualquier mujer o niña, incluida mi hija, y por nada quisiera verme en el lugar de uno de esos padres. —Traga saliva—. Mientras siga vivo lucharé contra viento y marea si hace falta para terminar con este abuso. Atraparé a cada hijo de puta que se cruce en mi camino y lo encerraré hasta que se pudra en la cárcel.

—Es lo único que merecen —añade Izan.

—Este caso me ha afectado especialmente, y gracias a él tengo preparados algunos proyectos que serán muy útiles para dismantelar estas redes en un futuro no muy lejano.

—No imagina lo feliz que me hace oírle decir eso —respondo emocionada. Confío plenamente en el comisario y sé que de alguna manera conseguirá lo que se propone.

—Y ahora, cambiando de tema, ¿qué hacéis en mi barrio?

—Hemos venido a una clínica. Quiero eliminar el tatuaje que me hicieron cuando estaba en México. —Se lo muestro e inclina su cabeza para verlo mejor.

—¿Sabías que la flor de loto siempre ha sido el símbolo de múltiples civilizaciones? —Sujeta mi muñeca y se acerca—. Casi siempre se ha asociado a la belleza y a la pureza. Pero sin duda la mejor interpretación para ella es la esperanza. —Pasa los dedos por los pétalos e Izan le observa atento—. Nace en aguas oscuras, lodosas y pantanosas, pero de alguna manera siempre se mantiene limpia y pura. Difícilmente encontrarás uno de sus pétalos manchado y por si esto fuera poco, es capaz de brillar en la oscuridad. —Me mira—. Esta es una flor muy especial y todos deberíamos desentrañar su metáfora y llevarla a nuestra vida. Por muy oscura, lodosa y pantanosa que sea, por muy desesperanzados, desmoralizados y desilusionados que nos sintamos, podemos crecer en medio de todo ese fango y florecer como ella. Por muy difíciles que se pongan las cosas o los recuerdos se empeñen en atormentarnos, todos y cada uno de nosotros somos capaces de convertir

nuestra oscuridad en luz. Debemos luchar por brillar como lo hace esta flor durante la noche.

—Guau —exclamo al quedarme sin palabras. Acaba de darle un nuevo significado a mi tatuaje—. Después de esto, quizás debería plantearme mi decisión. —Miro la marca, indecisa.

—¿Cómo sabe todo eso? —pregunta Izan intrigado.

—Siempre me he sentido atraído por las culturas. Aunque debo admitir que mi favorita es la celta.

—¡Oye, guapo! —Una voz chillona nos sobresalta y todos miramos en la misma dirección. Su mujer le llama—. ¡Ya está bien de darle tanto a la sin hueso! ¡Haz el favor de mover ese culazo que tienes y venir a ayudarme! — La cara del comisario se vuelve roja—. Mucho lloriquear porque quieres hijos, pero luego me los como yo solita...

—Se marcha despotricando.

—Tengo que irme ya, muchachos —resopla—. No quiero imaginar lo que pasará cuando mis hijas crezcan. Parece que han sacado su carácter y como dice el refrán... “Dos hijas y una madre, la perdición de un padre”.

CAPÍTULO 61

UN AÑO DESPUÉS...

Hoy es un día decisivo para nosotros. Hace exactamente un año que Izan me pidió tiempo y ha llegado el momento de que hablemos. Está bastante nervioso, al igual que yo, ya que por las conversaciones que hemos mantenido en las últimas semanas intuye cuál será mi decisión.

Como me prometió, tengo la última palabra sobre nuestro futuro y no tendrá más remedio que aceptarlo por mucho que nos duela a ambos. Soy incapaz de seguir con él. La angustia de no poder darle la parte más importante de mí está superándome y me impide avanzar. Cuanto más pienso en ello, más presión me genero a mí misma y más difícil se me hace relajarme cuando estoy a su lado. Me obligo mentalmente a intentarlo, me agobio al ver que no puedo y finalmente acabo entre lágrimas haciéndole sentir mal. Querer y no poder es muy duro. He entrado en un círculo vicioso del que no puedo salir y no tengo más remedio que cortarlo.

Pongo la mano sobre mi tatuaje y me armo de valor. Finalmente decidí dejarlo en mi cuerpo. La flor de loto se ha convertido en algo parecido a un talismán para mí. Desde entonces sigo su ejemplo y me esfuerzo por florecer en medio de mi fango. Siempre que tengo que enfrentarme a algo o decaigo,

recuerdo las palabras del comisario y soy capaz de continuar. Aunque me lo hicieron con otra idea, he conseguido cambiarle el significado y adaptarlo a mi vida. Me recuerda a la fortaleza de la madre de Izan y a la mía propia. Es una herida de guerra de la que estoy segura que acabaré sintiéndome orgullosa, porque aunque todavía es pronto, me seguiré esforzando por superar mis traumas, y tarde lo que tarde acabaré ganando mi batalla. Con Izan a mi lado hubiera sido todo más fácil, pero no puedo hacerle eso. Su ritmo de vida es distinto al mío y no puedo frenarle.

Durante todo este tiempo he estado acudiendo a terapia junto a Ana. Hemos conseguido algunos progresos, pero todo va mucho más lento de lo que creíamos. Sobre todo, con ella. Mi amiga se viene abajo constantemente por esa razón y he tenido que convertirme en su bastón de apoyo. Es un camino difícil pero no imposible, y no pienso apartarme de su lado hasta que lo supere, o al menos hasta que su trauma le deje hacer una vida normal. Desde el principio vamos de la mano en esto y así continuaremos. Ha intentado irse a vivir sola en un par de ocasiones, pero no lo ha conseguido y ha tenido que volver a casa. Todavía no está preparada y le cuesta mucho admitirlo.

Lucas se ha enamorado perdidamente de ella, pero como es normal en estos casos, Ana es incapaz de corresponderle. Aunque últimamente he visto un brillo especial en sus ojos que me indica lo contrario, todavía es pronto para mi amiga. Espero que Luc sea más paciente de lo que fue conmigo y sepa mantenerse al margen. Realmente me gustaría que acabaran juntos, pero si se acelera, podría perder su oportunidad. Estoy convencida de que harían buena pareja y no conozco a nadie mejor para ella.

Camino hacia el salón donde está Izan e inspiro profundamente antes de abrir la puerta. Ayer mismo, en un momento de bajón, le dije que sentía que le estaba haciendo perder el tiempo y su mirada fue de auténtica preocupación. Durante todos estos meses no ha habido demasiados cambios. Seguimos sin conseguir pasar de los besos y abrazos, y cada vez que nuestros cuerpos nos llevaban a algo más íntimo me altero y tiene que apartarse. No consigo superar esa barrera por más que lo intento. Siempre vuelven mis fantasmas y acabo relacionando el momento con aquello.

Esta última semana, debido a la presión de la fecha, se ha convertido sin duda en la peor de todas. Estamos demasiado tensos los dos y discutimos por cualquier cosa. Me ha resultado muy difícil tomar esta decisión, pero tengo que hacerlo. Si le quiero, debo dejarle marchar para que consiga rehacer su vida con alguien más acorde a sus necesidades. No puede estar toda la vida preocupándose por mí y midiendo sus caricias para no hacerme sentir mal. Es antinatural.

—Hola —digo seria y mis manos comienzan a sudar.

—Hola —dice él aún más serio, y no aparta los ojos de mí hasta que me siento frente a él. Exhala sonoramente y no sé por dónde empezar.

—Pues aquí estamos... —Mi voz parece tener eco y el silencio se vuelve molesto. Echo de menos los gritos de mis hermanos en la casa a estas horas. Ana se los ha llevado al parque de atracciones para que pudiéramos mantener esta conversación tranquilos—. Ha llegado el día. —Mi garganta parece estar seca.

—Sí. Ha llegado. —Aprieta los labios y quedan en una línea recta. Sabe

cuál será mi respuesta.

—Yo... —No sé por dónde empezar y froto mis manos para secarlas—. Como te dije hace un año... no iba a retenerte a mi lado si veía que no avanzábamos.

—Sara... —Su respiración se acelera.

—No, Izan —le corto—. Tú me diste la palabra y debes aceptarlo. —Me esfuerzo por continuar—. Me parece cruel y egoísta por mi parte incluso el haber consentido esto. No debí aceptar aquel día. Yo... yo no puedo privarte de tu sexualidad. Estás en lo mejor de tu vida y si no disfrutas ahora no podrás hacerlo después.

—¿Quién te dice que no estoy disfrutando?

—Tú ya me entiendes...

—No. No te entiendo. —Se niega a aceptarlo.

—Por favor, no me hagas esto más difícil.

—¡Joder! —Pone las manos en su cabeza—. Estamos bien, Sara. Nos llevamos bien. Sé que me quieres. Nos queremos. —Se pone en pie y camina por el salón—. Dime qué hago para hacerte cambiar de opinión.

—Esto no es fácil para mí tampoco. —Bajo la mirada.

—Me estás sacando de tu vida como si fuera una bolsa de basura. ¿Y me dices que no es fácil para ti?

—¡No lo es! —grito al ser incapaz de seguir manteniendo la calma—. ¡No es fácil para mí! No quiero apartarme de ti, pero necesito hacerlo para no

sentirme mal conmigo misma.

—Sara, no te he presionado. ¿Por qué ibas a sentirte así? Yo no te he pedido nada...

—Yo tampoco te pido agua, pero sabes que es necesaria para mí. ¿Verdad?

—No puedes hacer esa comparación. El agua es vital, el sexo no. Para mí es algo secundario. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Yo solo quiero estar contigo. De la manera que sea... pero a tu lado. Por favor, no me saques de tu vida. —Llora y trato de aguantar el llanto.

—Necesito tiempo para recuperarme, y como no sé cuánto tardaré, no voy a retenerte a mi lado. ¡Pueden ser años! —Siento un gran nudo en el estómago—. Y si no lo consigo... ¿Quién te los devuelve?

—¿Y quién me devuelve los años en los que me sentiré vacío? Yo sin ti no sé vivir, Sara. —Seca sus ojos—. No concibo un futuro sin que estés a mi lado.

—Lo siento mucho. —Cubro mis ojos y lloro amargamente. Le estoy haciendo daño, pero tengo que evitar que un día mire atrás y vea lo poco que ha avanzado en su vida por esperarme.

—Sara. —Se sienta conmigo y me rodea con sus brazos. Sé cuánto le afecta verme llorar, pero no puedo parar. Es una situación muy dolorosa—. ¿De verdad es esto lo que quieres? ¿Te sentirás mejor así?

—El llanto no me deja hablar y lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza. Quisiera decirle tantas cosas, explicarle tantas razones, pero no me salen las palabras—. Pues si esa es la razón, te daré lo que pides. —Se pone

en pie y mis latidos se disparan. En cuanto se marche todo habrá acabado. Mi instinto me pide que le detenga, pero lucho por no hacerlo—. Sé feliz, Sara. —Deja un suave beso en mi cabeza a modo de despedida y oigo mi corazón partirse. Sus pasos se alejan y cuando la puerta de la calle se cierra un fuerte dolor se apodera de mí y el llanto se hace conmigo.

Paso horas en ese estado y solo cuando oigo hablar a mis hermanos reacciono. Rápidamente me pongo en pie y me marcho a mi habitación para que no me vean así. Al cruzar el pasillo, Ana se da cuenta de que algo pasa y me sigue hasta mi cuarto.

—Sara —me llama antes de que cierre—, espera. —Camina hacia mí.

—Me había quedado dormida en el sofá —digo con la mirada baja y tratando de disimular—. Necesito descansar un rato.

—¿En serio has sido capaz de dejarle? —Imagina lo que ha pasado. Hemos hablado algunas veces sobre esto y siempre se ha mostrado en contra de mi decisión. Independientemente de su miedo a los hombres, ve cómo me trata diariamente y está segura de que es la persona indicada para mí—. ¿Pero tú sabes cómo te quiere ese chico? —Su pregunta hace que varias lágrimas rueden por mis mejillas—. Sara, esto es un paso atrás enorme. ENORME — recalca la palabra *enorme* y pone las manos sobre mis hombros—. Ojalá yo estuviera en el mismo nivel de recuperación que tú. Jamás haría algo así... ¿Por qué lo has hecho?

—No quiero que... se prive... de su vida sexual... por mi culpa —hideo.

—¿Y por eso le privas de ti? ¿Después de todo lo que ha hecho para tenerte a su lado? —Pone sus delgados y fríos dedos en mi barbilla y tira de mí para

que la mire—. Esa no es una buena decisión.

—Es lo mejor para los dos.

—A mí no me engañas. Estás siendo egoísta, Sara. Esto solo es lo mejor para ti. Te estás engañando a ti misma. —Su frase hace que le preste más atención. No entiendo a dónde quiere llegar—. Estás haciendo todo esto inconscientemente solo para no tener que enfrentarte a tus miedos. Ves cerca el momento de entregarte a él y estás sacrificando tu relación para evitarlo.

—¿Qué? —De pronto siento como si alguien me abofeteara—. Yo... —Mi mente se abre y empiezo a creer que tiene razón.

—Lo que pasa por tu cabeza también ha pasado por la mía. La diferencia es que aunque tú estés más recuperada, yo entendí esa parte hace meses. Para superar algo primero hay que admitirlo.

—No te lo discuto.

—Sara, debes dejar de actuar como su padre.

—No estoy actuando así —digo ofendida—. Esto no tiene nada que ver.

—Créeme que sí. Siempre que una persona obligue a otra a hacer algo en contra de su voluntad solo para su beneficio, está actuando como él. —Pestañeo confusa. Está golpeándome con una verdad tras otra y empiezo a tener dudas sobre mi decisión—. Creo que Izan te ha mostrado durante todo este tiempo que su prioridad eres tú y no tu cuerpo. Es posible que le estés dañando más de lo que crees con lo que has hecho. ¿Acaso una persona que viaja kilómetros solo para encontrarte, que se expone a que le maten para que tú puedas vivir y que dispara a su propio padre para salvar a tu familia tiene

como preferencia eso? —Intento hablar, pero estoy sin palabras—. Arréglate y ve a buscarle ahora mismo. Tus hermanos están encantados con él y no te perdonarán esto ni en mil vidas. —Se gira y cuando va a marcharse, la detengo.

—Gracias, Ana —rodeo su cuerpo con mis brazos—, acabas de darme una lección que no voy a olvidar jamás. Ningún psicólogo hubiera podido explicar esto mejor que tú.

—Vamos, pelirroja. —Seca mis lágrimas con sus dedos—. Ponte guapa y ve a buscarle. Cada minuto que estás perdiendo aquí es tiempo de dolor para él. Dale recuerdos de mi parte —me guiña un ojo y se marcha.

Media hora después arranco el motor del coche que Izan me regaló por mi 21 cumpleaños y conduzco hasta su casa.

CAPÍTULO 62

Nada más llegar aparco de mala manera y me bajo a toda prisa. Quiero evitar que siga sufriendo, se fue de casa muy afectado y, como dice Ana, cada minuto que pasa es una tortura para él.

Llamo al telefonillo, pero nadie me abre. Tras esperar un tiempo prudencial, vuelvo al coche y saco de la guantera la copia de las llaves que me entregó hace unos meses por si necesitaba algo.

Cuando regreso, al intentar meter la llave en la cerradura, me doy cuenta de lo nerviosa que estoy. Mi mano tiembla tanto que tengo que ayudarme con la otra. Al abrir la puerta veo varios cajones abiertos y vacíos. Camino por la casa y todo está en silencio. A medida que entro en las demás habitaciones entiendo que no está allí y me vengo abajo. Empiezo a pensar en las posibilidades y no se me ocurre ningún lugar al que haya podido ir. Saco mi teléfono y marco su número. Segundos después me salta el buzón de voz para indicarme que está apagado o fuera de cobertura.

—¡MIERDA! —digo rabiosa y me siento en el sofá. Pongo las manos sobre la cara y, desesperada, trato de calmarme.

—¿Sara? —La voz de Izan me sobresalta.

—Izan. —Tiene el cabello mojado, y aunque está vestido deduzco que sale del baño. No se me ocurrió mirar ahí—. Lo siento mucho. Perdóname — suplico ansiosa al tiempo que me pongo en pie—. Solo dije estupideces. Me he dedicado a buscar excusas para apartarte de mí y... y... ¡Joder! Soy una cobarde.

—Sara... —Sus ojos están rojos e hinchados. Él también debe de haber estado llorando.

—He preferido perderte antes que enfrentarme a mis miedos. —Sollozo angustiada—. Ana me ha abierto los ojos y acaba de darme una lección. Ha conseguido mostrarme en unos minutos lo que mis temores no me han dejado ver en un año. En verdad ella sí está luchando por salir adelante mientras que yo solo escondo la cabeza. Me ha mostrado muchas verdades que me han hecho ver las cosas de otra manera.

—Tranquila. —Camina hacia mí.

—No puedo estar tranquila con el daño que te he hecho. No puedo creer que me haya comportado así. Realmente creía que estaba obrando correctamente. Estaba segura de que alejándote podría ayudarte a vivir mejor. Solo quiero lo mejor para ti, o lo que creo que lo es... —Me ahogo con mis lágrimas—. Me centré en que no sufrieras en vez de centrarme en superar esto. Era más fácil sacarte de mi vida que enfrentarme a mí misma. —Hablo sofocada—. No pasé ni la mitad que Ana y mira cómo estoy y lo que fui capaz de hacer. ¡Soy una estúpida!

—Shhh. ¡No vuelvas a hablar así de ti! —Su frase me noquea y le miro sorprendida—. Los traumas son así, Sara. Afectan a cada uno de una manera

diferente. Algunas personas tienen la capacidad de reponerse antes que otras, pero no por ello eres más débil, ¿de acuerdo?

—Pero ella...

—Ella seguramente haya entendido cosas que a ti te cuestan, al igual que tú habrás entendido cosas que le cuestan a ella, por eso estáis apoyándoos la una a la otra. Cada mente es un mundo diferente, Sara.

—Sí, pero yo no pasé por todo lo que pasó ella... —Que Ana esté superándolo tan rápido y yo sea tan lenta me hace sentir mal—. No lo estoy haciendo todo lo bien que debería.

—Eso no es excusa ni garantía de nada. Cada uno va a su ritmo y no hay más que hablar. —Me mira fijamente a los ojos—. El que te hayan querido arrebatarte algo tan importante para ti a la fuerza pudo afectarte de la misma manera que a ella, aunque lo suyo a nuestros ojos sea peor. Toda esa presión psicológica y las palizas diarias a las que te sometieron mientras estabas allí podrían haber acabado fácilmente con tu estabilidad emocional, pero mírate. Deberías sentirte orgullosa de ser tan fuerte y encontrarte en estos momentos tan recuperada. Las secuelas que vayan quedando conseguiremos limarlas con el tiempo, ya verás —sonríe—. No debes agobiarte por eso.

—Izan. —Me vengo abajo—. Realmente creí que apartándote de mi vida serías más feliz. —La culpabilidad me mata.

—Nunca podría ser más feliz de esa forma. Mi felicidad está a tu lado.

—Lo siento de veras. Jamás he querido hacerte daño. —Le miro apenada—. ¿Podrías perdonarme?

—Estás perdonada desde el segundo uno. —Besa mi nariz mientras me rodea con sus brazos—. Sara, yo no llevo prisa. Ninguna. Mézetelo en la cabeza. Voy a esperarte toda la vida si hace falta. No debes obsesionarte con eso. —Algo se relaja en mi interior.

—¿No me abandonarás por otra cuando sientas la necesidad? —Me sincero con él. Esa idea me tiene atormentada desde el primer día.

—Nunca te abandonaré por eso. Sé que este tema te preocupa, pero recuerda que a mí no. Procura que no me falten mis besos mañaneros ni mis abrazos nocturnos y todo funcionará a la perfección. —Besa suavemente mis labios.

—Gracias por entenderme cuando ni yo misma lo hago. Te amo, Izan.

—Lo sé —vuelve a besarme—, pero no más que yo.

—Deberíamos poder medirlo —digo mientras me pongo de puntillas para tener mejor acceso a su boca. Pasa su mano por mi nuca y tira de mí hasta poner sus labios sobre los míos. Me siento tan bien entre sus brazos que dejo salir un pequeño suspiro y noto como sonrío.

—¿Ibas a marcharte? —digo al ver una maleta abierta en el suelo.

—Sí. Estaba a punto de dirigirme al aeropuerto y tomar el primer avión que saliera de allí. Me daba igual cuál fuera, solo quería alejarme para dejar atrás mi dolor.

—Lo siento —repito arrepentida.

—No le des más vueltas. —Me aprieta contra él y apoya su barbilla en mi cuello—. Ahora ya no tienes excusa para dejarme y tendrás que cargar

conmigo toda tu vida.

—No me importa. —Cruzo las manos detrás de su cintura y noto un pequeño mordisco en el hombro. Aunque lo ha hecho otras veces, esta vez es diferente. No me aparto, como hago normalmente, y un escalofrío recorre mi espalda. Izan, al notarlo, levanta su cabeza y me mira extrañado.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Contigo a mi lado, siempre —respondo mirándole a los ojos.

—Si pudieras hacerte una idea de lo que significas para mí... —Roza su boca con la mía sin llegar a besarme y anhelo que lo haga. Suelto su cintura y comienzo a deslizar las manos por su cuerpo hasta llegar a su pecho. Me mira atento y sin saber qué hacer mientras las yemas de mis dedos modelan sus músculos. Nunca me había tomado un minuto para acariciarle de esta manera, temía que malinterpretara mi gesto.

Su torso se eleva cada vez más rápido y el latido de su corazón golpea mis manos. El calor de su cuerpo aumenta traspasando su ropa y llega hasta mí. Sigo ascendiendo y cuando mis dedos tocan sus hombros deja salir el aire que tenía retenido en su pecho. Pongo una mano a cada lado de su rostro y con lentitud beso su boca. Está tan relajada que sus labios parecen más gruesos y tengo la necesidad de recrearme con ellos. Los humedezco hasta que se vuelven resbaladizos, los muerdo lentamente, los succiono... y cuando mi lengua roza la suya, se aparta.

—Sara... —Su voz tiembla—. ¿Qué estás haciendo? —Parece desconcertado.

—No me pares ahora, Izan —digo acercándome a él de nuevo. Algo en mi cuerpo está dándome un extraño valor—. Quiero ver hasta dónde me lleva esto.

Aprieta su mandíbula con fuerza al oírme y su respiración se vuelve sonora. Me mira durante unas décimas y puedo ver el conflicto en sus ojos.

—No... No, no, Sara. No quiero que hagas esto por obligación.

—Izan, necesito quitarme este miedo y solo tú puedes ayudarme. —Antes de que consiga recuperarse me acerco a él y comienzo a desabrochar los botones de su camisa.

—No, así no. No puedo. —No le dejo hablar, busco con mi lengua la suya y cuando la encuentro, noto cómo poco a poco pierde el control.

—Estoy lista para entregarme a ti, Izan...

—Y yo demasiado alterado, Sara —dice en forma de susurro.

—Sé que no me harás daño. —Teme no ser capaz de controlarse.

Mis palabras parece que funcionan y baja sus manos por mi espalda hasta llegar a mis glúteos. Lucho mentalmente contra mis miedos y consigo dominarlos por el momento. No quiero volverme atrás.

Me alza y sin saber cómo, acabo sentada sobre la mesa.

—¿Estás segura de esto? —habla con la boca pegada a la mía.

—Sí —digo tratando de parecer segura.

Se aparta para terminar de quitarse la camisa y queda con el pecho descubierto frente a mí. Le observo con detalle y espera paciente mi reacción.

Repaso su hermoso cuerpo con la mirada y al ver que no muestro ningún rechazo, se acerca a mí de nuevo y se coloca entre mis rodillas.

—Tócame —dice mientras coge mis manos y las pone sobre su pecho—. No tengas miedo, Sara. Acaríciame. —Deslizo los dedos por su suave piel y una chispa se enciende en mi cuerpo. Es tan perfecto que despierta un desconocido deseo en mí.

Muerdo mi labio inferior y es la señal que estaba esperando. Se inclina, besa mi mentón y lo recorre con sus labios. Acaricia mis brazos y al notar mi vello de punta, gime cerca de mi oído, provocándome una reacción mayor. Mis pechos se endurecen casi de inmediato e inclino la cabeza hacia atrás para darle mayor acceso. Por primera vez no quiero que pare.

Cuando me quiero dar cuenta mi camiseta está levantada y sus manos en el cierre de mi sostén. Tres segundos después, la camiseta está en el suelo y mis pechos casi al descubierto.

Me alza de nuevo y sin mediar palabra me lleva hasta la cama. Me deja caer suavemente en el colchón y se echa con cuidado sobre mí. Coloca un brazo a cada lado de mi cabeza y me observa.

—Sara. —Sus ojos parecen más negros—. Recuerda que podemos parar esto cuando quieras —asiento y continúa.

Con delicadeza termina de quitarme el sostén y mis pezones reaccionan al quedar descubiertos. Me cubre con su torso y el roce de su piel en mis pechos hace que me olvide de mis miedos y solo pueda pensar en él y el momento.

Me besa y mi boca se hace agua. Comienza a moverse lentamente y mi

cuerpo lo agradece. Puedo notar la dureza de su miembro a través de mi pantalón y, lejos de asustarme, me excita. Sabe cómo hacerlo.

Una de sus manos recorre mi cintura, acaricia mis costillas y llega hasta mi pecho. Sus dedos comienzan a acariciarme como si de una pluma se tratase, excitándome de tal manera que apenas puedo soportar tantas sensaciones juntas. Cuando creo que he llegado a mi límite, su boca atrapa mi sensible pezón y varios gemidos salen de mi garganta. Mi respiración se vuelve incontrolable y me besa para calmarme.

Busca la cremallera de mi pantalón y la baja con cuidado. Tira de él y cuando me lo quita el miedo vuelve a mi cuerpo. Al notarme más tensa, acaricia mis muslos con suavidad, y eso me da la confianza que necesito para continuar. Desabrocha los botones del suyo y lo desliza por sus piernas hasta que cae al suelo.

A través de su calzón puedo intuir su tamaño. Intento no pensar en el dolor y cierro los ojos para seguir disfrutando de sus caricias. Sus dedos repasan las costuras de la pequeña prenda que todavía llevo puesta y cada vez que roza mi centro mi espalda se curva. Tira de la tela con cuidado y a medida que la saca de mi cuerpo mis temores parecen irse con ella. Hace lo mismo con la suya y deja al descubierto su erección. La firmeza de su miembro consigue que un calor abrasador suba por mis piernas y se centre en un solo punto.

Abre el cajón de la mesita y saca la caja todavía precintada de profilácticos que compramos hace algunos meses por si llegaba el momento. Rasga uno de los envoltorios plateados y se cubre con él. Separa mis piernas sin dejar de mirarme y se coloca entre ellas, quedando su rostro muy cerca del mío.

—Dímelo una vez más, por favor —espera mi respuesta—. Necesito estar seguro de que esto es lo que quieres.

—Es lo que más deseo en este momento. —Su respiración cambia. Está casi tan nervioso como yo.

—Voy a hacerlo, cariño. —Su dureza comienza a hacer presión sobre mi—. Voy a hacerte mía —respira por la boca y me observa atento. La presión cada vez es mayor y noto una fuerte tirantez. Está intentando abrirse paso dentro de mí y creo ser demasiado estrecha. El dolor comienza a ser más punzante, pero lo aguanto. Es molesto y dulce a la vez. Hago una mueca y se detiene—. Tranquila, mi vida. —No se retira, solo se queda donde está y besa mis labios. Presiona de nuevo y la tirantez cada vez es más molesta. Noto como poco a poco se abre paso en mi cuerpo y cierro los ojos con fuerza. La sensación es demasiado intensa. Me da unos segundos para que me recupere y continúa hasta acoplarse completamente—. Sara. —Sigo con los ojos cerrados. Tengo miedo de que cuando se mueva sea peor—. Mírame —los abro y está observándome—. Ya somos uno, cariño. —Espera un par de segundos y al ver que todo está bien comienza a moverse lentamente.

No aparta sus ojos de los míos en ningún momento y me gusta. No me siento intimidada ni avergonzada. Al contrario. Con cada roce mi cuerpo se vuelve más suyo que mío y me noto totalmente entregada. El dolor persiste unos segundos más, pero al momento desaparece y deja paso a algo muy diferente...

—Izan. —Apenas consigo vocalizar. Varios gemidos incontrolados escapan de mi cuerpo. Sus dientes muerden con suavidad mi cuello y creo estar

cayendo desde una gran altura—. Izan... —Casi grito su nombre. He perdido el control de mi voz y eso parece encenderle aún más. Aumenta la velocidad y con ella llegan sus jadeos. Me abraza con fuerza y profundiza más en mi cuerpo poniendo a prueba todas mis terminaciones nerviosas. Me tenso y me relajo involuntariamente, me muevo inquieta debajo de él y gimo sin ningún tipo de pudor. Pone su boca sobre la mía, como si quisiera atrapar con ella mi placer, y tras un fuerte suspiro mi cuerpo se tensa por completo y me pierdo entre sus brazos...

EPÍLOGO

DÍA 5 DEL MES QUINTO, CINCO AÑOS DESPUÉS...

—¡Vamos, Ana! —grito desde la ventanilla del coche. Está abrazada a Lucas y no tiene intención de soltarle. Hace pocos meses que comenzaron una relación y desde entonces están insoportables. Aunque la verdad es que me siento muy feliz por ellos, han luchado mucho para llegar hasta aquí y se lo merecen. Jamás imaginé que Luc tuviera tanta paciencia y que fuera a esperarle años, como finalmente hizo. Realmente Ana le importa.

Ambas hemos terminado con éxito la terapia y estamos muy recuperadas. Por fin entendimos que la vida es como un buen libro. En ella hay capítulos alegres, tristes, traumáticos... Pero si no pasamos página nunca sabremos cómo continúa. Todavía pensamos mucho en lo ocurrido, pero ya no nos afecta de la misma manera. Ha quedado como algo lejano que ocurrió en el pasado y hemos aprendido a apartarlo de nuestro presente. Como decía mi madre, lo que no te mata te hace más fuerte, y este parece ser el caso.

Me armé de valor e intenté buscar trabajo en varias ocasiones para sacar adelante a mi familia, pero Izan se negó. Incluso llegó a boicotearme una entrevista para que no consiguiera el empleo. Prácticamente me obligó a acabar mi carrera y no dudó en hacerse cargo de todos los gastos. A día de

hoy está pagando también la universidad de Carlos y el instituto de Eric.

En unos días, si todo sale bien, podré estrenarme como administradora de empresas y dirigiré junto a Izan mi primer negocio. Vamos a lanzar al mercado un helado dietético que la montaña ha creado para deportistas y estoy muy ilusionada con el proyecto. Ya tengo algunas ideas para su promoción y estoy segura de que será un éxito.

—¿Lo tienes todo preparado? —pregunta Ana mientras abre la puerta del coche y se sienta en el lugar del copiloto.

—Creo que sí... —Hago memoria durante un par de segundos—. Solo me queda ya ir a buscarle.

—¡Genial! —Da palmaditas rápidas—. Déjame entonces donde ya sabes y os espero allí. —Está tan ilusionada como yo.

—De acuerdo —sonrío mientras salgo del aparcamiento y la llevo donde hemos acordado. Cuando nos despedimos, continúo hasta el gimnasio para buscar a Izan y a medida que me acerco las palmas de mis manos comienzan a sudar. Hoy es su cumpleaños y estoy muy nerviosa. Él cree que vamos a salir a cenar, pero lo cierto es que llevo meses preparándole una sorpresa.

—Carlos —digo al entrar y encontrarme a mi hermano levantando pesas—. Deberías decirle a Izan que ya es suficiente. ¡Estás enorme! —A sus 20 años ya ha ganado varias competiciones de culturismo e Izan es quien le entrena.

—Siempre estás con lo mismo... —Pone los ojos en blanco mientras seca su frente—. Es normal que mis músculos se vean ahora más hinchados. Los estoy forzando. —La muerte de mi madre le marcó mucho y encontró en el

ejercicio la mejor vía de escape para liberar sus tensiones emocionales.

—Tú sigue así y de aquí a unos meses no entrarás por la puerta. —Arrugo la frente mientras le observo—. Eres muy joven y tanto músculo no debe ser nada bueno para tu esqueleto. Pesas demasiado. —Cada día me veo más reflejada en mi madre. Cuando se encontraba bien nos reñía de la misma manera—. ¿Dónde está Eric?

—Con Izan en la oficina, van a encargar algunas máquinas nuevas. —Me da la espalda y continúa con las pesas.

—Deja eso y arréglate o llegarás tarde. —Carlos me ha estado ayudando junto a Ana a prepararlo todo para la fiesta y por supuesto estará en ella.

—Ya casi estoy —dice con esfuerzo mientras dobla los brazos.

Camino hasta la puerta negando con la cabeza y, al abrirla, les encuentro de espaldas mirando un cartel que hay en la pared. Eric a sus 14 años está casi tan alto como Izan. Verlos crecer me llena de felicidad. Estoy segura de que mis padres se sentirían orgullosos de nosotros. Les estamos criando con todo nuestro amor.

—Mmm... Reconocería ese aroma en cualquier parte. —Izan se gira para verme—. No podía ser otra persona. —Viene hasta mí, me rodea con sus brazos y besa mi frente—. Dame quince minutos, me ducho y nos vamos.

—Que sean diez —sonrío y besa mi boca.

—Pues no se hable más... Por cierto, estás preciosa. —Se aparta de mí y me repasa con la mirada—. Te queda fantástico ese vestido. —Abre uno de los armarios que tiene en la oficina y saca una toalla que se cuelga en el hombro

y un traje que no conocía.

—¿Y eso? —digo sorprendida.

—Ya sabes que es un día muy especial para mí. 5 del cinco, ¿recuerdas? —
Desaparece tras la puerta—. ¡Y quinto día de la semana! —Le oigo gritar
desde el pasillo y no puedo evitar reír. Si solo pudiera hacerse una idea de lo
que le espera...

Minutos después vamos de camino al restaurante que yo elegí. No puedo
dejar de mirarle por el rabillo del ojo. Está increíblemente guapo y huele de
maravilla. Se ha tomado muy en serio la fecha y eso me gusta.

—¿Tienes hambre? —pregunto para calmar los nervios.

—Me comería una vaca con habas. ¿Responde eso a tu pregunta? —
carcajeo al oírle.

—Sí, creo que sí.

Cuando llegamos aparco en el primer hueco que veo y bajamos del coche.

—Vaya. No conocía este lugar —dice sorprendido mientras alza la mirada
para leer el cartel de la fachada—. Pero... esto también es un hotel. ¿Me has
traído aquí para abusar de mí toda la noche? —Levanta las cejas
repetidamente y río de nuevo.

—Algo así. —Subo los escalones y me sigue.

Entramos a un bonito recibidor y una mujer sale a recibirnos.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarles?

—Hola. Tenemos mesa reservada —contesto.

—¿Pueden decirme sus nombres?

—Sara e Izan. —La mujer y yo nos miramos, cómplices, y él no se da cuenta.

—¿Izan? —Alguien le llama y se gira.

—¿Doctor? —El médico rubio de ojos azules que le salvó la vida cuando vino herido de Colombia está frente a nosotros.

—¡Cuánto tiempo! —Nos saluda y se dirige a él de nuevo—. ¿Cómo te encuentras?

—Pues la verdad es que muy bien. Recuperé por completo mi capacidad pulmonar y ya puedo hacer una vida normal.

—Me alegra mucho oír eso. ¿Qué hacéis por aquí?

—Hoy es mi cumpleaños y Sara ha elegido este sitio para cenar.

—Buena elección, Sara —me guiña un ojo—. La comida aquí es muy rica. No os arrepentiréis.

—¿Es asiduo a este lugar? —Izan le pregunta curioso.

—Demasiado —ríe—. Digamos que es como mi segunda casa. —Se gira hacia la recepcionista y le habla—. Encárgate de los que faltan por llegar. —Izan le mira extrañado. No imagina que el hotel es del doctor y que nos ha prestado la zona del restaurante para lo que está a punto de ocurrir—. Yo acompañaré a Izan y a Sara hasta su mesa.

—De acuerdo, señor —responde la mujer.

—Venid conmigo. —Seguimos al doctor e Izan me hace un gesto mientras

se encoge de hombros. No entiende nada.

Llegamos a unas grandes puertas de madera talladas y alguien sale de una pequeña habitación que hay al lado.

—Buenas noches —nos saluda.

—¿Comisario? —Los ojos de Izan se agrandan y arruga su frente.

—¿Cómo estás, muchacho? —El comisario llama su atención al verle desorientado.

—Bien, señor... —parpadea—. ¿Usted también está aquí?

—Sí —ríe—, estoy de visita. El doctor y yo solemos quedar de vez en cuando con nuestras familias.

—Amm —dice poco convencido y las grandes puertas de madera se abren. Tras ellas hay un enorme salón lleno de gente. Entramos los cuatro y caminamos hasta la mesa que tenemos reservada. El doctor nos hace un gesto para que nos acomodemos y se marchan a otra mesa donde están sus mujeres.

—Qué casualidad —me mira extrañado—, el mundo es un pañuelo.

—Sí... —Trato de ocultar mi risa—. Y nosotros somos los mocos.

Un camarero viene y nos toma nota. Cinco minutos después, nos traen la bebida y el primer plato. Nada más terminarlo, alguien baja la intensidad de las luces y solo queda iluminado un escenario que tenemos al lado. Sobre él hay una chica joven con un micrófono y todas las miradas se centran en ella.

—Buenas noches —comienza diciendo, y parece nerviosa—. Hoy es un día muy especial. Un día con el que todas hemos soñado alguna vez y que debido

a las circunstancias y sobre todo a la distancia creíamos que nunca llegaría. —Traga saliva y por un momento parece que no puede continuar, pero saca fuerzas de algún sitio y prosigue—. Mi nombre es Carmen y tan solo tengo 18 años, pero desgraciadamente, y desde que era una niña, conozco la cara más amarga de la vida... —Hace una pequeña pausa—. Por suerte, mi calvario terminó gracias a una persona que está hoy entre nosotros. Alguien a quien por fin podré abrazar y agradecer todo lo que hizo. —Izan levanta la mirada y busca entre la gente a la persona de la que habla—. Somos 191 mujeres las que estamos reunidas hoy aquí con un propósito en común. Sin contar las 106 que no han podido asistir por problemas de salud o complicaciones de última hora, pero que tienen su corazón puesto en esta reunión. —Parece emocionada—. Gracias a ese hombre, que no dudó ni un momento en dar su vida por nosotras, cayó una de las mayores redes de tráfico de personas y conseguimos ser liberadas 297 chicas en cinco países diferentes. —Izan arruga la frente mientras la gente aplaude, efusiva—. Querido, Izan —me mira asustado al oír su nombre—, seguramente ya no me recuerdes porque he crecido, pero yo era la niña a la que sacaste en brazos de aquel edificio en Colombia.

—¿Qué? —Sus ojos se llenan de lágrimas y su barbilla tiembla. Nunca le había visto tan emocionado.

—¡Gracias, Izan, por salvarnos la vida!

—Dios, Sara. ¿Qué has hecho? —Pone las manos sobre su rostro y llora mientras continúan los aplausos.

—¡Gracias por darnos una nueva oportunidad! ¡Gracias por devolvernos la

libertad de la que estábamos privadas! ¡Nunca podremos agradecerte lo que hiciste! —Saco un pañuelo de mi bolso y se lo entrego.

—Izan, cariño... —Me acerco a él y le abrazo. Tiene los codos sobre la mesa y con sus manos está tapándose la cara—. Cálmate. —Todo el mundo se pone en pie y grita su nombre.

—Eres una cabrona —dice entre sollozos y no tengo más remedio que soltar una carcajada.

—¡Que hable! —grita la mujer del comisario y todas apoyan la idea—. ¡Queremos oír la voz de ese papasote! —ríen con su ocurrencia.

—Quizás tenga razón. Deberías decirles algo —las miro—, han venido hasta aquí solo para verte y seguro que les gustaría oírte. —Asiente. Se esfuerza por serenarse y mientras se seca los ojos se pone en pie.

Le acompaño hasta el escenario y subo con él. Resopla varias veces para liberar tensión, agarra mi mano y finalmente se acerca al micrófono.

—Yo... —hace una pausa— quisiera poder hablar, pero no tengo palabras para describir lo que siento en este momento. —Las lágrimas vuelven a sus ojos—. Solo puedo decir que... no dudaría en volver a hacerlo. Nadie merece vivir así. Gracias por estar todas aquí en un día tan especial para mí. —Los gritos y aplausos vuelven.

—Izan —la chica habla de nuevo—, hemos preparado algo para ti, para que nos recuerdes siempre. Queremos mostrarte a nuestras familias y cómo es ahora nuestra vida gracias a ti. —Camina hacia un pequeño aparato, aprieta un botón y varias fotografías con una bonita canción de fondo comienzan a

aparecer en una gran pantalla. En todas ellas aparecen las chicas con carteles de agradecimiento y rodeadas de sus familiares. Izan mira atento cada una de ellas y se emociona con cada palabra que le dedican.

Antes de que el video acabe, aparece la imagen de una ecografía en la que pone “Mi papá es un héroe” y la sala se queda en silencio. Izan, pensando que el vídeo se ha detenido, me mira sin saber muy bien qué hacer.

Viendo que pasan los segundos y no entiende lo que está pasando, meto la mano en mi bolsillo, saco un pequeño envoltorio y se lo entrego.

—¿Qué es? —pregunta antes de abrirlo, y mira extrañado a las chicas. Hay demasiado silencio.

—Tu regalo de cumpleaños —respondo nerviosa mientras retira el papel de regalo.

—Un... un... ¿es un chupete? —Puedo ver cómo late la vena de su cuello. Lo intuye, pero todavía no quiere creerlo—. ¿Qué... significa esto?

—¡Que vas a ser padre, zopenco! —La mujer del comisario grita de nuevo desde la primera fila mientras que su amiga trata de taponarle la boca—. ¿Y luego decís que las rubias somos las tontas? —Todo el mundo estalla en carcajadas.

—¿Sara? —Me mira buscando una explicación—. ¿Voy a ser padre? —Sus ojos cada vez se vuelven más expresivos.

—Felicidades... —digo, algo preocupada. No sé muy bien cómo se está tomando la noticia.

—¿Voy... voy a ser padre?

—Me temo que sí... —Empiezo a dudar. Arrugo la frente esperando su reacción y antes de que pueda decir nada más su cuerpo se echa sobre el mío y me abraza con fuerza.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Sara! Oh, Dios mío... —No para de repetir esa frase con su cabeza en mi hombro.

—Tranquilo, Izan. —Empieza a hacerme daño y afloja su abrazo al darse cuenta.

—¿Cuándo lo supiste? ¿De cuánto tiempo estás? —Pone las manos sobre mi rostro y me mira fijamente a los ojos.

—Lo supe hace unos días, pero quise decírtelo hoy. Estoy de cinco semanas.

—Bendito cinco. —Me besa—. ¡No lo puedo creer! ¡Voy a ser padre! Y yo que creía que iba a ser quien te sorprendiera a ti...

—¿Cómo? —No entiendo lo que quiere decir. Se aparta de mí y busca el micrófono. Lo coge y se lo acerca a la boca.

—Bueno pues... —Su voz tiembla—. Parece que esta noche se ha convertido en la noche de las emociones. —Todo el mundo deja de hablar y le presta atención—. Habéis recorrido miles de kilómetros para darme esta maravillosa sorpresa y me acabo de enterar de que voy a ser padre. Estoy flotando en una nube de felicidad ahora mismo. No podría pedirle nada más a esta noche. ¿Verdad?

—¡Nooo! —le responden. Todas entienden que debe de sentirse eufórico.

—Pues estáis equivocadas. Creo que todavía puedo pedirle algo más... —

Mete la mano en su bolsillo y le miro. Se arrodilla frente a mí y creo desmayarme—. Sara —abre una pequeña cajita donde brilla un precioso anillo—, había elegido esta fecha por lo que simboliza para mí, pero después de esto... —mira a las chicas y a la pantalla— aumentará su significado de manera considerable. —Sonríe al tiempo que inspira profundamente—. Cariño. Juntos hemos logrado olvidar el pasado y vivir el presente... El siguiente paso es crear un futuro. ¿Aceptas ser mi esposa?

Intento hablar, pero no puedo. Las palabras quedan atrapadas en mi garganta y comienzo a llorar. Tras unos segundos interminables, por fin consigo pronunciar la única palabra que necesito.

—Sí —acierto a decir entre sollozos—. Sí, quiero. —Se pone en pie y me abraza mientras la gente aplaude de nuevo. Sin duda esta fecha también quedará marcada en mi corazón.

El resto de la noche la pasamos entre besos y abrazos. El comisario también se lleva su ración. Sin él y el gran trabajo que realizó nada de esto hubiera sido posible.

Las chicas, todas muy cariñosas, hablan con nosotros. Solo he convivido con seis, pero me siento igual de unida a todas las demás. Charlando con ellas he descubierto que a muchas les pasó como a mí. Fueron captadas con anuncios de empleos en los que no requerían experiencia. Moda, costura, empleadas de hogar... Adaptaban las ofertas dependiendo del país y la necesidad. A otras simplemente las coaccionaron, engañaron o raptaron a la fuerza.

Ninguna imaginó que esto pudiera pasar. No importó nuestra edad ni

condición económica. Se valieron de nuestra ingenuidad y necesidad para vendernos sacos de humo que aceptamos sin dudar. Yo realmente creí que me iban a dar todo lo que me ofrecieron. En mi mente no cabía tanta maldad.

Una tal Marga me cuenta su experiencia y quedo totalmente asombrada al saber lo que Izan hizo por ella. Pagó su deuda en México y gracias a eso pudo dejar la prostitución y ahora vive feliz junto a su hijo y tiene un buen trabajo. Esto me demuestra la gran persona que es mi futuro marido. Ni siquiera me habló de ello, simplemente obró como creyó que debía hacerlo sin darle mayor importancia.

Él no mira para otro lado cuando ve que algo no está bien, siempre trata de encontrar una solución o tiende la mano a quien más lo necesita. Izan hubiera podido salvarme a mí y olvidarse de todo, pero decidió volver a por las demás. Su madre le enseñó unos valores envidiables. No hace falta que expongamos nuestra vida ni que lleguemos a ese extremo. Con denunciar públicamente ciertos comportamientos podríamos ayudar de manera positiva. La gente a veces necesita que le recuerden lo que está mal. Estamos tan acostumbrados a vivir entre este tipo de cosas que lo hemos normalizado hasta tal punto que a día de hoy nos vale todo.

No podemos cambiar el mundo, ni borrar lo que ya hay en él, pero sí podemos ayudar a crear uno mejor. El simple hecho de educar a nuestros hijos para que aprendan a valorar algunas conductas y comportamientos sería un gran progreso.

FIN

ELENA GARCÍA

Queridos lectores, espero que hayáis disfrutado de esta historia que con tanto cariño he escrito para vosotros. He tratado de jugar con vuestras emociones una vez más y por lo que he leído por ahí, creo haberlo conseguido. Sí, me siento orgullosa de saber que lloráis, reís y os emocionáis con mis personajes. Adoro que los sintáis vivos.

De nuevo quiero agradeceros vuestra compañía en esta nueva aventura. Y de nuevo tengo que admitir que me siento vacía al publicar este epílogo. Siento que me despido de quienes durante meses han formado parte de mi familia. Algo en mí se apaga cada vez que pongo un punto y final. Aunque en este caso quizás sepáis algo más de ellos. En un futuro es posible que Ana y Lucas tengan su historia. Todavía es pronto para asegurarlo, pero quién sabe. De momento os espero en mi nueva obra: *Absolutamente única*.

P.D. Muchas son las especulaciones sobre quiénes son el doctor y el comisario. Solo os diré que esto no es una trilogía, pero sí un premio para quienes seguís mis historias desde el principio. La marca de Sara es una novela independiente a pesar de que aparezcan ellos.



ELENA GARCÍA

Escritora española de novela romántica, nació en Toledo el 17 de mayo de 1979. Es especialmente conocida por su primera novela, *Dr. Engel* (2015), con la que obtuvo un gran éxito en una famosa aplicación de lectura. En ella narra la historia de Natalia, una chica maltratada por su pareja y a quien la suerte parece tener olvidada. Cabe decir que *Dr. Engel* se ha traducido al inglés, y ha sido publicada en 2017, también por Nova Casa Editorial.

El tormento de Álex (2016) es la secuela de *Dr. Engel*, pero centrada en otros personajes también protagonistas. Lejos de la famosa frase “las segundas partes nunca fueron buenas”, está siguiendo los mismos pasos que la primera. De hecho, recibió uno de los premios Wattys. Ambas obras se pueden leer por separado.

Su tercera novela, *La marca de Sara* (2017), parece que no será la última, ya que actualmente está escribiendo *Absolutamente única*.

Desde que comenzó a escribir en 2015 no ha parado en ningún momento.

Asegura que es su manera de abrir el corazón y se siente bien haciéndolo. Se casó a la temprana edad de 16 años, y fruto de ese matrimonio nacieron sus dos hijos. Actualmente vive con ellos y su marido en Navahermosa, un pequeño pueblo de Toledo.

Facebook

[La marca de Sara](#)

Facebook personal

[@elenagggg](#)

Grupo facebook

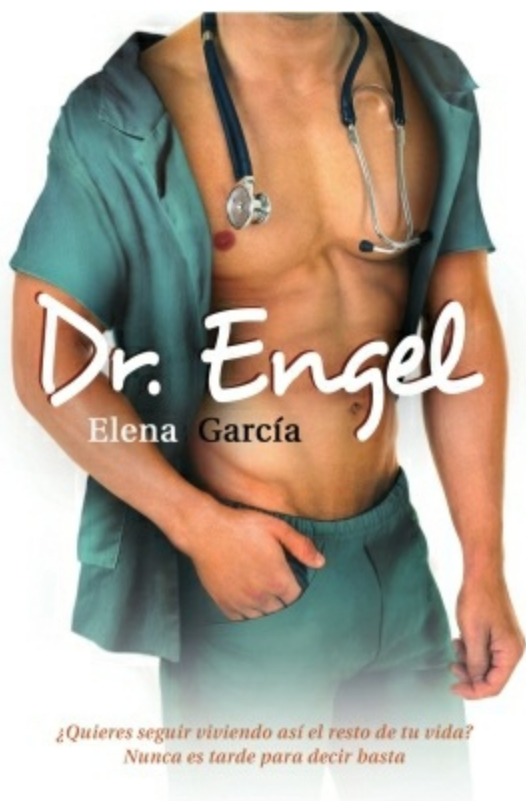
[Elena García \(Novelas\)](#)

Instagram de la historia

[@lamarcadesara](#)

Instagram personal

[@elenagggggg](#)



Dr. Engel

Elena García

*¿Quieres seguir viviendo así el resto de tu vida?
Nunca es tarde para decir basta*

Nova Casa Editorial

Dr. Engel

García, Elena

9788416942633

436 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Mario agrede nuevamente a Natalia la trasladan un hospital de Madrid con serias heridas. Allí conoce al Doctor Engel, un apuesto y atractivo alemán de madre española dispuesto a ayudarla. Cuando el doctor descubre que se trata de un caso de malos tratos y que la vida de la chica corre serio peligro, la convence para que abandone a su agresor. Cuando Mario se entera empiezan las amenazas de muerte.

Natalia y Engel descubren que hay algo más entre los dos que una simple relación médico-paciente, y que su pasado no es tan distinto como parecía en un principio. Mario intentará por todos los medios acabar con la vida de su exnovia, sea cual sea el precio que deba pagar por ello.

Entonces entran en escena Alex, Laura, Erika y Manuel. A pesar del amor que Natalia y Engel acaban sintiendo el uno por el otro, hay algo que les impide estar juntos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Karla Levy



Siete meses

Esta no es una historia de amor...
es una historia del corazón.

Nova Casa Editorial

Siete meses

Levy, Karla

9788416942824

344 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Alguna vez te has enamorado, de manera tal, que sientes que el aire no es suficiente para llenarte los pulmones de suspiros? ¿Así tanto, pero tanto, que parece que todo es posible?

Yo también.

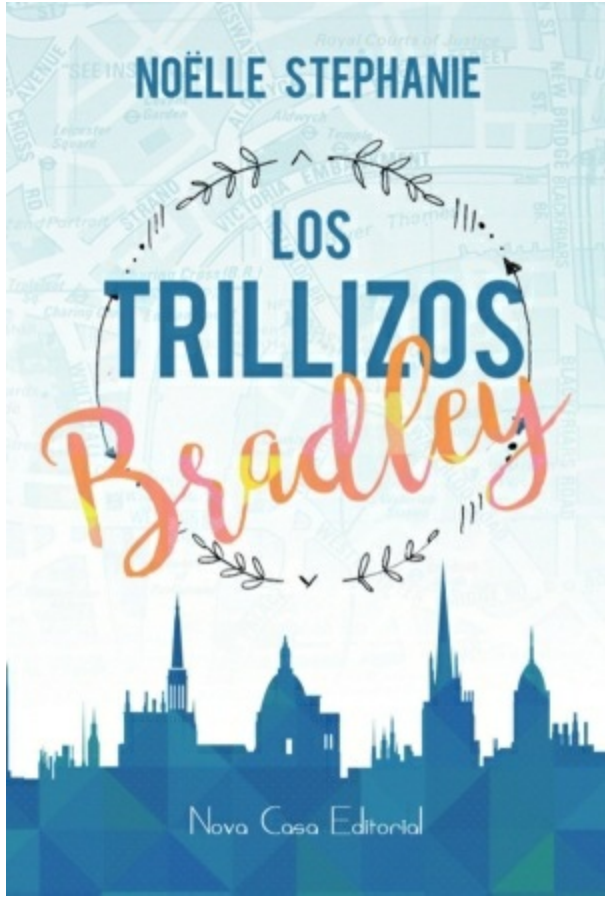
En el Mundial de futbol del 2006, viajando por las pintorescas ciudades de Alemania, me enamoré de un francés. Con solo mirarlo a los ojos, las piernas dejaban de responderme.

¿Alguna vez te han roto el corazón en tantos pedacitos que no sabes si podrás volver a sentir?

A mí también.

Este es el primer libro de la serie "Meses", donde Alex nos cuenta, entre múltiples viajes por Europa, un antes y un después que voltearán su vida de cabeza. Más que una historia de amor, esto que tienes en tus manos es una historia del corazón. Una novela basada en una historia real en la que no todo es verdad, pero tampoco es mentira.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Los trillizos Bradley

Stephanie, Noëlle

9788416942282

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Naly decide apuntarse al programa de familias de acogida en la universidad, lo último que espera es que el desorden ocupe su nueva vivienda. Los Bradley son de lo más peculiar. Con unos padres empresarios que pasan sus días de viaje, los tres hermanos idénticos han tirado la casa por la ventana. No solo por su edad, sino también por su personalidad; Hal, Edward y Welsey, son de lo más opuestos. Mientras Hal es totalmente coqueto, estúpido, mujeriego y engreído; su hermano Edward es la persona más misteriosa, callada y malhumorada que Naly ha podido conocer. Pero, en toda familia hay uno bueno: Welsey, el mayor de los trillizos es simpático, confidencial y buen amigo. El chico perfecto, ¿no? No obstante, su aspecto hace pensar que se acaba de escapar de una película de los años

cuarenta.

Naly, lejos de la oportunidad de irse, solo puede optar por solucionar la relación.

¿Podrá ayudar a lo hermanos a solucionar sus diferencias?
Y, si no es así, ¿se dejará arrastrar?

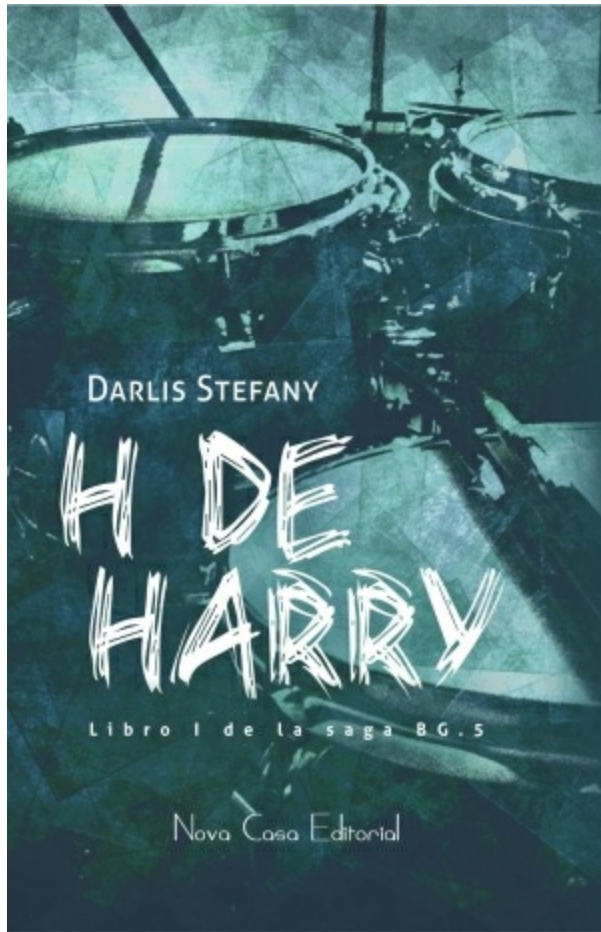
Una historia de amor en la que todas las direcciones parecerán igual de correctas.

La perfecta descripción de la lucha de un amor dividido en tres partes.

Porque, ¿qué hay mejor que vivir con un chico guapo?

Vivir con tres.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



H de Harry

Stefany, Darlis

9788416942640

744 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Kaethennis ha disfrutado de los placeres de la vida. Mucho. Casi se puede decir que demasiado. Es un alma libre, o al menos así se definiría ella. Kaethennis solo tuvo una debilidad, un desliz: Jake.

Jake le dio la espalda a Kaethennis, él simplemente huyó, literalmente.

Harry Jefferson vive por la batería, sus manos son sus herramientas de trabajo. Pero una de ellas ha sido lesionada cuando Dexter, su compañero de banda y hermano, juega con sus baquetas y accidentalmente le golpea con estas.

BG.5 está de visita en Liverpool. Los Stuart viven en

Liverpool.

Harry ha ido al hospital y Kaethennis... también.

Él la ha ayudado y ella podría ayudarlo a él...

Ahora Harry y Kaethennis no pueden mantener sus manos quietas.

Kaethennis no sabe si la «H» es de Harry o de huir.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HAIMI SNOWN

Sencilla Obsesión

Lo que está escrito
en las estrellas es
simplemente inexorable



Nova Casa Editorial

Sencilla obsesión

Snown, Haimi

9788416281084

310 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un deseo pensado al ver una estrella fugaz resultará ser el principio del fin de su satisfactoria vida. Jared estaba seguro de haber dejado atrás los más oscuros días de su vida, pero el pasado vuelve para atormentarlo. Íria, su amor de la adolescencia, regresa después de trece años. Y a partir de ahí nada es lo que parece. Él no la quiere cerca. Ella no se deja alejar. Fuerzas más allá de sus deseos parecen mover sus existencias. ¿O acaso los deseos son tan poderosos que se imponen sobre cualquier obstáculo?

Cuando los verdaderos propósitos se ocultan, cuando los pensamientos no llegan a transformarse en palabras, cuando los planes de uno son contrarios a los del otro, empieza la guerra. Dos historias, dos periodos de tiempo, los mismos

protagonistas en busca de un final. Un relato de pasión, de orgullo tonto, de miradas inocentes, de amor obsesivo. De querer poseerlo todo sin tener en cuenta que existe el peligro de quedarse sin nada. A veces, lo que está escrito en las estrellas, es simplemente inexorable.

[Cómpralo y empieza a leer](#)